

INDHIRA JACOBO

*Te Amé antes
de conocerte*

Te Amé Antes de Conocerte

Indhira Jacobo

A mi cómplice, siempre serás parte de mi vida, Liliana Montero, gracias por apoyarme y por darme el impulso que necesitaba para comenzar esta aventura.

A mi marido, por darme tanto amor. Este libro es para ti.

. Gracias por soportarme, gracias por amarme,

Gracias... Por todo.

Índice

[Prólogo](#)

[Entra en mi vida](#)

[Algo más](#)

[Todo cambió cuando te vi](#)

[¿Qué hago yo?](#)

[Ahora tú](#)

[Tentación](#)

[Vuelvo a verte](#)

[Dime que no](#)

[Acompáñame a estar sola](#)

[Mi gozo es un pozo](#)

[Muero por dentro](#)

[Hoy tengo ganas de ti](#)

[Eres la persona correcta en el momento equivocado](#)

[Algo está naciendo en mí](#)

[Cuando las cosas se complican](#)

[Él rompe todos mis esquemas](#)

[Despertar contigo](#)

[Acusaciones](#)

[En la boca del lobo](#)

[Confesiones](#)

[Descubriendo](#)

[Año nuevo](#)

[Un rayo de esperanza](#)

[Boomerang](#)

[La verdad oculta](#)

[Antes de la tormenta](#)

[La espera](#)

[No querías lastimarme me querías matar](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

Prólogo

Agosto 2003

El Sabor Latino, es una discoteca situada en pleno centro de Luxemburgo, pertenece a un francés, es un lugar pequeño pero que atrae a muchas personas por su música latina.

Estoy en la barra con mi amigo Carlos, al cual solo veo cuando vengo a visitar a mi hermana y la última vez remonta a más de dos años.

Estamos tomándonos unos tragos y conversando de cosas triviales: el ambiente, su trabajo, problemas en el mío, y mi nuevo estatus de soltero. Giro la cabeza y me doy cuenta que no me está escuchando. Al seguir la dirección de su mirada descubro dónde está toda su atención.

Mis ojos se topan con dos chicas que están bailando en medio de la pista, moviéndose al ritmo de Fergie con Daddy Yankee y siendo el centro de muchas miradas. Una de ellas lleva un vestido negro y unos zapatos de tacones plateados; a pesar de que va muy maquillada no puede tener más de dieciséis años, pero no es ella la que llama mi atención sino su compañera de unos dieciocho años de edad. Me quedo estudiándola, me parece conocida pero no logro ubicar donde la he visto. Lleva puesto una blusa marrón animal print aunque llamar eso una blusa, es mucho decir; el pedazo de tela que baja desde su cuello cubriendo sus senos bien rellenos, no muy grandes pero para mi gusto... ¡Perfectos! solo cubre lo suficiente; antes de terminar atado en un nudo en la espalda, dejando su vientre plano y su cinturita a la vista. Su pantalón de tubo rosado fucsia me permite tener una buena visión de su culo prieto en cada movimiento.

«Dios, esas nalgas están hechas para recibir unos buenos azotes».

Lleva una trenza de medio lado que le llega al hombro, un poco más arriba de sus senos. Mis ojos se pierden en el escote bien pronunciado.

Recorro su cuerpo varias veces hasta detenerme en el diamante que lleva en el ombligo.

«Podría pasar la lengua lentamente desde su escote hasta el ombligo y tirar con mis dientes ese diamante». ¡Santo Dios! Mi entrepierna vibra y solo pienso en una cosa: devorarle esa boca rosadita que tiene hasta dejarla sin aliento y hacer que me pida que la folle, aquí y ahora.

—¿Quién es? —le pregunto a Carlos sin ocultar mi entusiasmo apuntando hacia la pista.

—¿Cuál? —responde en un tono burlón—. No sabía que jugabas en las líneas menores.

—No te hagas el chistoso conmigo, sabes que la pedofilia no es lo mío, porque esa muchacha aunque esté muy bien maquillada y lleve un vestido demasiado corto, está claro que es una niña. Te estoy preguntado sobre su acompañante.

—Tranquilo, solo era broma —dice mientras me da dos palmadas en la espalda—. Se llama Adriana, vive en Francia y solo viene aquí los fines de semana. Casi nadie la conoce, por lo menos no lo suficiente.

Hace una pausa y da un trago a su bebida.

—Su hermano es un amigo, por lo que coincidimos de vez en cuando en algún partido de baloncesto.

—¿Por qué lo dices como si fuera algo malo?

—Bueno, no puedes negar que ‘ta buena la condenada ¿Quién no quisiera tirársela?
Como todavía no entiendo qué hay de malo en lo que ha dicho hasta ahora añado:

—¿Pero?

—Pero es muy altiva, nunca deja que nadie se le acerque demasiado. Solo coquetea lo suficiente para ponértela dura como piedra y nada más.

La miro otra vez, se ve tan alegre, tan segura de sí misma, es tan sexy con esos movimientos tan sensuales e inocentes, como dice Carlos, capaz de ponérsela dura a más de uno, sin hacer ningún esfuerzo.

Salgo de mi ensoñación cuando la música cambia y suena una salsa. Las chicas salen de la pista y se dirigen hacia nosotros. Es mucho más hermosa de cerca, tiene ojos grandes, tiene unos labios carnosos que provocan ser besados, sin embargo, como no quiero que me atrape en pleno repaso, volteo la cara cuando llega a la barra.

—Un sex on the beach y una piña colada sin alcohol, por favor —le pide Adriana al bartender.

—¡Hola Linda! —saluda Carlos a su compañera.

—¡Hey! Hola Carlos, ¿Cómo estás? —le responde la chica, acercándose y dándole dos besos en la mejilla.

—Bien gracias... se puede saber, ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu hermana?—le demanda buscando a la mencionada con la mirada.

—Hoy no ha venido.

—¿Y cómo lograste burlar a los de seguridad?

—Ya sabes que Claude es un amigo de la familia, le he prometido que no bebería alcohol si me dejaba entrar, y como es una ocasión especial, pues ha dicho que sí.

—Conque una ocasión especial, ¿eh? ¿Y qué están celebrando?

—Pues que Adriana —comienza a explicar apuntando hacia ella con los ojos iluminados y una gran sonrisa—, ha entrado a la universidad de Metz.

Carlos la mira durante un segundo

—¡Guau, felicidades! Eso sí que es una a gran noticia.

—Muchas gracias —responde ella, como si no fuera nada del otro mundo.

—Tu *bodyguard*, ¿dónde está que no lo he visto?

—Si haces referencia a mi hermano, no debe de tardar en llegar.

En ese momento el camarero le pasa las bebidas.

—Gracias, ¿Cuánto te debo?

—Nada, Claude ha dejado ordenes, esta noche todas tus bebidas van por la casa —le informa guiñándole un ojo.

Ella se queda un tanto sorprendida, yo diría que incluso confusa antes de responder:

—Es muy amable de su parte pero prefiero pagar las bebidas, así que... ¿Cuánto es?

—De ninguna manera, son órdenes del jefe nena.

—Bueno pues si son ordenes de Claude, no hay que discutirlos —dice Linda mientras le quita la bebida de la mano y le da un trago a la piña colada—. Vamos, las chicas no esperan.

Y así, sin mirar atrás, siguen su camino despidiéndose de Carlos con un gesto de la mano.

Creo que va a reparar en mí, pero no, pasa por mi lado sin ni siquiera mirarme; la veo reunirse con un grupo de chicas que asumo son sus amigas y se pierden por un pasillo.

Me quedo pensando una y otra vez ¿dónde la he visto? intento con toda mis fuerzas

recordarlo, pero como no lo consigo, lo dejo pasar. «Es solo una chica más, quizás solo me recuerda a alguien que conozco».

—Es hermosa, ¿Verdad?

Giro la cabeza y lo miro antes de asentir con la cabeza.

—Aunque he conocido más hermosas.

Cosa que es cierta «pero ninguna te ha inquietado de esa forma» también es cierto.

—Supongo que hay que agregar uno más a la lista.

Lo miro un poco confuso, con miedo de haber dicho esas palabras en voz alta.

—No entiendo de que hablas —digo en un tono defensivo, sin saber bien por qué.

—Del dueño del club, estoy seguro que quiere echarle mano a esos huesitos —anuncia con una sonrisa diabólica—. O me vas a decir que eso de “*todas la bebidas van por la casa*” —dice dibujando comillas en el aire—, es solo por cortesía. ¡Pues claro que no! A ese hombre lo que le interesa, es que le devuelvan el favor en especie, sí entiendes lo que digo.

No respondo, porque no me gusta lo que estoy escuchando y tampoco me gustaría imaginármela en esa situación.

Veinte minutos más tarde, Carlos termina su quinta cerveza de la noche.

—Se está haciendo tarde, mañana tengo que trabajar temprano. Si quieres te puedes quedar, yo tomaré un taxi de regreso —propone levantándose de la silla

—No, como crees, yo te llevo. No conozco a nadie y no me voy a quedar aquí bebiendo solo.

—Es muy buena forma de ligar, sobre todo para ti que estás de paso, las chicas te van a devorar con lo guapo que eres.

—Ja ja, estás muy chistosito esta noche —digo irónicamente—, te recuerdo que llegue esta tarde de Italia, y apenas puse un pie en tu casa, me has arrastrado hasta aquí, además yo también estoy exhausto, así que... ¡*Andiamo!*

Me levanto y saco un billete para pagar nuestras bebidas.

Llevo a Carlos a su casa, luego me dirijo a la de mi hermana. En el camino estoy un poco ansioso porque no logro sacarme a esa muchacha de la cabeza. Es una inquietud que no puedo quitarme de encima. Al llegar, tiro las llaves sobre la meseta de la cocina y me voy directo al cuarto de invitados, dando gracias a Dios que mi hermana y sus hijos estén dormidos. Me doy un baño rápido para meterme en la cama, a penas la he tocado, estoy cerrando los ojos, el cansancio está haciendo mella en mí, cuando me incorporo rápidamente. Ya lo recuerdo... ya sé de donde la conozco ¡ES LA CHICA DE MIS SUEÑOS!

Diciembre 2004

Decidí volar desde Italia a Luxemburgo con el pretexto de pasar año nuevo con mi hermana y sus hijos; Raquel se está divorciando y no está pasando un buen momento; los niños se ven divididos entre dos padres que se adoraban, a dos padres que no pueden cruzar dos palabras sin lastimarse mutuamente. Mis sobrinos son los más afectados. Los gemelos, Kevin y Kathy de cuatro años, no entienden, porqué los fines de semana tiene que ir a otra casa donde su papá vive con otra señora. Siempre que hablan con su mamá le preguntan, si van a tener que cambiar de colegio, si van a tener nuevas maestras o nuevos amigos o una nueva mamá, para luego terminar

llorando. Así que cuando mi hermana me llamó para contarme cómo estaban las cosas, no dude ni un momento; decidí venir a pasar año nuevo con ellos.

Esa fue la razón que le di a Sophia, mi novia, con la que llevo saliendo un año. Nos presentó un amigo común en diciembre del año pasado; tiene veinticinco años igual que yo, es rubia, ojos azules, alta, simpática, muy inteligente y viene de muy buena familia. Nos llevamos bien desde el primer momento que nos vimos, tanto, que esa misma noche terminamos follando en su departamento. Desde entonces estamos juntos, yo le he explicado que no quiero nada serio y a ella no parece importarle. Por esa razón acepté estar con ella.

Sophia insistió en que me quedara con ella y sus padres durante todas las fiestas navideñas en los Alpes suizos pero yo no estaba muy entusiasmado con esa elección. Demasiado compromiso para mí, así que usé la excusa de mi hermana para salir del paso, alegando lo mucho que me necesitaba.

Después de una pequeña pelea decidimos que estaría con ellos desde el 24 hasta el 28 de diciembre, pasando así noche buena con ella y su familia y me quedaría con mi hermana del 29 de diciembre hasta el 5 de enero, luego ella volaría desde Suiza y yo desde Luxemburgo el día 6 para reunirnos en Italia.

Aunque deseo estar con mi hermana en estos momentos tan difíciles para ella, en el fondo sé que lo he hecho con la esperanza de volver a verla... Adriana, no he podido sacármela de cabeza. No desde que descubrí que ella era real, que era la muchacha con la que había soñado. ¿Cómo se puede soñar con una persona que no has visto nunca antes en tu vida?

¡Eso es imposible! Por lo menos eso pensaba yo, hasta que la conocí. Por eso estoy aquí en este bar que pertenece a su madrina, con la esperanza de poder verla una vez más.

Estoy sentado en la barra desde hace quince minutos; buscándola en cada rostro. El lugar está a rebosar de gente esperando el año nuevo. Aún no la he visto, miro por todas partes, pero nada. Creo distinguir a su amiga a lo lejos pero no recuerdo cómo se llama. Hago un esfuerzo por recordar el nombre pero no lo logro.

—¡Maldición! —murmuro para mí mismo.

De repente la señora que está atrás del bar la llama

—Linda ¿puedes llevar esas botellas vacías a la parte de atrás?

—Claro mami.

“Linda” se llama “Linda”.

Por un momento me siento tentado en llamarla y preguntarle por Adriana pero me resisto. Intento no parecer un loco lunático que está obsesionado con una chica, trato de no perder la esperanza, si su amiga está aquí, lo más probable es que ella también.

Media hora más tarde, me siento un poco decepcionado de no verla aparecer, decido que quizás es mejor irme. Parezco un acosador. Cuando estoy a punto de levantarme para dejar el lugar, la veo salir por una puerta donde está escrito:

Sólo personal autorizado .

La veo y se me para la respiración, está más bella desde la última vez que la vi, parece más mujer. Tiene el pelo rizado y más largo, creo que un poco más claro. Lleva una chaqueta corta sin mangas, con piedras alrededor del cuello, combinado con unos jeans a juego y unos tacones del mismo color de las piedras de la chaqueta y como siempre con ese diamante que me vuelve loco a la vista. La veo caminar por el local con esa elegancia que la caracteriza. Saluda y sonrío a unos clientes. ¡Dios! Tiene una dentadura perfecta. Con su tez de piel dorado resalta aún más el blanco de sus dientes.

Intento hacer memoria para recordar si es su tono de piel natural o si es un bronceado. La verdad no importa, esta... ¡preciosa! La veo moverse con seguridad por el local, sonriendo y saludando a algunas personas y solo puedo pensar que me gustaría que me mire así, que me sonría de esa forma, con esa sinceridad que veo en su mirada. Veo un chico que se para y la abraza de una manera que parece más a un novio que a un amigo; yo sin saber muy bien la razón, me tensó. ¿Será su novio? Espero que no; suena egoísta dado que yo tengo novia, pero es que la atracción que siento por ella me lleva a ser irracional.

Se aleja del muchacho y viene hacia la barra y se dirige a la señora de unos 45 años de edad que está detrás, Señora que ahora sé, es la dueña del bar y madre de su amiga Linda

—Madrina, la mesa seis quiere cinco Heineken y la mesa cuatro quiere una botella de champán

—¿Qué tipo de champaña quieren?

—Bueno, en vista que son el tipo de chicas que se creen muy elegantes, pero que carecen totalmente de clase, las cuales estoy segura no saben diferenciar entre un Louis Roederer Cristal Rose 2002 y una botella llena de vinagre —dice irónicamente—, creo que puedes ponerle una champaña de cincuenta euros.

Su comentario hace que se me curven los labios hacia arriba, efectivamente ese tipo de chicas se toman lo que sea que le pongas al frente siempre y cuando esté dentro de una botella de champán.

—¿Puedes ocuparte de la barra?, voy a ver si encuentro una botella más fría en la parte de atrás —le pregunta su madrina mostrándole una botella que tiene en la mano.

—Anda tranquila que ya me ocupo yo.

Su madrina desaparece por la misma puerta por la que ella salió hace un rato y ella se acerca al centro de la barra.

—*Bonsoir Jacques, ¿comment vas tu*^[1]? —le pregunta en un perfecto francés al caballero que está a mi lado, y yo casi que me corro dentro de mis vaqueros. Nunca me ha interesado ese idioma pero tan solo por escucharla hablar con ese acento tan sexy, aprendería mañana mismo.

El tal Jacques le extiende la mano por encima de la barra y ella la toma.

—*¡Tu es magnifique ce soir*^[2]! —le responde en un tono bastante baboso para mi gusto; luego agrega algo más y ella estalla en carcajadas, creo que hasta se ruboriza pero como casi no entiendo muy bien el francés, no tengo idea de lo que le dijo.

Ella se calma un poco del chiste privado que compartió con el idiota que está a mi lado, luego levanta la mirada y me mira. Por primera vez desde que la vi en la discoteca el año pasado, me mira directamente a los ojos. Ella, la chica con la que llevo soñando más de un año.

¡Dios! Esos ojos marrones serán mi perdición, estoy tan seguro como que me llamo Maximiliano Lombardi.

Sin embargo mi alegría dura poco porque me doy cuenta, que me mira, pero no me ve. No como la veo yo a ella; y eso me entristece.

Esboza una sonrisa, de esas que uno pone cuando está frente a un cliente. Tanto tiempo esperando que me sonriera y solo obtengo eso, una sonrisa formal.

Ve sus labios moverse, no me doy cuenta de qué me está hablando hasta que se inclina y casi grita encima de la barra:

—Disculpe ¿qué desea para tomar?

—Lo siento —digo rápidamente—, una cerveza estará bien.

—¿De botella o de presión?

«*La verdad me da igual, lo que quiero es que te quedes ahí y me veas de una buena vez*».

—De presión —respondo, porque sé que de esa forma, se quedara más tiempo conmigo.

La veo tomar un vaso de tubo de la vitrina, luego comienza a servir la cerveza pero no me mira, está muy concentrada en lo que está haciendo, necesito llamar su atención con algo.

—Hay mucha gente esta noche.

Cuando termina, pone un porta vasos en la barra y coloca el vaso encima mientras añade:

—Es año nuevo, a cualquier bar que vayas hoy estará repleto de personas.

Lo dice como si fuera la cosa más obvia del mundo y yo la persona más estúpida por no saberlo.

Va hacia la caja registradora para imprimir el ticket con el precio, luego regresa y me cobra:

—Un euro veinte, por favor.

En ese momento llega su madrina con la botella de champán y se la entrega.

—Puedes pagar el consumo total al final de la noche —me propone antes de agacharse y buscar un recipiente plateado para introducir el champán—, claro si es que decides quedarte, sino, puedes pagarle la cerveza a mi madrina ahora.

Estoy a punto de responder que me voy a quedar, pero ella, ya se ha puesto en marcha.

El resto de la noche transcurre y la veo pasar como flash entre las mesas y la barra, de vez en cuando baila una canción, rara vez con el mismo muchacho pero no me vuelve a mirar y me siento decepcionado.

«*¿Y qué esperabas tonto, que se te echara encima y te llenara de besos?...no, claro que no, pero si un poco más de atención; quizás un ¿cómo te llamas?... ¿De dónde eres?... ¿Qué haces por aquí?*».

Pero no obtuve nada.

«*No te desanimes, está ocupada*».

Media hora después, aún sigo observándola, pensando en la mejor forma de invitarla a tomar un café porque no quiero parecer desesperado.

«*¡Estás desesperado!*».

Hay viene, tengo que aprovechar. La música está tan alta que tengo miedo que no me escuche por lo que levanto la mano para llamar su atención, pero no me ve y sigue hacia la puerta donde se echa en brazos de un tipo con porte militar. Al principio creo que es uno más de lo tantos que la he visto abrazar esta noche, hasta que él la besa con la misma ansias que llevo soñando yo. Siento como se me acelera el corazón.

«*¿Pero qué diablos...?! Quítale las manos de encima*».

Me tiembla todo el cuerpo, no recuerdo haber sentido tantos celos en mi vida. ¿Qué diablos me pasa con esta mujer? Ni siquiera la conozco, ¿por qué tengo tantos deseos de arrancarla de sus brazos y llevármela de aquí?

Los veo besarse durante mucho tiempo o eso me pareció a mí que no logro quitar los ojos de la escena. Esto es absurdo. Así que me levanto, pago mi cerveza y me voy antes de medianoche.

Entra en mi vida

“Después de cinco minutos, ya eras alguien especial. Sin hablarme, sin tocarme, algo dentro se encendió”
Sin banderas

Septiembre 2008, actualidad.

Estamos en el Sabor Latino, una pequeña discoteca en Luxemburgo. Mis amigas y yo siempre venimos aquí; tiene muy buen ambiente, la música es muy buena, el DJ nos conoce y siempre nos complace cuando le pedimos algunos de nuestros temas favoritos.

A demás el dueño, Claude, no permite que nadie se nos acerque demasiado. Es como tener nuestra propia seguridad privada.

Es muy lindo de su parte, pero no lo hace desinteresadamente. Desde que lo conocí hace más de 5 años, siempre ha querido conmigo y cada vez que me ofrece dar una vuelta o salir a cenar, es la misma respuesta: “no, gracias.”

“La esperanza es lo último que se pierde, y yo tengo mucha paciencia” —es lo que siempre dice.

Acabo de llegar de vacaciones y las chicas han insistido que salgamos a dar la vuelta, he intentado negarme alegando estar cansada pero no han aceptado un no por respuesta, así que aquí estoy, sentada en nuestra mesa de siempre. Ellas han pedido una botella de vodka y yo estoy tomando un trago de Bailyes.

—A nuestra salud, que sigamos juntas en el camino, aún después de enamorarnos, de casarnos, de tener hijos y de estar tan viejitas, qué no recordemos ni nuestros nombres —dice Emma.

—¡Salud! —respondemos todas a las vez.

—¡Ah! Por cierto, salud por nuestra nueva Licenciada en economía —continúa mientras que todas me miran.

Yo alzó mi vaso.

—Brindo por eso, se acabó la esclavitud.

—No te emociones tanto que ahora es que viene lo duro, cuando tienes que comenzar a buscar trabajo —intervine Samia—. Y como están las cosas, te aseguro que no será una tarea fácil.

—Bueno pero mientras tanto soy libre de profesores pesados, de trabajos que te tienen despierta hasta hartas horas de la madrugada y de toda esa mierda.

Doy un trago a mi bebida.

—Cuidado con esa boca, ahora ya eres una profesional, así que modera tu lenguaje —me corrige Linda.

Quiero decirle que soy adulta y que decir una palabrota, no te hace menos madura pero no le hago caso, porque ella es así, siempre habla correctamente, nunca dice un taco. Espera casarse algún día con su novio, el hijo de alcalde, desde que comenzó a salir con él es otra, nunca puede ir a ningún lado, siempre está ocupada en alguna cena benéfica acompañando al hijo pródigo: ha tomado clases de etiqueta y protocolo; y de todas las habidas y por haber que la hagan quedar bien con su suegro. La verdad es que estoy sorprendida de verla esta noche entre nosotras.

—¡Oh por dios! Si vas a comenzar a corregir cada vez que digamos una mala palabra, vas a estar exhausta al final de la noche, porque joder estamos entre amigas, no en una puta mesa de reunión de la alcaldía. Tú lo que necesitas es votar a ese soso de tu novio y darte un buen revolcón —le reprocha Emma, alzando el tono de voz.

—Me encanta tu bronceado, me imagino que te lo has pasado de maravilla en el caribe —comenta Samia mirando mis piernas.

Sé que lo hace para cambiar de tema y relajar el ambiente.

—Pues para que te digo que no, si estás en lo cierto; este mes que estuve en casa de mi abuela, me la pase genial. Paseos por la playa, buena comida, compartiendo con la familia, ver a mis tías, mis primas, fue... ¡una pasada! La verdad es que me hizo muy bien desconectar un poco después de los exámenes porque estaba agotada.

—Qué envidia pero de la buena, yo estoy loca por ir a Túnez a pasar unos días con la familia pero los pasajes están súper caros —dice con pesar—, así que sigo ahorrando a ver si voy el próximo año.

Samia, con su casi metro setenta y cinco, su pelo negro azabache y su rasgos orientales, es una mujer sencillamente hermosa. Ella es la voz de la razón del grupo. Una noche quisimos colarnos en una fiesta privada, pero todo salió mal y nos agarró el tipo de seguridad, cuando nos iban a echar a la calle, ella que había presenciado la triste y vergonzosa escena, intervino y le dijo al segurata, quién resultó ser su primo, que estábamos con ella; de eso ya han pasado más de cinco años y desde entonces nos hemos hecho muy buenas amigas.

—¿Cómo van las cosas con Jaret? —le pregunto.

—Lo normal, seguimos en lo mismo, él quiere casarse y yo no estoy segura de querer hacerlo. El día que me case será porque quiera hacerlo, no porque nuestra religión lo mande.

—Bueno, pero pueden llegar a un compromiso, ¿por qué no le propones irse a vivir juntos primero?

—No lo había pensado.

—Me parece buena idea, de esa forma te das cuentas si son compatibles o no —agrega Emma apoyando mi idea, da un trago a su vaso de vodka—. Si es de los hombres que mea fuera del váter, lo mandas de vuelta con su mami.

La miro y sonrío. Emma se caracteriza por su franqueza, mide un metro setenta y tiene el pelo del mismo color de sus ojos, castaño claro. Es una mujer de mucho carácter, siempre dice lo que piensa al riesgo de quedar como una arpía pero tiene un corazón tan grande que no le cabe en el pecho y cuándo la necesitas siempre está dispuesta a dar lo que no tiene con tal de ayudar.

—Esta noche es para divertirnos, así que dejemos ese tema para otro momento —prosigue Emma—. Vamos que la pista nos espera.

Las tres nos levantamos salvo Linda que no tarda en buscar su teléfono en el bolso.

—Vayan ustedes, yo me quedo vigilando las bebidas.

Las chicas siguen su camino hasta la pista. Yo me detengo y la miro.

—Nena, te recuerdo que aquí no es necesario, los chicos de seguridad siempre están pendiente.

—Lo sé pero prefiero quedarme.

—Linda estás muy joven, debes divertirte un poco más —le digo antes de dirigirme hacia la pista donde me esperan las muchachas moviendo ya el esqueleto.

Está sonando “*hoy es noche de sexo*” de Romeo con Wisin y Yandel. Y comenzamos a cantar a pleno pulmón, con unos movimientos un tanto provocativos, llamando así la atención de

varios muchachos, incluyendo la de Claude que me mira lascivamente desde la barra.

—*¿Hola, qué tal?, soy el chico de las poesías, tu fiel admirador y aunque no me conocías. Hoy es noche de sexo, voy a devorarte nena linda; hoy es noche de sexo y voy a cumplir tus fantasías*—coreamos todas juntas, mientras nos reímos a carcajada.

Termina esa y empieza a sonar “*salió el sol*” de Don Omar y a esa le sigue “*Beautiful Lair*” de Shakira con Beyonce, nos partimos de la risa intentando imitar los movimientos de cadera de Shakira, la verdad no sé cómo hace para que parezca tan fácil, cuando en realidad es súper difícil.

Terminamos la canción muerta de sed, completamente sudada, así que regresamos a nuestra mesa. Cuando me siento y estoy a punto de tomar un trago de mi bebida, me doy cuenta que en la mesa frente a mí, hay un hombre mirándome... Mirándome no sería la palabra adecuada, a juzgar por el brillo y la intensidad de su mirada, yo diría que me está comiendo con los ojos. Quiero apartar la mirada pero no puedo, me tiene hechizada. Es alto, tiene aproximadamente un metro noventa y cinco, pelo negro, noventa kilos, muy apuesto. En lenguaje terrenal... ¡Está buenísimo! Está sentado en medio de Carlos y una chica rubia, que por cierto es muy elegante y atractiva. Ella le está hablando pero él parece no estar prestando atención, de vez en cuando asiente con la cabeza pero nada más, sus ojos siguen en mí. Siento que una de las chicas tira de mi brazo y casi me echo la bebida encima.

—Tierra llamando a Adriana —se burla Emma—, ¿Se puede saber que estás mirando? Te has quedado paralizada, parecías una estatua con tu vaso suspendido en el aire.

Intento recuperar la compostura pero estoy nerviosa, no sé porqué. Yo siempre he sido una persona muy segura de mí misma; siempre me he movido en un ambiente donde suelo llamar la atención de los hombres así que no entiendo porque me afecta tanto su mirada. Me vuelvo hacia las chicas y me apresuro a explicarles la situación. Las tres se giran al mismo tiempo en dirección de la mesa donde él es

ta.

—Es mucho pedir que sean menos obvias, por favor —les exijo.

—Nena, pero si el tipo no te quita los ojos de encima, sería imposible ser menos obvias —me advierte Samia.

Emma lo mira de nuevo y luego se gira hacia mí.

—A este parece que no le enseñaron la palabra discreción. Te está literalmente devorando con la mirada. Y a juzgar por tu cara yo diría que te gusta —lo dice tan alto, que tengo miedo de que en la mesa de al lado la hayan escuchado a pesar de la música.

—¡A mí! Estás loca, solo es curiosidad, nunca lo había visto en mi vida y me parece extraño que me mire de esa forma.

—¿De qué forma? —me pregunta Linda que hasta ahora se había mantenido muy callada.

—Con esa intensidad, como si quisiera meterse en mi cabeza «o en mi alma». Como si me conociera de toda la vida.

—Qué raro, yo nunca lo había visto, pero está con Carlos, así que a lo mejor nos lo hemos topado por ahí y no lo recordamos —dice Samia mirándolo de reojo o al menos eso piensa ella. Estoy segura que todos a nuestros alrededor se han dado cuenta que estamos hablando de él. Típico les pides a tus amigas que sean discretas y ellas hacen todo lo contrario.

—La verdad es que tú, o estás muy enamorada o te faltan algunos tornillos en la cabeza —interviene Emma—, ¿tú crees que si nosotras lo hubiéramos visto antes, lo habríamos olvidado?

¡Con lo bueno que está!

Yo me río, pero es una risa nerviosa porque mientras ella está exponiendo su punto, yo miro una vez más en su dirección y me pierdo otra vez en esa mirada.

—Yo lo he visto antes —suelta Linda como si tal cosa; sin apartar los ojos de su celular.

Automáticamente todas nos giramos hacia ella y la miramos con cara de circunstancias esperando que siga.

—Estuvo ayer en el bar —continúa encogiéndose de hombros—. Es un amigo de Carlos, creo que es hermano de Raquel, la señora que regenta el Coffee-blog y está aquí de vacaciones o eso me pareció escuchar mientras estaba hablando con mi mami.

El Coffee-Blog una librería, cafetería y centro de internet que está en el centro de la ciudad, a veces con Linda suelo sentarme a tomar un café mientras leemos un buen libro, es una pasión que compartimos: si el libro es interesante lo compramos. Una semana ella se queda con él y empieza a leerlo, luego cuando nos juntamos el fin de semana siguiente, yo lo recupero y sigo la lectura donde ella la dejó para después comentarlo por teléfono. Es raro, Pero aparte de los lazos que compartimos, es algo que nos mantiene unidas porqué siempre tenemos algo de qué hablar.

—¿Y la rubia, qué pito toca? —se interesa Emma.

—No lo sé, creo que es su novia pero no estoy segura.

—Bueno, pues si yo fuera ella, estaría echando humo por las orejas, porque él no está siendo nada discreto —prosigue Emma.

Yo intento aparentar que todo esto no me afecta así que pongo mi mejor cara y decido seguir con nuestra noche de chicas y olvidarme de su penetrante mirada.

En ese momento, Marcos, Javier y Ángel se acercan a nosotras, nos saludan y al final optan por sentarse en nuestra mesa. Son amigos de mi hermano y nos conocen desde pequeñas. Ahora que estamos más crecidas nos echan uno que otro piropo pero siempre de forma educada; ellos saben que entre nosotros, nunca pasará nada.

Así transcurre la noche entre chistes, risas, tragos y baile. La estoy pasando genial a pesar de que no dejo de sentir su ardiente mirada sobre mí.

Algo más

“Crees que sabes todas tus oportunidades. Entonces, otras personas llegan a tu vida y de repente hay muchas más”

David Levithan

Llevo como diez minutos despierta y aún no me he atrevido a abrir los ojos porque me está matando la resaca.

«Dios santo, recuérdame este momento la próxima vez que decida mezclar, tequila, vodka y Baileys. ¿Quién me mandó a seguirle el juego a Emma?».

Desde que la conozco nunca la he visto con un jumo^[3], y no se puede negar que la chica bebe como un camionero.

Siento la luz entrar por la ventana y no tengo que abrir los ojos para saber que es obra de una persona a la cual estoy a punto de romperle el pescuezo.

—Linda, si no cierras esa jodía ventana ahora mismo, te juro por Dios que te voy a matar.

—Para eso, se te tendría que pasar la cruda que traes, mira que beber de esa forma. De Emma no me sorprende pero de ti...

—Si vas a empezar con uno de tus sermones, te lo advierto ya mismo, la cabeza me está martillando y no estoy de humor.

La corto antes que siga con la cantaleta.

—Me callo pero eso no implica que no esté en lo cierto. Ya es hora de levantarse.

—Pero si es domingo ¡por el amor de Dios!

¿Quién se levanta tan temprano, un domingo? Y no me digas que tú, porque eso no cuenta. A ti te secuestró un extraterrestre hace año y medio y te succionó el cerebro.

—Es bueno saber, que la resaca no te ha quitado el sentido del humor —dice rápidamente—. Para tu información Brayan no me exige que madrugue, lo hago porque es saludable.

—¡Vaya! ¿cómo sabías que estaba hablando de tu flamante novio? Que yo recuerde no he mencionado su nombre.

Me levanto de la cama y cruzo por su lado.

—Aunque puede, que aún quede un poco de esperanza. A lo mejor la succión no haya sido completa y te quede un poco de cerebro para pensar por ti misma.

Antes de que pueda responder, cierro la puerta del baño y me meto bajo la ducha. La quiero mucho pero cuando se pone en ese plan es insoportable.

Lo bueno es que con la ducha me he despertado del todo aunque el dolor de cabeza persiste.

Cuando salgo del baño, la cama ya está tendida y la habitación recogida.

«¿Por qué no me sorprende?».

Me pongo un pantalón negro, una camiseta blanca y me calzo unas bailarinas negras y me dirijo a la cocina, necesito un café con urgencia o la cabeza me va a explotar.

En el momento que entro, encuentro a Linda sentada con dos tazas de café ya servidas.

«Sí que está eficiente la niña, si sigue así será nombrada la esposa del año».

—Tu mamá llamó, quiere que le devuelvas la llamada desde que puedas —me informa mientras me pasa la taza de café—, recuerda que hoy mami tiene una cena y nos pidió que la

reemplacemos en el bar.

Siento un poco de amargura en su tono. Sé que a su novio no le hace gracia que trabaje en el bar y cada vez que ayuda a madrina, siempre terminan peleándose. Ella le dice que es su mamá y que tiene que ayudarla y él le responde que el bar no es un lugar para una dama. Aunque no entiendo porqué todavía no lo ha mandado al diablo, comprendo su ansiedad.

—¿Qué te pasa?

—Quedé en ver a Brayan a las cuatro, hay una fiesta privada en un barco pero si voy al Loft no creo que pueda llegar a tiempo. He estado pensando en la excusa que le pondré pero no se me ocurre nada.

—Si quieres puedo decirle a Emma que me ayude hoy en el bar, ya sabes que ella no tiene problema con eso y así te arreglas tranquila y vas directamente a la fiesta desde aquí.

Qué puedo decir... No soporto al idiota de su novio pero a ella la quiero con locura y no me gusta verla triste.

—¿De verdad no te molesta?

—¡Claro que no tonta! Solo tenemos que encontrar una excusa para madrina. No creo que le haga gracia que no vayas hoy al bar.

—Gracias, te debo una —dice llena de felicidad al dar un brinco de su silla antes de salir casi corriendo de la cocina para dirigirse hacia su cuarto.

—Me debes más que una y lo sabes, ya he perdido la cuenta de todas las que me debes —le grito por las escaleras.

—Lo sé.

Escucho que dice antes de cerrar la puerta de su habitación.

En lo que me tomo el café rememoro la noche anterior, ¿Quién será ese hombre? ¿Por qué no puedo sacármelo de la cabeza? ¡Dios como me miraba!

Esa mirada me persiguió durante toda la noche, incluso en sueños; es como si me quisiera hacer el amor con los ojos, cada vez que los sentía sobre mí, me ardía todo el cuerpo. Nunca antes me había pasado algo parecido, me sentí expuesta pero sobre todo me sentí intensamente deseaba.

Me miraba como si quisiera dejarme claro que yo soy suya, que le pertenezco.

Tengo que estar desvariando, eso no puede ser posible.

«Seguro que el alcohol ha intensificado todo».

Mejor me voy al bar, de todos modos no creo que lo vuelva a ver.

Me despido de Linda, no sin antes hacerla prometer, que pasará aunque sea una hora por el bar después de su cita con Brayan para que mi madrina no se moleste.

En camino llamo a Emma para saber si puede pasar un rato por el Loft, como esperé me responde que estará ahí en media hora.

Al llegar, el bar está muy tranquilo, solo hay dos mesas con unos clientes habitados. Como supuse, a mi madrina no le hizo ninguna gracia saber que Linda no ha venido conmigo a pesar que le he dicho, que tenía dolor de cabeza y que vendrá en cuanto se le pase.

El Loft Latino Café, es un bar restaurante en el centro de la ciudad, no es un lugar muy grande, pero tiene un ambiente muy familiar donde puedes degustar los platos típicos dominicanos.

Desde niña siempre he venido los fines de semana a casa de Linda, así que he ido creciendo en este ambiente, cuando cumplí los dieciséis, le pedí a mi madrina que me dejara ayudarla en el bar. Al principio comencé recogiendo las mesas y llenando el refrigerador, luego me enseñó a atender detrás de la barra, me mostró como preparar los diferentes tipos de bebidas, cafés,

cócteles, etc. Y me hizo probar cada una de ellas por lo que hoy en día soy una gran conocedora de los diferentes tipos de bebidas con o sin alcohol, sobre todo de vinos.

Me encanta este sitio, cada vez que vengo me la paso en grande, los clientes son muy agradables aunque como en todo lugar a veces te topas con personas que no quieres volver a ver en tu vida, pero siempre conseguimos mantenerlos a raya.

Tenemos todo tipo de clientes, lo que vienen a leer el periódico mientras se toman un café, los que vienen a hablar un rato ya sea con otro cliente o con la muchacha del bar, los que son tímidos que solo piden sus bebidas y no le gustan que les hables mucho, también están los silenciosos que piden sus bebidas pero no dicen nada, solo te observan. Lo bueno es que los años te van enseñando a distinguir cada uno de los clientes que frecuentas y así puedes satisfacer mejor a la clientela.

Estoy sentada tomándome unas aspirinas a ver si se me pasa el dolor de cabeza cuando llega Emma.

—*Bonjour ma chérie*^[4]—me saluda fresca como una lechuga—. Nena, tienes una cara espantosa.

—Por favor no hables tan alto que la cabeza se me está partiendo en dos, ya me dirás cómo lo haces para estar tan fresca después de semejante noche.

—Experiencia cariño aunque tener tres hermanos varones ayuda mucho. Pero tampoco es para tanto, ya verás que la próxima vez no te sentirás tan mal.

—Hablarás por ti, porque en lo que a mí se refiere, no pienso volver a tomar una gota de alcohol en lo que me resta de vida.

—Mira que eres blandita, te cuento que la resaca no surge por beber demasiado alcohol, sino por no beber lo suficiente.

—¡Blandita! —digo pero seguida me arrepiento y me llevo las manos a las sienes—, no estarás hablando en serio, nos tomamos dos botellas de vodka y una de tequila, si a eso le agregas que llevaba tres tragos de Baileys...

—Bueno pero no estábamos solas, los muchachos también bebieron.

Se sienta en una silla a mi lado.

—Y ya no te quejes tanto que te pareces a mi abuela, mejor dime, ¿dónde está nuestra Julieta? ¿Por qué no ha venido a trabajar hoy?

—Pues nuestra Julieta tenía una cita con su Romeo y no precisamente en el balcón, más bien en un barco.

—No sé si podemos llamarlo Romeo porque ella es como una princesa de Disney y el algo así como un personaje de Animal Planet, pero he de admitir que el renacuajo ese, sí que sabe hacer las cosas en grande; solo esperemos que eso no sirva para cubrir otro tipo de carencias —dice socarrona.

A mí me entra la risa.

—No te rías, ya sabes lo que pienso de esa clase de hombres, se creen muy machotes, muy creídos pero lo tienen muy chiquito.

Me muestra el dedo índice para apoyar su teoría. Hace una breve pausa para después añadir con cara de indignación:

—No te acuerdas de Bernard... Muy grande, muy fuerte, muy todo, pero a la hora de follar cuando le pedí que me la metiera más profundo, el muy cabrón me respondió: “Bebé pero ya está”

—Pobre hombre, aún no puedo creer que le dijeras que tu vibrador hacía más en un

minuto que el en veinte —le recuerdo entre risas.

Yo en lo personal pienso que el tamaño no importa siempre y cuando le den buen uso.

—Cariño ya sabes lo que dicen, «una mujer mal follada es una mujer amargada» y a mí de amargo solo me va el café.

—Hablando de café ¿quieres que te prepare uno? —pregunto recuperándome de la risa.

—No gracias, ya he recibido mi dosis por el día de hoy.

Poco a poco comenzó el vaivén de los clientes y nosotras nos repartimos el trabajo, mientras Emma atendía las mesas, yo me encargaba de la barra.

—Adri un doble expreso para la mesa tres —me grita desde la misma.

—En seguida preciosa

—Hermosa me pones una cerveza por favor —me pide Pablo, un madrileño súper simpático que está de paso en la ciudad por motivos de trabajo.

—Ahora mismo corazón, apenas termine con el café te sirvo.

—Dime una cosa, ¿cómo le haces para estar cada vez más bella?

Giro la cabeza hacia dónde él está sentado y lo miro incrédula. Mentalmente pongo los ojos en blanco. Solo me ha visto dos veces.

—Mira que eres zalamero, aunque si continuas diciéndolo, a lo mejor un día de estos te creo.

—Pues créeme morena linda, a ver si te animas y me das una cita, ¿no ves que me traes por el camino de la amargura?

Niego con la cabeza mientras sonrío.

—Pablo, me caes muy bien pero te lo he dicho, no salgo con los clientes del bar —le respondo mientras le sirvo la bebida—. Aquí tienes.

—Sabes voy a estar por aquí unos meses, no sé cómo pero al final voy a conseguir que me digas que sí.

Parece buen tipo pero con el tiempo he aprendido que lo mejor es no salir con los clientes del bar, a la larga eso solo suele traer problemas, por lo que le ofrezco mi mejor sonrisa y le propongo que disfrute de su cerveza en el momento que Emma llega a la barra con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Uy! ¿A qué se debe tanta felicidad? —le pregunto en lo que preparo el doble expreso.

—Viste el tipo que está en la mesa cuatro, pues que me ha pedido el número.

—¡Emma! ¿Qué te he dicho de ligar con los clientes del bar?

—Me has dicho que no ligue con los clientes en el bar —hace énfasis en la palabra “en”—, por eso le he dado mi número para quedar después.

Niego con la cabeza porque no puedo con su descarado, definitivamente con ella no hay quien pueda.

—¡Anda! quita esa cara que al final me vas a hacer sentir mal y sabes cuánto tiempo llevo sin tener una cita.

—No lo sé, deja que haga memoria —le digo con ironía—. Antes de irme de vacaciones estuve con Henry tu entrenador de yoga, con Philip el segurata del Jet Set, discoteca a la cual me encantaba ir por cierto, pero que tuvimos que dejar de asistir porque ahora no puedes verlo ni en pintura, también estuvo...

Hago una pausa tratando de hacer memoria.

—¿Cómo se llamaba? ¡Ah sí! Joseph el mecánico —le enumero contando con los dedos

—. Y si bien recuerdo me contaste que durante mis vacaciones, saliste con Pierre... Bernard... Jorge....

—¡Okey, okey! —Me corta—. Ya entendí, a veces se me olvida que guardas más que un disco duro. Pero te prometo que esta vez es diferente, puede que se trate del amor de mi vida.

—Emma que estás hablando conmigo y ambas sabemos que tú no crees en el amor. Le entregó el café.

—Es cierto —me confirma guiñándome un ojo—, Pero ellos no tienen por qué saberlo. Lo que significa que será un revolcón y nada más.

—Nena —me toma por los hombros y me gira para que quede frente al tipo—. Míralo bien, está más bueno que el pan y yo llevo más de una semana sin echar un buen polvo.

He escuchado tanto ese mismo discurso que no espero a que termine, doy media vuelta y empiezo a limpiar con un paño donde se ha volcado un poco de café.

—Te prometo que...

De repente se queda callada, yo levanto la vista y la veo que tiene los ojos abiertos como platos.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, pero ella no me responde. La miro y sus cejas suben y bajan al tiempo que uno de sus ojos se cierra y abre con rapidez.

—¿Qué te pasa? —Vuelvo a preguntar acercándome—, ¿y qué le pasa a tu ojo?

Inclina la cabeza hacia la puerta y me mira fijamente, sin embargo no me responde.

En el momento en que me voy a voltear para seguir la dirección de su mirada, me agarra por la mano y me dice:

—Este café está frío, creo que deberías preparar otro.

Me pasa la taza con el doble expreso. El café no está tan frío pero como no entiendo lo que acaba de pasar, me volteo para preparar otro. Cuando me giro hacia la barra me topo con la mirada que me ha perseguido durante toda la noche.

Todo cambió cuando te vi

“Entraste como un rayo de luz, como un aire encantador, liberaste con tu hechizo a mi recluso corazón”

Ha-Ash

Ahí está él, de pie frente a mí y que Dios me agarre confesada porque está más bello que la noche anterior. Es alto, muy alto, casi me saca dos cabezas, y yo no me considero una mujer pequeña más bien todo lo contrario, con mi metro sesenta y nueve, muchos dirán que tengo un buen promedio.

Lleva unos Levi's negros y una camiseta blanca Armani que le queda como un guante. Creo que durante unos segundos me olvido como respirar, casi se me cae la taza de la mano ¿Pero qué hace aquí? y ¿Por qué me pone tan nerviosa?

A través de su camiseta puedo apreciar sus músculos bien marcados, muestra que es un hombre que cuida de sí mismo.

Está de pie mirándome con la misma intensidad con la que lo hizo la noche pasada. Trato de salir del trance que me ha provocado pero no puedo. Su mirada me inquieta, me hace sentir vulnerable y desnuda.

Emma parece darse cuenta que he enmudecido porque detrás de mí escucho una tos seca.

—Nena, el café de la mesa tres.

La miro pero no entiendo de qué me habla, mi mente está totalmente en blanco, es como si me hubiera reseteado el cerebro y solo hubieran dejado imágenes de él en mi cabeza.

Como no reacciono, Emma toma la taza de mis manos y me dice:

—Descuida, ya lo preparo yo.

¡Adriana reacciona! ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Desde cuándo dejas que un hombre te afecte así?

—Y-ya lo hago yo —logro decir recuperando la taza otra vez.

—Buenas tardes, señoritas —nos saluda ocupando uno de los asientos de la barra.

—Buenas tardes —responde Emma.

—Me puedes poner un jugo de melocotón por favor —pide mirándome directamente a los ojos.

—Claro, si me permites un segundo, termino con este café y luego te sirvo.

—Puedo esperar, tengo todo el tiempo del mundo.

En la forma en que dijo esas palabras y por la manera en la que me mira, me da la impresión de que no habla solamente del jugo.

Termino con el expreso y se lo doy a Emma quien sale disparada hacia la mesa del cliente.

Le voy a servir su jugo cuando Pablo, vuelve otra vez a la carga:

—Preciosa me pones otra birra y de paso me das tu número de teléfono.

—Enseguida te la pongo —le respondo haciendo caso omiso a su comentario sobre el número.

—Puedes servirle al caballero primero, si prefieres —propone mirándome detenidamente—. Como te dije hace un momento, tengo tiempo de sobra.

Decido hacerle caso y empiezo a servir la cerveza de Pablo. Me tiemblan las manos y

no logro entender el motivo, servir una cerveza no es cosa del otro mundo, puedo incluso hasta servir dos al mismo tiempo pero ahora mismo me siento torpe e insegura.

Él me observa sin perder detalle de cada uno de mis movimientos y eso no hace más que aumentar mi nerviosismo.

Cuando por fin logro servir correctamente la jodía' cerveza, voy a la nevera y saco una botella con el jugo de melocotón, tomo un vaso de la vitrina y se lo pongo en la barra, en ese momento él alarga su mano para tomar el vaso y roza la mía con sus dedos.

Quito mi mano rápidamente porque siento una corriente que me atraviesa todo el cuerpo.

—¿Cómo te sientes?

Lo miro desconcertada.

—Te lo pregunto porque anoche parece que bebiste de más.

Lo miro con las cejas levantadas, no por su observación dado que sé que durante toda la noche estuvo pendiente de mí, sino por la preocupación que escucho en su tono de voz.

—Estoy bien gracias.

—Me alegra escuchar eso... Me llamo Maximiliano por cierto —se presenta mientras que me tiende su mano por encima de la barra—, Maximiliano Lombardi, pero mis amigos me llaman Max.

Recuerdo lo que sentí hace unos instantes cuando rozó mi mano y dudo por un momento si estrecharle la mano o no, sin embargo como no quiero pasar por mal educada, le devuelvo el saludo.

—Adriana Brooks, mucho gusto.

Ahí está otra vez, esa corriente que me recorre entera. Es como si nuestros cuerpos estuvieran conectados y se reconocieran al fin. Él también parece notarlo porque desvía la mirada de mis ojos hasta donde están nuestras manos unidas. Reconozco ese brillo que tiene los hombres en la mirada cuándo le gusta algo, por lo que rápidamente aparto la mano.

—¿Brooks?! —Dice con las cejas levantadas—, No suena muy latino que digamos.

—Y no lo es, mi papá era inglés

—¿Por qué hablas de él en pasado?

Da un sorbo a su jugo.

Inmediatamente mis ojos viajan de su boca a su garganta y sigo la dirección del líquido, me dan ganas de cubrir su cuello de besos, no puedo evitar mordirme el labio.

«¿A qué sabrán sus labios?»

—Murió hace unos años.

Ahí está, la cara que suelen poner todos cuando le anuncias la muerte de un familiar, es increíble cómo todas las personas reaccionan de la misma manera tratando de empatizarse con tu dolor, aun cuando la muerte es muy lejana.

—Lo siento —dice rascándose el cuello—. No quería ser imprudente.

—No te preocupes, murió hace mucho tiempo y con los años he aprendido a superarlo.

Le dedico una sonrisa para sacarlo de pena.

—Así que eres inglesa, ¿ah?

—Bueno, técnicamente soy mitad inglesa por parte de padre y mitad dominicana por el lado materno aunque nacida y criada en Francia.

Parece que mi confesión le hizo gracia porque sonrío y siento que el mundo ha parado de girar. Podría mirarlo durante horas y perderme entre esa mirada y esa sonrisa tan hermosa que

tiene.

—¿Qué te trae por aquí? Quiero decir por la ciudad, me imagino que eres nuevo dado que nunca antes te había visto.

Me mira con sus penetrantes ojos esmeralda mientras se queda con el vaso suspendido entre la barra y su boca.

—¿Estás segura que nunca me habías visto?

—Pues te he visto anoche en el Sabor Latino —le recuerdo al mismo tiempo que enroco un mechón de pelo en mis dedos. Necesito ocupar mis manos para disimular mi nerviosismo—, estabas en una mesa cerca a la mía.

No sé si quiera porque dije esa última frase, es obvio que él sabe que lo vi.

Murmura algo para sí mismo que no logro entender. Me parece escuchar un “al fin” antes de tomar un sorbo de su bebida, Pero no estoy segura.

—Estoy aquí por negocios y tienes toda la razón, no soy de por aquí, llegue hace tan solo tres semanas.

—¿Y qué tipo de negocios hace que dejes tu país para instalarte en un uno tan pequeño como Luxemburgo?

—Tengo una empresa de consultoría en Italia, como ha crecido bastante, quiero expandir mis horizontes y me han dicho que este es un buen lugar para hacerlo. Hace una pequeña pausa y luego añade:

—¿Tú que piensas?

—¿Qué pienso sobre qué?

—Si es o no, un buen sitio para invertir.

Y a este que más le da lo que pueda yo pensar.

—Pues... de un punto de vista geográfico y estratégico, es un país multicultural situado en el corazón de Europa que tiene más de 500.000 mil habitantes, del cual 45% de la población es extranjera.

Veo como abre ligeramente la boca y como sus pupilas se van dilatando.

—Lo que es una situación ideal para rodearse de colaboradores calificados y políglotas. Por otro lado, gracias a su estabilidad política y social y a sus infraestructuras avanzadas —le explico todo rápidamente, aplaudiéndome a mí misma por ser capaz de decir dos frases coherentes y de demostrarle que puedo ser más que una cara bonita y que para algo me han servido estos últimos cinco años en la universidad—. Además de su excelente conectividad a los mercados y de su atractivo marco legal y fiscal, Luxemburgo te permite aprehender con gran facilidad los mercados Europeos e internacional. Por lo que en mi opinión —digo encogiéndome de hombros—, sí que es un buen lugar para invertir. Pero me imagino que eso ya lo sabías, sino no hubieras decido abrir una sucursal aquí.

—¡Touché^[5]! —Clama con una sonrisa media pícara—, Pero quería saber tu opinión al respecto.

—No entiendo porque, no me conoces de nada, por lo que mi opinión no debería importarte.

Me lanza una mirada seductora y mi ritmo cardiaco se acelera.

—Es cierto... pero me importa.

Su repuesta me causa una sensación agradable en el pecho. Le dedico una sonrisa tímida.

Durante uno instantes nos mantenemos la mirada y yo quisiera tener el poder de parar el

tiempo con sus ojos mirándome y perderme en el verde de su mirada para siempre.

—No te quito más tiempo —me dice levantándose e interrumpiendo nuestro intercambio de miradas, al momento que saca un billete de cinco euros y una tarjeta de presentación de su billetera.

—Toma.

Me tiende la tarjeta.

—Tengo una propuesta para ti, si decides venir te espero en esta dirección mañana a las 2:00PM.

Veo como se pone su chaqueta y se dirige hacia la puerta. ¿Qué pasó? ¿Por qué tiene tanta prisa por irse? Pensé que estaba interesado. ¿A qué se debió tantos juegos de mirada si iba a salir de aquí casi a la carrera?

—Espera, el jugo solo cuesta un euro con cincuenta.

—Guarda el cambio y gracias por brindarme toda tu atención está vez —dice haciendo énfasis en la palabra “toda”.

Se gira y sale por la puerta dejándome totalmente confundida.

«¿Esta vez»? ¿Qué quiso dejar dicho con eso?».

—Tú sí que sabes elegir a los hombres; dime una cosa ¿en tu mundo está igual de bueno sin ropa? —me pregunta Emma al ocupar el lugar que él acaba de dejar libre mientras que yo sigo con la mirada en la puerta.

—No entiendo de qué hablas —me defiendo mientras evito su mirada inquisidora. Veo que unos clientes se levantan para marcharse así que me encamino hacia la mesa más cercana para recoger los vasos vacíos y unos restos de cacahuete.

—Por favor Adri, es la segunda vez que te atrapo idiotizada con el mismo tipo —continúa siguiéndome los pasos—, y eso en menos de veinticuatro horas.

En el momento que me giro para regresar a la barra, me la topo de frente bloqueándome el camino.

—Cariño pero si lo estabas desnudando con la mirada —insiste cruzándose de brazos.

—¿Yo?! estas completamente loca.

La esquivo y vuelvo a la barra.

—Adriana no te hagas la obtusa.

Retoma asiento pero esta vez del lado opuesto, donde suelo sentarme yo cuando no hay clientes.

—Mira que te he visto, ¡eh! Con estos ojos que se han de comer los gusanos. No sabía si sacar el violín o el babero.

—¿De verdad? Ay padre... ¡Qué vergüenza!

Me tapo la cara con las manos.

—Si te hace sentir mejor te diré que él estaba igual o peor que tú —dice en un tono suave para sacarme de mi miseria—. Ahora me puedes explicar que tanto hablaban.

—Nada importante —respondo encogiéndome de hombros.

—Para no ser importante parecías muy interesada

Toma un cacahuete de los restos que han dejado los clientes y se lo lleva a la boca. Me mira, la miro. La conozco y no va a quitar el dedo del renglón tan fácil así que le suelto la sopa.

—Me ha dicho que tiene una propuesta que hacerme.

—¿Una propuesta? A lo Robert Redford con Demi Moore?^[6]

—No lo sé, pero dudo mucho que sea así de indecente, solo dijo que lo viera en esta

dirección mañana a las dos.

Le ofrezco la tarjeta y ella la estudia un momento.

—Maximiliano C. Lombardi, C.E.O de Lombardi Consulting S.A.

Lee la nota en voz alta.

—Pero este hombre no sólo está más bueno que el pan sino que hasta nombre de millonario tiene —grita echándose fresco con la tarjeta y yo se la quito de la mano.

—Shhhh... ¿Podrías bajar la voz?

Ella pone los ojos en blanco y prosigue ignorando mi petición.

—Te imaginas que te diga: “Adriana Brooks, te ofrezco un millón de dólares para que pases una noche conmigo y me permitas metértela por todas partes” —dice dramatizando cada palabra—. Así como en la película.

Yo me río, con Emma siempre es así, para ella todo es un chiste.

—Supongo que tendremos que esperar hasta mañana para saberlo.

¿Qué hago yo?

“Resulta extraño pensar que cuando uno teme algo que va a ocurrir y quisiera que el tiempo empezara a pasar más despacio, el tiempo suele pasar más deprisa”

JK Rowling

Lo peor que te puede pasar en la vida, es no saber a qué te enfrentas, los nervios te causan incertidumbre, la incertidumbre te causa estrés, y el estrés te causa insomnio y el resultado es simple: yo pálida y cansada, o sea, un perfecto desastre. Desde que Maximiliano me dijo que tenía una propuesta que hacerme, no he dejado de pensar en ello. Me he hecho miles de preguntas ¿Por qué a mí? ¿Qué es lo que quiere proponerme? ¿Por qué fue al bar? ¿Qué es lo que busca? Pero para ninguna tengo respuesta y por esa razón, no he dormido nada la noche entera.

Cuando mi despertador sonó, yo ya estaba despierta. Estoy toda ojerosa, por suerte nada que un buen maquillaje no pueda cubrir. El problema real, es mi atuendo, la imagen que quiero proyectar.

Dentro de dos horas debo de estar en el edificio Luxhaus para mi cita con Maximiliano y no tengo idea qué debo ponerme.

Estoy parada frente al espejo de cuerpo entero que tengo en mi habitación intentando decidir qué debo llevar.

—A ver, si me pongo este pantalón de vestir negro con una camisa manga larga azul... No, me veo muy seria y no quiero que pierda el interés.

Me pruebo un vestido blanco que me encanta porque me queda ceñido al cuerpo y pone en valor mis curvas latinas. El vestido tiene el cierre de lado, bajo el brazo y llega tres centímetros arriba de la rodilla, lo que me parece perfecto porque el protocolo manda que no sea muy corto. Creo haber encontrado la ropa indicada hasta que me miro al espejo y descubro que es casi transparente y se marca mi ropa interior.

¡Qué frustración!

—Demasiado sexy. Tampoco debe de pensar que voy de ofrecida.

¡Ay padre! Estoy hecha un completo lío, ¿pero a mí que más me da, lo que él pueda o no pensar?, no lo conozco de nada y solo se trata de una cita.

La atracción que siento por este hombre no me deja pensar con claridad, tengo que tratar de enfocarme.

Sé que el Luxhaus es un edificio de oficinas de cuatro plantas, situado al noreste del centro de la ciudad y en el cual se encuentran varias sedes de las empresas más grande de Luxemburgo y algunos países vecinos como Francia, Bélgica, Alemania, etc.

Entonces no debería ser tan difícil escoger una vestimenta.

Por lo que me decido por un vestido beige que me llega a la rodilla, lo acompaño con una chaqueta azul marino y unas botas negras con su bolso a juego. Me maquillo intentando tapar mis ojeras pero siempre de forma discreta. El cabello es más fácil porque me dejo mi onda natural suelta. Me miro en el espejo, me veo casual y profesional, simplemente ¡perfecto!

Estoy dando los últimos toques cuando mi teléfono suena, veo en el indicador que se trata de Linda.

—Hola preciosa, ¿cómo estás? —la saludo.

—Bien, te llamaba para informarte que Emma y yo hemos quedado para almorzar y quería saber si te unías a nosotras, así te agradezco que me cubrieras la espalda.

—Lo siento pero tengo una cita a las dos y no sé cuánto tiempo me tome.

—¡Una cita! —grita, dejándome casi sorda—. Pero tú no acabas de volver a penas de vacaciones, ¿y se puede saber con quién?

—Linda, por favor no grites que no soy sorda y no se trata de una cita literalmente hablando, es más bien algo así como... No sé bien qué es, pero no es una cita. Me voy a reunir con Maximiliano Lombardi.

—Maximiliano Lombardi —me pongo un poco de Labello para proteger mis labios mientras ella trata de hacer memoria—, no recuerdo a nadie con ese nombre.

—Es el tipo que estaba el sábado en la noche en el Sabor Latino.

—¿El amigo de Carlos? —vuelve a gritar tan fuerte esta vez que tengo que apartarme el auricular del oído.

—Sí, el mismo que viste y calza.

Le confirmo al tiempo que doy un último toque a mi cabello.

—¿Pero en qué momento te pidió una cita? ¿Y qué pasó con la rubia, acaso no era su novia?

—Estuvo ayer en el bar, Linda escucha voy llegando tarde, te llamo en cuanto pueda y hablamos, ¿de acuerdo?

—Está bien, en cuanto salgas de la reunión me llamas porque no estoy entendiendo nada y necesito más detalles.

—Te quiero, hablamos luego.

La corto antes de que siga en plan cotilla.

Miro la hora y me doy cuenta que si tomo el autobús no voy a llegar a tiempo, así que llamo un taxi y le pido que me lleve hasta la estación y luego cojo el tren hacia *Luxembourg ville*.

En el trayecto desde Thioville hacia Luxemburgo vuelvo a pensar en él, en sus ojos esmeraldas, en sus labios. Dios, que no daría yo por un beso de esa boca. Y cuando sonrío, todo parece iluminarse a su alrededor y ahora por culpa de Linda, también pienso en ella, la mujer que lo acompañó a la discoteca, me había olvidado que existía. No se puede negar que es bellísima, parece una modelo de revistas. ¿Será su novia? No lo creo, sino no me hubiera mirado de esa forma y no hubiéramos compartido ese momento de intimidad que tuvimos cuando vino a verme ayer en el bar, porque estoy segura de que vino buscándome a mí, pero la pregunta a la cual no encuentro respuesta es... ¿Por qué?.

Vuelvo a la realidad cuando escucho una voz masculina por el megáfono anunciando que en cinco minutos estaremos llegando a la ciudad.

Llegar al Luxhaus me toma unos quince minutos, desde la estación de tren de Luxemburgo. Cuando llego me paro unos segundos para admirar el edificio de baja altura. He pasado un millón de veces en frente y nunca había reparado en lo impresionante que es. Tiene una fachada integral de muro, cortina de aluminio anodizado de color natural matte, alternados con paños fijos de una altura de dos metros veinte más o menos y vidrios serigrafados.

Esta modesta edificación similar a la de cualquier otro inmueble de oficinas en una capital Europea, guarda en sus cuatro pisos más de trescientas compañías. Esas cifras quieren decir dos cosas: o las aperturas son increíbles, o eso explica que las palabras “paraíso” y “fiscal” estén sacudiendo los cimientos del país con mayor renta per cápita de la Unión Europea.

Es lunes, y el vaivén de empresarios trajeados, en todas las direcciones lo demuestra.

Una vez dentro, me encuentro con un vestíbulo moderno y diáfano, donde tres recepcionistas perfectamente trajeadas están concentradas en sus ordenadores. Me acerco al mostrador para que una de ellas pueda orientarme.

—Buenas tardes, estoy buscando la oficina Lombardi Consulting.

—Buenas tardes, ¿tiene usted una cita?

—Sí, a las dos, con el señor Lombardi.

La veo teclear algo en su computadora y luego me entrega un carnet donde la palabra “visitante” está escrita, al mismo tiempo que me informa.

—La oficina del Sr Lombardi está en el segundo piso.

Me indica con el dedo hacia el fondo del pasillo.

—Tome el ascensor, una vez arriba doble a su izquierda hasta la puerta número 221.

—Muchas gracias.

Mientras espero el ascensor me digo:

«Adriana, por fin ha llegado el momento de saber qué es lo que quiere él de ti»

Ahora tú

“Si te ofrecen un asiento en un cohete, no preguntes qué asiento. Simplemente entra”

Sheryl Sandberg

Según voy subiendo en el ascensor repleto de ejecutivos con trajes carísimos, mi ritmo cardíaco se va acelerando, trato de respirar pausadamente para poder controlar los nervios y pensar con coherencia. Estoy en el Luxhaus, si me propuso vernos aquí, es porque se trata de un asunto de negocios y no personal, si no me hubiera invitado a otro sitio, algo como un restaurante o un café.

Como está abriendo una empresa lo más probable es que me proponga trabajo, ¿De qué índole? No lo sé. Pero claro, la romántica que llevo dentro, se llenó la cabeza de tonterías.

«¡Tiene novia por dios! ¿Qué otra cosa podría interesarle de ti sino es en el ámbito profesional?».

Es cierto que está más bueno que un mango y que he pensado en él un millar de veces en las últimas veinticuatro horas pero tengo que parar, no puedo seguir fantaseando con este hombre como si fuera una adolescente.

«Adriana eres una adulta, además de una profesional así que controla tus hormonas».

Cuando el pitillo anuncia que he llegado al segundo piso, tomo un largo respiro y salgo del ascensor con pasos seguros y la espalda recta.

Al llegar a la puerta 221, respiro una vez más, cierro ligeramente el puño y toco con firmeza antes de abrirla.

—Buenas tardes, soy Adriana Brooks.

Me presento acercándome a una joven morena, sentada detrás de un escritorio que bien podría tener mi edad.

—Bienvenida Señorita Brooks, soy Martha la secretaria del Señor Lombardi —replica con una amplia sonrisa—. Acompáñeme por favor.

Se levanta de su silla y sale detrás de su mostrador en forma de curva color marrón.

—El señor la está esperando.

La sigo por un pequeño pasillo donde hay varios diplomas colgados en la pared, de los cuales logro distinguir una maestría de ciencias en finanzas y otra en gestión gerencial. No puedo seguir curioseando porque en ese momento escucho a la secretaria anunciándome al tiempo que abre la puerta.

—Disculpe señor, su cita de las dos acaba de llegar.

Cuando cruzo el marco de la puerta dándole las gracias a la amable joven, lo descubro de pie. Va de traje negro, camisa blanca y sin poder evitarlo mi mirada lo recorre de abajo hacia arriba hasta llegar a sus ojos y el entorno desaparece, solo existe él para mí.

«¡Dios! ¿Acaso todo lo que este hombre se pone le queda así de bien?»

Me mira con esa forma tan intensa que hace vibrar todo mi cuerpo, se ajusta su corbata antes de comenzar a caminar en mi dirección y yo ahogo un suspiro.

Lo veo acercarse con pasos uniformes y suaves, con la espalda erguida y la cabeza en alto, mostrando elegancia y seguridad en cada paso y no puedo evitar como la última vez... quedarme totalmente embobada.

«¿Será que tendré la misma impresión cada vez que lo vea?».

Espero que no porque si no terminará por creer que soy idiota.

En el instante que llega a mí me toma la mano de manera firme pero sin dejar de ser delicado.

—Buenas tardes Adriana, es un placer volver a verte —saluda reteniendo mi mano mucho más tiempo del necesario y atrapándome en el verde de sus ojos—. Permíteme ayudarte con tu abrigo.

Asiento rompiendo el contacto visual.

Mientras me ayuda a despojarme del abrigo, siento sus manos rosarme apenas unos segundos y cada célula de mi cuerpo cobra vida, durante ese instante creo escuchar mi corazón latir tan fuerte que tengo miedo que él lo escuche.

Trato de respirar pausadamente, pero se me dificulta aún más cuando lo veo recorrer mi cuerpo con las pupilas dilatadas y no puedo evitar que mi rostro se torne carmín. Me recuerdo que debo ser más profesional en su presencia y concentro la mirada en el ventanal situado detrás de su escritorio que permite el ingreso de la luz natural iluminando así el espacio.

«Como si el lugar necesitara más luz con semejante semental aquí adentro, alumbrando todo a su paso».

—Toma asiento, por favor.

Tira de la silla de piel negra y yo me acomodo en ella.

Que modales.

Regresa a su mesa de diseño en caoba y ocupa el asiento que está en frente de mí.

Por un momento me permito salir del embrujo seductor del que soy víctima cada vez que estoy en su presencia, y me permito apreciar el lugar. El inmobiliario de la oficina es tradicional, los muros son de color crema, la decoración es sencilla, apenas dos cuadros adornan las paredes y un sofá en piel negro complementa el espacio; el ambiente refleja elegancia y jerarquía. Mi vista se detiene en la estantería donde varios libros llaman mi atención. Desde aquí creo ver “La Riqueza de Las Naciones” de Adam Smith.

Quedo maravillada por la amplia biblioteca que tengo delante de mis ojos, autores como: Napoleón Hill, Carlos Marx, Howard Raiffa. Títulos como: “Ventajas Competitivas de Las Naciones” de Michael Porter, libro que destronó “La Riqueza de Las Naciones”.

—Veo que te gusta mi biblioteca —señala, llamando así mi atención y acomodándose en su sillón de respaldo alto.

—Disculpa, me gusta mucho la lectura y tienes unos volúmenes increíbles.

Me defiendo mirando la estantería de reojo y sintiendo el rubor remontar por mis mejillas, apenada de haber sido atrapada fisgoneando.

—¿Cuál te gusta más? —pregunta con la mirada fija en mí.

—Gordon Mackenzie —respondo sin dudar. Él levanta una ceja, posiblemente sorprendido por mi respuesta.

—¿Se puede saber por qué?

Su mirada se intensifica.

Lo miro con nerviosismo y me acaricio el cuello sin embargo, no me dejo intimidar. Yo no tendré los títulos que él tiene colgados en el pasillo pero también tengo lo mío. Por algo me he quemado las pestañas y en lectura, pues creo que no me gana nadie.

—Para mí es uno de los mejores libros que se hayan escrito sobre los negocios, el amor de Gordon por la creatividad y la auto-expresión, de cómo alcanzarla a pesar de los obstáculos —le explico mientras él me escucha como si le estuviera contando la cosa más fascinante que hubiera escuchado en su vida—, hace que leer ese libro sea un placer.

Mi respuesta parece gustarle porque su mirada se vuelve chispeante y su boca se abre ligeramente y yo no puedo estar más feliz.

—Me imagino que te estás preguntando porqué estás aquí —dice recuperando rápidamente la compostura y desabotonando su saco.

—Sí, la verdad es que la curiosidad me ha estado matando.

—Pues, somos una empresa de consultoría financiera y estrategia gerencial. Como te comenté ayer estoy ampliando el negocio. La cede principal seguirá estando en Italia por lo que tendré que viajar a menudo para allá. Así que necesito un colaborador que pueda tomar las riendas del negocio durante mi ausencia.

Me parece muy bien su discurso pero todavía no tengo idea de qué hago yo aquí. Así que lo miro con cara de circunstancias.

—No entiendo que tiene que ver eso conmigo.

Arqueo la espalda y me llevo el pelo detrás de la oreja.

—Sé que eres licenciada en economía, también sé qué hablas español, francés e inglés y como tú misma comentaste, es bueno rodearse de socios cualificados y políglotas —dice mirándome directo a los ojos de lo más natural, con voz firme—, y aunque hemos hablado poco pienso que eres una persona muy capaz, por lo que quiero seas ese colaborador.

Mi cara debe de ser todo un poema porque me quedo pasmada.

Lo miro con los ojos como platos. Tardo varios segundos en recordar cómo se habla o se piensa. ¿Cómo es que tiene tanta información sobre mí? Dudo entre asustarme y salir corriendo de aquí. Puede que después de todo sea un acosador detrás de una encantadora sonrisa o si estar feliz, una oportunidad como esa no se presenta todos los días; que te propongan un trabajo como este, acabando la universidad y sin estar buscándolo es el sueño de todo profesional.

No obstante no estoy eufórica, al contrario estoy inquieta, ¿por qué yo? No me conoce de nada, lo he visto dos veces y cuando me mira o me habla, lo hace de una forma tan natural que parece como si conociera la historia de mi vida.

—Entiendo que te atrape con la guardia baja pero soy una persona que no le gusta andarse por las ramas.

Se levanta, rodea su escritorio y se sienta en el borde de la mesa—. Estoy muy interesado en trabajar contigo —continúa con voz pausada.

Extiende la mano, toma unos documentos y me los entrega.

—Toma, aquí está la propuesta. Espero de verdad que aceptes pero no tardes mucho en darme una respuesta porque como te imaginarás me urge una persona que cubra ese puesto.

Me mira detenidamente y yo asiento. Le echo un rápido vistazo a la oferta.

Lo primero que me llama la atención es el monto del sueldo... ¡Guau! Es mucho más de lo que podría demandar comenzando una vida activa. Para que negarlo, es una oferta tentadora. Demasiado para mi gusto. En otra circunstancias hubiera saltado sobre ella sin pensarlo dos veces pero en este caso hay algo que no termina de cuadrarme. Hoy en día vivimos en una sociedad dónde nadie te ofrece algo sin esperar nada a cambio y eso hace que desconfíe.

—¿Por qué yo? —pregunto al levantar la cabeza del documento para poder mirarlo a los ojos.

Me observa un breve instante sin quitar sus ojos de los míos, puede que estudiando su respuesta.

—¿Por qué no tú? —contesta con una sonrisa cálida antes de mojarse los labios.

Mis ojos bailan de sus ojos a su boca e inmediatamente lo imito mordiéndome el labio

inferior. Parece que la temperatura ha subido repentinamente porque siento como mi cuerpo se acalora. Observo su nuez de Adán subir y bajar y solo puedo pensar en lo que sería besar su cuello, su boca, perder mis manos en su cabellera y tirar ligeramente de ella para acercarlo más a mí. Miro cómo acomoda sus gemelos y no puedo más que imaginar esas manos sobre todo mi cuerpo, tengo que juntar las piernas para calmar el deseo que me invade en ese momento.

Ya estoy desvariando de nuevo. Tengo que poner distancia, su cercanía me perturba demasiado.

—Lo pensaré —anuncio poniéndome de pie torpemente.

Me detiene tomándome de la mano, su atrevimiento me sorprende y hace que el corazón me dé un brinco, pero extrañamente no me molesta, todo lo contrario, me agrada.

«Pero si cada vez que este hombre me toque, se me acelera el corazón de esta forma, no voy a llegar a los veinte y cuatro».

—¿Por qué no lo piensas y mientras te invito a comer algo? —propone con una sonrisa seductora y reteniendo aún mi mano—. Todavía no he comido nada y me gustaría que me acompañaras.

Sé que no debería por razones muy obvias, no obstante eso no me impide responder:

—De acuerdo.

Se incorpora y me libera de su contacto mientras se dirige al perchero a buscar mi abrigo, en el momento que me ayuda a ponérmelo vuelve a rozar mi cuello y un escalofrío atraviesa mi espina dorsal.

—De verdad me gustaría que aceptaras mi propuesta —dice al tiempo que pone la palma de su mano en mi espalda baja con delicadeza mientras abre la puerta del despacho.

Me derrito al sentir el calor que desprende su mano y sé que ya no hay vuelta atrás, estoy perdida.

Me conduce fuera, de vuelta a la recepción donde le informa a su secretaria que estará ausente unas horas.

—Me esperas un momento, tengo que darle unas instrucciones a Martha antes de irnos.

—Claro.

En cuanto quita la mano de mi espalda, echo de menos su contacto.

—Martha, puedes archivar el dossier Pichardo y encima de mi escritorio te dejé la propuesta para Pluger & Salvatore, hay que enviarla hoy antes de las cuatro.

Mientras está hablando con la muchacha aprovecho para hacer lo que no hice antes por la prisa y el nerviosismo: fijarme mejor en el lugar; el ambiente es acogedor, hay una pequeña sala de espera decorada de forma moderna con dos sillones de una plaza, sobre este hay un cuadro en el que se puede apreciar la vista parisina, creo que desde la altura de la torre Eiffel. También hay otro sofá a juego de dos plazas con estructura metálica en piel de color gris, acompañado de una mesita de centro en cristal.

Creo que podría ser agradable trabajar aquí.

—Vamos.

Vuelve a poner su mano en mi espalda apenas llega a mi lado.

Salimos por el pasillo en un silencio total. Cuando llegamos al ascensor, este está en la planta por lo que no tenemos que esperar. El mundo debe de estar conspirando contra mí porque está vacío; en un edificio de oficinas donde circulan cientos de trabajadores y visitantes diariamente ¿qué posibilidades hay para que esto ocurra? Entramos en el ascensor y él se dirige al fondo donde se apoya de la pared con las manos en los bolsillos de su abrigo largo de lana de tres botones, yo

me mantengo con la cara frente a las puertas, preparada para salir corriendo de aquí. Me recorre un escalofrío por la nuca, no tengo que voltearme para saber que es porque su mirada está puesta en mí. Poco a poco el ascensor se va llenando con una dulce electricidad que inunda toda la atmósfera. Mi respiración se torna irregular y me gana nuevamente el nerviosismo, no quiero girarme para que no se dé cuenta de cómo me afecta, así que me pongo a jugar con mi iPhone. Siento sus pisadas acercándose y su colonia inunda toda mis fosas nasales, huele a hierba y ligera notas frutales; una fragancia poderosa que volvería loca a cualquier mujer, de esas que te dan ganas de oler más de cerca, tomo un hondo respiro justo en el momento que se abre el ascensor. Vamos primero al mostrador para devolver el carnet y me guía hacia la calle en dirección de su Mercedes CLS 500 negro, me abre la puerta mostrando así sus buenos modales y no puedo evitar admirar el sedán de cuatro puertas.

—¿Dónde quieres ir a comer? —pregunta en el instante que se sienta detrás del volante.

Yo imito su gesto y me pongo también el cinturón de seguridad.

—¿Conoces el Chile's?

—No —dice incorporándose en el tráfico—. Pero tú solo ordena que yo obedezco.

Sonrío.

—Está en la Place d'arme, no queda lejos de aquí.

—¿Por qué no me cuentas un poco más de ti? —se interesa aún con la vista puesta en la ruta mientras intenta lidiar con el horrible tráfico que suele haber en la ciudad.

—No hay mucho que contar.

Me volteo un poco en el asiento para poder verlo mejor. —Me gusta lo típico: salir con mis amigas, cine, viajes, lectura; nada del otro mundo —Le explico justo antes de que mi teléfono anuncie la llegada de un mensaje. Verifico y no puedo evitar soltar una carcajada que ahogo rápidamente al recordar con quién estoy.

Hola nena! Como aún no tengo señales de ti, me imagino que has de estar de rodillas debajo del escritorio. Hazme sentir orgullosa y trágatelo todo ;)

Llámame.

¡Emma está loquísima!

Ladeo discretamente la cabeza y lo encuentro observándome con cierto brillo en los ojos. Siento como los cachetes se me enrojecen.

Decido no responder porque conociéndola seguro me llama para tener más detalles, así que apago el celular y lo guardo en la cartera.

Durante el trayecto me cuenta un poco más de la empresa. La creó hace ocho años con la ayuda de su mejor amigo, asesoran empresarios en las más diversas actividades económicas y financieras, su especialidad es la estrategia gerencial. Por el brillo de sus ojos puedo notar lo mucho que le gusta diseñar tácticas para mejorar el rendimiento de todo tipo de compañías.

Veinte minutos más tarde llegamos al Chile's: un restaurante mexicano de dos pisos ambientados con mesas y sillas de madera, acompañado con objetos, fotografías con los lugares y monumentos más importantes del país. Es muy colorido, no es sofisticado pero se come muy bien. Cuando pasamos la puerta, nos recibe una joven latina muy simpática de unos veinte años con una auténtica sonrisa.

—Buenas tardes, bienvenidos al Chile's.

—Buenas tardes —respondemos los dos en conjunto. No me da tiempo decir nada más porque un remolino que conozco bastante bien viene en nuestra dirección a grandes zancadas.

—¿Qué onda chaparra^[7]? —Me saluda Miguel con mucho entusiasmo, envolviéndome en un abrazo de oso—. Cuánto tiempo sin verte por aquí.

El abrazo dura más tiempo de lo necesario o eso me pareció a mí al ver cómo Maximiliano frunce el ceño.

—¡Hola grandulón! No sabía que estabas de turno —respondo con una sonrisa, rompiendo el abrazo.

—Lo sabrías si no me tuvieras tan abandonado.

Toma mi mano, y se la lleva al pecho.

—El canijo de mi jefe me puso a parir chayotes^[8] pero al final pude cambiar el turno de la noche por la mañana...

Yo me río. Miguel y sus expresiones, me encanta esa forma de hablar de los mexicanos. ¿Qué puedo decir? soy amante de los acentos.

—Una mesa para dos —dice Maximiliano dirigiéndose a la anfitriona en un tono de voz plano al momento que lleva su mano a la parte baja de mi espalda interrumpiendo así el discurso de Miguel. Si la hubiera puesto unos centímetros más para abajo, ¡me estuviera tocando el culo!

—Ya me encargo yo tesoro —anuncia Miguel a su compañera antes de girarse y comenzar a andar. Miro a Maximiliano pero su rostro no muestra ningún tipo de emoción por lo que no tengo ni idea de qué puede estar pasando por su cabeza.

—Estás bellísima con ese bronceado nena —prosigue Miguel mientras nos conduce a nuestra mesa y siento cómo la mano de Maximiliano se tensa.

—Qué va...

—Es la pura neta. ¿Se puede saber dónde has estado metida?

—Estuve un mes fuera.

Miro de reojo a Max que sigue impasible. En el momento que llegamos a la mesa, tira de la silla invitándome a sentarme, todo sin hacer ningún contacto visual. Su comportamiento ha cambiado, ya no me sonrío y está más serio, si no fuera porque no lo conozco de nada, diría que está molesto.

Miguel nos entrega la carta.

—¡Qué chido! Mira que eres suertuda.

—Bueno, no es para tanto, solo fui a visitar a mi abuela y a mi mamá. Además me dijiste que ibas a Sonora el próximo año.

—Es que no te he contado, recuerdas el primo mío que vino de vacaciones hace ocho meses, pues que se ha traído a la mujer y al chamaco a vivir con nosotros, así que he tenido que cambiar de casa. Como podrás ver, ni yendo a bailar a Chalma^[9] podré ir de vacaciones el próximo año o el siguiente —dice todo atropelladamente y a mí, que tengo la costumbre de escuchar las quejas de Miguel, me causa gracia. Aunque comienzo a preocuparme por Max que parece que le han metido un palo por el culo—, mi reina mejor no te sigo agobiando con mis males. Enseguida te traigo lo que te gusta.

—Tú sí que sabes mimarme —digo con una amplia sonrisa—, pero nada de margaritas por hoy así que tráeme una Fanta por favor.

—¡No manches^[10]! ¿Y eso? No me digas que se ha muerto alguien y no me he enterado. Pues nada, solo que con este hombre alrededor, necesito tener la mente clara.

—No, cómo crees. Solo que es muy temprano.

—¿Y desde cuando eso ha sido un problema para ti?

¡En serio! Mi amigo y su indiscreción. Al final Maximiliano va a pensar que soy una persona que se pasa todo el día levantando el codo. Le lanzo una mirada de: ve a ver si puso la marrana y él parece interpretarla muy bien.

—Tus deseos son ordenes mi reina, en un minuto regreso para tomar su orden.

Cuando Miguel se marcha miro a Maximiliano que sigue con rostro serio.

—Suelo venir mucho aquí. Miguel es un amigo.

«Y yo... ¿Por qué me estoy justificando?».

—¿Siempre es así de simpático? —pregunta con cierta ironía en la voz.

—He de admitir que es un tanto eufórico.

Y un tanto gay pero eso es una información que prefiero no revelar. Lo veo revisar el menú, yo siempre pido la misma comida así que ni siquiera lo miro.

—¿No vas a ordenar nada?

—Fajitas de pollo —replico rápidamente con una sonrisa—. Cada vez que vengo pido lo mismo.

Él asiente y cierra el menú.

—He visto que has estado leyendo la propuesta durante el trayecto. ¿Qué te ha parecido?

¡Vaya! Directo al grano. A este no le gusta perder el tiempo.

—Es una excelente propuesta —digo en el momento que llega Miguel con unos nachos y guacamole.

—¿Están listos para ordenar? —Pregunta mientras los pone sobre la mesa—. Tú ni te molestes, la pregunta es sobre todo para el caballero.

Señala en dirección a Maximiliano con el lápiz, sostiene un bloque de nota en el aire y toma una postura profesional.

—Lo mismo que Adriana —dice sin siquiera mirarlo y yo saboreo el dulce sonido de mi nombre en su boca. Miguel anota todo en su libreta y se va.

—Me decías.

Toma una postura más relajada en su asiento.

—Que la oferta está muy interesante pero quisiera saber algunas cosas antes de tomar una decisión.

—Soy todo oídos —dice tomando uno de los nachos.

—¿Cómo sabías que estaría en el bar ayer?

—Porque quería hablar contigo —confiesa sin ni siquiera pensarlo.

—¿Entonces sabías que trabaja ahí?

Él asiente.

—¿Cómo es que sabes tantas cosas sobre mí?

—He hecho una pequeña investigación —dice antes de llevarse un nacho a la boca. Lo mastica muy despacio todo sin quitarme los ojos de encima. Yo pongo cara de circunstancias. No sé si sentirme halagada o si sentirme molesta por semejante atrevimiento.

Termina de masticar y luego apoya los codos sobre la mesa.

—Cuando algo me interesa, no dudo en poner todo el empeño que considere necesario. Su comentario me parece de los más prepotente, aunque para qué negarlo, también un poco sexy.

—Podrías haberme preguntado a mí directamente —respondo sin ocultar mi molestia. Eso de que ande por ahí preguntando sobre mí, sabrá Dios a quién, no me gusta.

—Tienes razón, pude haberlo hecho, pero no te encontré. Por eso fui a hablar con tu madrina, para saber si estabas desempleada.

Pero bueno, este hombre no termina de dejarme con la boca abierta. ¿Cuál era la urgencia de dar conmigo como para ir a hablar con mi madrina?

—Pero, ¿cómo supiste que el bar era de mi madrina?

Debo de parecerle disco rayado con tantas preguntas pero es que estoy totalmente desconcertada por su interés.

—Ya te dije, me interesa trabajar contigo y estoy utilizando todos los medios para que eso suceda.

—Sabes que estoy recién graduada y que podrías trabajar con una persona con más experiencia.

—Es cierto, sin embargo tendría que perder tiempo haciendo entrevistas y me urge cubrir el puesto. Además como te dije, suelo equivocarme poco con las personas y tu respuesta de ayer me gustó, fue rápida, clara y acertada.

Lo escucho hablar y noto como poco a poco comienzo a relajarme desde que llegue a su despacho esta tarde. Es agradable estar en su presencia. Es una persona centrada que sabe lo que quiere y aparentemente, me quiere a mí, pero ¿podría trabajar con él sabiendo que me atrae? Sobre todo sabiendo que tiene novia. ¿Podría llegar a verlo solo como mi jefe? No creo que encuentre nadie que me haga una oferta como esa sin tener experiencia en el aérea. ¿Qué clase de profesional sería si no aceptara una oferta laboral solo por dejarme llevar de los sentimientos?

—Te agradezco mucho tu confianza, te prometo que la voy a revisar minuciosamente.

—Es todo lo que te pido.

Tentación

“Y ahora tú llegaste a mí, sin previo aviso, sin un permiso, como si nada”

Malú

Al salir del restaurante Maximiliano insiste en llevarme a casa pero lo convengo de lo contrario explicándole que tengo que hacer algunas cosas y quiero aprovechar que estoy en la ciudad. Cuando se va enciendo el teléfono y llamo a Emma para saber si aún está en el trabajo.

—Dime bebé, ¿cómo estuvo? Quiero todos los detalles.

—Si apenas ahora termino...

—¡Wepa! Cuanta vitalidad, mira que mantenerte ocupada toda la tarde —comenta socarrona cortando mi explicación—. Dime por lo que más quieras que superó a Jérémy.

Empiezo a caminar en dirección a las calles peatonales del centro.

Jérémy es mi ex. Un militar con el que estuve saliendo durante un año y todo era perfecto, pensé incluso que era el hombre de mi vida, con el que me casaría y formaría una familia. Cuando decidimos pasar a la velocidad superior, todo cambió. El sexo fue un monumental desastre. No me hacía ni cosquillas, así que después de un año de relación casi perfecta y dos meses de sexo mediocre, lo dejé.

—Tú sabes que a Jérémy lo supera cualquiera —digo deteniéndome delante de la vitrina de Zara, donde unos vaqueros reclaman mi atención. ¿Qué puedo decir? Soy loca con las compras.

—Pero no seas boba que no se trata de eso, te llamaba para saber si ya terminaste —continúo con la vista puesta en unos zapatos de tacones que irían perfectos con mi nuevo vestido negro—. Y hazme el favor ya deja de pensar solo en sexo.

—Yeah baby, aún estoy aquí, aunque ya casi termino pero déjame que te explique una cosa corazón, el sexo es el motor que mueve el mundo, eso y el dinero claro está.

—Voy a pasar por ti, necesito que hablemos —le informo retomando la marcha.

La galería donde trabaja Emma está también en el centro por lo que me toma apenas unos veinte minutos en llegar a pie. Cuando entro, ella está muy concentrada con una carpeta que lleva en mano. Se ve tan profesional con su moño alto, su camisa rosa manga larga y su falda de tubo negra.

—¿Qué tanto le miras a ese papel? —Digo acercándome—, la sola razón para que estés tan concentrada en él es que tenga un hombre desnudo dibujado.

—Si tan solo fuera cierto, eso alegraría muchísimo mi trabajo —dice con algo de malicia en los ojos antes de darme dos besos en la mejilla—. Estoy configurando una exposición. La semana que viene estaremos presentando un artista local y estoy verificando la cronología de las obras.

Me señala el cuadro que tiene en frente. Miro los cuadros, no sé mucho, por no decir nada de arte pero los colores me atraen.

—Me gusta.

—Es un artista joven pero si sigue así, creo que podría tener mucho futuro —añade antes de dirigirse hacia una mesa donde deposita los documentos.

—¿Cómo es que llegaste tan pronto?

—Estaba en el Chile's —le informo paseándome con pequeños pasos por la galería.

—Almuerzo y todo, este hombre no hace las cosas a media ¡eh! —Dice en tono de burla en el momento que levanta la vista de la carpeta—. Yo hubiera pensado que la comida serías tú atada a su carísima mesa de ejecutivo.

—Solo quería hablar un poco más de la propuesta —me giro y me apresuro a decir—, laboral.

Hago énfasis en la palabra, aclarando antes de que ella salga con una de sus perlas. Veo como una sonrisita maliciosa se asoma a sus labios, muestra que tenía razón.

—Es suficiente por hoy —anuncia al tiempo que se quita las gafas.

Suena mi teléfono, al verificar la pantalla del iPhone veo que es Samia.

—¡Hola nena! ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy aquí con Emma en la galería —le respondo al mismo tiempo que articulo hacia Emma que se trata de Samia.

—Perfecto. Yo estoy llegando de Ikea, ¿qué les parece si nos reunimos en la *Boulangerie de la Gare* y así me cuentas cómo te fue en la entrevista antes de irte a tu casa?

—Me parece bien, estaremos ahí en diez minutos, dependiendo del tráfico.

Ayudo a Emma a recoger y cerrar la galería, caminamos hasta *La place de Hamilius* donde tomamos la línea dieciséis hasta la estación de trenes. La cafetería donde quedamos en juntarnos con Samia queda justo al lado. Cuando entramos ella aún no ha llegado, nosotras buscamos un lugar alejado de la entrada para evitar la fría brisa que comienza a sentirse en esta época del año. Mientras esperamos, ordenamos unas bebidas caliente y Emma me cuenta un poco más del artista que va a exponer la semana entrante.

—Siento la tardanza —se disculpa Samia acercándose a toda prisa a nuestra mesa. Se sacude el agua del pelo—, pero entre el tráfico y la lluvia, llegar ha sido toda una batalla.

—No puedo creer que ya empezó a llover —se queja Emma.

Eso es un problema en este país, el clima es bastante homogéneo; un día llueve y el otro también.

—Jaret no encontraba parqueo cerca así que me ha dejado casi llegando a Footlocker —prosigue ocupando una de las sillas—. El tráfico en esta ciudad está cada día peor.

—Yo por eso prefiero ir al trabajo en transporte público —dice Emma—, porque entre el tráfico y encontrar un parqueo decente que no te cueste un ojo de la cara, es totalmente imposible.

—¿Qué hacías en Ikea? —intervengo después de dar un último sorbo a mi chocolate caliente.

—Pues, ahora que he decidido irme a vivir con Jaret, me he dado cuenta que mi cama es muy pequeña para los dos, así que fuimos a ver algunos muebles que queremos cambiar —levanta la mano para llamar la atención de la mesera.

—O sea que la cama estaba bien para hacer galopetas pero no para dormir —opina Emma inclinando la cabeza.

Yo sonrío antes de girar la cabeza hacia la recién llegada.

—Me alegro que hayas decidido dar ese paso, todas sabemos el buen hombre que tienes a tu lado.

—Aparte que tiene la paciencia de un santo —agrega Emma—, porque para soportar tres años de negativas de tu parte, hay que encomendarse a Dios, padre y todos los santos.

Samia sonrío y yo niego con la cabeza.

—No lo sé, siento como si me faltara algo pero no me hagan caso, mejor cuéntenos cómo te fue en tu cita —en ese momento llega la mesera y ella pide un té, yo aprovecho y me pido

otro chocolate.

—Bien.

—¿¡Bien?! Tienes una cita con un desconocido que está más bueno que Ricky Martin y todo lo que tienes que decir es que estuvo «bien» —clama Emma con un deje de decepción en la voz.

Tiene razón es algo ilógico y creo que la mejor forma para que entiendan es mostrándole la propuesta, así que la saco de mi bolso y se la paso. Samia acerca su silla a la de Emma para leerla junto con ella. En el momento que la mesera regresa con nuestras bebidas. Emma levanta la vista y lanza un silbido de admiración.

—Recuérdame la razón por la que aún no has dicho que sí.

Resoplo.

—No lo sé —tomo la taza entre mis manos.

—Adriana tesoro, vas a tener que ser más específica —me pide Samia en un tono suave—. Es una oferta envidiable, no veo que te retiene.

A parte que el tipo me tiene muerta, la verdad no mucho.

—Además de recrearte la vista todos los días, vas a ganar un montón de billetes por hacer lo que te gusta. ¿Tú sabes la cantidad de gente que mataría por estar en tu lugar? —dice Emma—, no entiendo tu resistencia. Si estuviéramos hablando del gordo barrigón de mi jefe, estoy segura que no estuviéramos teniendo esta conversación.

Me desplomo en la silla.

—Es él, me confunde, cuando me mira... ¡Puff! —Digo llevándome las manos a la sien y dramatizando como si me explotara la cabeza—. Pierdo todos los papeles.

—Es normal nena ¡está buenísimo! Cualquiera mujer estaría en el mismo estado que tú.

—No es eso Emma, he estado atraída por otros hombres antes, pero él me desequilibra, tengo que pensar tres veces una frase en mi mente antes de poder decirla en voz alta.

Me incorporo en la silla.

—Además está su interés en que trabaje con él, la forma que me mira, el tono que usa cuando me habla, como si todo lo que dice en realidad significara otra cosa —continuo gesticulando con las manos y elevando ligeramente el tono de voz—. Todo lo que pienso cuando lo veo es en lo bien que huele, llevar mis manos a su cabello, partirle el labio de un beso y mejor no sigo porque no estamos en un lugar apto para ilustrar el resto. Para que estemos claras, no logro sacármelo de la cabeza.

—¡Vaya! Sí que te ha afectado el tipo —dice Emma elevando las cejas mientras que Samia abre bien grande los ojos—. Mi consejo es que te lo tires.

—¡Emma! —la reprende Samia tratando de ocultar una sonrisa.

—¿Qué? Eso se llama tensión sexual, por si no lo sabías y yo sólo conozco una forma de tratarlo.

—Adri, eres una de las personas más capaces que conozco, siempre logras lo que te propones, así que no veo porqué sería diferente en este caso —dice Samia.

—Tengo miedo —confieso con cierto pesar en la voz mirándolas a ambas—, de no saber dónde me llevará esto. Tengo la impresión que espera algo de mí, ha puesto mucho empeño para que trabaje con él y me da pavor no saber bien qué es.

—Solo hay un modo de saberlo —murmura Samia en un tono de voz pausado, al tiempo que pone su mano encima de la mía.

Pasado las siete decidimos dar por terminada la velada, tomo el tren que sale para

Thioville y luego un autobús que me lleve a casa. A las ocho y quince estoy pasando la puerta cuando me asalta el delicioso olor que proviene de la cocina, muestra que mi hermano mayor ha llegado del trabajo. Entro primero a mi habitación donde me descalzo, me quito el abrigo y dejo el bolso encima de mi escritorio antes de dirigirme al lugar de donde proviene tan rico aroma, lo veo parado en la encimera rebanando el pan.

—¡Hola! —lo saludo mientras rodeo su cintura con mis brazos.

—¡Hola calabacita! ¿Dónde andabas metida? —me pregunta y yo automáticamente pongo los ojos en blanco.

Alexander sabe cuánto odio ese apodo. Cuando cumplí los nueve años quería ser peluquera, así que un día mientras me estaba bañando encontré una tintura de mamá en uno de los cajones del baño; como toda niña de esa edad decidí jugar a que era una estilista. Me teñí el pelo, pero la operación fue un total fracaso, porque terminé con el cabello rojísimo. Como castigo mamá me obligó a asistir al colegio durante una semana antes de cambiarme a mi color natural. Desde entonces mi querido hermano me ha puesto el encantador sobrenombre de “calabacita”.

—Estuve en Luxemburgo, tenía una cita y luego me reuní con las chicas.

Aprovecho que está distraído y le robo un pedazo de pan.

—¿Qué hay para cenar ?

—Espaguetis a la carbonara —dice antes de caminar hacia la estufa para verificar la pasta—, ¿Qué clase de cita?

—Puede que haya conseguido empleo —respondo acomodándome en uno de los taburetes y llevándome un pedacito de pan a la boca.

—¡Hey felicidades! —camina hasta donde estoy y me da un beso en la cabeza—, Aunque no sabía que ya estabas buscando empleo.

—Yo tampoco.

—¿Qué? No hables con la boca llena que apenas te entiendo.

—Que hace poco —digo al terminar de masticar.

—¿Y cuándo empiezas? —pregunta mientras echa la pasta en el colador.

—Aún no lo sé... Lo que me recuerda que debo de hacer una llamada.

Me incorporo y salgo de la cocina.

—No tardes la cena se sirve en cinco minutos —grita a mis espaldas.

Me dirijo a mi cuarto a grandes zancadas en busca de mi cartera, saco la tarjeta de presentación y verifico la hora, esperando no ser muy imprudente; busco mi teléfono y marco su número.

—¡Diga! —responde en el segundo timbre en un tono brusco.

Respiro hondo.

—Buenas noches Maximiliano, soy Adriana.

—Adriana, ¿cómo estás? Espero que hayas llegado bien a tu casa —dice suavizando la

voz.

—Sí, muchas gracias. Disculpa la hora, pero te llamaba para decirte que ya tomé una decisión.

Vuelvo a verte

“Si tú eres la manzana soy Adán, eres tú mi paraíso terrenal, te acerca me das ganas de pecar”

Luis Fonsi

Tras aceptar la propuesta decido integrarme a la mañana siguiente, así que cuando suena mi despertador brinco de la cama y sigo al pie de la letra el programa que he trazado para llegar temprano: ducha en vez de baño, un vestido negro acompañado con una chaqueta de manga tres cuarto blanca y unos tacones de diez centímetros negros, algunos accesorios delicados y un maquillaje sencillito. Un chocolate rápido, una manzana para comer en el trayecto, tomar el autobús que va directo desde Hayange hasta Luxemburgo por la A31, tiempo total una hora y quince minutos y así es cómo consigues llegar al trabajo antes de las ocho de la mañana, más fresca que una lechuga, aplacando los nervios y la excitación del primer día pero sintiéndote sensual y poderosa.

Al llegar a la oficina Martha me recibe con mucha cordialidad, me informa que Maximiliano estará fuera toda la mañana; siento una pizca de decepción pero no lo demuestro. Luego de ocuparnos de las cosas administrativas: firma de contrato y otras cosas me da un pequeño tour por las instalaciones, sala de reunión, archivero, etc. Me muestra finalmente lo que será mi oficina y lo primero que ven mis ojos es un hermoso ramo de rosas rojas con una nota.

Siento mucho no haberte recibido personalmente en tu primer día con nosotros pero tenía una reunión que no podía aplazar. Pese a mi ausencia, espero que hayas tenido un excelente inicio.

Bienvenida a bordo,

Maximiliano.

Las flores están hermosas aunque para ser sincera hubiera preferido lirios azules, ya que son mis flores favoritas.

Martha me informa que Max ha dejado órdenes para que decore a mi gusto el que será mi espacio y que no escatime en gastos. Me emociona saber que puedo usar la suya mientras organice todo lo que necesito, por lo que me pongo manos a la obra y verifico algunos catálogos con artículos para oficina, escojo: materiales rústicos, una mesa de madera con estructura metálica, para las paredes me siento atraída por un color pastel. Me sorprende lo eficaz que puede ser Martha y pronto me voy sintiendo a gusto y en confianza. Al final de la mañana ya hemos elegido todo lo que quiero, en cuanto lo instalen tendré una oficina funcional y moderna.

A la hora del almuerzo aprovecho y llamo a las chicas para saber si nos podemos ver pero todas están ocupadas, así que como con Martha y le pido que me cuente un poco sobre los contratos que está manejando la empresa actualmente de manera a estar un poco al día cuando llegue Maximiliano.

A las dos de la tarde, estoy ayudando a Martha con unas diapositivas cuando llega Max. Después de ponerlo al día con todo lo ocurrido durante su ausencia me pide que lo acompañe a su despacho. A penas pasa la puerta, se disculpa formalmente por no haber estado presente en la mañana y por no tener mi oficina lista, sin embargo me asegura que puedo ocupar la suya mientras tanto, de esa forma podré ver cómo trabaja. Luego se interesa en mi integración, espera haber acertado con las flores, a lo que le respondo lo a gusto que me ha hecho sentir su secretaria y en cuanto a las rosas, le digo que me han encantado.

Pasamos el resto del día revisando documentos y estudiando la cartera de clientes. Mientras está trabajando en una propuesta me pide que revise unas previsiones de venta para un

grupo llamado Invertech, agregando un diez por ciento a las del año anterior. Trato de ser lo más eficiente en el pequeño espacio improvisado que me ha hecho alrededor de su mesa. Lo veo trabajar y no puedo quedar más que fascinada con su forma de gestionar todo, desde hacer planes financieros, responder llamadas una tras otras pasando de un idioma a otro sin ningún tipo de problema. La forma de poner en conjunto: conocimientos, eficiencia, seguridad y pasión, comprueba indudablemente el ejecutivo de alto nivel que es Maximiliano Lombardi.

Los días van transcurriendo y mi rutina es más o menos la misma, trabajo apoyando a Max en lo que necesite desde su oficina, la mía estará lista para el lunes que viene. Estoy súper contenta con la diversidad de temas que tratamos a diario. He aprendido mucho.

Es viernes por la noche y he quedado con Emma para ir al cine pero como hoy es el último día de la Kermesse le he pedido que nos pasemos unas horas antes y aprovechar el dos por uno para todas las atracciones.

La Kermesse o mejor conocido como el Schueberfouer es la más grande feria mecánica de la ciudad de Luxemburgo, con más de doscientas atracciones, juegos, diversos restaurantes y Snacks, reúne cada año a más de dos millones de visitantes; nada mejor que las emociones fuertes para votar el estrés acumulado de la semana.

—Adriana vámonos, ya vinimos, jugamos, te ganaste el estúpido peluche ese, ya podemos irnos.

—No, no, no, ya fui donde la señora todo lo veo, todo lo sé —hago comillas en el aire—, yo soy el centro del universo, así que ahora me toca a mí escoger el próximo juego.

—Deja de burlarte que esto es serio —se queja Emma parándose en seco, se gira para estar frente a mí.

—Tú sabes que yo no creo en esas cosas, eso de que una persona pueda leerle las líneas de la mano —pongo los ojos en blanco—, por favor Emma eso es puro disparate y me sorprende que una mujer como tú crea en esas cosas.

—Pues te cuento que mi tía Magda es algo así como media bruja, le echó las cartas a mi primo Raúl y le dijo que su mujer le iba a pegar los cuernos y lo iba a dejar en la calle, y ya viste tú lo que le pasó al pobre —dice cruzándose de brazos

—Vamos Emma que aquí no se trata de ser adivino, tu primo se casó con una arpía que encima es abogada, así que más bien es tener sentido común. Todos sabíamos que lo iba a dejar sin un peso en los bolsillos.

—Bueno allá tú —da media vuelta y retoma la marcha—, deberías tomártelo más en serio.

—¡En serio! No me jodas que pudo ser más original. Son los cinco euros peor gastados en mi vida. Mira que decirme que un desconocido llegaría a mi vida para robarme el corazón..

—¿Y qué esperabas? —se detiene de nuevo—, ¿que por cinco euros te iba a dar los números del loto?

—Eso si hubiera sido una buena inversión —esbozo media sonrisa y empiezo a caminar hacia ella.

—Adri vámonos por favor.

—Emma hace apenas una hora que llegamos, no te traje...

—No me trajiste, me arrastraste hasta aquí que es diferente —me corta mientras tratamos de esquivar algunos niños que corren a nuestro alrededor con algodón de azúcar.

—Odio estos lugares y bien que lo sabes, ver tantos niños, y tantos gritos, me dan grima, sobre todo cuando vienen y se saturan de dulce, se convierten en verdaderos monstruos.

—Está bien, hacemos una última y nos vamos —propongo tratando de calmar la fiera.

—La rueda de la fortuna —clama y yo la miro como si me acabara de decir que la tierra es plana. Esa es la única atracción que tolera y es porque la mantiene alejada de la multitud.

—¡Ni loca! —la prevengo parándome en seco y cruzando los brazos—, eso es para viejos, ¿qué caso tiene venir a la feria si es para montarse en un traste que va más lento que mi abuela en bicicleta.

Comienzo a maquinar como salir de esta, la conozco y sé que me va hacer subir a como dé lugar con tal de hacerme pagar por haberla traído aquí. Así que rápidamente visualizo algunas de las atracciones.

—Te propongo algo, me subo a la rueda —digo poniendo los ojos en blancos—, si tú subes conmigo a esa atracción—señalo un juego que está a pocos metros con una sonrisa diabólica.

—¡Pero tú has perdido el juicio! Yo no me monto en eso ni muerta —exclama dando pasos hacia atrás—, ¿Tú has visto el nombre que se gasta?

La venganza de Voldemort es una torre metálica de ochenta y cinco metros de caída libre.

—No seas miedosa —me burlo sin poder aguantar la risa ante su cara de horror.

—Al que construyó esa cosa lo ha de estar buscando la CÍA, el FBI, Interpol y todas las instituciones gubernamentales que no conozco por asesinato premeditado.

Yo no aguanto más y me parto de la risa.

—No seas exagerada.

—¡Hey Linda! —grita mirando por encima de mi hombro, haciéndose escuchar a pesar de la música que suena, por un momento creo que lo ha hecho para distraerme hasta que me giro y visualizo a Linda tomada de la mano del marrano de su novio a unos pasos detrás de mí.

—¡Hey chicas! ¿Cómo están? —nos saluda al llegar a nuestro lado.

—Pensé que tenías mucha tarea y que por eso no podías salir esta noche —digo con cierto sarcasmo.

—Sí pero Brayan pasó por mí y decidí hacer un break.

—Nosotras aún tenemos pensado ir a ver la nueva entrega de la saga Stars Wars después, ¿te apuntas? —le pregunta Emma.

—Hemos quedado con unos amigos, así que no podemos —responde Brayan como si Linda no tuviera derecho a voto.

—La invitación se extiende a una sola persona —digo entrecerrando la mirada y pronunciando bien cada palabra sin omitir una sola letra.

Emma disimula una sonrisa en un ataque de tos.

—¿Me imagino que llevan prisa? —pregunto dirigiéndome a Linda y el muy estúpido asiente rápidamente—, pues no te quito más tiempo, ya nos veremos mañana.

—Mañana tengo una comida en casa de Brayan, pero yo te llamo y coordinamos, ¿de acuerdo?

—Perfecto —respondo con los dientes apretados.

Los observamos marcharse y no puedo evitar alzar la mirada al cielo.

—No sé cómo lo aguanta —me quejo retomando la marcha.

—Ya olvídalo y vamos a divertirnos un rato —dice tirando de mí hacia la venganza de Voldemort.

—¿De verdad vas a hacerlo? —demando con entusiasmo sin poder ocultar mi sorpresa.

—¡Bah! Ya que estamos aquí... Qué más da.

Antes de que cambie de opinión la estoy empujando hacia la fila donde vende las entradas. Diez minutos más tardes, entre la fila y la atracción, con miles de improperios saliendo de la boca de Emma y el corazón en las manos bajamos del juego. Esto definitivamente... ¡No es para cardiacos!

Como ya le he hecho sufrir bastante le propongo irnos.

—Si me vuelves a invitar el próximo año, te juro que no te volveré a dirigir la palabra nunca más —dice en el momento que se detiene y se lleva las manos a la rodilla. Yo me río porque todos los años me dice exactamente lo mismo—. No entiendo cómo las personas se suben a eso por voluntad propia, tengo la sensación que todos mis órganos se han mezclado.

Se incorpora y se frota el estómago.

—No creo que pueda comer nada en toda la noche.

—Bueno, míralo por el lado positivo, tus caderas te lo van agradecer —la pico porque sé que de esa forma dejará de quejarse y a lo mejor se olvidará de esa ridícula idea de subir a la estúpida rueda.

Achina los ojos y se lleva las manos a la cintura.

—¿Me puedes explicar qué tienen de malo mis caderas?

—Nada.

Niego con la cabeza y giro sobre mis talones en dirección a la salida.

En el momento del giro tropiezo contra alguien y si no fuera porque Emma me seguía de cerca me hubiera caído al piso.

—Lo siento Adriana, espero no haberte hecho daño.

—No, descuida Carlos. Solo ha sido un ligero golpe —digo al mismo tiempo que me acaricio la frente.

—Hola Emma.

Se acerca a ella para darle dos besos en la mejilla.

—¡Hola! —responde devolviéndole los besos.

—¿Aprovechando el último día de la Kermesse? —demanda, dando unos pasos hacia atrás para poder mirarnos mejor.

—Yo no diría que aprovechar sea la palabra adecuada, me he pasado toda la noche escuchando las quejas de Emma.

—Veo que tampoco eres fan de estos lugares —dice mirando directamente a Emma con media sonrisa.

—Preferiría una colonoscopia. ¿Está claro así o te hago un dibujo?

Carlos estalla de la risa.

Yo pongo cara de resignación.

—¿Y a ti quién te ha arrastrado hasta aquí? —se interesa Emma.

—Vine acompañando unos amigos —nos informa buscando a alguien con la mirada—.

Ahí viene Max.

¡¿Max?!

Esas tres palabras retienen totalmente mi atención.

«¿Habré escuchado bien? ¿Ha dicho Max?».

Alzo la vista y lo veo aparecer entre la multitud. El corazón pasa a una velocidad superior. Lo miro y dejo que el verde de sus ojos me atrape como siempre.

«¿Pero qué hace aquí?».

—Aquí está tu cerveza —le comunica a Carlos, sin romper el contacto visual en el

momento que le pasa el vaso.

—Buenas noches señoritas.

Señor, llevo varios días trabajando con él y todavía no me acostumbro a tenerlo tan cerca sin evitar que los nervios me asalten.

—Buenas noches —respondemos en conjunto.

—Pensé que tenías un vuelo hacia Italia esta noche —le recuerdo entrelazando mi brazo con el de Emma y ganándome la mirada interrogativa de Carlos.

—Lo cancelé en último minuto, vine a acompañar a mi hermana con mis sobrinos.

Asiento absorbiendo cada palabra que sale de sus lindos labios.

—Nosotras estábamos a punto de subir a la rueda de la fortuna —anuncia Emma—, si gustan pueden acompañarnos.

¡¿Qué?! ¡¿Qué!?

La miro y veo el brillo de malicia que se extiende por sus ojos.

¡No! No. No será capaz.

—Creí que íbamos tarde para llegar al cine.

—Tenemos tiempo —afirma con total serenidad y después ladea la cabeza y les pregunta:

—Entonces qué... ¿Se apuntan?

«Tierra trágame».

—Yo no tengo ningún inconveniente —declara Maximiliano.

—Yo prefiero esperarlos aquí abajo si no les importa —dice Carlos con cara de agobio.

—Pues vamos —Pide Emma dando media vuelta y tirando de mí entre la multitud. A cada paso se voltea para asesorarse que los chicos están detrás de nosotras.

—¿Se puede saber qué haces?

—Caminando —responde fingiendo inocencia.

Como la rueda está al otro lado del parque, tardamos al menos quince minutos en llegar. Una vez ahí Max se ofrece y paga las entradas de los tres. No dejo de mirar a Emma que está mucho más tranquila de lo usual y me siento cada vez más nerviosa. Estamos llegando al final de la fila, ya es casi nuestro turno, solo falta que se monten unas personas en la cabina que está antes de la nuestra cuando Emma anuncia:

—Como que me da pena dejar a Carlos tan solito.

Yo la miro con desconfianza.

—¿Por qué mejor no suben ustedes y yo me quedo aquí haciéndole compañía? —dice retrocediendo.

Yo la mato, juro que la mato.

—¿Y tú desde cuando eres tan altruista? —digo con ironía al tiempo que tiro de su mano para evitar que se vaya.

—De verdad lo siento, además tengo que ir al baño —le grita con cara de pena a Maximiliano que parece estar pasándosela en grande con nosotras e ignorándome a la misma vez.

Encima la muy mentirosa tiene el descaro de parecer afectada.

—Esta es mi venganza por haberme hecho subir a ese juego del demonio —murmura soltándose de mi agarre, antes de desaparecer escaleras abajo.

Aquí es donde sale publicado mañana en el periódico:

«JOVEN DE VEINTITRÉS AÑOS ASESINA A SU MEJOR AMIGA EN EL SCHUEBERFOUER, AÚN

SE DESCONOCEN LOS MOTIVOS».

Todavía no puedo creer que me haya hecho esto, no se contenta solo con hacerme subir a este trasto sino que me obliga a hacerlo en compañía de él. Respiro varias veces en lo que ocupó mi asiento, me pongo el cinturón de seguridad, mientras Max hace lo mismo en la silla del frente. Comenzamos a subir y yo miro en todas las direcciones que pueda, salvo en la que se encuentra mi acompañante al tiempo que sigo maldiciendo a Emma en silencio usando todos los idiomas que conozco.

—No tengas miedo, si llegara a pasar algo yo te cuidaré. Después de todo, las posibilidades que haya un temblor de tierra o se desprenda una cabina de estas son muy altas —dice con cierta ironía en la voz. Se muerde el labio, evitando así una sonrisa divertida que amenaza con salir.

«¡Ja ja ja! Que chistoso me ha salido el niño».

—No tengo miedo, sin embargo si llegara a ocurrir una de las catástrofes que mencionaste, te voy a permitir que hagas de súper héroe y me salves —respondo insolente poniendo los ojos en blanco.

—Si no tienes miedo entonces has de querer mucho a ese peluche.

Yo lo miro con cara de no entender nada, hasta que sigo la dirección de su mirada y reparo en que estoy abrazando mi nuevo peluche. Ni siquiera recordaba que lo llevaba en las manos.

—Te aferras a él como si tu vida dependiera de ello —continúa con ese aire de suficiencia en la mirada que dice “nena sé que te pongo nerviosa”

—Lo que pasa es que lo quiero mucho.

«¡Adriana no pudiste estar más patética!»

Con este hombre no soy capaz de articular dos palabras coherentes, es como para darme de golpe yo misma.

—¿Puedo saber por qué lo quieres tanto? —pregunta con suavidad como si se estuvieras dirigiendo a una niña de cinco años, sin ocultar su diversión esta vez.

Él ha de creer que tengo un retardo o algo parecido.

—No veo por qué no quererle, los peluches son tiernos, suaves y huelen increíblemente bien —replico atropelladamente sin estar muy segura que haya entendido.

No creo que ni yo misma lo haya hecho, ¿qué clase de respuesta es esa?

El asiento mostrando todos sus dientes y yo lo imito, divertida al fin por lo absurda que es esta conversación.

—Pues entonces, creo que tendremos que re-bautizarte.

Bajo la cabeza para ocultar el rubor de mis mejillas. Al levantarla evito mirarlo, así que me enfoco en la vista que se abre a nosotros, desde aquí podemos ver toda la ciudad. Es como estar viendo un millón de estrellas a tus pies.

—Tengo que admitir que la única razón que hace soportable subir a esta vieja cosa es la increíble vista.... ¡Es hermosa!

—No puedo estar más que de acuerdo.

Giro la cabeza y lo encuentro observándome detenidamente.

¡Oh padre!... ¿Cuánto tiempo le falta a esto por llegar?

No puede sencillamente decir esa clase de cosas y esperar que yo me mantenga tranquila.

¿Quién dijo que subir a la venganza de Voldemort no es para cardiacos? Subir a

cualquier juego con el tipo que te trae muerta, eso sí que te causa un infarto.

El próximo minuto que tarda en bajar la rueda lo paso tratando de controlar mi respiración y mis pensamientos, No sabía que se podía pecar tanto en tan poco tiempo.

Dime que no

“El problema no es que mientas, el problema es que te creo”

Ricardo Arjona

Extraño esos días donde entregar un trabajo a tiempo en la universidad o saber si le gustabas o no a un chico era tu mayor problema. O esos días donde no saber qué ponerte para salir de fiesta con tus amigas eran el fin del mundo. Cuando entras al ámbito laboral todo cambia y automáticamente dejas de hacer lo que realmente quisieras. Apenas puedo reunir a todas mis amigas en un mismo lugar, cada una tiene sus problemas y responsabilidades: Emma ha estado ocupada con su exposición; el fin de semana pasado tuvo que viajar a Bruxelles para conocer un nuevo artista. Linda ha retomado sus clases en la universidad donde estudia pedagogía, el poco tiempo que le queda entre la Univ. y sus tareas se lo dedica a la cosa que tiene por novio y Samia, ahora que ha dado un paso más en su relación, ha decidido dedicarse más a su nuevo compañero de piso. Lo único que realmente sigue igual, es que no importa lo cansada que esté siempre encuentro la manera de leer un poco, aunque sea un capítulo, porque cansada, vaya sí que lo estoy. Ha pasado un mes desde que comencé a trabajar; no me quejo, al contrario me encanta lo que hago, al lado de Maximiliano aprendo algo nuevo cada día. Claro, cuando no me la paso embelesada soñando en cómo se vería desnudo o cómo serían nuestros hijos, es que desde lo sucedido en la rueda de La Fortuna: las miradas detenidas donde puedo ver el reflejo de mi propio deseo, los roces intencionales, o al menos eso me parece a mí, esos que hace que se te erice todo el vello corporal; se han vuelto parte de nuestra rutina laboral. Entre el trabajo que cada día es más, lo que es algo bueno y tratar de descifrar lo que pasa entre nosotros estoy exhausta.

—No me gustaría que nos agarre desprevenido en el cierre de este año —dice Maximiliano revisando unos documentos desde su sillón de ejecutivo—, es preferible que hicieras un balance comparativo de las cuentas de PIP del año pasado y del actual—pide sin levantar la vista de la carpeta—, en forma de reporte sería mejor.

—De acuerdo, lo tendré listo esta misma tarde —anoto lo que ha pedido.

—Es viernes y hemos tenido una semana movida, puede esperar hasta el lunes.

—El lunes en la mañana tengo una reunión con López & Vega, no sé cuánto tiempo estaré fuera, así que prefiero tenerlo listo para el final de la tarde —le informo verificando mi agenda.

—¿Cómo va eso?

—Pues, reduje un poco los gastos de marketing y encontré un local más económico, así que nos mantenemos en el *budget* —respondo con una sonrisa orgullosa, es el primer contrato que cierro yo sola sin la intervención de Max, de acuerdo, se trata de una pequeña empresa pero para mí este proyecto es como mi bebé.

—Espero que el local siga siendo competitivo.

—Sí, incluso ya tenemos varias fichas con clientes potenciales, entre ellas yo —me señaló con el dedo, luego me acomodo en la silla y cruzo las piernas.

Mi último comentario hace que levante la vista de sus papeles y me mire detenidamente.

—No necesitas ir al gimnasio, eres perfecta tal como estás —dice recorriendo mis piernas que quedan al descubierto gracias a mi falda de tubo. Sigue su recorrido visual y se detiene más de lo necesario en el escote de mi camisa rosa pálido, para terminar con la mirada en mis

labios, involuntariamente me lo muerdo y me vuelvo a acomodar en la silla de cuero tratando de controlar mi respiración que comienza a acelerarse. Me llevo el pelo detrás de la oreja antes de clavar la vista en mi agenda.

—Quería comentarte que el plan de inversión para el proyecto de Dicker & Son se sale del presupuesto.

Max se levanta, se quita la chaqueta de su traje y la acomoda en el respaldo de la silla.

—¿De cuánto estamos hablando? —pregunta con cierto tono divertido. Estoy segura que se ha dado cuenta del nerviosismo en mi voz. Aunque no lo veo, sé que tiene esa sonrisa de satisfacción en los labios, disfrutando de mi miseria. Levanto la mirada y trago en seco.

¡En serio! Como si con la chaqueta puesta no fuera distracción suficiente. Vamos Adriana tú puedes, no pierdas la compostura y por favor no te quedes mirándolo como tonta.

—Novecientos mil euros, o sea más del diez por ciento del presupuesto.

Lo veo rodear su mesa, se acerca y se inclina sobre los documentos que tengo en la punta del escritorio y me empapo de ese aroma masculino que tanto lo caracteriza y que se ha vuelto mi fragancia preferida en los últimos días. Tengo que tomar un respiro profundo antes de poder continuar.

—Te lo cuento por si quieres echarle un ojo antes de que lo comunique con Michaël.

—No lo creo necesario, recuerda que comenzamos a trabajar esa propuesta juntos, además me parecía un proyecto un tanto ostentoso desde un principio —dice mientras pone un brazo en el respaldo de mi silla.

Lo miro de reojo y ¡sorpresa! Aquí estoy yo nuevamente embobada admirando sus facciones, es tan varonil, no es que sea el hombre más bello de la tierra, mi antiguo novio era incluso mucho más atractivo físicamente, pero Max tiene ese no sé qué en la mirada que me cautiva. Llevo tanto rato admirando sus rasgos, que solo salgo de mi ensoñación cuando gira la cabeza y me pierdo en el mar de sus ojos. Solo me permito dejar de contemplarlos para mirar su boca, se puede decir que hago un tango entre sus labios y sus pupilas que se dilatan cada vez más. Siento esa fuerza que me atrae hacia él. Max reduce de unos centímetros nuestra distancia, está tan cerca que puedo sentir su aliento sobre mis labios, tanto que por un instante creo que me va a besar y yo no hago más que desearlo. Sus ojos brillan y me miran seductores, mi respiración se vuelve irregular y me muerdo el labio de puro deseo. Quiero, no, necesito que apague este fuego que me recorre entera. Sin embargo como bien dice el dicho “algunos nacen con estrellas y otros nacen estrellados” y en mi caso, es lo segundo.

—*Buongiorno amor mio*^[11] —saluda una voz femenina a nuestras espaldas, rompiendo nuestro momento particular, persona que ha entrado sin ser avisada y sin tocar la puerta.

Giro medio cuerpo para poder identificar la procedencia de esa voz que desconozco, no obstante mi desconcierto dura poco cuando me encuentro con una rubia de piernas largas que no me es totalmente desconocida.

—*Ciao bello*^[12] —dice ante la mirada de asombro de Max y mía antes de tirarse encima de él, cerrar sus manos alrededor del cuello y estampar sus labios contra los suyos; llevándose ella el beso que anhelaba hace unos segundos con todo mi ser.

Lo veo todo en cámara lenta y no puedo obviar el retorcijón que me da en el corazón, así que aprieto los dientes para ahogar un grito de sorpresa.

—Sophia, no te esperaba —dice Maximiliano al romper el beso que solo duró segundos pero que para mí ha sido uno de los más largos que he presenciado en mi vida.

—Lo sé corazón, pero quería darte la sorpresa.

Es mucho más bella de lo que recordaba, transmite frescura y seguridad en cada gesto

—Dios mío, ¿dónde he dejado mis modales? —clama al reparar en mi presencia—,

Sophia de Martino la fidanzata de Maxi.

¿Fidanzata? Busco rápidamente en mis conocimientos lingüísticos y... ¡prometida!

Lo miro durante un instante tratando de buscar una corrección de su parte pero no lo hace, creo ver una pizca de arrepentimiento cruzar por sus ojos antes de retirar la mirada.

Pues bien Adriana, si tenías alguna duda sobre qué relación tenían, te lo han dejado clarito. No sé si sentirme triste o decepcionada, así que elijo las dos cosas.

—Adriana Brooks —me presento sin titubeos, al mismo tiempo que me levanto de la silla, mirándola directamente a los ojos.

—Así que tú eres la nueva empleada de mi Maxi...

¿Mi Maxi? ¡En serio! Se puede ser más cursi.

—No es mi empleada, trabajamos en conjunto —la corta con los músculos en tensión.

Cobarde. Todos estos días se la ha pasado evaluando cada centímetro de mi cuerpo, creo que hasta ha de haber visto el lunar que tengo detrás de la pierna derecha de tanto que me ha observado y ahora, ni siquiera es capaz de verme a la cara. Tengo que salir rápido de aquí porque si no, capaz y le pongo la jodía' carpeta que tengo en la mano de sombrero.

—Bueno, tú pagas su sueldo así que viene a ser lo mismo —dice jugando con los botones de su camisa—, aunque no me habías dicho que era tan hermosa. Claro, a su manera.

¡Perdón! ¿Y esta tipa?

—Espero no tener razones para estar celosa.

Esboza media sonrisa más falsa que la cartera Louis Vuitton que compré en el mercadito que ponen los jueves cerca de la casa.

—Adriana querida no me lo tomes en serio, suelo ser muy bromista.

—Tranquila, no tienes nada de qué preocuparte, está claro que Maximiliano solo tiene ojos para ti —digo devolviéndole la sonrisa y mirando de reojo a Max que hasta ahora se ha quedado más tieso que el pelo de la estatua de la libertad.

—Sophia, aún no me has dicho a qué se debe esta sorpresa.

Se separa de ella y camina de regreso a su mesa.

—Amore, ¿se te olvidó que hoy es diez de octubre?

Max la mira con aire de hoy es viernes pero no tengo ni puta idea de qué hablas. Yo empiezo a recoger los papeles, esto es algo de ellos y me siento cómo una intrusa. Quizás se ha olvidado de su aniversario o algo por el estilo.

—Es tu cumpleaños.

Anuncia en el momento que se quita el abrigo Burberry. Trato pero me es imposible ocultar mi sorpresa así que lo miro directamente por primera vez desde que su prometida aterrizó en la oficina con las cejas levantas, pero él ni se inmuta y sigue revisando la información que tiene en manos. Lo doy por imposible. Yo debo de estar más ciega que un topo, es la única forma de que haya confundido tanto las cosas. Comprendo que no somos amigos íntimos pero trabajamos más de cuarenta horas a la semana juntos por lo que pudo dejarlo caer en alguna ocasión.

—¡Ah eso! No debiste molestarte en venir porque no pienso hacer nada.

—Maxi no lo digas cómo si no fuera nada del otro mundo.

La escucho llamarlo por ese estúpido nombre y no puedo evitar poner mentalmente los ojos en blanco.

—Tenemos que salir a celebrarlo, podemos invitar a dos o tres de tus amigos además de tu hermana Raquel.

—Sophia sabes bien que en esta ciudad solo tengo un amigo y es Carlos, los demás son conocidos —la corta en un tono seco.

—Bueno pues podríamos invitar a Adriana —propone en un tono demasiado cariñoso para mi gusto en el mismo momento que rodea la mesa y se apoya, casi sentándose en la punta del escritorio cerca de la silla de Max y dándome la espalda a mí.

¡Qué! No, no lo creo. No hay forma que yo la aguante toda una noche toqueteando a Maximiliano como si fuera un muñeco.

—Te lo agradezco pero no puedo, he quedado con alguien —él levanta la vista de sus carpetas y frunce el ceño.

Ahora me miras, interesante. Por un momento pensé que ya no existía en esta habitación.

—Es una pena pero me imagino que una muchacha como tú tiene cosas más importantes que hacer como para pasar la noche en compañía de unos aburridos como nosotros, ¿no?

¿Qué edad se cree esta que tengo?

—A lo mejor algún novio —añade y siento cómo la mirada de Max se contrae—, pero si cambias de opinión, eres más que bienvenida.

—Muchas gracias.

Le dedico una sonrisa que no me llega a los ojos.

—Maxi, me llevas al hotel, vine desde el aeropuerto y estoy agotada.

—¿Por qué no a casa de Raquel?

—Tú sabes que yo adoro a tus sobrinos Maxi pero prefiero quedarme en el hotel. Tú sabes, para no molestar.

Termino de recoger mis cosas bajo la atenta mirada de Maximiliano.

—Si me disculpan, voy a seguir trabajando en mi oficina para que puedan conversar a gusto.

Me dirijo hacia la puerta.

—No hemos terminado.

—Lo sé pero ahora mismo tienes cosas más importantes que hacer, como ocuparte de tu prometida ¿no te parece?

No le doy tiempo a replica y salgo del despacho despidiéndome de Sophia.

Al entrar en mi oficina me recuesto en la puerta, cierro los ojos y ahogo un gruñido de frustración en las carpetas.

«Qué tonta, mira que eres estúpida y bruta».

Hay que ser bien burra para creer que un hombre así está soltero. Pero entonces; todo lo que ha ocurrido entre nosotros... El juego de palabras, las miradas ¿qué ha sido todo eso? Hace un momento en su despacho, me iba a besar, yo sé que sentía las mismas ganas que yo de culminar ese beso.

«Es hombre Adriana, todos son iguales ¿qué más se puede esperar?».

Ya no sé qué pensar. A lo mejor lo he deseado tanto que mi mente me ha jugado una pasada.

Escucho mi teléfono sonar en alguna parte, camino hacia mi mesa y lo busco entre todos los papeles que tengo encima del escritorio, cuando por fin lo encuentro ya se ha caído la llamada.

¡Maldición! ¿Quién me manda a hacer tan desordenada? Verifico el remitente y me alegro de ver que es Emma, no lo pienso ni un segundo y le devuelvo la llamada.

—Hola preciosa ¿Cómo va tu día?

—Si omitimos la parte donde Max casi me besa antes de ser interrumpido por nada más y nada menos que su prometida, que por cierto es la misma *Barbie* que estaba con él en el Sabor Latino la noche de mi regreso, pues todo de maravilla —digo acomodándome en mi silla y dejando fluir mis emociones.

—¡Wepa! Sí que ha estado movídita la mañana. ¿Pero tú estás segura que es su prometida?

—Si no lo estaba cuando me lo dijo, el beso que le dio me lo dejó clarísimo —exclamo mordazmente.

—Qué vaina, o sea que la tipa se presentó para dejar claro que el árbol ya está meado. Como mujer debo reconocer que es inteligente, como amiga debo decir que es una zorra.

—Es inteligente, sofisticada, elegante, con una manicura perfecta. Yo ni recuerdo la última vez que me hice una.

—De acuerdo, no me digas más, la tipa es Miss simpatía 2008 ¿y qué? Tú también tienes lo tuyo, ¿dónde dejaste ese sabor latino que tanto le gusta a los hombres?

—Lo dejé en la oficina de Maximiliano hace un rato —respondo al momento que dejo caer la cabeza en el respaldo de la silla.

—O sea que la tipa te dio nocaut.

—Cuando descubres que el hombre que te trae arrastrando la cobija desde hace un mes está comprometido con *Miss perfect*, cualquiera queda fuera de combate —cierro los ojos mientras me llevo una mano al cabello y acomodo unas mechas rebeldes.

—¿Quién ha dicho que sea perfecta? Además a ese hombre le gustas.

—Yo también pensaba lo mismo pero ya no estoy segura.

—Adri que lo he visto, tú lo que necesitas es recargar energías, te la has pasado trabajando como burro. Esta noche vamos a salir, a darnos unos tequilazos, ponernos un buen jumo y te vas a olvidar de todo.

—Tienes razón, no voy a dejar que esto me afecte, que se quede con su *barbie*, total, él se lo pierde —respondo más animada antes de que Max entre sin llamar a la puerta—, entonces quedamos como es previsto esta noche, ahora debo dejarte porque mi jefe está aquí —digo haciendo énfasis en la palabra «jefe».

—Acáballo nena, muéstrale quien manda —es lo último que escucho antes de colgar.

—¿En qué puedo ayudarte?

Le pregunto mirándolo con indiferencia unos breves instantes antes de teclear la clave de mi computadora para empezar la sesión.

—Saliste tan deprisa de la oficina que quería saber si estabas bien, además no habíamos terminado el asunto de Dicker —dice ocupando uno de los sillones.

—Quise darte la privacidad que necesitabas con tu prometida —me felicito mentalmente por haber dicho la última palabra sin poner en evidencia mi molestia—. Y en cuanto a la propuesta, pensé que estábamos de acuerdo que no es viable al menos que encuentren un inversionista —le recuerdo sin mirarlo mientras sigo tecleando algo en la pc—. Voy a llamar a Michaël para concretar una cita y explicarle la situación.

—No tienes que concretar una cita, con una simple llamada basta.

La dureza de su voz hace que despegue la vista de la laptop y lo mire con el ceño

fruncido.

¿A este que le pasa, desde cuando le importa cómo manejo yo un cliente?

—Podría hacerlo por teléfono pero prefiero tener un contacto directo con él mientras le explico las cosas para poder evaluar su postura —hablo pausadamente manteniendo un tono plano.

Él aprieta la mandíbula, veo un brillo que no logro distinguir en su mirada: lujuria, enojo, no lo sé, pero recordando el consejo de Emma, no me dejo intimidar y le mantengo la mirada con una seguridad que no siento dado que por dentro estoy que tiemblo de la rabia.

—En ese caso prefiero que lo trates con Ernest —sugiere después de tragar saliva, suavizando la voz pero con la respiración acelerada—, él tiene mucha más experiencia y será más fácil explicarle porqué no es factible, sobre todo si no voy a estar presente.

Tiene razón pero estoy muy molesta en estos momentos para concedérsela.

—Te recuerdo que el trato no lo cerré con Ernest sino con Michaël y me siento mucho más en confianza con él

—Claro cómo se deshace en halagos cada vez que te ve —dice elevando la voz en el momento que se levanta de la silla precipitadamente—, es tan baboso que deberías llevar un babero a la reunión.

¿Pero qué clase de droga se estará fumando?

Lo miro con los ojos como platos. En el tiempo que llevo conociéndolo nunca lo he visto perder la compostura y a mí nunca me había hablado en ese tono. Parece molesto, cuando la que debería estar cabreada aquí soy yo.

—¿Tienes algún problema con la forma en la que manejo esta cuenta? —me pongo también de pie, imitando su tono y apoyando las palmas de las manos en la mesa.

—No, el problema no es contigo...

—Pues explícate mejor porque por el tono de tu voz tengo la impresión de que estás poniendo en duda mi capacidad laboral —lo corto alzando la voz más de lo debido. Me mira con los ojos inyectados de sangre, parece un toro que se va a lanzar sobre su presa y yo le mantengo la mirada desafiante con la respiración tan acelerada, que parece que acabo de correr un maratón.

«Adriana estás hablando con tu jefe, cálmate que de esta te despiden mi hija».

—¿Sabes qué?, tienes razón, tú manejas esa cuenta así que haz lo que mejor te parezca —me dice dejando caer los brazos para después salir dando un portazo.

Me desplomo en mi silla totalmente confundida. Puede que luego me arrepienta por haberle puesto el frente, pero no importa. No pienso permitir que siga con este juego de macho celoso cuando es él quien tiene cola que le pisen.

Una hora más tarde trato de hacer el balance comparativo que ha pedido Max, digo trato porque estoy demasiado inquieta para concentrarme.

Me imagino que ya no debe de estar en la oficina, así que salgo de mi cueva aún molesta con el comportamiento de Max. Paso delante de Martha sin detenerme y bajo al Kebab^[13] de enfrente por algo de comer. Al salir del edificio me golpea la brisa que anuncia la llegada del otoño. Miro al cielo y es el reflejo de cómo me siento yo en estos momentos, gris. Al llegar al pequeño local de comida rápida, me siento en una de las mesas y pido un plato de salchichas turca con papas fritas.

«¡Vaya mierda de día!».

Aún no puedo creer que haya discutido con Max. No entiendo qué fue lo que pasó, ¿cómo pasamos de casi besarnos a gritarnos de esa forma? bueno sí, estaba molesta por eso le grité, pero en mi defensa estaba dolida. Pero él, ¿por qué me gritó? ¿por qué se molestó? Después de

todo, no he sido yo quien se la ha pasado todo un mes haciéndole ojitos para luego sacar un Ken del armario. Luego está su comentario sobre Michaël Dicker, como si estuviera celoso pero ¿por qué debería estarlo? Yo no soy nada de él y está claro que después de lo ocurrido hoy, entre nosotros nada es posible. ¿Cómo puedo yo competir con semejante monumento de mujer? Tengo que olvidarme de este asunto y ser fuerte para enfrentar lo que venga, solo que no me siento con fuerzas sino todo lo contrario, me siento llena de inseguridades. Puedes ser la mujer más segura del planeta pero cuando tocan las teclas del corazón, toda esa seguridad se esfuma. Estoy tan perdida en mis pensamientos que ni siquiera me di cuenta cuando me trajeron mi pedido, miro la comida y me doy cuenta que no tengo hambre así que pago la cuenta y salgo del Kebab sin probar bocado. Todo lo que quiero es que este día termine, poder salir con mis chicas y así olvidarme del asunto. Claro si es que puedo.

Regreso a la oficina, Martha me informa que Max no ha vuelto. Mejor así, a lo mejor no regrese en todo el día. Me encierro de nuevo en mi cueva y decido enfocarme en mi trabajo. No puedo seguir permitiendo que mis sentimientos por él afecten mi rendimiento laboral. Abro la carpeta de PIP y empiezo a hacer el reporte. Prometí que estaría listo para final de la tarde y pienso cumplir.

Es viernes y el cuerpo lo sabe porque comienzo a sentir el cansancio de la semana.

Binn... Binn...

—Dime Martha

—Te busca la Señorita Beltrán.

Verifico la hora en la computadora y compruebo que son las cuatro. Me extraña que este aquí tan temprano.

—Dile que pase por favor —le pido frotándome los ojos y cuelgo el intercomunicador.

Diez minutos más tarde aún no ha entrado en mi oficina y me pregunto qué la estará reteniendo. Me levanto de mi puesto y salgo al pasillo donde la descubro hablando muy a gusto sobre Florencia con Max.

—Hola nena, iba a buscarte cuando me encontré con tu jefe y ya sabes que no me puedo resistir a hablar con un chico lindo —dice Emma señalando a Max con el dedo. Él se ríe de su comentario mientras yo me quedo impasible—. ¿Por qué no me dijiste que estaba de cumpleaños? De haberlo sabido no me presento aquí con las manos vacías.

—Será porque no lo sabía —respondo destilando todo el veneno que puedo e ignorando su presencia.

Bien podría haber dicho, que es un idiota que no consideró necesario mencionarlo en los treinta días que llevábamos trabajando juntos pero no debo olvidar que sigue siendo mi jefe, así que prefiero mantenerme cortés.

—Bueno, pues el guapetón aquí presente nos ha invitado a una pequeña celebración que hará esta noche.

¡Ah sí! ¿No había dicho que no haría nada? Se puede ver que su querida prometida tiene buenos dotes de persuasión. Mejor ni lo pienso porque estoy segura que no me gustará la dirección de mis pensamientos.

—Le he dicho que ya hemos quedado, de hecho vine a buscarte más temprano porque Laurent y su amigo nos estarán esperando en la plaza a las siete, digo si no le importa a tu jefe que te robe una hora antes.

¡¿Ah?! ¿Laurent? ¿Y ese quién es?

Miro a Max que se ha puesto rígido de pronto.

—No, claro que no me molesta —responde entre los dientes.

—Te mandé un e-mail con el reporte de la cuenta Parish —le informo sin apenas mirarlo—. Voy por mis cosas y nos vamos.

Miro a Emma que tiene una sonrisita de satisfacción en los labios.

—Que te diviertas esta noche, me aseguraré de traerte algo bonito el lunes a mi regreso —digo sarcástica pasando por su lado.

Tan pronto como entro en la oficina empiezo a ordenar los papeles de Parish Industries, cuando escucho la puerta cerrarse a mi espalda.

—Emma dame unos minutos, recojo este desorden y nos vamos por esos tequilas que me prometiste.

Continúo introduciendo rápidamente los papeles en una carpeta. Al cabo de unos segundos me parece extraño que no haya hecho ningún comentario sarcástico referente a mi comportamiento con Max.

—Te comieron la lengua los ratones...

No logro terminar la frase porque ahogo un grito de sorpresa al encontrar a Maximiliano parado como una estatua detrás de la puerta. Tiene sus ojos fijos en mí con la mandíbula apretada y todos los músculos de su cuerpo denotan tensión. Veo sus fosas nasales moverse al ritmo de su respiración. Parece león enjaulado preparado para atacar a su presa, se ve tan salvaje y amenazador que no puedo evitar tragar en seco, sin embargo intento no demostrar ninguna emoción.

—¿Se te ofrece algo? —pregunto tratando de evitar el temblor en la voz.

Él debe de haberse vuelto completamente loco porque:

—Ya sé lo que quiero de regalo de cumpleaños —responde con voz ronca antes de acortar a grandes pasos la distancia que nos separa, enterar sus manos en mi cabello y estampar con fuerza sus labios sobre los míos sin dejarme tiempo a reacción. Mi respiración se agita, una corriente eléctrica se apodera de mí y lo miro con los ojos bien abiertos en el momento que siento nuestros dientes chocar con torpeza mientras se hace espacio en mi boca para sonsacarlo todo a su antojo. Él baja su mano derecha por mi espalda apretando su pelvis contra mí, aprisionándome. Yo tengo que haber perdido el sentido común porque cierro los ojos, relajo mis músculos y no sólo le permito el acceso sino que le respondo con la misma fuerza, dejándome arrastrar por su pasión; sus labios son dulces y tiernos, me transportan a una dimensión paralela donde solo existimos él y yo. Siento el roce cálido de su lengua y solo puedo aspirar a más. Su mano sube lentamente hasta mi cuello y profundiza el beso que se torna más pasional, más intenso. Maximiliano se traga cada uno de los gemidos que salen de mi garganta. Me besa con fervor y yo me acaloro. Lo siento temblar aunque puede que sea yo, de lo único que estoy segura es que cada caricia es puro fuego y que cada roce enciende mi cuerpo y consigue que toda yo me derrita entera entre sus brazos. Poco a poco el beso va perdiendo intensidad hasta que separa su boca de mí y pega su frente a la mía.

—Lo siento pero llevo tanto tiempo queriendo hacer esto que no he podido controlarme más —se disculpa con la respiración agitada.

Yo aún pasmada y con las emociones a flor de piel no digo nada, me limito a observarlo.

—¿Te puedo soltar?

Asiento sin estar segura con las piernas todavía hechas gelatina.

Me suelta y trato de recuperar el ritmo normal de mi corazón y la compostura.

—Tengo que irme —es todo lo que logro decir antes de tomar mi bolso y salir de la

oficina sin mirar atrás.

Una vez que llego a la recepción miro levemente a Emma que está hablando con Martha y le informo que estoy lista para irnos, me sigue por el pasillo en total silencio. No me atrevo a mirarla, no sé qué decirle. Lo he besado, horas después de haber conocido a su prometida. ¿En qué clase de persona me convierte eso?

Al entrar al ascensor me llevo la mano a los labios que siguen hinchados por su beso. ¡Y qué beso!

No sé cómo he permitido que esto pasara.

«Ha de ser porque lo has deseado desde que lo conociste».

—Me ha besado.

Mi tono es casi inaudible.

—Lo sé.

La miro y ella tiene la mirada fija en la puerta del ascensor.

—Y por la cara que traes, deduzco que le has devuelto el beso.

Asiento

—Dios mío Emma, ¿qué he hecho?

Acompáñame a estar sola

“Amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo que se ama se desea, no todo lo que se desea se ama”

Don Quijote de la Mancha

Bip... Bip...

Cuando suena mi viejo despertador, yo ya estoy despierta. No he dormido bien estos dos últimos días. Desde que Max me besó el viernes por la tarde, solo he pensado en dos cosas: lo mucho que me gustó besarlo y en si debo o no volver al trabajo. Ese día en la noche tenía previsto salir con Emma y Samia pero el miedo de encontrarme con él pudo más. Es cierto que en Luxemburgo hay una gran variedad de restaurantes donde puedes ir a celebrar tu cumpleaños sin embargo para la comunidad latina, la elección es bastante restringida, solo existen cuatro lugares y como últimamente me topo con él hasta en la sopa, preferí no tentar mi suerte y quedarme en casa de Emma.

Esa noche Linda estaba cenando con el hijo pródigo lo que me vino como un guante porque no estaba de humor para enfrentar su ojo crítico y Samia tuvo que ir a visitar a su suegra, por lo tanto solo nos quedamos ella y yo. De camino a su casa nos paramos en la gasolinera a comprar una botella de tequila, al llegar a su apartamento decidimos ver el maratón de la temporada tres de sexo en Nueva York. Cuando íbamos por el episodio tres, ese donde Carry se entera por el *New York Times* que Big se va a casar con una joven alta y guapa, sacando así todas sus peores inseguridades, o al menos eso creo, porque para ese entonces mi visión estaba bastante afectada por el alcohol.

Desde que llegué a mi casa el sábado por la tarde, ha sido un poco de lo mismo: televisión y comida en cama, todo en soledad porque mi hermano se quedó en casa de su novia, e incomunicada, dado que con las prisas dejé mi teléfono en la oficina.

En dos horas debo estar en el trabajo y no tengo ni idea de lo que tengo que decirle a Maximiliano. Me levanto y en lo que me preparo vienen las mismas preguntas: ¿por qué me besó? Tenemos un mes trabajando juntos, entonces, ¿por qué ahora que su novia está en la ciudad? No logro entender.

Llego al trabajo puntual, sigilosamente paso a toda prisa delante del puesto de Martha y me encierro en mi oficina. Lo primero que hago es recuperar mi teléfono donde encuentro varias llamadas de mi hermano, Linda, mi mamá, más de veinte llamadas de Max y algunos mensajes de texto:

Te estoy llamando, por favor respóndeme.

Tenemos que hablar.

No me odies, estoy en el Sabor Latino pensé que estarías aquí.

Sé que debería disculparme pero la verdad es que no me arrepiento.

Me encantó besarte.

**Después de todas las llamadas que te he hecho, es obvio que no quieres hablarme.
No te molesto más.**

Sé que tenemos que hablar pero ahora mismo no tengo ni idea qué decirle.

«Tampoco te la puedes pasar toda la vida escondida».

Suelto un largo suspiro y pongo el teléfono en silencio. Me hago una nota mental de llamar a mi mamá más tarde. Hace solo un mes y algo que no la veo y la extraño un chorro.

Estoy cansada de pensar siempre en lo mismo, miro el reloj y aún me queda una hora antes de mi cita con Julie López para la visita del nuevo local donde será la apertura de su gimnasio pero como no me quiero encontrar con Max, recojo mis cosas y salgo de la oficina tan rápido como entré. Sé que es una estupidez porque no puedo posponer para siempre nuestro encuentro pero es muy temprano para tratar cosas que den dolor de cabeza.

El local está situado en el segundo piso de un conocido Mall, rodeado de tiendas para mujeres, cuenta con un gran parqueo gratis y la facilidad de tener la parada de autobús en frente donde circulan todas las líneas. López ha quedado encantada con la localidad y hemos cerrado el trato con el dueño. Como plan de marketing hemos decidido ofrecerle la inscripción gratis a las primeras cincuenta personas, con un contrato ininterrumpible de un año.

Regreso a la oficina y Max no está así que después de llamar a Michaël para concretar nuestra próxima reunión, me enfoco en la preparación de una oferta que pueda ayudar a su empresa a obtener la promoción deseada reduciendo los costos.

Estoy tan sumergida en el trabajo que no me doy cuenta que ha pasado la hora de la comida hasta que Max interrumpe en mi oficina con cara de haber sido atropellado por un camión.

—¿Se puede saber por qué me estás evitando?

—Yo no te estoy evitando —balbuceo—, he estado muy ocupada y no he tenido tiempo de ir a hablar contigo.

—Has estado tan ocupada que no has podido responder aunque sea una de las tantas llamadas que te he hecho durante todo el fin de semana —dice en un tono entre tranquilo y amenazador mientras se acerca a mi escritorio.

—Me he dejado el móvil el viernes cuando...

—Te besé y saliste de aquí como alma que lleva el diablo —termina la frase por mí en el instante que se inclina hacia delante, apoyándose de la mesa y yo solo puedo tragar en seco.

Entonces así es como lo haremos, sin rodeo.

—Max escucha. Me encanta mi trabajo y no quiero arruinar esta dinámica que tenemos colaborando juntos, así que lo mejor será que nos olvidemos de lo que pasó.

—¡Oh! así es como quieres que sigan las cosas.

«No pero es lo mejor»

—Sí —digo sin mirarlo a los ojos.

—¿No te interesa saber por qué te besé? —pregunta con cierta decepción en la voz buscando mi mirada.

Llevo todo el fin de semana buscando una respuesta a esa pregunta, pero ¿de verdad

importa el motivo? Sobre todo cuando sabes que está comprometido.

—No —respondo con firmeza mirándolo directamente a los ojos y nunca me había dolido tanto pronunciar esa palabra.

—Adriana no hagas esto, yo sé que te sorprendí al besarte pero también sé que lo deseabas tanto como yo. Estoy seguro que cuando nos besamos, se te erizó todo el cuerpo, sé que temblabas por la emoción, que sentías que el corazón se te iba a salir del pecho y que hubieras querido poder parar el tiempo para que ese momento nunca llegara a su final.

¡Oh padre!

—¿Sabes cómo sé todo eso? —inquire y yo no estoy segura de querer saber la respuesta —, porque yo sentí exactamente lo mismo.

¡Oh santo! Que me maten ahora mismo.

—Max por favor, tienes novia y yo no salgo con hombres comprometidos, si quieres que siga trabajando para ti, es mejor dejar esto así.

Me mira con dureza durante unos segundos que parecen eternos hasta que asiente.

—De acuerdo, si eso es lo que quieres, entonces juguemos a que aquí nunca ocurrió nada —dice con cierta debilidad en la voz y la decepción pintada en la cara—. Aunque para serte sincero, pensé que eras más valiente.

Sale de la oficina negando con la cabeza.

Puede que efectivamente esté siendo cobarde pero no quiero ser la espinita que se saca antes de caminar hasta el altar. ¿Y si para él es solo eso? un desahogo, y yo termino enamorada hasta las trancas. Porque ¿quién no se enamoraría de un hombre así? Además Sophia por muy mal que me cayera no se merece un engaño de esa magnitud, por lo tanto, lo mejor es no darle más vueltas al asunto y olvidarme de eso, o por lo menos intentarlo.

El resto de la semana casi no nos vemos, utilizamos a la pobre Martha para dejarnos mensajes: “salí a comer” “ voy a una reunión puede que llegue tarde” “me voy más temprano”

Estoy segura que se ha de reír a nuestras espaldas por lo ridículo de esta situación, sobre todo porque nuestras oficinas están a pasos de distancia. La verdad es que extraño nuestras pláticas, nuestros intercambios de ideas para un proyecto, extraño su sonrisa pícara y aunque suene raro, extraño hasta... sus labios. No he dejado de pensar ni un solo segundo en ese beso, cuando me acuesto en las noches y cierro los ojos puedo hasta sentir sus labios sobre los míos.

Max no ha vuelto a mencionar el tema, yo sé que fui yo quien se lo pidió pero no estaría mal que insistiera un poquito, ¿o sí?

Para él es como si nunca hubiera pasado.

Llevo semanas sin salir a divertirme así que esta noche pienso dejarme llevar y olvidarme de todo.

—Hoy quiero beber y bailar hasta que me duelan los pies.

—Tú tranquila nena que con ese vestidito que traes, todos nuestros tragos serán por la casa.

Miro mi nueva adquisición, un vestido de dos tela negro, la parte de arriba está hecha en encaje con una abertura desde la parte baja de la espalda hasta la nuca donde se cierra en un botón, la parte de abajo es una falda caída en tela satinada dejando lo justo a la imaginación; lo he acompañando con unos zapatos de taco alto color nude.

—Emma tiene razón, estás de infarto —dice Samia mientras nos acomodamos en nuestra mesa habitual.

—Cuando salgas de aquí, lo dejas colgado en mi armario y mañana te vas para tu casa con uno de mis vaqueros.

—Pensé que habías dicho que parezco una zorra con él —le recuerdo a Emma con una sonrisa.

—Por eso mismo lo quiero —me devuelve la sonrisa y me guiña un ojo—. Esto está full, si no vamos por nuestras bebidas puede que el deseo de ajumarnos esta noche quede solo en eso. Al menos que hagas uso de tus dotes de seducción con Claude y nos ponga un mesero personal —comenta socarrona.

La miro y le saco la lengua como una niña de preescolar.

—Vamos, será mejor que empieces a beber para que dejes de decir tantas tonterías. ¿Qué te traigo?

—Un cosmo —me responde Samia mientras me levanto para dirigirme a la barra.

Voy canturreando «Ella y yo» de Don Omar con Aventura.

Llegar a la barra es una batalla por la cantidad de personas que hay, tenemos más de quince minutos esperando que nos atiendan; Emma pierde la paciencia y pasa detrás de la barra como perro por su casa bajo la mirada de asombro de todos los presentes, incluso, la de Pierre el *bartender* que la mira como si no pudiera creer lo que ven sus ojos. Así es ella, nunca pasa desapercibida, ya sea por sus actos, o por sus modelitos, como es el caso esta noche que lleva ese vestido rojo pasión que le queda ceñido al cuerpo.

Yo estallo en carcajadas mientras la veo servirse a su antojo, al terminar se acerca a Pierre y le susurra algo al oído, éste se queda atontado con una sonrisa malévola en los labios mientras la observa alejarse contoneando las caderas. Llega hasta mí y me entrega mi Baileys.

—¿Qué le dijiste para que tuviera esa cara de baboso?

—Que si se porta bien le daré una recompensa al final de la noche, así que ya no tendremos que esperar por nuestros tragos —responde con una sonrisa de satisfacción.

Pobre chico me imagino que las horas se le harán eternas hasta el cierre. Regresamos a nuestra mesa sorteando a las personas e intentando no tirar las bebidas. Cuando llegamos a la mesa ya nos esperan cuatro chupitos de tequila.

—¿Y eso? —le pregunto a Samia.

—Lo han traído hace unos instantes —responde mientras tiende una nota—, han tardado mucho.

—La barra está infernal esta noche —le informa Emma revisando la nota, veo que una sonrisa de suficiencia se dibuja en sus labios, en el momento que se gira para mirar en dirección de la barra.

—Déjame adivinar, nuestro *barman* está haciendo méritos —digo quitándosela de las manos.

Para que vayas calentando motores,

Bombón.

Leo la nota en voz alta para hacerme escuchar por encima de la música, intentando contener la risa antes de enseñársela a Samia.

—¿Y eso qué significa?

—Nada, Emma haciendo de Emma —comento partiéndome de la risa—. A ver cómo sales de esta, Bombón.

Hago énfasis en la última palabra.

—Una tiene que saber usar sus armas —se encoge de hombros, toma el chupito en las

manos—, de un solo trago hasta el fondo.

No esperaba empezar la noche con algo tan fuerte pero son gratis y quiero divertirme por lo tanto qué más da.

—A nosotras.

Levanto el vaso, luego me tomo el trago de un solo tirón y siento el líquido arder en mi garganta, tanto que tengo que toser para recuperar el aire.

—Como caperucita no está aquí esta noche, me toca el suyo —dice Emma echándole manos al segundo vaso.

—Pensé que le avisarías a Linda que estaríamos aquí.

—Lo hice pero lo más seguro es que el lobo feroz está en casa y no ha podido salir —le respondo a Samia torciendo el gesto—. Saben que esta noche es de nosotras así que olvidémonos de todo. A la pista y que comience la fiesta.

Seis chupitos de tequila y tres Baileys, más tarde, estoy en la pista bailando como una posesa; empieza a sonar «Sexy movimiento» y toda la disco deja caer un grito por la emoción. Comenzamos a bailar al ritmo de Wisin y Yandel e intento cantar tan alto como la música me lo permite.

*“Tienes un cuerpo brutal (woo)
Que todo hombre, desearía tocar (woo)
Sexy movimiento (oh, oh, oh)
Y tu perfume combinao' con el viento (qué rico, huele)
Mami te noto, mohosa
Y tú eres, otra cosa
Préndete y ponte rabiosa
Y sin pensarlo, mi hermosa
El momento, se goza
Te roza todo una diosa
Que poderosa, cenicienta
Mata con la vestimenta
Echa pimienta y sé mi sirvienta
Representa usa las herramientas
Y enseguida me tienta
Con un beso, de menta”*

El que no suda bailando reggaetón, sencillamente no lo está disfrutando. Estoy desenfrenada, dejando que mi lado latino se apodere de mí; siento una mano posarse en mi cadera, estoy a punto de voltearme y mandar a este salido a freír papas, cuando me envuelve esa fragancia que he aprendido a conocer tan bien, Aqua de Giorgio y el corazón se me acelera, desliza su otra mano por mi vientre y me acerca a su cuerpo. ¡Ay santo, que calor! Me muero, pero del gustito de tenerlo tan cerca. Puede que sean los tragos o porque realmente lo deseo, dejo caer mi cabeza en su hombro y muevo mi cadera al ritmo de la música.

*«Me desespero (tú lo sabes)
Quisiera, sentir tu cuerpo
Es el momento
De venir a mí, no pierdas más tiempo»*

Canturrea sensualmente en mi oído y su cálido aliento provoca sensaciones agradables en mi bajo vientre. Sé que mañana me voy arrepentir pero ahora mismo solo cierro los ojos y me dejo llevar por el mar de sensaciones que Maximiliano me provoca.

Baja su mano derecha de mi cadera para luego subirla lentamente por debajo de mi vestido.

—Alguien nos puede ver —digo deteniendo sus movimientos.

—No lo creo, la pista esta full y todo el mundo está en lo suyo, aunque para serte sincero no me importaría atraer la mirada de una persona en particular, para que vea lo que provocho en ti cuando te toco.

Deja suaves besos en mi cuello según va exponiendo su punto y yo trato de acordarme cómo respirar para no desmayarme aquí mismo.

—Ves lo que somos capaz de hacer juntos —dice mordéndome el lóbulo de la oreja —, imagínate cómo será cuando te haga mía.

No sé si es su voz, el roce de sus dedos sobre mi piel, el juego de luces, la oscuridad o el hecho de estar rodeados de personas que hace la escena tan seductora. Toda yo me derrito en sus brazos. En estos momentos dejaría que hiciera conmigo todo lo que se le antoje.

—Dices que no te interesa lo que pasó entre nosotros, pero tu cuerpo te delata y me dice todo lo contrario.

—Eres un pretensioso.

—Y tú una cobarde —replica rápidamente.

—Yo no soy cobarde...

Me corta el suave roce de sus labios en el cuello mientras continúa con sus caricias acercándose peligrosamente a mi centro, torturándome, entre una deliciosa mezcla de su aroma y de lo prohibido que hacen que me excite cada vez más.

—Claro que lo eres, y lo seguirás siendo hasta que no aceptes que tú y yo es algo inevitable.

Cesa sus caricias y se va de la misma forma que vino, como ladrón en medio de la noche. Dejándome temblando como una hoja y frustrando todos mis deseos. Sino fuera porque tengo los pantis^[14] empapados y que a pesar de mi embriaguez aún conservo un poco de lucidez, diría que todo lo he imaginado.

¿A qué juega? No puede tocarme de esa forma y desaparecer como si nada. Estoy molesta con él por dejarme en este estado de excitación pero más lo estoy conmigo por mostrarme débil delante de él y caer a la primera ocasión que se presenta.

Busco a Emma entre la gente, que extrañamente a desaparecido de la pista. Voy a la barra y pido una botella de agua, en cuanto el camarero que no es Pierre me la entrega, cosa que me da una pista de donde podría o más bien con quién podría estar Emma, me tomo la mitad de un sorbo.

«Puede que no haya esperado el cierre después de todo».

Regreso a la mesa junto a Samia y me desplomo en la silla, trato de hablar con ella de cosas sin importancias pero no logro relajarme, solo pienso en cierta persona con ojos de color esmeralda. Maldito Maximiliano, me ha arruinado la noche.

Mi gozo es un pozo

“Aléjate de mí escapa vete ya no debo verte, entiende que aunque pida que te vayas no quiero perderte”

Camila

Que idea la mía de tomar el tren, yo que siempre suelo venir en autobús a trabajar, hoy me dió deseo de variar. Alguien ahí arriba debe de odiarme mucho porque resulta que al llegar a la *gare*^[15] de Thioville me encuentro con la gran noticia de que los choferes han decidido ponérsela en huelga. Miro mi reloj de mano, son las ocho y media, ya hace treinta minutos que debería haber estado en el trabajo. Respiro y trato de calmar mi molestia, de todos modos no me queda de otra que esperar hasta que un tren se digne a pasar.

Llego a Luxemburgo dos horas más tarde, salgo a toda prisa del tren, esquivando a los muchos fronterizos que como yo, vienen maldiciendo a los causantes de nuestro retraso.

Subo corriendo las escaleras tratando de no partirme el culo con los tacones que me he puesto. Entro en el hall a tiempo récord aunque totalmente acalorada por la carrera, al salir a la calle, me paro en seco. ¡Maldita sea mi suerte! A fuera se está cayendo el cielo, ¡Maravilloso! Y yo sin paraguas, es que solo a mí se me ocurre salir de la casa sin uno, sabiendo lo desagradable que puede llegar a ser el clima en este país y encima de todo en falda. Nota mental: comprar más pantalones y menos faldas, sobre todo ahora que se acerca el invierno. Pues ni modo, no me puedo ir andando hasta el trabajo. Por suerte visualizo un taxi a unos pocos metros y le hago seña para que se pare, miro hacia el cielo, pues nada, me toca mojarme un poco, así que no lo pienso dos veces y salgo disparada hacia el coche. Como siempre el tráfico de la ciudad es lo más fastidioso y lo que pudo haber sido un trayecto de quince minutos se convirtió en treinta a pesar del esfuerzo que hizo el taxista para evitar semáforos y todo lo que pudiera retrasarnos aún más.

El auto se para delante del Luxhaus, le tiro prácticamente los veinte euros que me ha cobrado por la carrera y salgo corriendo tratando de cubrirme con mi pequeño bolso. Paso delante de Paúl, el guardia de seguridad y lo saludo con un gesto rápido de la mano. Llego al ascensor casi sin aliento, pareciera que esta mañana he corrido un maratón. Por fin llego a la oficina sacudiéndome el cabello que está empapado, con una diminuta cartera es poco lo que se puede cubrir.

—Vaya clima de mierda que tenemos hoy —me quejo al llegar delante del mostrador de Martha—, y pensar que hace apenas unas semanas estaba en el rico calorcito del Caribe.

—Pues vas a querer volver en cuanto veas tu agenda.

Lo que me faltaba.

—¿Y Maximiliano ha preguntado por mí?

—Tres veces. Le dije que si quería te llamaba al móvil pero me dijo que ya llegarías en algún momento del día.

Okey... pudo llamarme, por lo menos para saber si me había pasado algo, sobre todo que es la primera vez que me retraso pero no lo hizo. Esto no pinta nada bueno.

—¡Ah! Por cierto, te ha llamado el Señor Dicker —me hace seña para que me acerque y cuando lo hago me susurra—, el señor Lombardi estaba aquí cuando respondí la llamada y me ha pedido que se lo pase, luego me pidió que cambiara la reunión que tenías pautaada la semana que viene para mañana.

¡Qué!

Abro la boca por la sorpresa pero no emito ningún sonido.

«Él no pudo haber hecho eso sin consultarme».

Siento cómo la sangre comienza a hervir en mi interior.

Dicker & Son es una empresa de comida rápida con sede principal en Bruselas, tienen algunas sucursales pero su enfoque son las oficinas empresariales, han crecido bastante en los últimos dos años y Michaël quiere expandir el negocio al extranjero usando el diez por ciento de las ganancias del último año. Este es mi primer gran contrato, no puedo creer que Max se haya atrevido a cambiar la reunión sin antes consultarlo conmigo.

Dejo a Martha hablando sola y sin darme tiempo a pensarlo mis pies empiezan a moverse en dirección de su oficina. Cuando entro tengo que contener la rabia que me ha ido invadiendo porque él está hablando por teléfono.

—Sí Vincent tienes razón pero tendría que verlos —tras una pequeña pausa continúa—. No lo sé, como te acabo de decir tendría que ver el contrato —vuelve a quedarse callado y después añade—, mándame los papeles le echaré un ojo y te daré mis impresiones al final del día, ¿qué te parece? —escucha una vez más a su interlocutor y yo comienzo a impacientarme—. Entonces espero... hasta luego.

—¿Me gustaría saber por qué programaste la reunión de Michaël para mañana sin consultármelo? —pregunto con las manos en jarras salpicando su preciosa alfombra de color crema y en un tono de voz más alto del que debería.

—Un buenos días no estaría de más, pero claro en tu caso sería un casi tarde —dice levantándose de su sillón para dirigirse a un pequeño archivero donde se pone a buscar un documento entre varias carpetas y todo sin mirarme en ningún momento—. En cuanto a lo de Dicker fue una decisión que tomé en último minuto.

—Te recuerdo que Michaël es mi responsabilidad y que una de las condiciones que puse para trabajar aquí fue que yo manejaría mis cuentas según mi criterio y que tú solo intervendrías en caso de ser necesario —camino para ubicarme cerca de él—, hace unos días te pregunté si querías cambiar algo y me dijiste que no, solo espero que por tus celos no arruines una cuenta que tanto me costó conseguir.

Las palabras salen tan rápido de mi boca que no puedo controlarlas y apenas he pronunciado la última frase cuando la mirada gélida de Max hace que inmediatamente me arrepienta.

—Ten mucho cuidado como me hablas Adriana, no estás hablando con un adolescente de quince años que no sabe controlar sus hormonas —cierra el archivero de un solo golpe y el ruido hace que sobresalte, él da un paso hacia adelante invadiendo mi espacio personal y yo, automáticamente doy otro hacia atrás—, sé entender muy bien cuando una mujer me dice que no quiere nada conmigo, el lunes me dejaste muy claro que lo nuestro sería estrictamente profesional y te dije que lo respetaría, fin de la historia. Pero no te confundas, a pesar de lo que ha pasado entre nosotros, antes que todo soy un profesional y no acostumbro a mezclar mis sentimientos con cosas del trabajo y aquí se viene a eso, a trabajar.

Bajo la mirada, toda la adrenalina que sentía hace un momento desapareció de la misma forma que llegó. Max nunca me había hablado con tanta dureza y cada palabra es un retorcijón para mí corazón. Yo solita me lo busqué sin embargo no puedo evitar sentirme como una niña pequeña a la cual han regañado después de un arrebato.

—No necesito que me digas cuales fueron las condiciones que pusiste para trabajar

para mí —dice mientras regresa a su mesa y aunque a lo mejor no lo ha dicho con esa intención, sé que ese «para mí» es una forma de recordarme que él es el jefe—. Si hubieras estado aquí sabrías que hablé con Ernest porque quería retirarnos la cuenta, esa es la razón por la que he intervenido y programado la reunión para mañana, para así poder ofrecerle una mejor opción a su proyecto de inversión.

Ahora me siento peor. Yo y mi bocota. Cuando Martha me dijo que había llamado al señor Dicker di por hecho que se trataba de Michaël, dado que él es mi contacto directo.

—Ya empecé a trabajar en una propuesta, aún no está terminada pero creo que eso podría evitar que tengan que recurrir a un préstamo —le informo con la cabeza cabizbaja.

—Pues será mejor que la termines, quiero verla al final del día —dice revisando unos papeles.

Asiento pero creo que no se ha dado cuenta de mi respuesta porque sigue con la vista clavada en su carpeta. En silencio salgo de su oficina sin hacer ningún ruido, por primera segunda desde que empecé a trabajar aquí con los ánimos por los suelos.

Llego a mi mesa, tiro mi bolso sobre ella como si el pobre tuviera la culpa de todos mis males, me quito el abrigo, lo lanzo sobre la silla más cercana y enciendo la computadora.

El día no podía estar peor.

Miro sobre el escritorio y me doy cuenta que no está la carpeta donde tengo todos los datos de la propuesta de Dicker, lo más probable es que Martha lo haya guardado. Trato de llamarla por el intercom para preguntarle pero no me responde. Seguro lo ha archivado. Salgo al pasillo y me dirijo al archivero; al pasar enfrente de la puerta de Max, está entre abierta, escucho voces y la entrometida que llevo dentro hace que me pare a escuchar.

—Resérvame un vuelo para mañana en la tarde, tengo que estar en Italia antes de las nueve.

¿Se va? Seguro que va a ver a su *Barbie* de quinta, bueno... de quinta no, porque Sophia es de todo menos común y corriente y saber eso hace que se me amargue más el día.

—Sí señor, ¿con regreso para el domingo en la noche o el lunes en la mañana?

—Todavía no lo sé, ya te dejaré saber.

Escucho pasos acercarse y entro en el archivero antes de que me atrapen en plan cotilla, busco la carpeta que necesito, regreso a mi mesa y sin entretenerme más empiezo a trabajar.

Me paso el resto del día revisando documentos, editando estrategias de la empresa de posicionamiento y comercialización. Hago tablas de costos de publicidad, promoción y estimación de ventas; miro el reloj en la computadora que marca las cuatro y media.

¡Oh por dios! El día se ha ido corriendo, hasta se me ha pasado la hora del almuerzo. Lanzo la impresión, al levantarme para ir a recogerlas siento que me duelen todos los huesos. Vuelvo al archivero dónde está la impresora y ordeno los documentos antes de llevárselos a Maximiliano.

—Gracias —murmura sobriamente mientras le echa un vistazo.

Me quedo de pie esperando a que me dé instrucciones pero él se limita a mirar los papeles, ignorando totalmente mi presencia.

No puedo creer que hayamos llegado a este punto, vamos... sé que todo esto es mi culpa, sino hubiera permitido el acercamiento que tuvimos el viernes pasado en el Sabor Latino, para luego volver a rechazarlo cuando nos incorporamos al trabajo el lunes por la mañana, repitiéndole que lo de la discoteca fue un error y que al igual que el beso, eso no podría volver a repetirse, no se hubiera creado esta brecha que hay entre nosotros.

¿Qué más se puede esperar? Mezclas alcohol con el chico que tanto te gusta y al día siguiente solo puedes obtener arrepentimientos.

Pero han pasado cuatro días desde entonces y su trato es cada vez más frío y yo me siento cada vez peor por haber permitido que esto llegara tan lejos.

Si él no estuviera comprometido todo fuera tan distinto pero es que sencillamente no puedo, no puedo y no puedo salir con una persona que no esté libre, por más que me atraiga, eso va contra todos mis principios.

—Puedes retirarte, los voy a revisar y si algo no está bien te lo haré saber.

Me habla pero no me mira y siento cómo se me encoge el corazón. Lo que daría por una de sus sonrisas pícaras, de sus palabras con doble sentido; extraño tanto la calidez de su mirada. Cierro la puerta detrás de mí con un nudo en el estómago. ¿Qué me está pasando?

Max dijo que me avisaría pero son más de la cinco y aún no me ha dicho nada, no sé si quedarme a esperarlo o si debo marcharme sin decir nada. Esta situación es estresante. No puedo más, me levanto y empiezo a recoger mis cosas.

—Hay un error en la proyección de ventas —dice irrumpiendo en mi oficina sin llamar.

Me parece extraño, estoy segura de haber revisado bien antes de imprimirlo pero como el pan no está para bollos asiento tomando los documentos.

—Los revisaré por la mañana...

—No, quiero que los revises y lo corrijas ahora, también quiero que pases toda la documentación a las dispositivas —su tono de voz es plano pero lo suficientemente firme para dejar claro que no aceptará una objeción de mi parte.

Normalmente esas cosas las hace Martha además estoy cansada, no he comido nada en todo el día y me estoy hartando de su actitud, pero como ya he metido la pata esta mañana con mi comentario fuera de lugar y no quiero entrar en un nuevo debate, asiento nuevamente. Estoy empezando a creer que me está castigando por mi retraso, o ¿será por mi boca?

Efectivamente había un margen de error en la previsión de ventas, era algo mínimo y no entiendo cómo no puede verlo antes de imprimirlo. Como a las siete y media de la noche ya lo tengo todo listo. Voy a su oficina y llamo antes de entrar, cuando me permite el paso le entrego la documentación corregida y le digo que todo está listo para mañana. Él vuelve a revisarla y asiento dando el visto bueno. Lo miro pero sigue sin mirarme, espero... espero y espero, ¿el qué? No lo sé; quisiera preguntarle si así será entre nosotros de ahora en adelante pero no me atrevo.

—Buenas noches —es todo lo que logro decir debido al nudo que se me ha formado en la garganta.

—Buenas noches —responde en un tono más seco que el desierto del Sáhara.

Recojo mis cosas con el alma en el piso, siento como si un camión me hubiera pasado por arriba.

Salgo a la calle y dejo que la brisa otoñal y la oscuridad me envuelvan.

Definitivamente ha sido un día de mierda.

Muero por dentro

“El hombre llega mucho más lejos para evitar lo que teme que para alcanzar lo que desea”

Dan Brown

A la mañana siguiente llego temprano, entro en la recepción y todo está en penumbras, pienso en encender la luz pero al final lo dejo así, de todas formas todavía falta una hora para que llegue Martha. Me dirijo a la oficina de Max a recuperar la carpeta de Dicker que dejé la noche anterior. Entro y no puedo evitar distraerme, es la primera vez que estoy aquí sin que él esté presente. A pesar de su ausencia su olor domina todo el espacio, su perfume inunda mis fosas nasales, respiro hondo llenándome de él y mil emociones acuden a mí. ¡Oh padre que rico huele! Podría pasarme horas impregnándome de su esencia, sin embargo no pierdo más tiempo. Ayer no fue mi mejor día y estoy dispuesta a cambiarlo. Visualizo la carpeta que he venido a buscar arriba de su mesa, la cojo y salgo de allí.

Al entrar en mi oficina enciendo la computadora, lanzo la impresión de la propuesta y voy al archivero a recuperar las hojas, una vez que termino eso, me dirijo a la sala de reunión para prepararlo todo. Es mi primer gran contrato, Max ha confiado en mí y no puedo permitir que el señor Dicker nos retire la cuenta, por lo tanto todo tiene que salir perfecto.

Me pongo a preparar las cuatro carpetas, organizando y verificando que todas tengan la misma información, de pronto siento una presencia a mi alrededor, levanto la vista y... ¡Zas! Se me caen los papeles que llevaba en las manos, doy un brinco y me llevo la mano izquierda al pecho, casi me da un paro al ver a Maximiliano parado en el marco de la puerta.

—Lo siento, no quise asustarte.

—No te preocupes, estaba tan concentrada que no te escuche llegar —digo tratando de recuperarme del susto. Me agacho para recoger los papeles que se han caído.

—Me sorprendió verte aquí, suelo ser el primero en llegar y como las luces están apagadas pensé que no había nadie más —se acerca a la mesa en caoba y pone su maletín—, déjame ayudarte a recoger.

Da un paso hacia mí y mi cuerpo reacciona a su cercanía, nunca lograré explicar lo que despierta en mí.

—Ya está —replico rápidamente al levantarme. Nos miramos unos instantes y pienso en cómo éramos al principio, donde él llegaba y me saludaba de una forma tan natural, con dos besos detenidos en la mejilla y una sonrisa pícaro en los labios, pero ahora, está esta incomodidad que se ha instalado entre nosotros.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta con un tono suave—. Digo... Como ayer te mojaste tenía miedo que te resfriarás.

Su pregunta me sorprende, tal como están las cosas entre nosotros no creí que se preocuparía, es más, pensé que no se había fijado. Saber que se ha preocupado, hace que esboqué una tímida sonrisa.

—Estoy bien gracias —respondo en el mismo tono—. Vine más temprano porque quería asegurarme que todo estuviera en orden.

—¿Puedo ayudarte en algo? —se acerca y me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja. Mi corazón da un brinco pero esta vez por razones distintas; es la primera vez que me toca desde lo sucedido en la discoteca. Yo me quedo inmóvil, retengo la respiración, su gesto es breve pero no me

impide disfrutar de ese instante.

—No gracias, lo tengo todo controlado.

Él asiente, recoge su maletín y sin más sale de la sala. Yo me quedo resignada.

Termino de preparar todo, como la reunión con Dicker no es hasta las diez de la mañana decido avanzar un poco el trabajo que tengo pendiente.

Binn... Binn...

—Dime Martha —digo al descolgar el intercomunicador.

—Los señores Dicker están aquí, ya he avisado al señor Lombardi.

—Gracias, enseguida estoy con ellos.

Me levanto de la silla, me hago un repaso personal rápidamente, me quito las arrugas de mi vestido de tubo color turquesa y verifico mi pelo. Después de asegurarme que estoy presentable, respiro hondo antes de girar el pomo de la puerta.

Llegó la hora.

Me acerco a la recepción con una gran sonrisa aunque por dentro estoy un poco nerviosa. De este encuentro dependen muchas cosas, debo demostrarle a Maximiliano que no se ha equivocado en elegirme, en confiar en mí. También debo de mostrarme a mí misma mi valía como profesional.

—Buenos días caballeros es un gusto tenerlos aquí —los saludo acercándome y estrechándoles las manos, primero a Ernest Dicker que es un señor de unos sesenta años de edad y va perfectamente trajeado, luego a Michaël, su hijo, de unos treinta años, no muy alto pero atractivo a su modo.

—Buenos días Adriana, como siempre estás radiante —dice reteniendo mi mano—. Buenos días Maximiliano —me suelta para poder saludar a Max que ha aparecido detrás de mi—, ¿cómo estás?

Me giro y él me dedica una breve mirada antes de responder al saludo de Michaël.

—Muy bien gracias, bienvenidos sean —le sonrío pero no le llega a los ojos. Se acerca un paso y le da la mano al señor Dicker mirándolo directamente con respecto y admiración—. Por favor si nos acompañan.

Les pide abriendo paso para que puedan acceder a la sala de reunión. Yo lo sigo muy de cerca. Entramos en la sala y Michaël y su padre ocupan cada uno, una de las seis sillas que rodean la mesa. Maximiliano se acerca a la cabecera y por un momento creo que va a tomar asiento pero en vez de eso retira la silla y me mira invitándome a sentarme, lo miro sorprendida de que me ceda su espacio, dado que siempre es él quien preside la mesa.

—Ernest, como ya habíamos hablado por teléfono, el plan de expansión está por encima del límite del diez por ciento del presupuesto —dice tomando asiento en la silla que está a mi derecha—, sin embargo Adriana es quien está trabajando en esa propuesta por lo que prefiero dejar que sea ella les explique cuál sería la estrategia más adecuada para que la expansión sea factible.

Me dedica una mirada alentadora para que inicie la reunión.

—Hemos iniciado este plan de negocios con la finalidad de encontrar la mejor forma de expandir la comercialización de sus operaciones actuales —me pongo de pie captando la atención de todos, nunca he sido muy buena oradora así que siempre me cuesta lanzarme en este tipo de presentaciones—. Michaël buscó asesoría porque ustedes han

adquirido varios contratos adicionales para el año 2009 y por esta razón él quiere utilizar el diez por ciento de las ganancias de las ventas netas del primer año para promocionarse y poder así expandirse —expongo mirando primeramente a Michaël que asiente con una sonrisita de lo más pretenciosa y luego al señor Dicker, quién es la persona clave de este encuentro, por lo tanto es mi punto de enfoque.

—Delante de cada uno de ustedes podrán encontrar una carpeta con la información que les voy a presentar a continuación —me dirijo hacia el gran ventanal y cierro las cortinas, camino de vuelta hacia la pequeña mesa donde se encuentra el proyector y lo enciendo, para luego regresar a mi puesto donde lanzo la primera diapositiva desde mi laptop—. Como bien decía Maximiliano, el plan financiero basado en la estimación de ventas para los próximos tres años, determinó que el costo para cualquier tipo de promoción, y de publicidad: ya sea por los medios de comunicación, que para ser eficaces tendrían que ser emitidos por lo menos cinco o cuatro veces al día, o por medios electrónicos, son simplemente excesivos; razón por la cual estarían obligados a solicitar un préstamo con un monto de un millón de euros...

—Disculpe señorita Brooks pero esa opción quedó descartada. Realmente fue mi hijo quién tuvo la idea de expandirnos al extranjero.

Lastimosamente nosotros tenemos una visión muy distinta en los negocios. Ustedes los jóvenes de hoy en día son mucho más ambiciosos, más... arriesgados y yo prefiero ser más cauto.

—Lo entiendo totalmente señor Dicker y por eso estamos nosotros aquí, para poder ayudarlo en sus necesidades de progreso, evaluando todos los detalles y posibilidades de manera que evitemos cualquier riesgo sobre una inversión que no sea rentable —lo veo asentir y me hace una seña con la mano para que prosiga—. El objetivo de este plan es mostrar cómo incrementar sus acciones por medio de las ventas, promocionando ustedes mismo su producto sin la intervención de un banco. Durante la proyección siéntase libre de hacer cualquier pregunta y yo con mucho gusto le responderé.

Veo un brillo en su mirada que demuestra lo atractiva que le es la idea, eso me da más fuerzas para continuar y así doy inicio a mi propuesta.

Cincuenta minutos más tardes, hemos discutido varios puntos, el señor Dicker es un hueso difícil de roer, hace muchas preguntas demostrando así el gran hombre de negocios que es, pero gracias a Dios para todas ellas, apporto una explicación clara y precisa.

—Mi consejo es que durante los dos primeros trimestres se distribuyan volantes a los clientes contractuales y potenciales con una o varias de las promociones asumidas por Dicker & Son detalladas en la página veinte y cinco, de esa forma ustedes podrán cubrir el costo de la difusión de muestras sin sobrepasar el presupuesto inicial; la expansión no será inmediata como lo quería Michaël, pero si nos basamos en el pronóstico de ventas a cinco años, podríamos abrir una sucursal aquí en Luxemburgo dentro de año y medio como mucho.

Miro expectante al señor Dicker, al final es él quien tiene la última palabra, antes de mirar a Maximiliano que me observa con ojos ardientes, su mirada me acalora, por unos instantes me envuelvo en la calidez de esos ojos esmeraldas y cada una de mis terminaciones nerviosas cobra vida.

—Maximiliano permítame felicitarte, tienes una joya a tu lado, cuídala mucho o puede que alguien intente robártela.

—Muchas gracias Ernest, de hecho he pensado ponerla bajo llave para evitar que eso suceda —le responde al señor Dicker luego de desenlazar nuestras miradas. No es lo que dijo sino la intensidad con la que pronuncia cada palabra lo que me hace estremecer por dentro y provoca una sonrisita en mis labios.

—Buen trabajo señorita Brooks.

—Muchas gracias.

No puedo ocultar mi alegría. Siento la mirada de Max sobre mí y caigo nuevamente en la tentación de mirarlo, él articula un «bien hecho», el brillo de sus ojos muestra felicidad y orgullo, y yo bailo sobre mi nube personal.

—Hazle llegar los contratos a mi secretaria y los firmaré cuanto antes —dice el Señor

Dicker al momento que se levanta de la silla.

—Cuenta con eso para esta misma tarde —responde Maximiliano imitando su gesto.

—Bueno, que les parece si los invito a comer y así discutimos los últimos detalles de nuestra nueva colaboración —propone Michaël caminando hacia nosotros donde toma mi mano—. Adriana estuviste fantástica, aunque no esperaba menos de ti.

Miro a Max que no pierde detalle de la escena, pero su rostro se mantiene impassible. De pronto me siento incómoda con la cercanía de Michaël, así que disimuladamente suelto mi mano de su agarre.

—Me parece buena idea hijo sin embargo tengo otra reunión dentro de... —mira su reloj de mano—, una hora y media y es un poco retirado así que no quiero atrasarme, pero vayan ustedes.

Veo a Max que sigue sin mostrar ningún tipo de emoción, a pesar de eso estoy segura que se inventará alguna excusa para evitar que vayamos a esa comida.

—Lo siento, salgo de viaje esta tarde y aún tengo muchas cosas pendientes así que no podré ir.

Me río para mis adentros.

Puede que haya estado distante estos últimos días pero después del momento que tuvimos hace un rato, estoy convencida que su interés sigue ahí. Estoy segura que no me dejará comer sola con Michaël. La idea hace que me sienta eufórica.

«Ay padre tengo que estar volviéndome loca».

—Pero estoy convencido de que Adriana podrá responder a todas tus inquietudes.

¿Qué? ¡En serio él dijo eso!

Ladeo lentamente la cabeza y lo miro sin poder ocultar mi sorpresa. Esa sola frase ha hecho que me caiga de mi nube personal y me estrelle contra el pavimento, llevándose todo el júbilo que sentía hace un momento.

—Es más, yo invito. De esa forma me sentiré menos culpable por declinar tu invitación —su tono de voz es plano, al mismo tiempo esboza una sonrisita que a mí me parece de lo más hipócrita. Quisiera poder estamparle el control del proyector que aún llevo en las manos para borrarla.

—Adriana por favor carga todos los gastos a la cuenta de la empresa —prosigue sin ni siquiera dignarse a mirarme—, Ernest te acompañe a la salida.

—Claro —respondo en el mismo tono, tratando de ocultar toda la decepción que siento.

Me despido del señor Dicker. Lo veo alejarse y no puedo evitar pensar que hace unos días, él nunca hubiera permitido una situación como esta, es ridículo lo sé, pero la idea que ya no le importe, me molesta. ¿Será que ya ha perdido el interés?

Hoy ha sido un gran logro en mi vida profesional y debería estar saltando de alegría, en vez de eso estoy hecha polvo. Me encantaría celebrar este triunfo pero quiero hacerlo con él, sin embargo el susodicho prefiere preparar todo rápidamente para salir de viaje y encontrarse con *Miss perfect*. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Hoy tengo ganas de ti

“Tener tus ojos debe ser ilegal y más si cuando miras, solo inspiras a pecar”

Cultura Profética

El sábado en la mañana me despierta una pequeña incomodidad, abro los ojos y veo entrar claridad por el hueco de la persiana, giro la cabeza y miro el reloj sobre la mesita de noche. ¡Wao! Caí como una piedra. Son las diez de la mañana, he dormido más de ocho horas corrido. Vuelvo a sentir un calambre en el vientre, hago cuentas rápidamente... ¡Maldita sea! Mi querida compañera de todos los meses ha decidido hacer su aparición.

Arrastrando los pies llego hasta el baño, me tomo dos Advil, mientras me doy una ducha recuerdo lo sucedido ayer en la oficina y con el recuerdo viene el enojo, aún no logro entender el comportamiento de Max.

Salgo del baño y me pongo una ropa cómoda para estar en casa, enciendo la radio, le doy al botón de play y suena “Yo no me doy por vencido” de mi querido Fonsi.

«Ay mi Luisito, quien fuera cemento para sostener tal monumento».

Subo el volumen a fondo, eso termina de animarme. Miro a mi alrededor, ¿hace cuánto tiempo que no hago una gran limpieza?

Así soy yo, cuando estoy molesta me da por limpiar a fondo.

Al medio día, cantando a pleno pulmón, tengo la casa hecha un lío: las sillas arriba de la mesa del comedor, el piso mojado, los muebles cambiados de lugar, tuve que moverlos tres veces hasta dar con la posición deseada. Absorta en mi tarea, me doy la vuelta y me llevo tremendo susto.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta mi hermano parado frente a mí, vistiendo solo unos calzoncillos, mostrando así su cuerpo de ochenta kilos bien definido.

Entiendo porqué Emma se queda embobada cada vez que viene a visitarme y lo ve. Alexander con su metro ochenta y tres y su piel morena, es atractivo ante los ojos de cualquier mujer.

Trato de normalizar mi respiración.

—¿Acaso te has vuelto loco o pretendes matarme de un infarto?

—Si no tuvieras la música tan alta, te hubieras dado cuenta que llevo rato llamándote desde mi habitación —mira con sus ojos marrones a su alrededor—, ¿qué te ha pasado?

—¿Qué te hace pensar que me ha pasado algo? —Doy media vuelta, bajo el volumen del radio y sigo con mi tarea.

—Vamos calabacita que tú odias limpiar, y solo lo haces cuando estás molesta por algo —vuelve a mirar el salón y sus labios se curvan en una sonrisa—, aquí parece que ha pasado un huracán, así que tu cabreo ha de ser descomunal.

Su comentario hace que recuerde el motivo de mi enfado y eso hace que me irrite aún más.

—Perdón, no quise despertarte —digo ignorando su comentario.

—No te preocupes, la música no me ha despertado, ha sido Emma —lo miro un tanto sorprendida—, me llamó porque no lograba conseguirte en tu móvil.

Ayer cuando llegué del trabajo estaba tan molesta que no tenía deseos de hablar con nadie así que lo puse en modo silencio.

—Ya la llamo.

—Me vuelvo a echar, anoche llegué súper tarde del trabajo y estoy frito. ¿Crees que puedo volver a dormir sin que acabes con la casa?

Su tono de burla hace que le lance el trapo húmedo con el que estoy quitando el polvo, lo evita y este cae al piso.

—Ya en serio, si no estoy despierto me puedes levantar como a las cinco.

Asiento, él gira sobre sus talones y se pierde por el pasillo rascándose las bolas.

¿Qué manía tienen los chicos con eso? Nunca lo terminaré de entender.

Voy a mi habitación, encuentro mi teléfono ¡vaya! Sí que le urge hablar conmigo, tengo más de diez llamadas perdidas de Emma. Le devuelvo y responde a la primera.

—Espero por ti y por mi salud mental que tengas una muy buena razón para desaparecer del radar electrónico.

—Cuando llegué del trabajo me dolía la cabeza, así que lo puse en silencio —le informo con la voz apagada—, me he puesto a hacer la limpieza y se me ha olvidado revisar...

—Espera, párame el carro ahí. ¡¿Que estás haciendo la limpieza?! —me corta y yo sonrío.

—Aja.

—¿Qué tanto estás limpiado?

Su pregunta hace que mi sonrisa se ensanche.

—He cambiado la posición de los muebles del salón.

Lo bueno de tener tantos años conociendo a una persona, es que aprendes a reconocer hasta el más pequeño de sus hábitos.

—Oh, Oh. Esto no pinta nada bueno, vamos desembucha ¿qué ha pasado?

A diferencia de mi hermano a Emma no tengo porqué ocultarle la razón de mi rabia.

—¿Quieres la versión larga o la versión corta? —pregunto volviendo al salón

Diez minutos más tarde ya le he dado todos los detalles de lo sucedido el viernes.

—Y cuando regresaste a la oficina ¿qué te dijo Maximiliano?

—Nada, ya se había marchado de viaje —digo desanimada—. Te juro que sus cambios de humor me tienen con dolor de cabeza.

—Bueno corazón, pero es que tú también tienes que decidirte. No puedes estar besándolo un día para después rechazarlo, luego estar frotándote como gata en celo y volverlo a rechazar. O son caramelos o son chupetas cariño.

—Emma que no es tan sencillo...

—Claro que lo es, lo que pasa es que te complicas demasiado. ¿Te gusta o no te gusta el tipo?

—Sabes muy bien que sí —respondo sin dudar.

—Perfecto. Está más claro que el agua que tú también le gustas, la forma en la que te mira, en la que se te acercó en el Sabor Latino, todo indica que esta clavado por ti.

Todo muy bonito pero ella parece olvidar un pequeño detalle.

—¿Y qué hacemos con la novia?

—¿Tú lo acabas de decir: novia, no esposa. ¿No has escuchado eso de que en la guerra y en el amor todo se vale? Pues bien, hasta que él no diga “sí, acepto” todo lo que hagas es aceptable.

Según la voy escuchando, una esperanza nace en mí. Después de todo si Max me besó estando Sophia justo al lado, puede que su relación no le importe tanto.

—Adriana, si ese hombre solo quisiera un polvo contigo, no te hubiera contratado —continúa como si me leyera la mente—, sencillamente te enamora, se acuesta contigo y fin de la historia.

—De acuerdo, pero recuerda que ya lo he rechazado dos veces y que puede que haya

perdido el interés.

—Pues solo hay una forma de averiguarlo.

Termino de hablar con Emma mucho más animada de lo que empecé y planeando los próximos pasos a seguir.

Miro a mi alrededor ¿ahora qué hago yo con este desorden?

El fin de semana pasa volando. El lunes por la mañana decido que es tiempo de sacar la artillería pesada, normalmente suelo ponerme mi vestido blanco de la suerte, ese que nunca falla cuando quieres ligar pero como tengo la regla, lo descarto.

Después de una búsqueda de media hora, me decido por mi última adquisición hecha en Mango: un vestido negro cuello V, manga corta. Me encantó porque me queda ceñido al cuerpo. Lo acompaño con una pulsera roja y unos zapatos de tacón negros. Como siempre, me maquillo de forma sencilla, solo que esta vez me enfoco en resaltar más mis labios, por lo que uso un rojo intenso de Bobbie Brown, según los consejos de la vendedora de Sephora, es un lipstick^[16] brillante, de larga duración y mantiene los labios hidratados, yo que voy con la intención de besar, me viene perfecto.

Con esa idea y con las pilas renovadas, llego a la oficina. Paso por delante de Martha, la saludo rápidamente, no quiero entretenerme, estoy que me muero por ver a Max.

Cuando entro en su despacho está al teléfono, me mira de arriba abajo y de abajo para arriba, creo distinguir algo en su mirada pero no me da tiempo a saber qué es porque se recompone deprisa. Trato de no darle importancia, después de todo está atendiendo una llamada, así que me siento y espero que termine su conversación. Se ve cansado, ojeroso, como si no hubiera tenido un buen viaje. Cuando termina, me pide que lo ponga al día con lo pasado durante su ausencia.

Dado que ha estado fuera solo medio día, no hay mucho que contar, pero de todos modos le digo lo que ocurrió el viernes, dejando caer lo bien que la pasé en el almuerzo con Michaël, sin embargo si le molestó, no lo demostró.

El miércoles sigo con mi plan pero Max está igual de distante, su trato es cordial y profesional y yo comienzo a desesperarme, tanto, que he aceptado salir con una cita a ciegas que me ha organizado Emma, con la única condición que me pasara a buscar por el trabajo. Sé que parezco una niña. Pero a situaciones desesperadas medidas desesperadas.

El jueves me aseguro que Max estuviera presente cuando mi cita viene por mí, pero él sigue igual de impasible y yo estoy que me tiro de las greñas. No puede ser. ¿Será que ya no le gusto?

Solo me queda una última carta bajo la manga, sino funciona pues voy a tirar la toalla, total como diría mi abuela, “él se lo pierde”.

—Me voy —le informo, asomando la cabeza por la puerta.

—Nos vemos el lunes —responde con la vista clavada en unos documentos y yo gruño para mis adentros de la frustración. Respira Adriana, mantén la calma, después de todo tú fuiste quien lo rechazó.

—Esta noche hay concurso de salsa en el Sabor Latino —digo en un tono dulzón—, ¿te apetece venir con nosotras?

—Yo no bailo salsa, pero gracias por la invitación —sigue sin mirarme y en cuanto siga así, le voy a terminar por lanzar el bolso para que levante la cabeza de esos malditos papeles.

—No es obligatorio bailar, es más bien para pasar un buen rato, escuchando buena música.

—Estoy seguro que acompañantes no te han de faltar para pasarla bien, así que no entiendo para qué quieres que vaya contigo.

Me le quedo mirando pasmada. ¿A qué ha venido eso?

—¿Si te hago una pregunta me responderás sinceramente? —demanda levantando finalmente la vista.

Lo miro con cautela antes de responder:

—Siempre lo he hecho.

—No, no lo has hecho siempre pero no te lo voy a tomar en cuenta.

Se levanta, rodea su mesa y se apoya en el centro del escritorio, cruzándose de brazos.

Quisiera decirle unos cuantos improperios pero como no quiero tener un arrebatado como el de la última vez, prefiero morderme la lengua.

—Sabes que el propietario del club está loquito por ti, ¿no es cierto? —me observa con la mirada contraída.

Alucino. No me gusta para nada el tono de acusación que acaba de utilizar. Mi molestia aumenta, ¿quién se ha creído? Es cierto que nos besamos una vez, pero eso no le da el derecho.

—Maximiliano no quiero ser desagradable, pero eso no es asunto tuyo.

—Lo sé, pero me dijiste que serías sincera, así que dime. Responde a la pregunta.

Su tono es suave al mismo tiempo que intimidante. Lo observo pero no me dejo amedrentar.

—¿Quieres sinceridad? —pregunto al mismo tiempo que doy un paso en su despacho y cierro la puerta detrás de mí—, pues bien ahí te va. Si lo sé. ¿Y cuál es el problema?

—El problema es que aún sabiendo que está loco por meterse entre tus piernas, vas todos los fines de semanas con esos vestiditos sexy que usas, y te contoneas en sus narices, provocándolo, a pesar de saber que nunca te vas a acostar con él.

Sus palabras hacen que mi respiración comience a acelerarse. No me gusta para nada la dirección que está tomando esta conversación. Aprieto con fuerzas mi bolso.

—Lo que yo haga o deje de hacer, no es de tu incumbencia —digo girando sobre mis pies para salir pitando de aquí.

—Al final voy a creer que lo que dicen de ti es cierto.

Sus palabras hacen que me pare en seco, me giro y lo encaro, desafiándolo a que continúe.

—¿Y qué es lo que se dice de mí? —inquiero elevando un grado la voz.

—Que te gusta encender el jacuzzi pero que no te metes en el agua —articula cada palabra con dureza.

Hasta aquí hemos llegado, ya he escuchado suficiente.

¡Me acaba de llamar caliente pollas!

La ira se apodera de mí y antes de pensarlo, doy unos pasos hacia él, levanto la mano y con toda la fuerza que soy capaz le volteo la cara de una sola bofetada.

—Eres un maldito imbécil —digo las palabras entrecortadas por la tristeza que me ha provocado su comentario mientras lo veo llevarse la mano derecha a su mejilla, gira la cabeza lentamente y me mira desconcertado, furioso pero no me importa, yo estoy igual o más furiosa que él, así que achino los ojos y lo reto a que diga algo más. Nuestras respiraciones retumba en la sala, de pronto veo como su mirada se suaviza y la mía se torna vidriosa hasta que la desvío hacia el suelo antes de darme la vuelta y dirigirme a la puerta. Tengo que salir de aquí, de todos modos después de esto, lo más probable es que me despidan o mejor aún que yo renuncie, no pienso seguir trabajando al lado de una persona que tenga esa opinión de mí.

Llego a la puerta, no bien he girado el pomo cuando Maximiliano me alcanza y la cierra de un solo golpe.

—Lo siento Adriana, no te vayas —me pide arrojando mi cuerpo con el suyo, y es casi una

súplica—. No sé lo que me pasa, cuanto estoy a tu alrededor pierdo el poco control que me queda.

Yo no digo nada, estoy demasiado molesta e indignada, además tengo miedo de que se me quiebre la voz si lo hago.

—Pero como quieres que me comporte, cuando a mí me rechazas, sin embargo te ríes con el primer baboso que se te cruce por el frente.

Sus palabras son tan intensas que me provocan una guerra de emociones: cólera, indignación... deseo.

Su proximidad es embriagadora, me perturba.

Max pasa su mano por mi cintura y me acerca más a él, su cuerpo desprende calor y una descarga de placer invade el mío.

—He tratado de respetar tu decisión —hunde su nariz en mi cabello y respira hondo, inundando sus fosas nasales de mi esencia—, pero es que no lo entiendes, contigo soy irracional, no soporto que otro hombre te toque —dice con voz ronca.

Me acaloro.

—Nunca he deseado tanto a una persona, como lo hago contigo.

Mi cuerpo tiembla por la excitación, tengo que estar completamente loca, ¿cómo se puede pasar de estar furiosa a estar tan excitada en un instante?

Max me gira despacio, quedamos frente a frente y su intensa mirada me atrapa.

—Me mata que trates de negar esa atracción que existe entre los dos —hace una pequeña pausa—, porque la sientes, ¿verdad? —susurra en mi oído.

Mi respiración se agita. Alterada, excitada, no digo nada, sólo cierro los ojos y dejo que su suave aliento me acaricie.

Me quita el bolso de la mano y lo tira al suelo.

Estoy perdida, atrapada... entregada.

Sube su mano derecha suavemente por mi mulo, cada roce de sus dedos sobre mi piel, hace que me estremezca.

—Quiero que aceptes como tiembles cuando te toco —un hormiguero recorre mi piel—. Quiero que aceptes ese deseo que veo en tu mirada y que tanto tratas de ocultar, pero que ambos sabemos te recorre las venas cuando te miro —me muerde el lóbulo de la oreja, luego deja un reguero de besos por todo mi cuello y yo totalmente entregada a la causa, lo dejo hacer a su antojo.

Max se acerca peligrosamente a mi boca, abro los labios, deseosa que ponga fin a esta agonía, pero a poco centímetros, se detiene.

—Si te beso ahora, no habrán lamentaciones e indecisiones —dice con los ojos encendidos por la lujuria—. Tú decides... ¿te vas o te quedas? —me mira con ojos inquisidores, ardiente—, si te vas, juro que nunca más volveré a tocarte y aunque me cueste me olvidaré de todo esto —solo de pensarlo me entra el pánico—, pero si te quedas, no pienso parar hasta hacerte mía y no habrá vuelta atrás.

Mi sexo se contrae ante esa posibilidad y me muerdo el labio para evitar que un gemido se escape de mi boca.

Con el corazón desbocado y el deseo recorriendo mi cuerpo, sobran las palabras.

Eres la persona correcta en el momento equivocado

“*Qué cosa tan traicionera de pensar que una persona es más que una persona*”

John Green

Alucinante, impresionante, excitante y todos los antes que puedan haber, es la mejor forma para describir el fin de semana que pasé junto a Max. Me quise morir en sus brazos, pero de gusto. ¡Dios mío! Cuanta ternura, cuanta pasión. ¿Quién diría que dentro de un mismo hombre se escondan tantas facetas?

Todas mis relaciones anteriores han sido de lo más normalitas y reconozco que he disfrutado mucho. Pero esa mezcla entre lo erótico, lo salvaje y la ternura ha sido mágica. Fue como estar en el cielo aquí en la tierra.

Suspiro al recordar cómo empezó nuestro fin de semana lleno de pasión en su oficina.

Dos días atrás.

—¿Te quedas o te vas?

Esa sola frase fue el detonante. Lo supe en el instante, no tenía ni el más mínimo deseo de ir a ningún lado que no fueran sus brazos. Así que no lo pensé más. Me abalanzo sobre él, rodeo su cuello con mis brazos y estampo con fuerza mis labios contra los suyos.

Max abre la boca, su lengua sale a mi encuentro y roza la mía, suave, caliente, húmeda...

«¡Oh padre! Este beso es mucho mejor que el anterior».

Nuestras lenguas se lanzan en un juego de desesperación, la sensación es tan exquisita que arranca un gemido de mi garganta. Él hunde sus dedos en mi cabello y tira justo con la fuerza necesaria y se separa apenas unos centímetros de mi boca.

—Me encantas —dice en un susurro antes de poseer nuevamente con hambre lobuna mis labios, con decisión, como si estuviera esperando ese momento hace mucho tiempo.

Maximiliano me aprisiona contra la puerta y yo me sujeto de su camisa, una deliciosa mezcla de su aroma natural masculino y de perfume caro inunda mis fosas nasales... es embriagador. Rodea mi cintura con sus brazos, acortando los últimos centímetros que nos separan y frota su erección contra mi entrepierna.

—Te deseo más que nada en este maldito mundo —el sonido ronco que emite, hace que mis pezones se endurezcan. Pasa su lengua húmeda sobre mi labio inferior, luego lo muerde y tira de él suavemente. Abandona mi boca y me da suaves besos en la mejilla derecha, después en la izquierda, en los ojos; sus besos son una mezcla de intensidad y ternura, y hacen que mi impaciencia por sentirlo dentro crezca; lame mi cuello dejando pequeños mordiscos.

—Me enloqueces —susurra en mi oído y mi vientre se deshace, siento la humedad que se apodera de mis pantis. Desliza sus manos por mi cadera, después asciende acariciando mi piel desnuda con las yemas de sus dedos, llevándose la tela de mi vestido en la subida, su tacto desprende calor y hace que todo mi cuerpo arda de placer; lleva sus manos a mis nalgas, la agarra y amasa con posesión.

—Max no aguanto más te necesito ya —imploro mientras empiezo a desabotonar cada uno de los botones de su camisa. Mis palabras parecen excitarlo más porque un gruñido se escapa de su boca, antes de volver a arremeter contra la mía,, saqueándola sin piedad mientras lleva sus manos a mi espalda y baja la cremallera de mi vestido, deja caer una manga, baja el tirante de mi sostén, saca el seno derecho y sin más preámbulos se lo lleva a la boca; siento cómo mi pezón se endurece aún más bajo su contacto y mi vagina se contrae, empapando aún más mis bragas si es posible. Yo dejo caer mi cabeza hacia atrás,

gimo y disfruto de la maravillosa sensación que me provoca... lo chupa, lo muerde, con la punta de la lengua lame la aureola... me muero, me acaloro... ¡me encanta! Si quería hacerme morir por combustión espontánea, pues lo está logrando.

Termina de deslizar mi vestido y este cae al suelo, dejando expuesta mi ropa interior de seda color negro. Max da un paso atrás y me examina de arriba abajo, me mira como un niño cuando abre su regalo de navidad y descubre que es lo que ha estado deseando con ansias desde que lo vió en alguna publicidad en la tele. Cuando asciende nuevamente, su mirada me atrapa y una corriente eléctrica nos envuelve y toda yo tiemblo.

—¡Eres tan hermosa! —dice y sus ojos se han teñido de un verde más intenso, más oscuro.

El galopeo de mi corazón retumba en mis oídos.

Maximiliano se arrodilla delante de mí y me ayuda a salir del vestido, posa sus manos firmes en mi cadera y me lame el vientre.

—Me encanta tocarte, eres tan suave —dice con su mirada puesta en mis ojos, tan necesitado de mí... ¡Maldita sea! Yo no ansío más que sentirlo dentro de mí, penetrándome, volviéndome loca.

Va descendiendo y dejando pequeños mordiscos en mi vientre y todos los músculos y los tendones de mi cuerpo se vuelven gelatina. Me besa por encima de la seda.

—Max...

Es lo único que logro pronunciar, mi sangre bulle, estoy totalmente embriagada, consumida por el deseo. Me quita los pantis.

—No puedo esperar para sabotearte —dice con la voz cargada de lujuria y mi sexo palpita ante la promesa de sus palabras. Pero de pronto recuerdo que...

—Espera, hace solo un día que se me quitó la regla —digo entrecortadamente—, me hace sentir incómoda.

Se levanta y se acerca a mi boca.

—Entiendo —se inclina y susurra en mi oído—, pero que quede claro que no abra un solo lugar de tu cuerpo que no saborearé y poseeré.

Su cálido aliento me hace cosquillas en mi oreja mientras un jadeo se escapa de mi boca. Sus palabras me enloquecen, me pican los dedos, quiero tocarlo.

—Que tú no me lo puedas hacer a mí, no significa que yo no pueda hacértelo a ti.

No le doy tiempo a reaccionar y le desabrocho el cinturón, le abro el pantalón, le meto la mano por debajo de los calzoncillos blancos Armani y le agarro el pene, de su boca sale un gemido de placer, eso me da confianza para continuar y con la otra mano que tengo libre, termino de quitárselo y libero su perfecta erección; la boca se me hace agua, no puedo evitar sonreír para mis adentros maravillada con la belleza de su miembro. Y será todo mío. Me hincó de rodillas, lo miro a través de mis pestañas y me muerdo el labio inferior, rodeo el capullo y lo aprieto suavemente, con la punta de la lengua lo acaricio en círculos, Max lanza un gruñido animal y yo me siento poderosa, le dedico un segundo beso más profundo, más caliente.

—¡Oh peluche! No pares —dice en un susurro ronco, es una extraña palabra para un momento como este, pero saber que le gusta me estimula, lo aprieto con más firmeza y comienzo el vaivén de mi mano sobre su polla con más fuerzas.

Él hunde sus dedos en mi cabello y marca el ritmo, nuestras miradas siguen enlazadas, la suya se vuelve penetrante, ardiente, me hace sentir sexy, acalorada, deseada. Todo su placer se vuelve mi placer y poco a poco se va concentrando en mi sexo, no lo dudo un segundo y lo cubro con la mano que me queda libre, buscando el alivio que necesito. Los ojos de Max se oscurecen aún más, gime, yo jadeo, lo escucho vociferar algunas palabras en italiano que no logro entender, luego me embiste fuerte y yo lo

acojo gozosa, se le escapa un poco de líquido preseminal, y yo disfruto de su sabor, sabe a fruta tropical y una descarga de adrenalina me recorre el cuerpo y acelero el ritmo.

—Si sigues así, me voy a correr aquí mismo, y no quiero terminar así, no en nuestra primera vez —dice con voz jadeante, me ayuda a ponerme de pie, me devora los labios salvaje, saboreando su propio sabor. Me levanta del suelo y me empuja contra la puerta, yo rodeo su cintura con mis piernas.

—Max te juro por Dios que no aguanto más... te necesito —jadeo y él camina conmigo en brazos hasta su escritorio, tira todos los papeles al suelo y me sienta sobre la mesa, se gira, camina hasta donde está la pila de ropa en el suelo, lo veo buscar algo en su pantalón, saca un condón de su billetera y lo rasca con los dientes al mismo tiempo que camina de regreso a mí. Me mira una vez más mientras se lo pone y me estremezco ante su mirada que está llena de promesas de pasión y placer, me penetra de un solo golpe.

—¡Dios! —grito sintiéndome llena de placer.

—Aquí no hay ningún Dios —dice con ese clásico tono de voz dominante masculino—, te dije que cuando te follara sería intenso.

No me he recuperado bien, cuando me vuelve a embestir duro, salvaje, atrayendo un poco de dolor pero sin dejar de ser placentero, me agarro fuerte de la esquina de la mesa para recibir gustosa cada una de sus penetraciones; sentirlo dentro es celestial, sublime, delicioso.

Me agarra la pierna y rodea su cintura con ella, me vuelve a embestir, llegando más lejos esta vez.

Grito... gimo... jadeo, siento calor por todo mi cuerpo.

Él acelera el ritmo, entrando y saliendo una y otra vez, mi cuerpo comienza a tensarse, mi vagina se contrae y lo acoge, abrazándolo. Llevo mis manos a su cuello, acercándolo más y siento cómo el sudor recorre su piel, invado su boca con mi lengua, su ritmo se vuelve frenético, no aguanto más, arqueo la espalda y estallo en un maravilloso orgasmo, continúa embistiéndome, prolongado mi placer, cuatro penetraciones más y lo siento temblar, Max echa la cabeza para atrás, cierra los ojos y con un gruñido de lo más sensual, se pierde en mí.

—Ha sido más espectacular que todos mis sueños —dice con la respiración aún jadeante.

—El que solo se ríe... —las palabras de Emma me devuelven a la realidad.

—¿Dónde estabas metida? llevo rato esperándote, me gustaría que me expliques como le haces para llegar tarde a todos lados —me quejo y luego me llevo una cucharadita de mi helado de pistacho a la boca.

—No me cambies de tema y desembucha, no quiero detalles de todas las cochinas que hicieron pero estoy que me muero desde el viernes que me mandaste el mensaje diciendo que no vendrías a la fiesta de salsa —introduce un dedo en el envase plástico de helado, se lo lleva a la boca y niega con la cabeza en desaprobación—. No sé cómo puedes comer esto, sabe horrible.

Curvo los labios hacia arriba.

—Todo lo que te voy a decir es que fue... ¡Increíble!

—No te soporto —hace un mohín y mi sonrisa se ensancha—. Yo que esperaba que me dijeras que lo tiene chiquito o que sufre de eyaculación precoz...

—Estás loca.

La corto entre risas negando con la cabeza.

—No se puede estar tan bueno y encima que el sexo se te dé así de bien.

—En eso tienes razón.

Recuerdo que Jérémy estaba como el pan recién sacado del horno y sin embargo, en la cama,

no sabía encontrar el clítoris ni aunque le pusieran un foco y le indicaran con una flecha su ubicación.

—Pero las mujeres tenemos mucha culpa, porque en lugar de decirle a los hombres lo que están haciendo mal, nos quedamos calladas y ellos, creyendo que se la están comiendo y que se las saben todas, cuando en realidad no tienen ni idea de lo que están haciendo. A lo mejor si le hubiera dicho a Jérémy que no me hacía ni cosquillas, se hubiera empleado un poquito más y tal vez aún estuviéramos juntos.

—No me vengas con esa vaina, si el tipo no funcionaba, eso no iba a cambiar por más que se esforzara, yo no sé cómo aguantaste un año. Yo en tu lugar lo hubiera despachado el mismo día.

—¡Oye! Aún sigo en el séptimo cielo post-orgásmico. Así que, para qué pensar en eso.

—Perdón llegamos tarde —se disculpa Samia apareciendo detrás de nosotras—. ¿Llevan rato aquí?

—No te preocupes que no hace tanto.

—¿Por qué te quejas cuando yo llego tarde pero a ella le dices que no se preocupe?

—Emma porque tú siempre llegas tarde.

Ella pone los ojos en blanco y yo le saco la lengua.

—Hola chicas, ¿cómo están?

—¿Y tú quién eres? —pregunto con el ceño fruncido mientras me llevo el dedo índice y pulgar a la barbilla—. Disculpa es que hace tanto que no te veo que se me ha olvidado tu nombre.

—Jajaja... que chistosa —dice Linda. Se acerca y me da dos besos en la mejilla—. ¿Se puede saber dónde andabas metida el viernes por la noche?

—Se me presentó algo.

Miro de reojo a Emma para que no haga ningún comentario con respecto a Maximiliano.

—De saber que no vendrías, me hubiera ahorrado el disgusto que tuve con Brayan.

No me lo puedo creer. Llevo más de un mes sin verla, me ausento una noche y me sale con semejante pendeja’.

—Pues me imagino que debo llamarlo y darle las gracias por permitirte estar hoy aquí con nosotras —digo en tono sarcástico.

—Chicas, ¿qué vamos a ver? —pregunta Samia

—Adriana no empieces —continúa Linda en el momento que se lleva la palma de la mano a la frente—, ya tengo suficiente con las reclamaciones de Brayan, como para escuchar las tuyas también.

Incrédula con lo que estoy escuchando, la miro boquiabierta.

—A ver chicas que vinimos a ver una peli y no a pelearnos —insiste Samia.

—Pues eso tendrás que decírselo a ella, yo hice el esfuerzo en venir pero si vamos a comenzar con la misma cantaleta sobre mi novio, prefiero irme.

¿Pero qué mierda estoy oyendo?

Acabo de salir de mi séptimo cielo post-coital ¿quién es esta chica? Porque no hay rastros de la Linda con la que crecí.

Si me imagino que iba a venir en ese plan me quedo todo el día con Maximiliano, como él me lo pidió.

Respiro varias veces para no perder la compostura y decirle unas cuantas verdades.

—Yo opto por ver Diario de Una Ninfómana —dice Emma de lo más entusiasmada—. Trata de una mujer liberal que se acuesta con quien quiere y cuando quiere; y ustedes me conocen, la curiosidad puede más que yo y quiero saber de qué va todo eso.

Yo me giro hacia Samia ignorando el comentario fuera de lugar de Linda.

—Claro, si a Linda le parece bien. Te aviso que la película es calificación B y puede que

ella tenga que llamar a Brayan para saber si él está de acuerdo con lo que hemos elegido.

Linda resopla y yo no espero respuesta, me encamino hacia la taquillera seguida por Emma. Samia se queda atrás con Linda, me imagino que para hacer de intermediaria, como siempre.

La película parece no tener gran público porque no hay gente en la fila, así que nos atienden de una vez.

Una hora y media más tarde, salimos todas con la misma idea: trama aburridísima, muchas escenas de sexo que no cuentan nada, en resume... ¡una gran mierda!

—Que decepción, con tan buen título —se queja Emma.

—Te dije que leyeras primero el libro...

—¡Estás loca! Después de ver este fiasco, estoy feliz de no haberte hecho caso.

—Yo tengo hambre, ¿quién se apunta? —pregunta Samia.

Todas respondemos un gran “yo” al unísono, justo en el momento que suena el teléfono de Linda.

—Hola cariño, ¿cómo estás?

Yo no puedo evitar poner los ojos en blanco. Durante la peli la llamo como diez veces, trato de mostrar cuánto me irrita su comportamiento, así que sigo caminando.

—¿Qué quieren comer? —les pregunto a Samia y a Emma que me han seguido el paso.

—Estoy antojada de chino.

—¿De chino o de comida china? Porque si es de chino, conozco unos cuantos que estarían encantados de hacerte el favor, aunque no sé ustedes las orientales pero nosotras las latinas, necesitamos un hombre con mucho aguante y no creo que un chino resuelva como se debe.

Samia y yo nos reímos.

—Creo que podrías sorprenderte querida —dice Samia con una sonrisa pícaro en los labios. Emma y yo nos quedamos ojiplática—. Por alguna razón China está sobre poblada. Termina la frase y nos guiña un ojo.

Ahora es el turno de Emma y mío para estallar a carcajadas.

—Ahora entiendo mucho mejor...

—Chicas lo siento, pero la comida será sin mí —interviene Linda, cortando así a Emma. Yo miro a Emma, Emma mira a Samia y después las tres miramos a Linda. Estoy segura que pensamos lo mismo “para variar”

—Brayan está cerca de aquí, así que me ha invitado a comer, le hubiera dicho que viniera con nosotras pero no quería incomodarlas —dice la última palabra en plural pero mirándome a mí.

—Por mí no te hubieras cortado.

Trato de que mi voz suene lo más neutral posible.

—Es mejor así, ambas sabemos que tú no lo toleras y que te costaría un mundo tratarlo bien.

—Linda por favor, no comiencen.

Esta vez es Emma quien trata de intervenir pero yo estoy harta de sus indirectas.

—Te equivocas, de tolerarlo —digo elevando un poquito la voz—, lo hago. Es más, llevo meses haciéndolo pero lo que no soporto, es la forma en la que te dejas manillar por él. ¿Es que no puedes salir un día sin estar pendiente al jodio’ teléfono o de lo que tu querido Brayan quiere o deja de querer?

—El día que tengas un hombre al que ames, me vas a entender —dice imitando mi tono de voz.

—No, si yo no tengo nada en contra de que lo ames, lo que me mata, es que el amor de ustedes parece ir en una sola dirección pero tú no te das cuenta, o peor aún, no quieres.

—Eso no es cierto, lo dices porque desde que terminaste con Jérémy para ti ningún hombre es lo suficientemente bueno, pero ten cuidado Adriana porque te estás volviendo una amargada.

—¡Linda! —le advierte Emma.

—Joder pues prefiero convertirme en una amargada, a estar con un hombre que no ve más allá de su maldito hocico —grito exasperada—, dime a ver cuándo fue la última vez que hizo algo por ti, ¿eh? O simplemente, ¿cuándo en su relación ha hecho algo por ti? Dime una sola y te juro por Dios que le saco la alfombra roja.

—¡Basta! —exclama Samia incómoda con la situación—, ustedes son casi familia, ¿qué les pasa?

Tiene razón me duele mucho que nos enfrentemos así, pero es que no puedo. Desde que sale con el tipejo ese, solo vive para complacerlo y eso no solo me pone triste, sino que me saca de quicio.

Nos quedamos en un total silencio hasta que el celular de Linda vuelve a emitir un sonido. Ella lo mira durante unos segundos.

—Me voy, Brayan está afuera esperándome. Nos estamos viendo.

Se aleja sin despedirse de mí y me duele mucho, nunca pensé que llegaríamos a este punto.

—Tienes que dejarla, ella solita terminará entendiendo las cosas —me aconseja Samia en el momento que me limpia la mejilla.

Ni siquiera me había dado cuenta que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Y cuándo será eso? ¿Cuando llegue a los treinta, esté casada, con hijos y un hombre que no la quiere ni la hace feliz? —Pestañeo rápidamente para evitar que caiga otra.

—Ella tiene que aprender sola, todas lo hacemos a la larga.

—Venga anímate, vamos por el chino de Samia —propone Emma.

Ambas sonrían pero yo estoy demasiado triste y molesta para corresponder a la sonrisa.

Nos dirigimos a la salida y lo único en lo que puedo pensar es en Max, quisiera estar en sus brazos en estos momentos, pero sería demasiado íntimo que lo llame y lo involucre en una tonta pelea de hermanas, porque eso es

Linda para mí, una hermana menor.

Algo está naciendo en mí

*“Fue un día como cualquiera, nunca olvidaré la fecha, coincidimos sin pensar en tiempo y en lugar.
Algo mágico pasó, tu sonrisa me atrapó”*

Río Roma

El lunes por la mañana me levanto un poco desanimada por lo sucedido con Linda en Utopolis^[17], no logro entender qué es lo que le sucede.

Mi ánimo mejora al llegar al trabajo donde me aguarda un hermoso ramo de lirios blancos con rosas rojas. Es hermoso y me devuelve la sonrisa. Tomo la nota entre las manos y lo que leo, hace que mi sonrisa se agrande.

**Dicen que las rosas son sinónimo de pasión y que
los lirios son sinónimo de unión, erotismo y sensualidad.**

**Cuando lo vi, solo pude pensar en ti.
He descubierto una nueva adición y eres tú .**

No está firmado, pero no hace falta. Me emociona saber que ha escogido unas flores especialmente para mí y no sólo porque es lo usual o porque son bonitas. Huelo las flores y sonrío como una tonta. Este hombre me tiene fascinada.

Voy a su despacho a toda prisa para agradecerle el gesto, apenas traspaso la puerta, me besa con mucha pasión, y me abraza como si tuviéramos años sin vernos y no solo día y medio.

El día transcurre muy rápido, Max se cuela cada vez que puede en mi oficina para robarme un beso y yo lo recibo más que encantada.

El martes me recibe sobre mi silla un enorme oso de peluche crema con rojo, tiene un corazón en el pecho dónde está escrito **“You’re very sweet^[18]”**. Al pie del peluche encuentro otra nota con su caligrafía perfecta:

**Una vez, una persona me dijo que los peluches son tiernos, suaves y huelen increíblemente bien.
Por todas esas razones y porque me encanta abrazarte, tú eres mi peluche .**

No puedo creer que se recuerde de algo tan tonto y lo haya convertido en algo tan tierno.

Sin darme cuenta me descubro abrazando el peluche y una sonrisa boba se ha instalado en mis labios; le ha puesto un poco de ese aroma que tanto me enloquece. ¡Qué detalle!

Esa tarde aprovechando que Martha estaba fuera durante su hora de comida, Max me acorraló en mi oficina y le dimos rienda suelta a nuestros deseos.

Los días van pasando y hemos ido creando una rutina. Cada vez que llego al trabajo, me encuentro con un regalo: chocolates, más flores, lencería y por último mi perfume preferido y a cada uno de ellos, lo acompaña una nota que me arranca más de un suspiro o un rubor, como lo fue en el caso del perfume.

En nuestro próximo encuentro

Trabajamos durante el día entre besos y mimos y después del trabajo nos entregamos a la pasión, ya sea en la oficina o en algún hotel fuera de la ciudad.

No puedo negar que me siento un poco incómoda cada vez que llegamos a un hotel, tengo la impresión que todo el mundo me mira y que saben que tratamos de ocultar algo; a parte que cuando salimos, tenemos que tener mucho cuidado en no toparnos con algún conocido. En un país tan pequeño y conociendo yo a tantas personas, es un milagro que todavía no haya ocurrido.

Mantener una relación en secreto es emocionante, le da un poco de morbo al asunto pero también es agotador y no solo por el hecho de tratar de esconderte, sino, por las mentiras que arrastras. Mi abuela siempre dice que una mentira, atrae otra y otra, al fin nunca se acaban. A mi hermano le digo que me quedo en casa de Emma los fines de semana que paso con Max, a Samia y a Linda, aún no le he dicho nada. Así que, tengo que echarle una que otra mentiritas cuando me escapo de algún almuerzo, o cuando me pierdo en una salida para ver rápidamente a Max. No puedo negar que me siento mal en cada mentira pero la verdad no me he atrevido a confesárselo. A Linda porque en estas dos últimas semanas nuestra relación se ha deteriorado y hemos hablado poco, además que si se entera, con lo crítica que se ha vuelto, seguro pega un grito al cielo. A Samia, no me he atrevido por miedo a que su opinión sobre mí cambie y que no pueda volver a mirarme en la cara.

Sé que nadie entenderá lo que sucede entre Max y yo, pero es que cuando estamos juntos, lo que siento es algo tan grande, algo que va más allá de lo sexual... ni yo misma logro explicarlo aún. Sé que está mal porque estamos engañado a una persona pero al mismo tiempo cuando estoy con él, no se siente así. Es como si estuviéramos hecho para estar juntos. Es extraño, lo sé, puede que solo sea una excusa para tratar de justificarme, pero así lo siento.

No sé dónde llegará esto, ni siquiera le he preguntado qué piensa hacer con respecto a Sophia, no me siento con el derecho, por el momento solo disfruto de la dicha que me provoca estar con él.

En estos momentos estamos en nuestro paraíso terrenal. Aunque no siempre es así, hace tres días Michaël estaba de paso por la ciudad y me invitó a comer, yo no tenía muchos deseos de ir, pero al ser un buen cliente, terminé aceptando; cuando Maximiliano se enteró se puso en plan Neanderthal, y aunque a veces me encanta e incluso lo encuentro súper sexy cuando se pone así, está vez se pasó queriendo prohibirme asistir a la cita, alegando que no tenía nada que ver con trabajo, y que por lo tanto no quería que yo fuera, me indigné tanto que el resultado fue... tremenda discusión: Peleó, resabió, dijo un sin número de cosas sin sentido pero hice caso omiso a cada una de sus objeciones y fui a la cita dejando claro mi postura. Las cosas no se exigen, sino que se piden amablemente.

Como en toda discusión, sobre todo si son ellos quienes la han cagado, viene lo bueno: una gran disculpa y muchos besos, de esos por los que vale la pena pegarte una carrera, cruzar la calle sin mirar a cada lado, tomando el riesgo de ser atropellada y llegar casi sin aliento a la estación de tren, donde aguarda tu chico. Y muchos mimos, de esos que te derriten toda y terminas hecha gelatina en sus brazos.

Hoy en la tarde fue la inauguración del gimnasio de López & Vega. Max me dijo que tenía una reunión importante y que no podía faltar, así que, he tenido que asistir yo sola. Todo ha salido a pedir de boca y estoy súper contenta con el trabajo, sin embargo no logro disfrutar del éxito como he debido, porque siento un pequeño sabor amargo, todavía no entiendo que era eso tan importante que tenía que hacer que le impidió acompañarme. Estos últimos tres días ha estado de lo más misterioso. Ha salido varias veces temprano de la oficina, sin decir para dónde va, y cuando le pregunto, solo responde que

resolviendo cosas. Estoy comenzando a asustarme. Tengo miedo que se haya cansado ya de lo nuestro.

Como a las siete de la noche, recibo un mensaje de él, pidiéndome que lo encuentre en una dirección que desconozco.

Pido un taxi desde el local y le indico la dirección al taxista.

Veinte minutos más tarde, llegamos a un complejo de apartamentos en el lujoso barrio de Itzig. Como no conozco el lugar, le pregunto al chofer si está seguro que es la dirección correcta y este asiente. Le pido que espere unos segundos y me bajo del carro, marco el número de Max pero no responde.

No puede ser, es una falta total de consideración de su parte. Me cruzo de brazos y miro en todas las direcciones posibles y no hay señales de él.

No sé si irme o esperar un rato más. Puede que se haya equivocado de lugar.

El fino abrigo que llevo puesto no está apto para la fría brisa que anuncia la llegada del invierno, por lo que regresar en autobús ni siquiera es una opción.

Resoplo y me monto de nuevo en el taxi, le pido que regrese a la ciudad.

Cuando el chofer está a punto de arrancar, me llega un mensaje, donde Maximiliano me pide que suba hasta el segundo piso, a recoger unos papeles que se le han olvidado donde un dichoso cliente.

¡En serio! ¿No me pudo decírmelo antes?

De verdad espero que esos benditos papeles sean importantes y de carácter urgente, como para sacarme de la inauguración.

Cuando llego al segundo piso, el ascensor se abre directamente en un pasillo, que me imagino ha de ser la entrada del salón. Al salir me quedo con la boca abierta, ¿pero qué es esto?

Cientos de pétalos rojos y blancos esparcidos por el piso, marcan un camino, el cual sigo muy lentamente con el corazón desbocado hasta la puerta de entrada, que está entre abierta, la empujo y me encuentro con una imagen que nunca en mi vida hubiera llegado a visualizar.

A cada paso que doy, el olor a canela mezclado con manzana inunda mis fosas nasales, inhalo profundamente... ¡divino!

Sigo el sendero de pequeñas velas encendidas a ambos lados y llego a una habitación, donde las velas se van repartiendo por todo el espacio iluminando todo el lugar.

«Este hombre va hacer que me dé algo».

Levanto la vista hacia la gran cama matrimonial cubierta de sábanas blancas que está situada en el centro de la estancia. Mis labios se curvan hacia arriba y se me humedecen los ojos, al leer, “Eres mi más bonita casualidad” dentro de un enorme corazón de pétalos de rosas rojas.

Mi corazón se acelera más.

Giro la cabeza hacia la izquierda y veo una mesa sobre la que reposa una bandeja llena de fresas, una fuente de chocolate y justo detrás, se encuentra una hielera de cristal, dentro se puede distinguir un Louis Roederer Cristal 2002, rodeada de dos copas.

Me llevo la mano al pecho, como si eso ayudara a calmar a mi corazón que amenaza con salirse de su lugar.

Ladeo la cabeza para la derecha en busca del hombre que me tiene embobada desde hace semanas y que ocupa cada uno de mis pensamientos. Mis ojos se topan con un ramo de flores, de al menos veinte rosas de color rojo, acompañadas con hermosos lirios blancos, sostenidas en el aire.

Esas flores se han convertido en mis favoritas.

—No quería perderme ni una sola de tus expresiones al descubrir el lugar —dice Max bajando el ramo y mostrando sus hermosos ojos esmeraldas en medio de la oscuridad.

—Estás loco.

Es todo lo que logro decir entre una sonrisa nerviosa y el temblor de la voz.

—Tú me haces cometer locuras.

Se acerca con pasos lentos pero seguro, con esa mirada seductora que tanto me enloquece y me entrega el ramo de flores, antes de posar sus labios tiernamente sobre los míos. Fue un beso casto pero lleno de dulzura y determinación.

Yo trato de recordar cómo respirar, es que este hombre aniquila todos mis sentidos.

—Son hermosas —digo admirando el bello ramo que sostengo en las manos. Miro alrededor—. Todo está hermoso.

—Pero eres tú quien ilumina el lugar —camina hasta posarse detrás de mí, rodea mi cintura con sus manos y me besa en el cabello—. Espero que te haya gustado la sorpresa.

—Me encanta.

Como todo lo que tiene que ver con él.

—Y a mí me encantas tú —susurra en mi oído—. Espera ver todo lo que te tengo preparado —hace una pequeña pausa, me gira entre sus brazos, lleva sus manos a mi rostro y me mira detenidamente a los ojos—, haré que esta noche quede grabada en tu memoria por siempre.

Estoy convencida que así será, porque él tiene el poder de marcar cada uno de nuestros encuentros

como únicos,

también tiene el poder de hacerme perder la razón, y saberlo, hace que el miedo se apodere de mí.

Cuando las cosas se complican

“A la muerte se le toma de frente, con valor y luego se le invita una copa”

Edgar Allan Poe

Es increíble cómo los días van pasando y yo me siento cada vez más atraída por Maximiliano, desde la sorpresa del martes, vivo en mi propio paraíso terrenal. Es un sentimiento hermoso pero también terrorífico. Él es atento, tierno, dulce, pasional, inteligente, o sea la clase de hombre que si te descuidas, te enamora hasta las trancas.

—Tenemos que concentrarnos en elaborar un plan de acción.

—Si nos enfocamos en lo que arrojó el análisis DAFO, lo más prudente sería desarrollar una planificación financiera y de clientela, además de hacer una reorganización interna de los productos y el personal —digo verificando unos datos en mi lapto—, ¿Tú qué opinas?

Como no me responde levanto la vista y lo descubro observándome. Lo he visto mirándome de muchas formas: ardiente, penetrante, seductor, pero esta vez es algo diferente; me mira con una dulzura que me desestabiliza.

—¿Qué pasa?

—He descubierto que no me canso de mirarte, de hecho podría hacerlo todo el día.

Solo él consigue que un sencillo comentario me tiña las mejillas de rojo.

—Acércate —me pide extendiendo la mano izquierda por encima de la mesa.

—Martha podría entrar —digo negando con la cabeza y mirando la puerta como si fuera a abrirse de un minuto a otro.

—No importa —insiste dulcificando la voz—. Además ha de imaginarse que me traes medio loco y de todas formas, ella siempre toca antes de entrar.

Puede que tenga razón y como me encanta cuando se pone en ese plan de niño travieso me levanto de la silla, camino hacia la parte trasera de su escritorio y me acerco a él. Apenas llego toma mi mano y tira de mí para que caiga sentada en sus piernas, su osadía hace que me ría mostrando todos los dientes.

—Me fascina tu risa —dice mirándome detenidamente y su intensidad hace que me sienta tímida y aparte la vista. Él tomó un hondo respiro—, de hecho me fascina todo de ti.

Yo suspiro y esa lucecita roja en mi cabeza que advierte para que tenga cuidado, se enciende.

Me agarra la cabeza, me inclina hacia atrás y me da uno de esos besos de película de Hollywood.

Cuando se separa me observa nuevamente con la misma mirada que hace que me inquiete, es como si quisiera decir algo pero no se atreve y yo comienzo a temer lo peor.

—¿Qué sucede?

—Esta noche voy a cenar con Raquel y me gustaría que me acompañaras.

Jugador agarrado fuera de base. Pestañeo sorprendida. Intento decir una palabra pero no me sale. Es que estamos hablando de su hermana, o sea ¿qué moscas pintaría yo ahí?

Max parece darse cuenta de mi debate personal y se apresura a añadir:

—No tienes que sentirte obligada —intenta que su tono suene neutral pero le veo la

decepción pintada en el rostro.

—No es eso —trato de pensar en algo que me saque de esta miseria y como siempre, me agarro de un flotador que nunca me ha dejado hundir—, es que he quedado con Emma para cenar esta noche.

Su ánimo regresa y yo me agarro con más fuerza de mi chaleco salvavidas.

—Lo siento grandulón pero las amigas están primero que los amantes.

Su mirada se apaga y yo me muerdo el labio aunque muy tarde para no seguir hablando.

¿Pero qué he dicho? Joder conmigo, que mala selección de palabras.

—Entiendo —dice con cierta tristeza y yo me siento mal por dañar el ambiente juguetón de hace rato.

—Mañana es sábado, te prometo que seré tuya todo el día.

Trato de recuperar el buen ambiente, pero ya es muy tarde porque la espinita ha quedado en el aire entre nosotros.

Terminamos de trabajar pero no con los mismos ánimos. Cada uno sumergido en sus propios pensamientos. Nunca hemos definido nuestra relación y el hecho de que haya usado precisamente esa palabra deja mucho sobre que cavilar.

Llego a mi casa y llamo a Emma para ver si quiere que la invite a cenar y ella encantada porque iremos a su restaurante italiano favorito.

Dos horas más tarde en vaqueros, botas y una camisa blanca estamos en la Forchetta.

—Y entonces el tipo quería venir a cenar con nosotras, ¿te lo puedes creer?

—Bueno nena en vista de que te estás acostando con él, creo que es normal que quiera saber con quién pasas tus días —digo dando un trago a mi vino rojo.

—Dos veces, nos hemos acostado dos veces, tampoco es como para que quiera mi jodía agenda de contactos.

—Quizás deberíamos crear un manual dónde se le explique a los hombres cómo deben hacer las cosas, hacerles saber cuándo es muy pronto...

—¡Muy pronto! Tú tienes más tiempo saliendo con Max y te has echado a correr cuando te invitó a cenar con su hermana.

—No es lo mismo y lo sabes —me quejo tomando el menú entre mis manos. Todavía no tengo idea qué voy a ordenar.

—A ver señora para todo tengo un pretexto —dice al tiempo que apoya sus codos, junta las manos y me mira con ojos acusadores—. ¿Por qué no es lo mismo?

—Pues que la hermana de Max me ha visto. Sabes que me gusta ir a su local y me sentiría fuera de lugar cenando con ellos, sabiendo que ella está enterada de la relación que tenemos.

Emma pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Excusas.

—Que son cuñadas, ¿qué opinión tú crees que pueda tener de mí su hermana?

—Pues como no has ido a la cena, no lo sabremos. Mira que eres bruta, no te das cuenta que esta era tu oportunidad para conocer mejor a Max, a su familia —se lleva la copa a la boca, toma un trago de vino y hace una pausa buscando sus próximas palabras—, enterarte de su relación con la finuris.

—No lo pensé de esa forma.

—Pues empieza a pensar que estamos trabajando para que se quede contigo, pero tú desde que conociste a Maximiliano parece que te han comido las neuronas.

—Tienes razón, pero dejemos el temita por favor y ordenemos que me muero de hambre.

Le echo otro ojo al menú.

—Eso suele pasar cuando se tiene tanto sexo —dice abriendo ella también la carta.

La miro por encima del menú

—Si lo sabrás tú bien.

—Qué más quisiera yo, mira que eso de tener sexo con su jefe debe ser una pasada, me imagino que no hay un solo lugar de la oficina donde no se hayan revol...

Su pausa hace que levante la vista del menú y la mire, me sorprende al verla porque quedó con cara de *What*. De pronto se puso pálida, no logro entender que ha causado semejante reacción así que giro lentamente la cabeza.

—No te voltees que te va a dar un Ictus —dice tirando de mi mano, pero ya es tarde porque me quedo rígida y todo el aire ha abandonado mis pulmones.

No puede ser, esto tiene que ser una broma.

—Lo siento, no quería que lo vieras así —dice en un tono de voz más bajo mientras se estira un poco sobre la mesa.

¿Esa era su famosa cena? Mira que es mentiroso. Es que sencillamente no me lo puedo creer. Y yo de idiota sintiéndome mal por no haberlo acompañado a cenar con su hermana. Es que la persona que hizo que confiáramos en los hombres, debió ser una mujer con deseos de vengarse de las demás. Porque hay que ser bien estúpida para creer en palabras de amor.

—Tranquila, quizás no nos vean —añade tratando de calmarme pero no creo que funcione, mi cuerpo ya está en tensión y siento cómo me comienza a bullir la sangre.

Coño, entiendo que vivamos en un país que solo tiene dos mil quinientos kilómetros cuadrados pero debe de haber más de trescientos restaurantes, ¿cómo es posible que coincidamos en el mismo?

—Respira cariño, sé que es un mal trago pero pasará.

La miro y trato de hacer lo que me dice.

—Buenas noches Adriana.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta y levanto la vista despacio.

—Buenas noches Sophia, ¿cómo estás?

—Bien querida, pero qué casualidad más bonita —responde con su acento bien marcado y una sonrisa que al parecer le dibujaron para que lleve puesta constantemente.

Escuchar esa frase hace que me moleste aún más. Pensar que hace cinco días, esas palabras tenían un significado tan distinto.

—¿Cómo están chicas?

—Muy bien Carlos, ¿y tú? —responde Emma, yo prefiero quedarme callada, porque tengo la sangre tan caliente en este momento, que capaz cuando hable en vez de palabras me sale humo por la boca.

—Todo bien, gracias.

Este debe ser el momento más incómodo del planeta tierra.

—Bueno, las dejamos para que sigan con su velada —prosigue Carlos—, que tenga buen provecho.

—¿Y por qué no cenamos juntos?

Este es el momento donde doy la autorización en pleno uso de mis facultades para que alguien me dé un solo golpe, pero tiene que ser uno fuerte, letal.

Maximiliano no ha dicho una sola palabra pero tiene los ojos puestos en mí. No hace falta que lo mire porque mi cuerpo traicionero lo sabe. Pero no me atrevo a mirarlo, tengo miedo de no poder esconder todo el desprecio que siento por él en este instante.

—Sería encantador compartir la mesa con ustedes pero es que estamos esperando a alguien y no queremos molestarlos —les informa Emma y yo levanto la vista y clavo la mirada en ella, es una excusa un poco barata dado que estamos sentadas en una mesa para dos.

—Bueno en ese caso es una lástima, será para la próxima —dice Sophia.

—Claro, con mucho gusto.

—Adriana querida ya nos estaremos viendo.

Asiento con los labios cerrados y tensos antes de ver cómo se alejan, pero no demasiado para mi gusto. Se sientan a tan solo dos mesas de distancia

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Nos vamos?

—Claro que no, no me voy a marchar solo porque él esté aquí.

Me tomo lo que queda de mi copa de vino de un solo trago.

—Adri que no quiero que estés incomoda y encima voy yo y me invento que estamos esperando a alguien —se queja con cara de agobio y yo extrañamente estoy muy tranquila. Diría que se me ha helado la sangre—, ni que fueran a aparecer dos galanes por esa puerta preguntando por nosotras.

—No tiene por qué ser mentira —digo levantando las cejas

—Me gusta esa mirada... dime más —replica rápidamente con la curiosidad pintada en la cara.

Emma asiente con la cabeza según le voy explicando mi plan y una sonrisa de diablilla se dibuja en sus labios.

—Y yo sé exactamente a quien llamar.

Veinte minutos más tarde llega nuestro invitado, miro de reojo a la mesa de Maximiliano y veo cómo tuerce el gesto.

—¿Qué onda mis amores?

—Hola nene, muchas gracias por venir —saludo a Miguel poniéndome de pie y rodeando su cintura en un fuerte abrazo.

—Tienes suerte que un cuate me dió un aventón y pude llegar rápido porque si no mi reina pa' que te cuento —nos informa después de deshacer el abrazo. Me acerca más a él y me da un beso en el pelo.

—Oye que yo también estoy aquí, no podías traer a algún amigo guapo para mí.

La miro con cara de: *¿En serio?*

—¿Qué? Todos saben que los gays tienen amigos que están buenísimos.

—Mamacita lo siento pero no pude conseguir nada en tan poco tiempo.

Tomamos asiento y yo levanto la mano y le hago señas al mesero para que se acerque.

—Ahora mis amores, ¿cuál de ustedes me va a decir pa' qué soy bueno?

Yo me acerco y le explico el plan muy bajito cerca del oído, desde fuera se podría decir que le estoy susurrando algo pícaro, a medida que le voy contando Miguel lanza unas carcajadas y mientras, no pierdo detalle de nuestro público. Ahora te vas a enterar que conmigo no se juega.

—¡No manches! Con la güera estirada está.

—Anja.

Llega el mesero, Emma y yo pedimos otra copa de vino rojo y Miguel se pide una de vino blanco, le digo que aún no estamos listos para ordenar y él pone cara de: qué tanto tiempo se necesita para ordenar un plato de comida, antes de marcharse.

—¿Pero ese no es el mismo con el que fuiste al restaurante hace como dos meses?

Vuelvo a asentir.

—Pues mi reina, para mañana es tarde —dice separándose de mí y poniéndome su mano

encima del hombro, atrayéndome más hacia él—. No puedo creer que sea tu jefe ¡Oh padre! Y yo habla que habla cuando fueron a comer. Lo siento mi reina pero me hubieras hecho una seña para que parara de parlotear.

—No te preocupes que aparte de insinuar que vivo inclinando el codo a cualquier hora del día, no dijiste nada malo.

—Cierto, se me fue la guagua. Ya te compensaré con una margarita cuando pases por el Chile's.

Yo recuesto mi cabeza en su hombro, levanto la vista un poco y veo que Max tiene los ojos clavados en mí. Está molesto, no le gusta lo que ve pero no me importa. Rápidamente aparto la mirada, busco al mesero y le indico que ya estamos listos para ordenar, por fin.

La noche va transcurriendo y con Emma y Miguel nos la pasamos entre risas y más risas. En mi caso, el noventa por ciento fingidas ya que por dentro, estoy que me llevan los mil demonios. Cada vez que escucho la risa de la finuris, me dan ganas de levantarme y estamparle el plato de fetuccini en la cabeza. A ella por ser tan perfecta y a él por embustero.

Miguel se ha tomado muy en serio su papel, durante la velada se la pasa pendiente de todas mis necesidades. Cuando se me termina el vino vuelve a llenar la copa. Que por cierto voy por la quinta y cada vez me sabe más bueno. Mientras, se ha lanzado con Emma en un debate sobre cuáles son los mejores zapatos entre los Manolos y los Jimmy Choo, sigue de lo más atento, me toma la mano, me acaricia la cara y yo trato de no perder ni una de las reacciones de Max que está más rígido que árbol en invierno. Por lo visto no le ha gustado lo que ordenó porque su plato sigue intacto.

¡Chúpate esa!

Por un momento nuestras miradas se cruzan y el glacial de sus ojos hace que se me congelen todos los huesos. Me siento dolida y traicionada, pero a pesar de eso pongo mi mejor cara de póker, aunque cuando llegue a casa esta noche me eche a llorar. Pero no pienso dejarle ver cuánto me afecta toda esta situación.

«¿Por qué no terminan de comer y se largan de una buena vez?»

Trato de ignorarlo y de concentrarme en lo que hablan los chicos pero como siempre me gana la curiosidad y escojo el peor momento para girar la cabeza. Los celos me azotan cuando veo como Sophia le acaricia el rostro y él muy descarado le sonrío encantado. Nunca he sido de esas mujeres celosas pero no lo soporto, no me gusta que ella lo toque. Él se acerca y le susurra algo al oído y ella feliz como si le acabarían de anunciar que sería la nueva reina de Inglaterra. No aguanto más si no hago algo para calmarme, voy a ir hacia allá y le voy a cantar hasta las cuarentas. Me levanto y le digo a los chicos que ya regreso. Voy al baño y me echo agua en la cara pero no es suficiente para calmarme. Hincó los dos codos en la encimera del lavamanos, hundo la cabeza en mis manos y suelto unos cuantos improperios en contra de Maximiliano y me maldigo a mí misma por meterme en esta situación.

Resoplo y maldigo una vez más para mis adentro.

Al levantar la cabeza el reflejo que veo en el espejo hace que pegue un brinco.

—¡Acaso te has vuelto loco! —digo mirando la puerta para asegurarme que no me he equivocado de baño. Él no me responde, antes de que pueda volver abrir la boca, me toma por la mano y me arrastra dentro del último de los tres cubículos que hay y cierra.

—¿Qué te traes con el tipo ese? —pregunta con el tono endurecido.

—Pero tú de qué vas, ¿quién diablos te has creído para preguntarme o reclamarme algo?

—Adriana maldición —da un golpe en la pared cerca de mi rostro de pura frustración pero yo no me muevo—. Me dijiste que saldrías con Emma pero olvidaste mencionar que el idiota ese estaría presente. ¿A qué estás jugando? ¿Te lo estás follando? —inquieta con la respiración acelerada.

—A mí me hablas de juegos, cuando esta misma tarde me invitaste a cenar con tu hermana y te presentas aquí con la *Barbie* esa, ¿o es que a Sophia le cambiaron el nombre?
Lo empujo para tratar de salir de aquí pero él se interpone.
—Maximiliano déjame salir —le digo con la mirada desafiante.
—Tú de aquí no sales hasta que no hablemos.
—Yo no tengo nada que hablar contigo, eres un maldito mentiroso —lo insulto mientras lo golpeo varias veces en el pecho con los puños cerrados—, ¿qué pretendías... hacer un trío? Te da mucho morbo eso de estar entre la rubia y la morena, ¿eh?
—¡Basta joder! —grita antes de agarrarme las manos y llevarlas arriba de mi cabeza—. Yo no sabía que Sophia iba a venir, cuando llegué a casa de Raquel, ella ya estaba allá esperando por mí.
Su mirada es penetrante.
Trato de soltarme pero refuerza su agarre.
—¿Por qué querías que fuera a cenar contigo y tu hermana?
—Porque le he hablado de ti y quería que se conocieran
Su contestación rápida hace que deje de forcejar y lo mire con ojos inquisidores y me jode ver que está siendo sincero. Pero sigo dolida por verlo aparecer con ella, así que no pienso quitar el dedo del renglón.
—Pues te quedó como un guante que te dijera que no, ¿o cómo le ibas a explicar mi presencia a tu noviecita? —digo con ironía.
—A ver a quién de los dos le quedó mejor, porque no te veo muy sufrida que digamos. Todo lo contrario, estás muy de risitas con el imbécil ese.
—A Miguel no lo insultas, porque es mucho más hombre que tú.
—¿Ah sí? pues déjame demostrarte que tan hombre puedo llegar a ser porque parece que se te ha olvidado.

Me observa con la mirada nublada por los celos para luego estampar con fuerza sus labios contra los míos. Giro la cabeza pero él no se da por vencido y trata de intensificar el beso.
—Si quieres besar a alguien, ve y continúa haciéndole mimos a tu prometida, ¿o eso no era lo que estabas haciendo hace rato?
—Lo hice para darte celos joder, ¿cómo crees que me sentí viendo cómo te dejabas manosear por ese cretino? —dice cerca de mis labios, tanto que hasta puedo saborear el aliento a vino seco. Me quedo mirándolo con la respiración por los cielos, hasta que se vuelve a abalanzar sobre mí. Le muerdo el labio, él se aparta y me mira sorprendido por mi osadía.
—¡Me mordiste! —clama con la voz roca llevándose una mano a los labios.
—Suéltame no quiero que me toques —digo con la mirada envenenada por los celos. Solo de pensar que pudo besarla a ella de la misma forma que lo ha hecho conmigo, me mata.
—Pero eso no me lo decías está mañana, cuando te hacía el amor lentamente en el sofá de mi oficina.

Acerca su rostro al mío con la mirada oscurecida.
—Eres un arrogante...
Vuelve a besarme con más ímpetu esta vez y yo trato de soltarme para poder empujarlo pero no me deja, sigue saqueando mi boca como amo y señor y yo poco a poco voy cediendo hasta que finalmente le devuelvo el beso.
—¿Cuándo vas a dejar de ser tan mentirosa? —dice luego de romper el beso y dejarme jadeando—. Dices que no quieres que te toque pero tu cuerpo te delata. Sé que te encantan mis besos, que

adoras mis caricias y que cuando estoy dentro de ti, es como estar en el putito paraíso.

Comienzo a flaquear y él parece notar porque poco a poco va soltando su amarre y cuando está seguro que no voy a salir corriendo, toma mi rostro entre sus manos.

—¿Crees que no podría acostarme con otro hombre? Deja ya de creerte el adonis que controla cada uno de mis orgasmos —suelto llena de rabia.

—Podrías acostarte con otro pero estoy seguro que ninguno encenderá tu piel como lo hago yo.

Odio que tenga razón, odio mi cuerpo por ser tan traicionero y deshacerse a penas él me toca y me odio a mí por ser tan débil cuando se trata de él.

—Adriana me estoy volviendo loco, no soporto la idea de que otro te toque —susurra cerca de mis labios y es como si estuviera viviendo un suplicio—. Llevo tanto tiempo deseándote, tratando de estar lejos de ti, que ya no aguanto más y después de estar contigo no pienso perderte.

Me besa con pasión y yo le correspondo de la misma forma. Trato de resistirme a este hombre pero no puedo, hay algo en él que aniquila mi fuerza de voluntad.

El beso es arrollador, húmedo, caliente, en él Maximiliano vierte toda su desesperación y yo toda la rabia que me ha consumido esta noche. Nos besamos como si el mundo se fuera a acabar mañana. Pronto el beso no fue suficiente y siento cómo sus manos se mueven por todo mi cuerpo. Entre caricias y besos me desabrocha el pantalón y antes de ni quiera pensarlo estábamos consumiendo nuestra pasión.

Diez minutos más tarde nos estamos acomodando la ropa en total silencio, no lo miro. Un polvo rápido dentro de un baño no era lo que yo buscaba. Toda esta situación me tiene mal.

—Pensé que Adriana estaba en el baño —me quedo fría al escuchar la voz de Sophia.

—No, ha salido fuera a responder una llamada.

Escucho el agua del lavamanos correr y miro a Max llena de pánico, miro de nuevo a mi alrededor, como si pudiera encontrar una vía de escape y no me atrevo ni a moverme.

—¿Y desde cuando son amigas?

—Desde hace doce años.

Emma y Sophia. ¿Qué hacen juntas?

—¿Y tienes novio? Porque creo que a Carlos le gustas.

El agua deja de correr y siento que mi corazón se ha detenido, levanto la vista hacia Maximiliano y le lanzo una mirada dura. ¿Cómo es posible que me esté pasando esto?

«Eso te pasa cuando te metes con un hombre comprometido».

Dios, siento cómo un nudo se va formando en mi garganta.

—No, que va. A mí eso de los novios no me va y en cuanto a Carlos no es mi tipo.

—¿Y Adriana?

El sudor recorre mi espalda. Escucho pasos acercarse y me llevo las manos a la boca para tratar de ahogar un grito.

—Pues tampoco es mi tipo, soy muy liberal pero eso del lesbianismo no me va.

Ambas se ríen y yo miro por debajo de la puerta la sombra que se ha detenido, rogando a todos los santos que no se le ocurra abrirla.

—Qué divertida —hace una pausa y luego añade—, pero me refería a si tenía novio.

—Está viendo a alguien.

Creo que mi corazón se ha detenido.

—¿Y está enamorada?

Miro a Max y siento cómo mis mejillas se humedece, creo ver la sombra del dolor recorrer sus ojos, levanta la mano y trata de limpiar una lágrima y yo giro la cabeza para evitar su contacto.

—Pues eso tendríamos que preguntárselo a ella, ¿no crees?

—Disculpa, no quise ser indiscreta —dice con cierta falsedad en la voz.

—Descuida, todas las mujeres somos un poco cotilla en el fondo —le responde imitando su mismo tono.

Escucho como se van alejando los pasos y vuelvo a respirar. Espero unos segundos para asegurarme que no se devuelvan y cuando estoy convencida de que están lejos, empujo a Maximiliano, abro la puerta y salgo del cubículo. Max se apresura a salir detrás de mí. Me agarra por el brazo.

—Adriana espera. Lo siento...

—Suéltame —me resisto deshaciendo su agarre—, ¿esto es lo que quieres? Por eso alquilaste el apartamento en Itzig, ¿para que nadie nos viera y se lo contara a ella? —me limpio las lágrimas con rabia.

—¡Claro que no! Lo hice porque sé lo incómodo que es para ti cuando vamos a un hotel y quería que tuviéramos un lugar para nosotros donde pudiéramos estar tranquilos sin tener que escondernos de nadie —se lleva las manos a la cabeza lleno de frustración—, no me gusta que te sientas como si estuviéramos escondiendo lo nuestro..

—¿Y esto qué es? —grito señalándonos a ambos—. Me he convertido en la otra a la que tienes que echarle un polvo rápido en un baño público.

—Adriana no hables así. Yo no lo siento de esa forma —da un paso hacia mí y yo doy otro atrás.

—¿Sabes qué Max? Estoy harta de todo esto. Yo no soy así y no creo que pueda seguir de esta manera.

—¿Qué estás tratando de decir?

El miedo se apodera de él y me mira con ojos suplicantes.

—Yo necesito pensar —digo y salgo del baño sin darle tiempo a réplicas.

Cuando estoy en el pasillo, no sé para dónde ir. No puedo regresar en este estado al salón. Veo un mesero y le pregunto por dónde puedo salir sin usar la puerta principal, el pobre hombre debe de creer que estoy loca pero me indica una puerta que parece ser por donde entran los empleados. Salgo a la calle y empiezo a dar vueltas en círculos en el mismo lugar. Me llevo la mano al cabello y me desplomo en la acera. Hace un frío que pela pero no me importa. Estoy hecha un desastre. Escucho la puerta por donde acabo de salir abrirse y tengo miedo de que Max me haya seguido, así que me paro de golpe dispuesta a salir corriendo, pero no es él. Una camarera sale a fumar un cigarrillo y yo aprovecho y me acerco para preguntarle si tiene teléfono, cuando me dice que sí, le pregunto si puedo hacer una llamada. Llamo a Emma y le explico rápidamente donde estoy, le digo que no puedo entrar y enfrentarme a ellos, como siempre pasa con Emma no hace falta hablar mucho. Me dice que en dos minutos estará fuera y lista para irnos.

Él rompe todos mis esquemas

“Eres casi el hombre perfecto; el que me hace vibrar la piel y el esqueleto”

Ana Cirré

—No pudo creer que se haya puesto celoso —dice Emma girando la llave en la cerradura de su casa—, pero si Miguel está cada vez más gay que el oso Pooh.

Le pedí a Emma que me dejara en la estación de tren para de ahí irme a mi casa pero insistió en que me quedara con ella esta noche, así que después de llevar a Miguel a su fiesta, vinimos a su departamento ubicado en Bettembourg.

Es una ciudad muy acogedora, con sus diez mil habitantes, tiene al igual que las grandes ciudades de Luxemburgo, como Esch/Alzette una población muy diversificada. Cuando entras a un Pub puedes escuchar a las personas hablando en español, portugués, italiano o en yugoslavo.

Si le preguntan a Emma porqué escogió esta ciudad te dirá: “por la ubicación”.

Lo que es cierto, Bettembourg está a diez minutos de la ciudad Y de Esch, que con sus treinta mil habitantes es la segunda ciudad más importante del país.

Si me preguntan a mí, yo diría que lo hizo para poder presumir que vive cerca de un castillo.

Le château de Bettembourg, que fue construido a mediados del siglo XVIII y que es ahora el ayuntamiento de la ciudad.

—Estaba hecho una furia.

Entramos en el piso de unos setenta metros cuadrados. Ella arroja las llaves sobre la mesita de la entrada y nos quitamos los abrigos.

—Me está comenzando a asustar esa obsesión que tiene ese hombre contigo.

A penas entramos en la sala, yo me desplomo en el mueble de dos plazas y recuesto la cabeza en el espaldar, mientras que ella se dirige a la cocina abierta decorada en tono blanco con negro.

—Sé que debes de ser un buen polvo, pero coño, ¿tanto como para que te siga al baño con la novia cerca? ¡Eso es estar completamente loco!

Tomo un hondo suspiro y me quedo admirando la moderna decoración del lugar.

—Lo sé, a mí también me asusta —afirmo en el momento que ella regresa y me da una de las dos cervezas que trae en mano y después se sienta a mi lado—. Independientemente de que el sexo entre nosotros sea increíble, siento que hay algo más, algo que él no me cuenta.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—No hablamos mucho que digamos y cuando lo hacemos, es de cosas sin importancia —respondo y doy un trago a mi Heineken.

—O sea que están tratando de evitar la gran pregunta —la miro y asiento con la cabeza—: saber dónde está su relación.

Me quito las botas y tomo una postura más relajada.

—Aunque eso ya no importa porque terminaste con él, ¿no es así?

—Exacto —digo dudando yo misma de mis palabras.

—¿Y no piensas volver con él? A pesar que tienen una conexión indescriptible, que según tus

propias palabras y lo que he podido ver, nunca antes has tenido con otro tipo.

—Ajá.

—¿Segura? —pregunta articulando cada palabra.

—Emma que no estás ayudando.

—Yo solo digo que estás muy enganchada de ese tipo y no estoy segura que hayas tomado la decisión correcta pero tú sabrás.

—No lo sé, ahora mismo estoy hecha un lío, así que mejor dejemos de hablar de eso.

—Bien, pero hagas lo que hagas, tienes que tener cuidado con Sophia, esa mujer —piensa durante unos segundos buscando las palabras correctas—, no lo sé, no me gusta. Tiene algo que podría resultar ser peligroso.

Asiento porque yo también me he dado cuenta. Sophia no es ninguna tonta. Ella y Max son tan diferentes que a veces no logro entender cómo es que están juntos.

—¿Y qué quieres hacer?

—Estoy cansada, creo que me iré a dormir.

—Está bien, terminamos esta y nos vamos a la cama, pero duermes conmigo.

No termino de entender por qué alquiló un apartamento con dos habitaciones si cada vez que vengo me pide que duerma con ella.

—Está bien.

El día ha sido largo y agotador, así que apenas tocamos la cama, caemos rendidas.

Entre sueños escucho un ruido retumbante en la habitación pero no me muevo.

—Adriana.

Escucho la voz de Emma pero estoy muy cansada y no quiero abrir los ojos.

—Adriana te juro que si no apagas tu teléfono, lo voy a tirar por la ventana.

La amenaza de Emma hace que abra los ojos y brinque de la cama en busca de mi celular.

Media dormida busco el iPhone que no para de sonar y de pronto me despierto totalmente al ver que se trata de Maximiliano. Dudo si responder o no. La llamada se cae y caigo en cuenta que son las dos de la mañana. Comienzo a preocuparme. ¿Qué habrá pasado? El teléfono vuelve a sonar y antes de pensarlo mi dedo se desliza y respondo algo insegura.

—¿Aló?

—¿Es usted Adriana?

Termino de despertarme de todo al escuchar la voz de una mujer al otro lado de la línea que me habla en un perfecto francés.

—Sí, soy yo.

—Mire soy la encargada del Venus Club.

Hago memoria rápida para saber de dónde me suena ese nombre. Se me enciende la bombilla. ¿Qué diablos hace Maximiliano en un lugar así?

—Le estoy llamando porque el dueño del teléfono está muy borracho como para manejar, así que le hemos confiscado las llaves y como todo lo que ha hecho ha sido mencionar su nombre lo he buscado en las llamadas salientes. ¿Podría venir por él?

—Sí, sí claro. Estaré ahí dentro de poco. Muchas gracias por llamar.

Cuelgo el teléfono, corro hacia la entrada en busca de mis botas y de mi abrigo, tomo las llaves. Al llegar a la puerta me paro en seco, ¡caso me he vuelto loca! ¿Dónde voy a ir a esta hora? No sé cuándo sale el próximo autobús o tren. A demás, no puedo tomar el carro de Emma porque ni siquiera sé conducir, bien podría pedirle que me lleve ella pero no quiero despertarla. Aún estoy en pijama, pienso rápidamente qué puedo hacer y corro hasta el cuarto donde está Emma durmiendo como un tronco, tomo

su teléfono y busco el número de la única persona que me puede ayudar. Salgo al salón y marco. Suena varias veces pero no responde, comienzo a desesperarme pero vuelvo a marcar. Respiro cuando por fin contesta.

—¡Aló! Siento llamarte tan tarde o tan temprano pero necesito tu ayuda.

—¿Adriana? —pregunta Carlos con voz asueñada.

—Sí, soy yo. Escucha, me acaban de llamar del club Venus, aparentemente Maximiliano está ahí...

—¿En el Venus?

—Sí y me llamó la encargada para decirme que está muy borracho y no puede conducir, iba a ir a buscarlo pero no sé si hay trenes a esta hora y no sabía a quién más llamar —digo todo atropelladamente—, puedes por favor ir a buscarlo.

—¿Estás segura que se trata de Max? Porque no es su estilo de lugar.

—La encargada me llamó desde su teléfono, así que no me queda la menor duda. Carlos por favor que tú sabes cómo se pone esa calle a esta hora de la noche. No sé cómo llegó a parar ahí pero tengo miedo que le pueda pasar algo.

—Ya me estoy cambiando, en seguida salgo para allá.

—Muchas gracias, me llamas en cuanto esté contigo.

—De acuerdo.

Termino la llamada y me voy a la cocina. Sé que hasta que Carlos no me llame no volveré a dormir, así que decido prepararme una camomila.

Una hora y media más tarde, me sobresalta un ruido estridente. Me levanto rápidamente del sofá y casi me da un paro cuando veo a Emma salir del cuarto con un secador de pelo en la mano, lista para atacar.

—¿Se puede saber qué coño pasa?

—A parte que casi me matas de un susto —respondo llevándome la mano al pecho—, pues que ha sonado el timbre.

—¿Y quién diablos está llamando a la puerta a estas horas? —dice caminando hacia el pasillo—. ¿Y tú qué haces despierta?

—Estoy esperando que Carlos me llame.

Mi respuesta hace que se pare y se voltee hacia mí con cara de: *dime más*. Voy a explicarle lo sucedido cuando vuelve a sonar el timbre. Ella se gira y descuelga el telefonito del comunicador.

—¿Quién es? —escucha a la persona que está del otro lado, se gira hacia mi totalmente desconcertada—. Es Carlos —anuncia y mi primera reacción es de asombro, ¿cómo ha llegado Carlos hasta aquí? Luego temo lo peor, debió de haber pasado algo muy grave para que en vez de llamarme se haya presentado aquí.

—¿Y desde cuándo sabe Carlos dónde tú vives?

—Es una larga historia.

Se gira, vuelve a hablar por el intercom y aprieta el botón para abrir la puerta de abajo.

Frunzo las cejas pero no insisto porque ahora mismo estoy demasiado preocupada.

«¿Qué habrá pasado?».

El Venus está situado en la avenida de la Gare, la cual suele estar llena de drogadictos, prostitutas y borrachos a estas horas de la madrugada. Espero que no se haya metido en problemas.

Tocan la puerta principal y yo corro hacia el pasillo. Abro y me encuentro con Carlos quién trae a Max colgado del hombro casi a rastras.

—¡Ay Cristo! ¿Y a este qué le pasó? —clama Emma detrás de mí.

Yo no respondo. Me apresuro y tomo a Maximiliano por el otro lado y ayudo a Carlos a llevarlo al salón.

—Peluche estás aquí —balbucea Max.

Lo miro pero él ya ha dejado caer la cabeza hacia abajo.

—Llévenlo al cuarto del fondo y vigila que no vomite en la alfombra. Aunque quiero cambiarla hace unos meses, así que mejor déjalo, así solo tendré que mandarle la factura.

Llegamos al cuarto y lo acomodamos en la cama.

—¡Pero que jumo! —prosigue Emma—. Me imagino que no quedó ni una sola botella de whisky en el bar.

—Peluche no me dejes —vuelve a balbucear Max antes de perder el conocimiento.

Levanto la vista y observo cómo Emma trata de esconder una sonrisita y como Carlos me mira detenidamente al mismo tiempo que levanta una ceja inquisidora. Me imagino que ninguno de los dos entiende el apodo y seguro que lo encuentran de lo más cursi pero a mí me gusta. Ser su peluche es algo solo nuestro y me encanta saber que solo nosotros lo entendemos.

Yo los ignoro a ambos y les hago seña para que salgamos de la habitación.

Apenas llegamos al salón le pido a Carlos que me dé explicaciones sobre lo sucedido.

—Lo siento pero tuve que traerlo porque estaba demasiado borracho como para llevarlo a casa de Raquel.

—¿Y eso por qué? —pregunta Emma.

—Porque solo mencionaba tu nombre y tuve miedo que se le fuera la lengua.

—Pero pudiste llevarlo a tu casa —continúa Emma que al igual que yo no entiende nada.

—Esa era mi intención pero después pensé que sería el primer lugar dónde Sophia iría a buscarlo en la mañana y como están las cosas no creo conveniente que ella lo vea así.

Lo miro con las cejas levantadas. ¿Qué quiere decir eso de “cómo están las cosas”? ¿Cómo están las cosas conmigo o con ella?

—¿Y es muy común de tu amiguito ajumarse de esa forma? —inquire Emma. Yo no digo una palabra, estoy completamente confundida. Entiendo cada vez menos el comportamiento de Max. Si tanto le duele estar lejos de mí, ¿por qué simplemente no la deja?

—No, de hecho es la segunda vez que lo veo borracho desde que lo conozco.

Ladeo la cabeza y me topo con los ojos de Emma que me mira con cara de “¿y a hora qué vas a hacer?”

Esto cada vez está más complicado. Sé que debo ser inteligente y alejarme de él antes de terminar enamorada como una tonta, y temo no salir ilesa de todo este asunto. Pero tampoco estoy segura de querer dejarlo.

—Voy a ver cómo sigue, aunque en el estado que está no creo que se despierte.

—Eh, también tendrán que darme asilo a mí.

—¿Y a ti por qué? —pregunta Emma cruzándose de brazos.

—Primero porque es muy tarde, estoy cansado y no tengo ningún deseo de conducir de regreso a la ciudad y segundo porque como dije antes, mi casa es el primer lugar dónde van a ir a buscarlo y antes de que Sophia la invada como agente del FBI, tengo que hablar con Max para ver cómo vamos a explicar esto.

Emma y yo nos miramos. Ella duda durante unos segundos, yo misma no estoy encantada con la idea pero en vista de las circunstancias, es la mejor opción.

—Está bien, puedes dormir en el sofá. Voy por una sábana. Emma gira sobre sus talones y va en dirección a su habitación.

—Muchas gracias.

—No fue nada. Estoy seguro que Max hubiera hecho lo mismo por mí.

Yo asiento y me volteo para regresar a la habitación.

—Espera Adriana —me llama, yo me detengo y me giro para mirarlo de frente—. Quizás me esté metiendo dónde no me llaman pero quiero que sepas que Max está como loco contigo, aunque creo que ya te habrás dado cuenta—dice la última frase con media sonrisa.

Yo me mantengo impasible; lo que acaba de decir no me aporta nada nuevo, por lo tanto no me reconforta. Así que lo miro con cara de circunstancias.

—Lo que quiero decir es que le des tiempo. No te rindas con él, es un buen tipo y merece la pena.

Suspiro y vuelvo a asentir antes de salir del salón.

Al llegar al cuarto, cierro y me recuesto unos segundos en la puerta. Lo miro y no puedo evitar pensar en lo demente que es todo esto, ¿por qué no pude conocerlo antes cuando estaba soltero? ¿Por qué Carlos me dijo eso? ¿Qué es lo que lo ata a esa mujer? ¿Si no la quiere, por qué no la deja?

«¿Por qué no hablas conmigo?».

Son demasiadas preguntas y es demasiado tarde o temprano para pensar en eso ahora.

Me acerco a la cama, le quito los zapatos y la correa, luego me acomodo a su lado. Huele a alcohol pero también a esa esencia masculina que tanto me gusta, así que cierro los ojos y dejo que su perfume me envuelva, antes de caer en brazos de Morpheus.

Despertar contigo

“Si buscas la perfección nunca estarás contento”

Anna Karenina

Te quiero.

Siento un suave roce en el vientre, es una sensación agradable y no quiero despertarme. Soñolienta abro los ojos y unos de color esmeralda me reciben llenos de ternura.

—Lo siento no quise despertarte —dice Maximiliano mientras hace círculos alrededor de mi ombligo.

Esbozo una sonrisa y trato de incorporarme.

—No, quédate así un rato más.

—¿Cómo estás? —pregunto volviéndome a acomodar en la cama.

—He despertado en excelente compañía, así que no podría estar mejor —responde con esa sonrisa pícaro que ha sido mi perdición desde que lo conocí. Me mira durante unos segundos—. ¿Por qué te lo quitaste?

Al principio no entiendo de lo que habla, hasta que vuelve a trazar otro círculo en mi vientre. Estoy a punto de responderle pero luego recuerdo que cuándo lo conocí ya no lo llevaba.

—¿Cómo sabes que tenía un piercing en el ombligo?

Lo observo, parece desconcertado por mi pregunta.

—Aún tienes el agujero —responde al cabo de un rato. No sé porqué pero no me convence del todo aun así lo dejo pasar. Nos quedamos un rato sumergido cada uno en sus pensamientos, yo acostada boca arriba y él medio encima de mí.

—No me respondiste.

—Quería uno desde los quince años porque estaban a la moda y todas mis amigas en la preparatoria lo tenían, pero mi mamá no me dejaba, siempre decía que mientras fuera menor de edad y ella pudiera decidir por mí no me permitiría perforar mi cuerpo en otro lado que no fuera mis orejas —mientras le explico me doy cuenta que mis manos viajan a su cabeza y empiezo a acariciarle el pelo— Así que el día que cumplí los dieciocho, fui y me lo hice. Era algo así como muestra de rebeldía, de demostrarle a mi mamá que era mayor de edad y podía hacer lo que me diera la gana.

—¿Y qué dijo tu mamá cuando te lo vio?

—No dijo nada. Respeto mi decisión a pesar que nunca le gustó.

—¿Por eso te lo quitaste?

—No. Hace tres años fui a visitar a mi abuela y cuando me lo vió casi le da un patatús. Comenzó a despotricar contra los jóvenes: que si en sus tiempos eso no se veía. ¿Qué pensarían sus vecinos cuando me vieran con la barriga al aire y con un arete en el ombligo? Me dijo que en cuanto me descuidara me lo iba a quitar con una pinza —no puedo evitar esbozar una sonrisa al recordar sus ocurrencias—, así que para su tranquilidad mental y la mía, me lo quité.

Max me mira y sus labios se curvan hacia arriba.

—¿Crees que de verdad te lo hubiera arrancado o solo lo decía para asustarte?

—Definitivamente lo hubiera hecho.

—Estoy seguro que te quedaba de lo más sexy —dice antes de darme un beso en el vientre y de perderse nuevamente en sus pensamientos. Lo miro y veo cierta añoranza en sus ojos.

—Max tenemos que hablar de lo que pasó anoche.

—Lo siento, no quiero que pienses que es algo que hago a menudo —noto el arrepentimiento en su voz—, pero después que te fuiste del restaurante intenté llamarte, no me respondías y me asusté —confiesa mirándome con ojos atormentados—. Quise ir a tu casa pero me di cuenta que no sé dónde vives, quería llamar a tu amiga pero tampoco tenía su número, así que después de dar vueltas sin rumbo por la ciudad, entré en el primer bar que vi.

—Max yo...

—No digas nada —dice al mismo tiempo que se acerca más a mi rostro, cubriendo mi cuerpo con el suyo—, por favor solo escúchame. Yo sé todo lo que pasa por tu cabeza, lo sé porque solo tengo que mirar tus ojos, eres tan transparente que es una delicia ver cada una de tus emociones. Mi situación no es sencilla y vivo con el miedo constante de que me dejes por eso, pero por el momento, esto es lo único que puedo ofrecerte.

Está siendo claro, no la va a dejar y cada una de sus palabras me destrozan un poco por dentro y ahí está otra vez esa lucecita dentro de mi cabeza que me previene. Esa que me indica que debo salir corriendo ahora antes de que sea tarde.

Rompo el contacto porque no quiero que vea el dolor reflejado en mi rostro.

—Hey mírame —dice buscando mi mirada—, yo sé que tú mereces mucho más que esto y que podrías buscarte cualquier hombre que esté disponible y que pueda estar contigo sin tener que esconderte, pero dame tiempo, ¿sí? Déjame demostrarte que lo nuestro vale la pena.

Lo miro y por la intensidad de su mirada y la seguridad de su voz, mi corazón dice que confíe, que todo saldrá bien, sin embargo la conciencia me grita que esa misma intensidad terminará consumiéndome.

—Yo sé que no es fácil lo que te estoy pidiendo pero no te des por vencida por favor —dice hundiendo su cabeza en mi cuello e inhalando mi aroma—, déjame quererte.

Su susurro fue casi una súplica y yo tengo que haberme vuelto un Kamikaze porque me tiro de cabeza aun sabiendo que me voy a estallar.

Me mira a los ojos y ellos le dan la respuesta que estaba esperando y sin decir nada más me besa, pero sin prisas, con mucha ternura. Su beso es suave pero profundo. Baja su mano acariciando mi brazo con dedos cálidos, lento pero marcando mi piel a fuego en cada roce mientras que con la otra se apoya en la cama para no dejar caer todo su peso sobre mí, después la sube dentro de mi camiseta y me acaricia el pecho, encendiendo mis ganas de él. Empiezo a desabrochar los botones de su camisa sin despegar mis labios de los suyos; cuando llego al último botón, lo empujó un poco hacia atrás para poder despojarlo de ella. En cuanto la prenda cae al suelo me mira con ojos ardientes mientras poco a poco va subiendo mi camiseta y cada pedazo de piel que deja al descubierto hace que se le oscurezcan más los ojos. Me quita la camiseta por encima de la cabeza y me recuesta sobre el colchón, luego se lleva un seno a la boca y lo succiona primero y después lame la aureola y yo me retuerzo bajo su cuerpo, al mismo tiempo me acaricia el otro, lo amasa, me pellizca el pezón fuerte casi al límite del dolor, volviéndome loca, deseosa de más.

Max parece darse cuenta de mi urgencia porque abandona mis senos y vuelve a besarme con más ímpetu, baja la mano hasta mi sexo y empieza a acariciarme el clítoris haciendo círculos suaves. Gimo, grito de placer.

Introduce un dedo en mi interior y no seguimos besando desbocados, con desespero mientras estimula mi punto G con un dedo y con el otro me sigue estimulando el clítoris. Mi cuerpo se convierte en

una sensación de emociones, mi respiración se acelera, no aguanto más, toda yo tiembla. Me muevo al ritmo de sus embiste buscando más profundidad. Estoy a punto pero se separa de mí y detiene el movimiento de su dedo.

—Quiero estar dentro de ti cuando acabes —explica con la respiración acelerada y la voz ronca.

Yo lo miro poseída por el placer.

Se levanta de la cama y sin elevar sus hermosos ojos verdes de mí, se quita su pantalón, llevándose con él el bóxer y liberando una bella erección, dejándome cardiaca.

¡Dios! He visto tantas veces a este hombre desnudo y no me canso de admirar cada parte de su cuerpo.

Ya totalmente desnudo, lo veo fruncir el ceño mientras busca algo en el bolsillo de su pantalón.

—Mi cartera, ¿dónde está?

—Me imagino que debe de tenerla Carlos —respondo acalorada.

—Lo siento.

Exhala todo el aire de sus pulmones.

—Los preservativos están ahí.

—Tomo la pastilla anticonceptiva —Replico rápidamente. Sé que no estoy siendo inteligente pero no me importa. Lo deseo, lo deseo tanto y en este momento mi juicio está nublado por la lujuria.

Max se inclina sobre mí y separa mis piernas con la suya. Coloca una mano detrás de mi cuello.

—¿Estás segura? —pregunta con dulzura mientras me mira detenidamente.

Y porque no quiero alejarme de él, porque quiero todo lo que me pueda dar, asiento con toda la seguridad de la que soy capaz.

Max pega su frente a la mía.

—Eres mi pedacito de cielo en la tierra —susurra en un tono cargado de pasión cerca de mis labios antes de poseerlos con fuerza y yo entierro mis manos en su cabello profundizando el beso, saboreando la calidez de su lengua. Se separa de mí jadeando, con su mano derecha agarra su falo y poco a poco se introduce en mí.

Ambos gemimos al mismo tiempo.

Yo cierro los ojos y gozo de este momento de tanta intimidad, sentirlo así piel con piel, es... divino.

—Mírame —me pide con voz ronca. Yo abro los ojos y me dejo atrapar por la ternura que veo en los suyos—. Siénteme —susurra sin quitarme los ojos de encima—. Esto es lo que realmente vale la pena, todo lo demás carece de importancia.

Su mirada es penetrante, llena de luz, de esperanza. Quisiera poder parar el tiempo y permanecer para siempre en nuestra burbuja de amor y placer dónde él solo me pertenece a mí.

—Escucha lo que te dice mi cuerpo, mis labios, mis caricias —vuelve a susurrar en el momento que entierra su rostro en mi cuello mientras que nuestros cuerpos se acoplan a la perfección—. Cada vez que te azoten las dudas piensa en este momento, en el que te hago el amor. Sale y se vuelve a hundir en mi interior de un solo golpe. Grito.

Lo acepto todo de él.

Me mira diciéndome con los ojos, lo que su boca no le permite decir. Pidiéndome que no lo suelte y yo le respondo de la misma forma que no lo pienso dejar ir.

Sus penetraciones se intensifican y mis gemidos crecen. La oscuridad de la habitación, su

olor, nuestro sudor, hacen que este momento sea más íntimo, que me sienta más unida a él.

El vaivén de sus caderas me enloquece cada vez más. Busco sus labios con desesperación, sellando así nuestro pacto de palabras no dichas dado que hablar no se nos da bien. Esto es lo que somos, lo que sabemos hacer.

Siento como mi sexo comienza a contraerse y mi respiración se acelera, trato de separar nuestros labios porque sé que voy a acabar pronto pero Max no me lo permite, refuerza su agarre en mi cuello, dominándome. Mostrando que él es quien tiene el control de mi cuerpo.

Me penetra más duro, sin piedad. Me aferro fuerte a su cuerpo, la temperatura sube, mi cuerpo comienza a convulsionar, entierro mis uñas en su espalda y estallo en un orgasmo violento, intenso y él se traga cada uno de mis gemidos. Pero Max no se detiene y continúa torturándome con sus movimientos enloquecedores, extendiendo mi placer. Lo acojo, lo disfruto. Despega sus labios de los míos, lleva sus manos a mi cadera y me agarra con fuerza. Me embiste varias veces más. Gruñe y se pierde en mí, antes de derrumbarse sobre mi cuerpo.

¡Dios! Estoy perdida.

Cuarenta minutos más tarde, ya bañados. Él completamente vestido y yo envuelta en el albornoz púrpura de Emma nos despedíamos en la puerta con un beso que me deja jadeando aún minutos después de su partida.

Me desplomo en el mueble y Emma se sienta a mi lado totalmente vestida.

—¿Vas a salir?

—Voy por algo de comer

Me mira detenidamente. Giro la cabeza y espero su descarga de comentarios sobre lo sucedido pero me sorprende al ver que no dice nada.

—¿Qué?

—Nada

—Pues voy a cambiarme —digo levantándome.

—Entonces —clama levantándose de un golpe—, ¿me vas a hacer preguntarte cómo te fue? ¿Volvieron o no?

—Hemos vuelto —confirmo mientras me dirijo al cuarto—. Aunque técnicamente no podemos llamar esto una separación.

—¿Y hablaron? —pregunta siguiéndome el paso.

—No mucho, por no decir nada.

—No te culpo. Es que con ese hombre solo hay un lugar correcto donde pueden estar tus pantis y es en el suelo —dice en el momento que se sienta en la cama. Yo empiezo a vestirme.

—¿Qué vas a hacer?

—Por el momento darle el tiempo que me ha pedido después ya veremos.

Me pongo una bota y subo el cierre.

—Me refiero a que, ¿por qué te estás cambiando?

—Porque me voy para mi casa —le comunico mientras subo el cierre de la segunda bota.

—Pensé que te ibas a quedar el fin de semana completo.

Su mirada se apaga de pronto.

—Emma, paso más tiempo en tu apartamento que en mi casa, mi hermano va a creer que me he mudado y no se lo he contado —digo poniéndome una camisa negra que le he tomado prestada.

—Pero si siempre está con su novia, estoy segura que ni cuenta se ha dado de tu ausencia. Sino ya te hubiera llamado.

Me mira. La miro.

Ella no le gusta estar sola, si se mudó de su casa fue porque sus hermanos no la dejaban respirar, controlaban cada paso que daba y como ella es una persona muy liberal e independiente no lo soportó. Así que apenas se graduó y consiguió un empleo se mudó pero no soporta la soledad de la casa, por lo que siempre me pide que me quede con ella.

—Está bien, pero me tendrás que prestar ropa para ir a trabajar.

Salta de la cama con la mirada iluminada. Parece una niña a la que le acaban de anunciar la llegada de Santa Claus.

—Mi armario es todo tuyo —me toma del brazo y me empuja hacia la sala—. Compramos algo de comer y luego podemos terminar de ver el maratón de sexo en la ciudad.

—Suena bien. Llamamos a las chicas que hace días que no sé nada de ellas.

—De acuerdo —dice tomando un abrigo.

—Por cierto, que no me has dicho. ¿Cómo es que Carlos conoce la dirección de tu casa?

Mi pregunta hace que se detenga y me mire.

—Te dije que es una larga historia.

El hecho de que le dé tantas largas al asunto hace que mi curiosidad aumente. La observo con ojos inquisidores, ella parece ahogarse en una angustia interna, tiene ese sello en la frente que dice culpable.

—¿Te lo tiraste?!

—Fue solo una vez —se apresura a decir con cara de agobio.

—¡Emma! Pero si todos saben que Carlos es un cuero^[19] que se acuesta con medio mundo.

—Lo sé, lo sé —afirma mientras que con la palma de la mano se tapa los ojos y niega con la cabeza—. Nos encontramos en el Sabor Latino mientras tú andabas de vacaciones. Yo estaba muy borracha, él me lo propuso y no lo pensé. Pero fue solo una vez te lo juro.

Yo la miro sin poder creer lo que escucho. Emma se acuesta con quien quiere pero siempre ha sido con personas fuera de nuestro círculo social.

—Ya está bien —digo acercándome a ella y suavizando la voz—, no te agobies.

—Es que tengo que agobiarme, estamos hablando de Carlos quien conoce a todos nuestros hermanos desde siempre y que además ni siquiera me gusta.

—Bueno pero estabas borracha y a lo mejor él ya ni piensa en eso.

Me pongo el abrigo y busco mi bolso. El silencio de Emma hace que gire y la mire.

—Porque fue solo una vez, ¿verdad?

Ella asiente mientras toma las llaves del carro.

—Pues no veo cuál es el problema, ambos son adultos y son cosas que pasan. No entiendo por qué no me lo habías contado.

—El problema es que él quiere repetir, no deja de llamarme y de enviarme mensajes.

Boquiabierta la miro.

—¿Y tú?

Ella toma un largo respiro, lo piensa unos instantes.

—No lo sé —responde con cierta añoranza en la mirada.

Yo me pregunto: ¿Qué se estará cocinando entre esos dos mientras salimos por la puerta?

Acusaciones

“Tanto caé una gota de agua en una piedra que le hace un hoyo”

—Max voy a salir, puede que regrese un poco tarde.

Le informo desde el marco de la puerta. Él deja de teclear algo en su ordenador y me mira.

—Claro pero no tienes que informarme que regresarás tarde.

—Eres mi jefe, lo lógico es que te diga si voy a regresar tarde —digo con cierta dejadez en la voz.

Me mira. Yo lo miro.

—Ven a acá —me pide al mismo tiempo que se retira un poco de la mesa y gira la silla hasta que está de medio lado.

Camino hasta dónde está y me paro frente a él. Max tira de mi mano y me sienta en sus piernas. Toma mi cara entre sus manos y me besa.

Apasionado, con fervor. Un beso de esos por los que las mujeres perdemos los pantis y que te dejan las rodillas hechas gelatina.

—Esto para que tengas presente que soy mucho más que tu jefe —dice tras romper el beso—. ¿Te quedó claro?

«¡Clarísimo!».

—Anjá —es todo lo que logro articular.

—Bien, una vez aclarado ese punto, ¿qué es lo que te tiene preocupada? —pregunta con dulzura. Me acomoda un mechón de cabello detrás de la oreja mientras yo empiezo a jugar con su corbata.

—He tenido unos inconvenientes con Linda y eso me tiene sacada de onda.

—¿Por mí? —inquieta al tiempo que me levanta la barbilla y me mira a los ojos.

—No —replico rápidamente—. Ni siquiera lo sabe.

Me parece ver la sombra de dolor asomarse a su mirada. Yo diría que no le ha gustado mi respuesta.

Max rompe nuestro contacto visual mirando hacia algún lugar indefinido sobre su escritorio.

—Pensé que tú y Linda eran como familia y que se lo contaban todo.

Su tono de voz es plano.

No quiero que piense que lo estoy ocultando o que no es lo suficientemente importante para mí como para no contárselo a mis amigas que aparte de mi mamá y mi hermano son lo máspreciado que tengo.

Rodeo su cuello con mis brazos y busco de nuevo su mirada.

—Es cierto pero la relación entre Linda y yo no está en su mejor momento. Así que hemos hablado poco últimamente.

—De acuerdo.

Responde de manera seca. Yo diría que sigue sin estar satisfecho con mi respuesta.

—¿Qué es lo que te molesta?

Nunca he sido una persona que se va por las ramas y no puedo con su cambio de humor.

Max respira profundo y me mira.

—Me asusta no ser lo suficientemente importante para ti y que por eso no le hayas dicho nada a tus amigas sobre nosotros.

Niego para mis adentros. A veces los hombres son tan predecibles.

—No seas bobo Max. Te acabo de contar los motivos. No he dicho que no se lo haya contado a ninguna de mis amigas, te recuerdo que Emma está enterada de todo.

Me mira con cara de circunstancias.

Está bien, es cierto, Emma no es punto de referencia. Él sabe que ella y yo nos contamos todo. O eso creía hasta que descubrí lo de Carlos. Ella siempre habla de sus líos amorosos por lo tanto no entiendo porqué trató de ocultármelo.

—Además tú tampoco andas por ahí diciendo que tienes una relación conmigo.

—Tienes razón no lo ando diciendo por ahí pero si se lo he contado a las personas que son importantes en mi vida.

Su respuesta me deja fuera de combate. Enmudecida lo miro sin poder ocultar mi sorpresa.

—Se lo he contado a Vince —anuncia con cautela, estudiando mi reacción—, y se lo he dicho a Raquel.

Definitivamente ha sido un nocaut en el segundo round que me ha dejado en inferior de condiciones.

Que se lo haya contado a su mejor amigo y socio, está bien. Los hombres en el fondo son como las mujeres, cotilla por naturaleza y les encanta presumir de sus conquistas. Pero que se lo haya dicho a su hermana, eso sí es un notición. Tanto, que podría dar saltos sobre su escritorio ahora mismo. Estoy en una nube, puede que lo nuestro no sea pasajero después de todo.

Lo miro, noto que su mirada se ha suavizado y me observa con ternura. Trato de reprimir una sonrisa tonta que se asoma a mis labios.

Como no tengo la menor idea de cómo reaccionar ante esta información, busco su boca y lo beso suavemente saboreando la dulzura y calidez de sus labios.

Al principio mi asalto lo sorprendente pero inmediatamente se recupera, me agarra el cuello y profundiza el beso.

—Este...-t-tengo que irme —digo cerca de sus labios apuntando hacia la puerta con la cabeza.

—Lo sé —afirma antes de volver a besarme.

Quince minutos más tarde estoy saliendo de la recepción del Luxhaus con una sonrisa de lo más boba. La gente ha de pensar que soy demente. Estamos a finales de noviembre, hace frío, las nubes grises cubren la ciudad, todo el mundo anda corriendo de mal humor pero yo no puedo estar más feliz.

Una hora más tarde estoy en el 44 Rue des Glasis, uno de los barrios más chic de la ciudad. Sé que todos los miércoles Linda se reúne aquí con un grupo de amigas para hacer yoga. Desde la discusión que tuvimos en el cine no he vuelto a saber de ella. La he llamado varias veces pero se ha tomado la tarea de ignorar mis llamadas. El sábado le pedí a Emma que la invitara a ver el maratón de sexo en la ciudad con nosotras pero en cuanto se enteró que iba a estar presente, se inventó una excusa barata para no ir y como ya me cansé de hablar con su contestador, estoy aquí, esperándola para que solucionemos esto de una buena vez.

Llevo media hora esperando, la temperatura debe de estar en ocho o nueve grado como mucho y ni siquiera el chocolate caliente que llevo en las manos ha logrado hacerme entrar en calor.

Estoy empezando a creer que me he equivocado de día o que han suspendido su encuentro de hoy cuando visualizo a unas chicas salir del edificio entre las cuales está mi morenita linda.

Sin pensarlo mucho cruzo la calle y la llamo, en cuanto me ve, endurece el gesto pero no me acobardo y me acerco a ella.

—Hey, ¿cómo has estado?

—Bien —responde mientras se despide con la mano de algunas de las chicas—. ¿Qué haces por aquí?

Su trato es frío y distante, no entiendo en qué momento nuestra relación se convierte en esto. ¿Dónde está la chica que se pasaba una semana completa en mi casa para las vacaciones navideñas? O con la que solía irme de viaje durante un mes a Santo Domingo en verano. ¿Qué pasó con la chica dulce, tierna por la cual me acostaba a las tantas de la noche hablando de libros?

—Podría decirte que es una casualidad pero ambas sabemos que sería una mentira, así que iré al grano. Te he dejado muchísimos mensajes y no has respondido ninguno de ellos. Quiero saber qué te pasa o mejor dicho, ¿Qué nos está pasando?

—Nada, sólo he estado un poco ocupada con las clases —dice mientras comienza a caminar.

—Sabes que pronto estarás de vacaciones navideñas y se te van a acabar las excusas de ese estilo, ¿verdad? —le informo en el momento que trato de seguir sus pasos—, porque da la casualidad que solo estás ocupada cuando se trata de hablar conmigo.

No me responde, sigue caminado y hasta apresura el paso en dirección a la parada de autobuses y su comportamiento me irrita. Así que me detengo.

—¡Linda! Tengo más de hora y media parada aquí afuera en el frío y solo para tratar de hablar contigo, por lo que creo merecer unos segundos de tu atención, ¿no te parece?

Se para y agarra el bulto dónde lleva sus cosas de yoga con más fuerza.

—¿Qué es lo que quieres?

—Saber qué te pasa conmigo, porque parece que de un momento a otro empezaste a odiarme —digo con exasperación.

—¿Quieres la verdad?

—No espero menos.

—Pues que estoy harta de que critiques todo lo que hago —dice elevando la voz y abriendo los brazos—, desde que llegaste de vacaciones no haces más que reprocharme mi relación con Brayan y aunque te pudras de la rabia, no pienso permitir que te interpongas en lo nuestro.

Atontada, pasmada. Así me quedo.

Últimamente esta chica hace que pierda el sentido del habla.

—Perdóname por preocuparme por ti —digo con ironía—. Solo he tratado de hacerte entender que el tipo ese no te quiere y la prueba está, en que cada día te ves más triste y más apagada.

—¡Eso no es cierto! Brayan me hace feliz.

—Deja que me reía, para la prueba un botón ¡Mírate! —la señalo de arriba a abajo—. No eres tú. Tomas clases de yoga, no es que tenga nada en contra del yoga, siempre y cuando te guste a ti.

—¿Y quién te ha dicho que no me gusta?

—Tienes razón, puede que esté equivocada, ¿pero y todo lo demás? las clases que tomas de: cómo caminar, cómo vestirse, cómo comportarse, ¡de cocina por dios! Me vas a decir que también te gustan, ¿eh?

Se queda callada y me mira desafiante.

—No claro que no, lo haces para agradar a un hombre al que le das tres pito y una flauta.

—Brayan es un poco difícil de complacer pero no me importa, cuando tengas un hombre en

tu vida vas a comprender qué una hace lo que sea para hacerlo feliz.

¿Pero qué es lo que escucho? ¿Qué lavado de cerebro le ha hecho este hombre? Es que lo agarraría a guamazos si pudiera.

—Nena una no está con un hombre solo para hacerlo feliz, sino para que él también te haga feliz —digo suavizando la voz—. No puedes estar con alguien que cambie tu esencia solo para complacerlo. ¿Dónde quedas tú? Lo que te gusta, lo que quieres, ¿eh?

Mis palabras parecen hacer efecto porque se queda pensando.

—Escucha, tengo algo que contarte.

Me mira con ojos inquisidores. Puede que me equivoque en confesarle esto pero quiero que recuperemos nuestra amistad. No quiero que piense que vivo y muero para criticar a su Brayan dorado. Puede que si se lo cuento, vea que confío en ella tanto como espero que ella lo haga conmigo. Así que la miro directo a los ojos y con mucha firmeza le anuncié:

—Estoy saliendo con Max.

Abre los ojos como platos.

—¿Con tu jefe!?

Asiento.

—No me lo puedo creer.

Retoma la marcha, luego se detiene y se gira hacia mí.

—Eres una hipócrita —dice elevando la voz.

Volvemos al punto de partida.

—Linda entiendo que la noticia te tomó por sorpresa pero tampoco te pases.

—Te pasas todo el tiempo criticando mi relación con Brayan y ¡te estás acostando con tu jefe!

—Si lo pones de esa forma está claro que suena fatal pero las cosas no son tan sencillas —me lanza una mirada dura—. No todo en la vida es blanco o negro. Las cosas se fueron dando poco a poco...

—¿Pero sabes que está comprometido?

—Lo sé

—¿Y no te importa?

—Por supuesto que me importa, ¿Qué clase de persona crees que soy?

—¿Sabes qué? no quiero seguir hablando contigo en estos momentos.

Da media vuelta y comienza a caminar.

—Linda por favor, escúchame —le pido siguiéndole los pasos—. Las cosas son más complicadas de lo que parecen.

—Pues para mí son muy sencillas —se detiene de golpe—, te has convertido en la zorra de tu jefe.

Articula cada palabra llena de veneno y yo la fulmino con la mirada.

Si las palabras las hubiera pronunciado otra persona, me hubieran dolido menos.

—Si lo que querías era que te dejara en paz... felicitaciones, lo has conseguido —digo con la voz endurecida antes de darme la vuelta y volver por donde mismo llegué.

Nadie puede pretender volar sin tener alas y no partirse el culo en el intento. Yo traté de ser sincera para intentar arreglar las cosas y me ha explotado en la cara.

No me gusta que tengamos secretos entre nosotras. Ya bastante tengo con tener que ocultar mi relación con Max.

Linda y yo nos conocemos de toda la vida, mi mamá y la suya son comadres. Desde que

cumplió los cuatro años hemos sido inseparables. Han sido muchos fines de semanas juntas compartiendo: juguetes, castigos por alguna travesura que hacíamos. En la adolescencia, fueron muchos los campamentos de verano, las vacaciones familiares, las compras, las ropas y el maquillaje. Son muchos años y muchos recuerdos como para que todo termine así.

En la boca del lobo

“Desde que llegaste tú, lanzaste al aire una moneda; fuera cara o fuera cruz ganabas como quiera.”

Ricky Martín

Regreso al trabajo arrastrando los pies. A penas paso por delante de Martha esta abre la boca para decirme algo pero la corto con un gesto de la mano indicándole que no es el momento, mi reacción la sorprende pero al riesgo de parecer maleducada sigo mi camino y me encierro en la oficina. No acostumbro a dejarla con la palabra en la boca pero no estoy de ánimos para nada. Tan pronto como me desplomo en la silla dejo descansar la cabeza en el respaldo y cierro los ojos. Esta situación con Linda puede conmigo. Pero ni modo, si ella lo quiere así, no pienso hacer nada más al respecto.

—Por lo visto las cosas no han salido bien —dice Max en el momento que pasa por la puerta. Yo abro los ojos y niego con la cabeza mientras él se acerca y se acuclilla frente a mí.

—¿Quieres hablar de ello?

A pesar de que su tono es suave y me invita a contarle todo lo sucedido, vuelvo a negar con la cabeza. Este asunto lo tenemos que resolver ella y yo y de nada servirá que se lo cuente. Maximiliano me lanza una mirada empática y solidaria.

—¿Cómo supiste que había llegado?

—Le pedí a Martha que me avisara.

Nos quedamos en silencio durante un instante. Él me examina, quizás tratando de leer en mí o esperando que finalmente me decida a hablar.

—Vamos —me pide tomando mi mano e incitándome a que me levante de la silla.

Yo lo miro sin comprender qué es lo que quiere.

—¿A dónde?

—A cualquier parte. Es obvio que lo sucedido con Linda te tiene mal y que no estás de humor. Así que salgamos de aquí.

—Max tengo trabajo pendiente...

—No importa.

—Tengo que terminar las proyecciones de los estados financieros de Invertech —digo con cierta dejadez en la voz.

—Eso puede esperar —insiste con esa suavidad en la voz y esa dulzura en los ojos que han hecho que cada día que pasa me enganche más de él. Como tiene toda la razón y no estoy de ánimos para hacer tablas de cálculos me dejo convencer.

Al levantarme de la silla, Max me envuelve en un abrazo lleno de ternura y comprensión.

—Ya verás que cuando menos lo esperes, todo terminará por arreglarse.

Trata de reconfortarme con sus palabras, pero no sé si lo hace en referencia a lo que ha pasado con Linda o a nuestra relación.

Salimos de la oficina y dejo que me guíe. No hago preguntas sobre dónde vamos. De todas formas cualquier lugar será perfecto, siempre y cuando esté con él.

Mientras circulamos por el Boulevard Royal, Maximiliano no dice nada y se lo agradezco porque la verdad no tengo deseos de hablar. Perdida en mis pensamientos me desconcierta un poco ver que nos adentramos al oeste de la ciudad de Luxemburgo.

El barrio de Belair conocido como la zona “pija” de la capital, goza de una posición

envidiable en el Gran Ducado. Bordeado por los barrios de Rollingergrund, oberstadt, Hollerich y Merl, Belair se encuentra en una posición central. Ante los ojos de todos, el barrio tiene una buena imagen. Es por esa reputación que los candidatos para alquilar o comprar se sienten atraídos por esta área en particular de la capital. El calificativo de “lujoso” o “elegante” se debe en gran parte a la arquitectura de los edificios y en general a la calidad de bienes raíces, lo que contribuye en gran medida a este reconocimiento. Las zonas residenciales están compuestas de orgullosas estructuras de grandes tamaños tales como: antiguas Villas, chalets, casas adosadas, pareadas o elegantes que caracterizan el lugar. Los jardines verdes de residenciales o públicos añaden un toque natural. No es por nada que lo llaman “El Barrio Star de Luxembourg”.

El ruido de mi teléfono hace que despegue la vista del magnífico paisaje que tengo ante mí.

Me sorprende cuando observo el indicador. Miro la hora y hago un rápido cálculo de la diferencia horaria.

—Bendición mami.

—Dios te bendiga cariño, ¿cómo estás?

Así son las madres, siempre te llaman cuando menos lo esperas o cuando más lo necesitas. Parecen tener un sensor para estas cosas.

—Todo bien, ¿y tú cómo has estado?

—Tú sabes, en lo mismo con la loca de tu abuela que por más que le digo que se tome las cosas con calma se la pasa todo el santo día doblando calle y enderezando esquinas, no me hace caso.

—Bueno pero si se siente con energía, no veo porqué no la dejas hacer sus cosas.

Mi abuela a sus ochenta y ocho años es una mujer muy activa: juega bingo, va a la iglesia todos los domingos, era la presidenta del club de madres de su ciudad aunque después de su pre-infarto tuvo que cederla y ahora solo forma parte.

—Ay mi vida es que no sabes, hace unos días me llevé tremendo susto cuando tu abuela salió a llevarle un caldito a Doña Juana y al rato la trajeron unos vecinos que la encontraron dando vueltas sin rumbo porque no se acordaba a dónde iba.

—¿Qué dijo el médico?

—Dice que son achaques de la vejez pero aun así la voy a llevar con un especialista porque esa pérdida de memoria me preocupa.

—Por favor no dejes de avisarme en cuánto la lleves.

—Claro mi amor. Pero te llamaba para saber cómo van las cosas, tu hermano me dijo que casi nunca estás en casa, ¿acaso estás saliendo con alguien?

En vista del tiempo que paso fuera de la casa, su pregunta no me sorprende, al contrario, pienso que se ha tardado mucho en hacerla. Con mi madre tenemos una relación muy abierta en la que hablamos de todo, sin embargo no creo que apruebe mi relación con Max pero tampoco quiero mentirle.

—Estoy viendo a alguien —digo insegura mientras miro a Maximiliano que me observa cuidadosamente—, aunque no hay mucho que contar.

—¿Y cómo es? ¿Acaso lo conoces? ¿Te está tratando bien?

Su interrogatorio me arranca una sonrisa.

—Es un buen hombre y no, no lo conoces —respondo y veo como los ojos de Max brillan con mi respuesta.

—A ver si lo traes de visita para que le eche un ojo.

—Mami por favor desacelera el carro que aún no estamos en esa fase.

Veó como Max va deteniendo el carro en frente de una enorme casa de diseño moderno de dos plantas.

—Mmm tengo que dejarte, hablamos luego, ¿de acuerdo? Te quiero.

—Yo también te quiero cariño, no dures tanto para llamarme.

Me despido de mi madre prometiéndole que la llamaré más a menudo antes de dirigir mis ojos a la majestuosa propiedad.

—¿Quién vive aquí?

—Mi hermana —responde cautelosamente y yo siento cómo mi corazón se acelera—. Me ha llamado antes y le he dicho que pasaría un rato. Pensé que podríamos quedarnos un momento y luego te llevo a cenar.

Asiento no muy segura. Cuando vi que Adentramos en El Barrio de Belair pensé que quizás iríamos al famoso café de Belair. Nunca me imaginé que vendría a visitar a su hermana.

Maximiliano se baja, rodea el carro y me abre la puerta. Me apeo del vehículo y con pequeños pasos lo sigo a través de la entrada.

Me tiemblan las manos, trato de respirar pausadamente. No entiendo porqué estoy tan nerviosa. He visto a Raquel varias veces cuando he ido a su tienda, siempre ha sido muy agradable. Claro, las circunstancias no eran las mismas. No entiendo esa insistencia de Max para que la conozca. ¡Dios! ¿Qué estará pensando de mí?

Max toma mi mano, me enreda en un pequeño abrazo y me da un casto beso en los labios.

—Tranquila, todo saldrá bien —dice antes de introducir la llave y abrir la puerta. Le dedico una pequeña sonrisa.

Al entrar, una mata de pelo castaño corre hacia Maximiliano y se le tira encima. Él toma a la pequeña en brazos y la llena de mimos. Durante unos instantes lo veo interactuar con la hermosa niña, la que imagino es su sobrina. Le dice unas cuantas palabras en italiano mientras la llena de besos y le hace cosquillas. Todo con mucha suavidad y ternura. Se ven tan lindos juntos que no puedo evitar que una sonrisa tonta aparezca en mis labios y hace que me enamore un poquito más de él.

Al cabo de un rato Max baja a la niña al suelo y le susurra algo al oído, esta me mira y se acerca.

—Hola, me llamo Katherina pero todos me llaman Kathy.

Me sorprendo al escucharla hablar en un perfecto español.

—Hola cariño, yo soy Adriana. Mucho gusto en conocerte. Te han dicho alguna vez lo bellísima que eres.

—Sí, mi tío. Él siempre dice que soy la mujer más bella que ha visto en su vida.

No me extraña su respuesta. Miro a Max y su mirada me lo dice todo. Esta nena lo tiene comiendo de su mano.

—¿Y tú quién eres?

—Soy una amiga de tu tío.

—Pues debes de ser una muy buena porque mi tío nunca trae a nadie a casa.

—Es que además trabajamos juntos —respondo sin poder ocultar mi alegría ante lo que escucho. Este hombre logra sorprenderme a cada momento. Un día de estos va a conseguir que me dé un paro.

Me mira y luego se queda pensando unos segundos. Veo sus ojos moverse a cierta velocidad, parece estar pensando en algo, hasta que se voltea hacia Max y le dice:

—Tío, ¿es ella la hermosa chica con la que subiste a la rueda de la fortuna?

Gratamente asombrada miro a Max que se ha sonrojado ante tal confesión. No puedo creer que le haya contado sobre mí a su sobrina.

—Sí, es ella. ¿A que es hermosa?

La niña lo mira haciendo un pequeño mohín entonces él se agacha y le da un sonoro beso en la mejilla.

—Pero tú lo eres más.

Mientras nos dirigimos al amplio salón, se acerca a mí y me dice en un tono casi inaudible.

—Te dije que le conté sobre ti a las personas que son importantes para mí.

Esa frase como todo lo que tiene que ver con ese hombre, hace que me emocione. Si no estuviéramos en casa de su hermana y frente a su sobrina me lo comería a besos.

—Tío Max, ¿me acompañas a mi cuarto? te quiero enseñar el nuevo traje de ballet que ha comprado mamá.

—Kathy ya deja a tu tío en paz, no ves que trae visita —dice Raquel quien para mi asombro se acerca con toda la naturalidad del mundo y me da dos besos—, es un gusto conocerte al fin. Aunque para serte sincera mi hermano me ha hablado tanto de ti que creo que ya te conozco un poco.

—El gusto es mío —su espontaneidad me deja sin palabras y como no sé qué decirle, digo lo primero que me pasa por la cabeza—, me encanta tu casa.

—Gracias, es lo único bueno a parte de mis hijos que le saqué al desgraciado de mi ex marido.

—Raquel —la reprende Maximiliano mirando de reojo a su sobrina—. Cariño vamos para que me enseñes ese traje nuevo que te ha comprado tu mamá.

Lo miro alejarse con la pequeña en brazos y no puedo creer que me deje sola con su hermana.

—Discúlpame no debí decir eso.

—Descuida, no es nada.

—Lo más probable es que se tarden un rato. Estoy preparando la cena para los niños, ¿por qué no me acompañas?

La sigo hasta la cocina que es más grande que mi habitación y ocupo uno de los asientos de la isleta.

—¿Te sirvo un poco de café?

—No bebo café pero gracias.

—¿Un té entonces?

—Eso te lo aceptaría encantada —respondo sin querer ser maleducada.

Se dirige al armario de color crema vistiendo un simple leggins negro y un poncho en algodón beige. Abre la puerta y saca una taza. No puedo evitar remarcar el contraste de su sencilla vestimenta con el lugar.

—Raquel, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Camina hasta el fregadero donde pone la cafetera a coger agua.

—¿Cómo es que tú y la niña hablan tan bien el español mientras que Maximiliano tiene cierto acento?

—Pues porque yo me crié con mis abuelos maternos y Max solo venía de vacaciones en verano.

Levanto una ceja y la miro totalmente confundida.

—Nuestra madre es española —me aclara rápidamente mientras se dirige a la estufa eléctrica. Pone la cafetera sobre una de las cuatro hornillas de la cubierta en vitro y me mira. Me imagino que debe ver mi desconcierto.

—¿No lo sabías?

—No —respondo un poco avergonzada de no conocer un dato tan sencillo e importante del hombre con el que estoy saliendo desde hace más de un mes—, pensé que sus padres eran italianos.

—Nuestro padre es italiano pero nuestra mamá es española —dice al mismo tiempo se agacha y verifica algo en el horno.

Qué coincidencia, también es mestizo y yo que pensaba que mi comentario sobre mis orígenes le había hecho gracia por la mezcla de razas.

—¿Y por qué creciste con tus abuelos?

—Porque mi papá es el típico macho italiano que cree que todo debe hacerse según su criterio y antojo —responde mientras apaga la hornilla, toma la cafetera y vierte un poco de agua en la taza—, y yo siempre fui de carácter fuerte así que cuando cumplí los quince ya no lo aguanté más. Durante unas vacaciones en casa de mis abuelos en España les pregunté si podía vivir con ellos, al decirme que sí, no lo pensé ni un segundo y me quedé.

Camina hasta donde estoy y pone sobre la isleta una pequeña bandeja plateada sobre la cual dispuso un paquete variado de té, junto con una pequeña azucarera en porcelana y la taza a juego con el agua caliente.

—¿Y cómo es que terminaste viviendo aquí? —pregunto al mismo tiempo que introduzco un sobre de camomila en la taza.

—Porque a mi ex marido que como ya te lo imaginarás es español, le ofrecieron un puesto en el parlamento europeo.

Como diría Emma: ¡Wepa! El dineral que ha de ganar. Ahora entiendo mejor el barrio y la casa.

—¿Mamá ya está la comida?

—No cariño —le responde al niño de un metro cuarenta que acaba de entrar—, ¿Kevin podrías dejar ese vídeo juego y saludar a nuestra invitada por favor?

El niño resopla y hace caso omiso. Sale de la cocina sin despegar la vista de su *PSP*.

Miro de nuevo a Raquel que de repente se ha puesto seria. Tuerce el gesto de la misma forma que Max cuando algo le preocupa.

Es increíble el gran parecido entre ambos a pesar que Raquel tiene los ojos marrones.

—Lo siento, te diría que lo disculpes porque ha tenido un mal día pero no, últimamente cada vez que regresa de casa de su padre está más grosero.

—No te preocupes, a esa edad los niños viven en su mundo.

—¿Cómo va todo por aquí? —Pregunta Max mientras se acerca. Se para detrás de mí, rodea mi cintura con sus brazos y me da un beso en el cabello. Yo me ruborizo y clavo la mirada en la taza.

—Aparte de las groserías de tu sobrino, todo bien —dice antes de lanzar un suspiro—, te juro que no sé qué le sucede. Pasa todo el día jugando al bendito juego ese que le compró Alberto y no hace caso a nada.

—Ya le hablaré más tarde.

—Te lo voy a agradecer porque yo ya no sé qué hacer. Por cierto, ¿por qué no le habías contado a Adriana que nuestra madre es española?

—No lo sé, nunca ha surgido el tema —responde de pronto incómodo.

—¿Nunca ha surgido! ¿Pero ustedes de qué hablan aparte de trabajo?

—Es que no hablamos mucho —dice con cara de pillo y una sonrisita traviesa.

—¿Max! —lo reprendo mientras me llevo las palmas de la mano a la cara y entierro mi rostro que ha de estar color carmín.

Él y su hermana se ríen de mi miseria mientras que yo no sé dónde meterme de la vergüenza.

—Ay cariño no es necesario que te sonrojes, te recuerdo que tengo dos hijos y ninguno vino por el alambre. Aunque hace tanto tiempo que a lo mejor ya ni me acuerde cómo se hace —comenta socarrona y no puedo más que unirle a sus risas.

—Ya casi está la cena, ¿se quedan a comer con nosotros?

Él me mira buscando mi aprobación y yo asiento.

Maximiliano ayuda a su hermana entre bromas y risas a preparar la mesa y a hacer una ensalada de lechuga con pollo salteado. Yo trato de ayudar pero ninguno de los dos me deja hacer nada: Max alega que me veo cansada, lo cual es cierto, últimamente me cuesta conciliar el sueño y Raquel afirma que la próxima vez sacará la escoba y la trapeadora para que la ayude a limpiar los pisos. Yo feliz de que quiera que vuelva a visitarla. Me encanta el buen ambiente que se respira con ellos alrededor. La sobrina de Max ha insistido en pintarme las uñas. Al principio me escandalicé cuando vi el color que quería usar pero se veía tan entusiasmada que al final terminé cediendo. Kevin se pasó prácticamente toda la noche encerrado en su cuarto, solo salió refunfuñando cuando su mamá lo llamó para que viniera a cenar. En el transcurso de la noche intenté hablar con él pero no conseguí ni una sola palabra de sus labios; al final lo di por perdido y me concentré en la dulce Kathy que al contrario de su hermano no dejó de contarme todas las actividades extraescolares que realiza.

Cuando terminamos de cenar insistí en ayudar a recoger la mesa mientras Max fue a hablar con su sobrino que apenas terminó de cenar se volvió a trancar en su habitación.

—Te agradezco que te quedaras a cenar, necesitaba que Maximiliano hablara con Kevin porque creo que ha tenido un problema en la escuela —dice al mismo tiempo que introduce los platos en el lavavajillas—, si no fuera por la ayuda que mi hermano me brida no sé qué haría con él.

—Debe ser duro para ti y para ellos.

—Al principio fue difícil porque estaba muy enamorada aunque si soy sincera estuve más molesta que triste. Nunca creí que después de ocho años de relación y dos hijos, fuera capaz de engañarme de esa forma.

El dolor en sus palabras me hace reflexionar sobre mi relación con Max. Durante unos segundos el silencio se apodera de la cocina mientras terminamos de entrar todos los platos sucios en la máquina.

—Escucha Raquel quería decirte sobre mi relación con Max...

—No tienes que explicarme nada cariño. Maximiliano no tiene nada que ver con Alberto. Hace mucho tiempo que él no es feliz al lado de Sophia —dice bajando la vista y pasando un paño húmedo en los azulejos—, Realmente no entiendo por qué aún no la ha dejado, bueno sí lo entiendo, más bien no comparto sus razones.

—¿Eso qué quiere decir?

—No te ha dicho nada de porqué aún sigue comprometido con ella, ¿verdad? —me pregunta estudiando muy bien mi reacción, cuando niego con la cabeza, esta me mira como diciéndose “pobrecita, no sabes dónde te estás metiendo”. No sabiendo ella que su hermano no es muy hablador y que yo no me siento con el derecho a preguntar.

—Bueno te lo cuento pero no le digas nada a Max.

Yo asiento feliz. Avivada por las ansias de saber cualquier detalle que me ayude a entender mejor la relación de ellos y por lo mismo, la nuestra.

—Resulta que el papá de Sophia...

—Raquel ya hablé con Kevin y he puesto a Kathy en la cama lista para dormir —interviene Max y yo maldigo para mis adentros. Desde que lo conozco es la primera vez que desearía no verlo. ¡Pero que inoportuno!

—Es tarde y tenemos que irnos.

Miro a Raquel que se disculpa en silencio. Yo me peino el pelo para atrás mientras niego con la cabeza de pura frustración.

Nos despedimos de Raquel y le prometo que pasaremos a visitarla pronto. En el camino me quedo estudiando a Maximiliano y no dejo de pensar en las palabras de Raquel “Hace tiempo que él no es feliz a su lado” “Entiendo sus razones pero no la comparto”.

¿Qué será lo que le impide dejarla?

Confesiones

“Cuando tienes miedo pero lo haces de todas forma, eso es valentía”

Coraline deNiel Gaiman

Es sábado por la tarde y he quedado con Samia y Emma para tomar algo. Han querido ir al Loft pero como me ha sonado a encerronada para que vea a Linda, les he dicho que prefiero quedar en otro sitio. Aún no estoy preparada para hablar con ella.

Mientras las espero me distraigo con mi pasatiempo favorito: mirar tiendas por la *Rue de La Libertée*, aunque desde que conocí la famosa Quinta Avenida o Mall, tales como: Macy's, KMart o Outlets en mi viaje a Nueva York hace dos años; las tiendas de aquí ya no tienen el mismo significado ni me emocionan igual.

Me encanta esta época del año, las calles están iluminadas y todas las tiendas están decoradas anunciando la llegada de las navidades.

Tengo más de cuarenta minutos dando vueltas, así que en cuanto salgo de Levy's, cojo mi teléfono para llamar a las chicas y saber cuál es el motivo de su retraso. Emma siempre llega tarde pero de Samia me sorprende.

En el mismo momento que saco el celular de la cartera, entra una llamada de Max quien quiere saber cómo estoy. Le informo que dando vueltas mientras espero a las chicas y este me anuncia que está en McDonald's con sus sobrinos. Como solo estoy a cinco minutos de ahí, le digo que me pasaré a saludar.

En cuanto llego, a pesar del gentío que hay, no tardo en verlos sentados en una mesa al fondo del local.

—Buenas tardes.

Los saludo y Kathy a penas me ve se levanta de la silla y me da un abrazo, Max se acerca y me da un pequeño beso en la mejilla antes de decirme al oído lo guapa que estoy. Miro a Kevin que apenas me ve clava sus lindos ojos marrones en su *PSP*, cualquiera diría que trata de esconderse detrás de la mata de pelo castaño que le cubre la frente.

—Solo he pasado un rato a saludar.

—¿Y por qué no te sientas un momento con nosotros?

—Gracias preciosa pero he quedado con unas amigas y no deben tardar en llegar.

—Pero igual las puedes esperar sentada.

La simplicidad con la que los niños ven las cosas me hace sonreír.

Decido hacerle caso. Kathy se para, me sede su asiento y se sienta en mis piernas por lo que quedo al lado del niño más conversador del mundo y frente a Maximiliano.

—¿Estabas de compras?

—Aja

—¿Y qué has comprado? —me pregunta la niña mientras colorea en un cuaderno de dibujos.

—Algunas chucherías que nos gusta a nosotras las chicas.

«Y que pienso estrenar esta noche con tu tío»

Levanto la vista y miro la razón de mis pecados que esboza una sonrisita diabólica, seguramente leyéndome el pensamiento y no puedo evitar mordirme el labio de aprehensión. La última vez que le dije que saldría a comprarme unas chucherías fui con Emma a *Zyxel* una de las tiendas más exclusivas en lencería de la ciudad y me la pasé en grande adquiriendo unos modelitos de lo más sexy,

aunque el verdadero gusto se lo dió Max al quitármelos.

—¿Tío me compras un Milkshake de fresa por favor?

—Claro preciosa —le responde antes de levantarse de la silla—. ¿Quieres que te pida algo?

—Me pregunta y por un momento me veo tentada a decirle que un MacFlurry con doble dosis de caramelo pero lo pienso mejor y niego con la cabeza.

Max se dirige hacia la fila del mostrador y yo que nunca he sido muy de niños, me quedo sin saber qué decir entre este par.

—Adriana la próxima vez que vayas de compras, ¿me podrías llevar contigo?

—Si tu mami te deja por supuesto, ¿dónde te gustaría ir? —le pregunto mientras le paso las manos por su larga cabellera castaña y le echo un vistazo al juego que está usando Kevin.

—El otro día fui con mamá a *Little V.I.P* y vi una camiseta de los *Jonas* que está de lo más chula.

—¿De los qué? —inquiero distraída mientras veo como matan al agente Joe Salt por segunda vez.

—De los *Jonas Brothers* —repite al mismo tiempo que yo levanto una ceja, ella se gira y me mira como si le acabara de anunciar que los marcianos acaban de llegar a la tierra—, ¿En serio no sabes quienes son los *Jonas Brothers*?

Respondo un pequeño “no” y ella agranda sus hermosos ojos, abre la boca, la cierra, vuelve y la abre para después negar con la cabeza.

Yo casi que me río ante la cara de horror de la niña. Parece que le acabara de confesar la barbaridad más grande del mundo.

—Sabes que si recoges el explosivo y matas al guardia conseguirás más municiones, así cuando llegues al almacén lanzas la bomba primero y tendrás suficientes balas para matar a los agentes que te quieren sorprender y evitarás terminar muerto —le digo a Kevin tratando de buscar conversación pero el niño sigue más callado que pavo en navidad.

—Es la banda Pop más pegada del momento —continúa Kathy con cara de agobio y yo ni me entero de quienes son los fulanos estos—, además tienen una serie que pasan en Disney Channel —termina exasperada, yo diría que incluso un tanto ofendida por mi falta de conocimiento.

—Bueno nena, hablo con tu mamá y si está de acuerdo te llevo para que compres la camiseta de los...—me quedo pensando en el nombre del dichoso grupo.

—Jonas Brothers —resignada termina la frase por mí.

Yo no puedo con su reacción y me río antes de que su mellizo le diga algo en luxemburgués. Es un idioma que por más que lo escuche a diario a parte de “hola” y “adiós” no entiendo ni pío. Pero por la cara que ha puesto la niña estoy casi segura que no ha sido nada bueno.

No quiero parecer entrometida pero mi lado curioso me gana.

—¿Qué ha dicho tu hermano?

La niña arruga la cara unos segundos y se debate entre si delatar a su hermano o no hasta que por fin cede.

—Me ha dicho que no me haga ilusiones.

—¿Y por qué ha dicho eso? —pregunto con mucha suavidad.

—Dice que eres como Sophia, que nos trata bien delante de mi tío pero cuando él no está presente nos ignora.

Atónita me quedo ante semejante confesión.

—Quiero que les quede claro una cosa a los dos —digo mirando primero a Kathy y después a Kevin que ni se ha inmutado con las palabras de su hermana—, yo no acostumbro a hacer las cosas para

quedar bien con nadie —continuo con suavidad aunque un poco molesta por dentro, odio que me comparen con una persona así—, Si no quiero estar con alguien o no me gusta una cosa lo digo y ya; ustedes deberían hacer lo mismo. Cariño si te prometí que te llevaría de compras lo voy a hacer porque me place no porque me sienta obligada, ¿de acuerdo?

La niña asiente con el rostro iluminado mientras que Kevin sigue en su mundo.

Mentalmente pongo los ojos en blanco.

Max vuelve e inmediatamente Kathy salta de mis brazos para ir donde su tío a contarle las últimas mientras que mi teléfono anuncia la llamada de Emma para informarme que ya llegaron a la estación. Me levanto y me despido rápidamente de todos, no sin antes darme cuenta de que Kevin me ha hecho caso y ha conseguido salir ileso del almacén.

Una sonrisita de victoria se cuele en mis labios.

Media hora más tarde estamos entrando al Elysée Café Bistro. Es un lugar un tanto sofisticado y es donde se suelen reunir la crema y nata de la ciudad para tomar el té. Nosotras venimos porque es donde sirven las mejores éclairs de crema y chocolate, entre otras pâtisseries francesa. En lo personal me encanta venir aquí en verano: entre la gran terraza abierta, los grandes ventanales por los que entra la luz natural y los peatones haciendo shopping, tienes la impresión de estar sentada en uno de los tantos cafés que rodean la Torre Eiffel bajo el sol parisino.

Apenas nos acomodamos en el interior, Samia sigue con el mismo temita:

—Te juro que estaba muy mal cuando hablamos.

—Para mí un Brest relleno, un pequeño éclair de chocolate y un mil feuille con un jugo natural de naranja por favor —le pido en francés a la simpática mesera que toma nuestra orden e ignorando el comentario de Samia que desde que nos reunimos en la estación de tren no ha dejado de machucarme con lo de Linda.

—Para mí lo mismo, solo que con el éclair de vainilla —pide a su turno Emma.

—Adriana te estoy diciendo...

—Ya sé lo que me está diciendo, llevas media hora hablándome de lo mismo. Lo siento pero no pienso hacer nada más para arreglar las cosas con ella. Desde hace un tiempo he intentado sobrellevar las cosas a pesar de la actitud que ha toma pero ya no más. ¡Estoy harta!

Samia me mira como si no pudiera creer lo que escucha para luego mirar a Emma.

—¿Y tú no piensas decir nada al respecto?

—Lo siento nena pero Linda se pasó, así que en esta estoy con Adri.

—¡Pero bueno! ¿Se puede saber qué fue eso tan grave que hizo para que estés tan molesta con ella? —me pregunta mientras se recuesta en la silla. Yo miro a Emma por el rabillo del ojo que me observa detenidamente y entre las dos se da esa clase de conversación sin palabras que solemos tener y que solo nosotras entendemos.

—Le dije que estoy saliendo con Maximiliano y me trato de zorra —suelto todo rápidamente antes de que me entre el arrepentimiento. Mientras estudio la reacción de Samia que se queda muda— ¡Ya está! Lo dije. Que empiece el sermón.

—Ah no, tampoco así. Te recuerdo que eres una mujer adulta y responsable de tus actos así que nadie tiene porqué estar sermoneándote o tratarte de zorra solo por estar con la persona que te gusta.

En ese momento llega la mesera y un gran silencio acompaña la mesa, ella reparte nuestro pedido. Tan pronto la muchacha se va Emma ataca su éclair de vainilla y yo doy un trago a mi jugo.

—Emma tiene razón, ya estás grandecita para saber cómo manejar tu vida y aunque la notica me ha agarrado por sorpresa, yo no soy quién para juzgarte. Debo reconocer que no estoy de acuerdo con esa relación por lo que todas sabemos, es tu decisión y la respeto. No sé qué tipo de relación o

problemas tiene con su prometida pero estimo como mujer que ella merece cierto respecto.

Sus palabras hacen que me sienta mal. Desde que inicié mi relación con Max, estoy en alerta constante a cualquier comentario. Comprendo que nadie entienda lo nuestro pero tampoco me gusta que lo vean como algo sucio o negativo.

—Lo siento no debí hablarte así ni ocultártelo. No pido que lo entiendas pero te agradezco que respetes mi decisión.

—Pues lo de ocultármelo sería una hipócrita si te lo reclamara.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Emma con un pedazo de mil feuille aún en la boca. Samia arruga la frente, se lo piensa un instante mientras se reacomoda el moño alto que lleva.

—Porque hace unas semanas me inscribí a un curso de enfermería y no les había dicho nada.

—¡En serio! —Exclama Emma.

—¡De verdad! —digo yo sin poder creer lo que acabo de escuchar—, ¿y por qué te lo tenías tan calladito?

—No sé, creo que me daba vergüenza —dice mientras juega con el sorbete de su jugo de arándano para luego tomar un sorbo.

—Corazón pero eso es una excelente noticia, no veo porqué debes de avergonzarte.

—Pues porque ustedes siempre están hablando de lo genial y lo mucho que les encanta su trabajo y yo ni siquiera terminé el bachiller. Además estoy harta de los trabajos mal pagados por no tener un maldito diploma.

—Nena ese no es motivo de vergüenza, al contrario. Me parece maravilloso que a tus veinte y cinco años decidas volver a estudiar y aprender algo nuevo.

—¿De verdad les parece bien?

—Claro que sí. Es fabuloso tener una futura enfermera entre nosotras. Además nos serás muy útil, ya sabes que Adriana siempre tiene un achaque con eso de su asma.

La miro y automáticamente pongo los ojos en blanco. Hace más de cinco años que no me da una crisis de asma ni uso el Ventolin por lo que se podría decir que estoy controlada.

—Eres una exagerada.

Ella finge una sonrisita y yo le saco la lengua.

—No corran tanto que soy nueva en esto. Lo mejor es que a nadie le dé un achaque porque capaz y a mí meda algo por no poder hacer nada y terminan los paramédicos socorriéndonos a todos.

Las tres nos sonreímos mientras que “Hips don’t lie” de Shakira nos interrumpe. Le hecho un rápido vistazo al buzón de mensajes y hago lo mejor que sé hacer desde que conozco a este hombre:

Estabas hermosa.

No sabes la fuerza inhumana que hice para contener las ganas de besarte.

Sé que es tu noche de chicas pero me siento muy solito sin ti :(

Lllámame cuando termines y te iré a buscar. No importa la hora.

Sonríó como una tonta.

—No te voy a preguntar quién es porque tu cara me lo dice todo.

Ignoro el comentario de Emma y vuelvo a leer el mensaje. Sonríó de felicidad, porque eso me hace Maximiliano... feliz.

—Estas muy enganchada con este hombre, ¿verdad? —levanto la vista de mi iPhone para responderle a Samia.

—Sí, me encanta y me siento muy bien a su lado.

—Me doy cuenta por la forma en que te brillan los ojos en este momento. Me alegro mucho y estoy segura que Linda también. Es cierto que no debió decir lo que te dijo pero en cuanto se dé cuenta si no lo ha hecho ya de su error, también te va a apoyar. Habla con ella por favor.

—No estoy tan segura pero te prometo que lo haré. No sé cuándo pero intentaré arreglar las cosas.

—Bueno ya que hemos declarado este día como el día de las confesiones —dice Emma haciendo énfasis en la última palabra al mismo tiempo que dibuja comillas en el aire—. Tengo que decirte que me acosté con Carlos —le habla directamente a Samia mientras que por el rabillo del ojo está pendiente de mi reacción. Ella sabe lo que pienso sobre eso. Carlos es un buen muchacho mientras lo tienes de amigo pero no toma a ninguna chica en serio y se a cuesta con una hoy y otra mañana.

Samia la mira con la boca abierta, seguro que pensando lo mismo que yo.

—¿Y desde cuando te gusta Carlos?

—Ahí está el problema, que él no me gusta y sé que ustedes tienen razón en lo que están pensando pero les mentiría si les dijera que no me gustó estar con él. Ha sido uno de los mejores polvos que he echado en mi vida pero como estaba borracha no sé si lo sentí así por mi estado de embriaguez o porque de verdad el tipo sabe muy bien lo suyo.

Yo miro a Samia, ella me mira y ambas nos giramos hacia Emma con una ceja levantada.

—No sé qué hacer, él quiere que volvamos a echar otro polvo pero no estoy segura de querer repetir porque si después descubro que no me gustó vamos a arruinar la poca relación que tenemos.

Nosotras seguimos totalmente muda

—Chicas que se los estoy contando para que me echen un cable y no para que se me queden mirando como si estuviera confesando mi última voluntad antes de ser fusilada.

—Mira, no estamos hablando de un chico que conociste en un bar, estamos hablando de Carlos, una persona de nuestro entorno que además conocemos desde hace muchos años y a la que tendrás que seguir viendo si esto sale mal —le explico mientras que Samia asiente a cada palabra que digo—. Yo te aconsejo que te lo pienses bien y que decidas si quieres estar con él por la curiosidad o por que realmente lo deseas.

—¿Saben qué? estoy harta de darle vueltas a todo esto, lo mejor será que me olvide del asunto.

Dice las palabras con mucha firmeza pero yo que la conozco bien, sé que está tratando de engañarse a sí misma. La preocupación que muestra sobre este asunto es evidencia de que Carlos le interesa mucho más de lo que ella quiere admitir.

Descubriendo

«Te he echado de menos todo este tiempo, he pensado en tu sonrisa y en tu forma de caminar, te he echado de menos soñando el momento de verte aquí a mi lado»

Pablo Alborán

La semana empieza y estamos hasta el cuello de trabajo. Nos la pasamos de reunión en reunión tratando de adelantar todos los pendientes y efectuar el cierre de varias cuentas antes de las fiestas.

Sophia no ha vuelto desde su última visita. No entiendo el porqué y tampoco me he atrevido a preguntar, solo me limito a disfrutar al máximo todos nuestros encuentros y cada uno de los momentos que pasamos juntos. No hemos hablado mucho de las vacaciones navideñas pero sé que el veinte y dos se va para Italia y no regresará hasta después de reyes. Solo de pensar que no lo veré durante tantos días me entristece y me molesta mucho sobre todo porque sé que estará con Sophia. No comprendo esa relación, ella allá y él aquí. Pienso y pienso y no le encuentro sentido.

De Linda no he sabido nada. El miércoles pasé por el bar a ver si me la encontraba por casualidad pero no estaba, le dejé dicho con mi madrina que me llamara y aún sigo esperando que lo haga.

El jueves llamé a Raquel para pedirle permiso para llevar a Kathy al Mall. Pensé que durante la conversación saldría de nuevo el tema de Sophia pero no me lo mencionó en absoluto. Creo que Max alcanzó a escuchar nuestra conversación y quizás la haya prevenido aunque puede que esté desvariando.

El viernes fui a recoger a Kathy a la salida de su escuela y pasamos la tarde juntas. No solo fuimos de compras sino que la llevé a la Place Guillaume II aprovechando que ya estaba instalada la pista de patinaje sobre hielo en esta temporada. Nos la pasamos en grande patinando, bueno ella patinó, yo más bien pase más tiempo en el suelo que sobre los patines. Creo que tendré moretones durante días. También fuimos a ver a Saint Nicolás y me divertí muchísimo observando cómo la pequeña disfrutaba, viendo la cantidad de dulces que ingirió no creo que Raquel me la deje otra vez.

Kathy es una niña encantadora y muy inteligente a la que le encanta hablar. ¡Vaya que habló! Gracias a sus confianzas me enteré que Sophia es muy rica y que pertenece a una de las mejores familias de Italia. También me enteré según sus propias palabras que “no le gustan los niños” y que cuando viene a la ciudad se queda a dormir en un hotel, aunque esa última parte ya la sabía.

El lunes en la mañana teníamos una reunión en Bélgica con un potencial cliente que tiene la intención de invertir en un proyecto inmobiliario en la Florida. Max me propuso viajar el sábado por la tarde y pasar el fin de semana allá antes de reunirnos con el cliente. Fueron dos días maravillosos, poder pasear agarrados de la mano por las calles de Bruselas como cualquier pareja sin tener que escondernos fue simplemente hermoso.

Es increíble la cantidad de sexo que se puede tener cuando pasas las veinte y cuatro horas del día con tu hombre. Pareciera que nunca se cansa. Así que tras el maratón aún estaba exhausta al llegar a la ciudad el lunes por la tarde.

Estamos a mitad de diciembre y como cada vez que llega esta época del año me encanta salir a pesar del frío. La decoración de navidad se instala un poco por todas partes en el país, las calles se

iluminan, los enormes arbolitos de pino natural ocupan todas las plazas al igual que los mercados de navidad. Cada año durante el mes de diciembre el aroma del pan de jengibre, de crepe y buñuelos inundan la place d'Arme. La cual se transforma en un encantador mercado navideño, se puede encontrar en cada uno de los chalets ideas para regalos, animaciones, degustaciones culinarias entre otras cosas, creando un magnífico ambiente medieval de fiestas. Hacia allí arrastré a Emma el jueves por la tarde al salir del trabajo en busca de regalos. Entre tienda y tienda pude conseguir un obsequio para casi todos menos para Max, para él quería algo especial.

Los días siguen pasando y cada vez faltará menos para su partida. Mientras todo el mundo está haciendo planes para la nochebuena, a mí se me está formando un nudo en el estómago que no me deja comer nada. Emma como de costumbre irá a casa de su familia, Samia estará con Jaret y sus padres. Yo normalmente suelo pasar esa fecha con mi mamá y mi hermano pero en vista que ella no está, lo más seguro es que Alexander la pasé con Michelle por lo que aún no tengo ni idea de lo que haré. Si las cosas con Linda no estuvieran como están, estoy casi segura que la pasaría en casa de mi madrina con ella y sus hermanos pero nada que mejoran y ella sigue sin hablar conmigo.

Normalmente la nieve suele caer siempre a finales de mes pero este año hemos sido premiados y las calles se han teñido de un hermoso blanco antes de lo previsto y bajo una cantidad considerable de nieve fui al correo a recoger "*A little Bit Longer*" que es el último álbum de los *Jonas Brothers*. Me hubiera gustado ver la cara de Kathy, ¿Qué puedo decir?... esa niña me ha robado el corazón, pero como se ha ido a casa de su papá no he tenido más remedio que dejárselo a Raquel junto con el vídeo juego de Splint cell que le compré a Kevin.

A la víspera de la partida de Max mi corazón estaba dividido en dos: por un lado estaba feliz porque creo haber encontrado el regalo perfecto para él y por otro tenía el corazón encogido por su marcha a la mañana siguiente. Pasamos todo el día juntos en nuestra burbuja de pasión dando rienda suelta a nuestros deseos donde hicimos el amor una y otra vez y cada una de ellas me besó con desesperación, como si tuviera miedo que fuera a desaparecer, mientras que yo trataba de sonreír y restarle importancia a pesar que por dentro me estaba muriendo, todo indicaba que esa separación le dolía tanto como a mí. Esa noche aunque me lo pidió varias veces no me quedé a dormir con él, para mí iba a ser muy doloroso verlo marcharse al otro día por la mañana por lo que le pedí que me llevara a casa.

Al despedirnos en la puerta esa noche le pedí que no abriera mi regalo hasta la navidad. Nos volvimos a despedir con un beso que espero le dure hasta su regreso.

En cuanto atreversé la puerta de mi cuarto me eché a llorar. ¡Dios cuánto lo iba a extrañar!

La navidad llegó y como imaginé mi hermano pasó la nochebuena con su novia y aunque me invitó a pasarla con él, le dije que la pasaría en casa de Emma pero no salí, más bien hice lo que he hecho desde que Max se fue : arrastrar los pies, pasarme el día en pijama y ver el maratón de Anatomía de Grey y sexo en Nueva York, además de contar los días que faltan para verlo. Esa noche max me mandó un mensaje para darme las gracias por el libro que le regalé « El Arte de La Guerra » en cuanto lo vi supe que le encantaría y me alegré al saber que había acertado.

El treinta y un como cada nochevieja fui a ayudar a mi madrina en el bar. No estaba muy partidaria para salir, ni de humor para ver gente pero hice el esfuerzo, me presenté y puse mi mejor cara. Por lo menos esta vez no tendría que mentirle a mi hermano sobre porqué no podía acompañarlo a casa de su novia.

El bar como era de esperar estaba que no le cabía ni una mosca y cada cerveza que servía me recordaba a él, a nuestro primer encuentro. De vez en cuando miraba hacia la puerta esperando verlo entrar en cualquier momento. Lo extrañaba tanto que dolía y eso que hablábamos casi a diario. En ese

preciso instante me di cuenta de lo mucho que estaba enamorada de Maximiliano.

De ese hombre que llegó sin previo aviso y sin permiso se metió en mi alma y corazón. Supe en ese momento que pasara lo que pasara, si él no me elegía... me destruiría porque soy suya en cuerpo y alma.

Mientras estuve ayudando a madrina vi a Linda pasar por el bar antes de irse con el marrano pero ni siquiera me miró. Es la primera vez que deseé con todas mis fuerzas que a pesar de ser mi época favorita del año, las fiestas navideñas pasarán volando.

Esa noche le dije a mi madrina que no me sentía bien y que quería irme a casa temprano, aunque se lo encontró extraño no puso mucho reparo y me permitió irme. Me sentí un poco egoísta pero no podía seguir en un lugar donde todo el mundo bebía y bailaba de lo más feliz mientras que yo sentía que me quebraba por dentro. De manera que sin importarme el precio por ser víspera de año nuevo tomé el único taxi que logré conseguir para que me lleve a mi casa en Francia, en el camino antes de media noche y de que las comunicaciones estuvieran saturadas, le escribí a Max diciéndole que lo extrañaba y lo mucho que me gustaría que estuviera conmigo.

Al llegar a Hayange, mi barrio aún no había recibido repuesta de su parte, por lo que apenas llegué a mi casa tiré las llaves en la primera mesa que vi y me desplomé en la cama aún vestida pensando en lo mucho que había cambiado mi vida en los últimos cuatro meses.

Aún con los ojos cerrados escucho un ruido estridente, al principio creo que se trata de mi teléfono y le doy un manotazo para que deje de sonar hasta que vuelvo a escucharlo otra vez, ahora un poco más despierta me doy cuenta que se trata del timbre de la casa. Sin mucho ánimos, resoplando y todavía vestida con la ropa de la noche anterior me dirijo a la puerta. Antes de contestar miro la hora en el iPhone.

¡ocho y media de la mañana!

¡No me lo puedo creer!

¿Quién será el gracioso que visita un primer día del año a estas horas?

Descuelgo el telefonito de mala manera y casi gruño al preguntar:

—¿Quién es?

—Peluche soy yo.

Mi corazón da un brinco tan grande que por un momento creo que me ha dado un paro y he dejado de respirar. Tengo miedo de estar soñando por lo tanto me doy unas cuantas palmaditas en el rostro para despertarme del todo.

—Adriana, ¿estás ahí?

—Sí —respondo deprisa y demasiado alto con miedo de que sea una visión y que vaya a desaparecer—, ya te abro.

De pronto recuerdo que Alexander podría estar en casa y me entra el pánico.

—Ya bajo yo —digo y luego reparo en mi ropa: maquillaje corrido, dientes sin lavar, pelo enmarañado... ¡un perfecto desastre!—, dame quince minutos y estoy contigo.

No bien he colgado el telefonito y aún sin poder creer que él esté aquí corro al baño, me quito la ropa en tiempo récord y sin medir la temperatura del agua me meto en la bañera.

¡Mierda! Esta helada.

Diez minutos más tarde, bañada y rasurada corro a mi cuarto. Me pongo lo primero que encuentro, me hago un moño alto, me pongo un poco de Labello de fresa y salgo disparada por la puerta. Creo que he batido el récord Guinness de la persona que se ha preparado más rápido en el mundo.

Bueno, por lo menos de las mujeres, todos sabemos que los hombres se cambian en lo que canta un gallo.

Apenas salgo al jardín lo distingo saliendo de su Sedán negro, corro hacia él mientras que el cruza la calle y en medio del camino me le tiro encima y me cuelgo de su cuello, me abraza fuerte, hunde su nariz en mi cuello e inhala mi aroma al mismo tiempo que me eleva en el aire. Sin poder creer que estoy otra vez entre sus brazos me impregno de nuevo de su olor, de su calor... vuelvo a estar otra vez en casa.

Año nuevo

«La alegría causa a veces un efecto extraño; oprime el corazón casi tanto como el dolor »

Alejandro Dumas

—¿Qué haces aquí? —le pregunto todavía sosteniéndome de su cuello y aún sin poder creer que esté aquí.

Max se separa un poco de mí y toma mi rostro entre sus manos.

—Bueno, tu último mensaje decía lo mucho que te gustaría que estuviera contigo y como no había otro lugar en el mundo donde quería estar que no fuera a tu lado, me monté en el carro y aquí estoy.

—¿Condujiste desde Italia solo para venir a verme?—pregunto con un ligero temblor en la voz.

—No había vuelo disponible...

Sin esperar a que termine, atrapo su boca con la mía y me envuelvo en la calidez de sus labios que a pesar del frío siguen manteniendo su temperatura. Lo beso lento, con ternura, tomándome el tiempo de saborear este instante sin importarme que mi hermano u otra persona pueda vernos. En este beso trato de decirle sin palabras cuanto lo quiero y lo mucho que lo he extrañado. Al romper el beso me mira con dulzura y le devuelvo la mirada con todo el amor que soy capaz. Este hombre supera todas mis expectativas.

—Yo también te extrañé —dice rosándome los labios con su dedo pulgar antes de volver a besarme con más intensidad esta vez. Se separa de mí mordiéndome ligeramente el labio inferior. Lo adoro. Lo quiero.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

Su gesto se tuerce.

—¿Segura?

—Sí, ¿por qué lo dudas?

—Antes de venir aquí pasé por el bar de tu madrina y ella me dijo que te sentias mal y que por eso te habías marchado más temprano a casa.

Lo miro extrañada. Es increíble lo bien que me conoce. Ni siquiera le dije que estaría donde mi madrina.

—Ahora estoy bien.

—No lo sé —dice mientras me estudia detenidamente—. Te veo cansada y creo que un poco más delgada.

—Por favor no seas exagerado. Además llevo abrigo así que no entiendo cómo puedes saber si estoy más flaca.

—Nena conozco cada parte de tu cuerpo tan bien que no necesito verte desnuda para saber si has perdido peso, aunque puede que más tarde cuando te tenga desnuda entre mis brazos haga una inspección más exhaustiva.

Le dedico una sonrisa traviesa, impaciente que llegue ese momento

—¿Qué te parece si te invito a comer?

—Querrás decir a desayunar —digo mientras me toma de la mano y se gira en dirección de la calle.

—Creo que cuando lleguemos a nuestro destino ya será la hora del almuerzo.

—¿A dónde vamos? —Pregunto al cruzar la calle.

—Ya verás.

Cuando llegamos al vehículo me abre la puerta del copiloto. Me acomodo en el asiento mientras él rodea el carro para luego sentarse en la parte del conductor. Lo miro ansiosa. Me muero de ganas por saber dónde me va a llevar. Enciende el GPS y me mira con aire travieso. En el momento que va a introducir la dirección en el navegador, detiene los dedos, me mira y sonrío, él sabe que estoy impaciente pero se toma su tiempo. Niego con la cabeza mientras me río como una tonta. Me encanta cuando se pone en plan juguetón.

Termina de colocar la dirección de nuestro destino y lo miro con las cejas levantadas.

—¡París!

El asiento y yo me emociono como siempre con cada una de sus locuras.

—A lo mejor no es el lugar idóneo para ti pero quería hacer algo especial hoy y ya que estamos en Francia...

—Estás jugando, ¿verdad? Me encanta la idea. Solo he ido a París dos veces.

Me mira sorprendido mientras intenta salir de Hayange para tomar la D57.

—No puedo creer que una francesa solo haya estado dos veces en la capital.

—Oye que soy francesa pero París no me queda a la vuelta de la esquina. vivo a casi cuatro horas de ahí por lo que prefiero ciudades que me quedan más cerca. Además, las dos veces que estuve fue un caos: el gentío, las tiendas todas full, veinte minutos en una fila para pagar un artículo, de acuerdo estábamos en temporada de soldes^[20] pero aún así—me quejo mientras me acomodo mejor en el asiento y disfruto del calorcito de la calefacción—, y no olvidemos el tráfico que es horrible, creo que de todas las megalópolis que conozco la única que hasta ahora tolero es Nueva York.

—¿Siempre has gozado de un buen estatus económico?—me pregunta con el gesto torcido mientras continuamos por la D139 sin quitar la vista de la carretera.

—Bueno mi familia no es rica pero tampoco me puedo quejar. Mis padres eran comerciantes y se supieron a administrar pero a pesar de ser la niña consentida de la casa me dieron valores y me enseñaron que el dinero no crece en los árboles. Cuando quería algo tenía que ganármelo. También me enseñaron que el trabajo te hace honrado por lo que en verano trabajaba en tiendas y en restaurantes como mesera para pagarme mis vacaciones.

Se queda callado unos segundos mientras estudia mi respuesta. Parece preocupado. Abre la boca para decir algo, luego se lo piensa mejor y se queda callado. El ambiente en el carro ha cambiado y no sé porqué.

—Si quieres pararte a comprar algo o echar gasolina, entrando a Briey hay una estación.

Respira hondo. De pronto se ve agobiado y yo comienzo a preocuparme.

—¿Te preocuparía mucho si tuvieras que renunciar a la vida que llevas? —me pregunta ignorando mi sugerencia. Lo miro pero él sigue con la vista en la carretera.

—A ver Max como a todo el mundo me gusta las cosas buenas, me gusta viajar cada vez que puedo, me gusta salir de compras o ir a un buen restaurante sin tener que preocuparme por la cantidad de dinero que queda en la cuenta pero la vida no es solo eso, valoro las cosas que tengo y las personas a mi alrededor por lo que son, no por lo que tengan. Nunca antepondría mi estatus económico antes que mi familia o de las personas que amo.

Según le voy explicando su rostro se va iluminando.

Su pregunta me queda dando vueltas en la cabeza y me preocupa. ¿Será que piensa que puedo estar con él por su dinero? Nunca hemos hablado sobre su situación económica pero por lo poco

que he visto: su educación, buenos modales, sus estudios, la forma en la que viste, todo indica que su familia mantiene un alto nivel económico.

¡Mierda! Ahora no sólo estoy preocupada sino que estoy cabreada.

Cuando entramos en la N103/D613 en dirección de París -Metz pierdo la vista en el paisaje y pienso en esta última ciudad en la que estudié y donde tengo tantos buenos recuerdos.

—Lo siento no quise incomodarte.

—No lo has hecho —respondo en un tono seco sin ni siquiera mirarlo.

—Adriana.

Me llama pero no respondo ni tampoco lo miro.

—Peluche no quise ofenderte.

Su tono es suave pero no me importa, sigo molesta.

—Pues te cuento que lo has hecho. Si tienes algo que preguntarme te pido que lo hagas directamente, ¿acaso piensas que soy una persona interesada?

—¡Claro que no! —replica rápidamente—. Solo te pregunté eso porque estoy preocupado por algunas cosas.

Esta última frase hace que deje de mirar por la ventana y le preste toda mi atención.

—¿Qué tipo de cosas? Habla conmigo, a lo mejor pueda ayudarte.

Abre la boca, luego la cierra, frunce el ceño y se queda pensando. Parece que se debate si contarme o no la verdad. Pero como pasa siempre con Maximiliano al final vuelve abrir la boca para decir:

—No te preocupes que no tienen nada que ver contigo, son cosas que estoy intentando resolver.

Este hombre a veces puede llegar ser exasperante. Habla tanto como un padre después de salir del confesionario. A veces me dan ganas de agarrarlo a palos para que me diga por fin las cosas.

Respiro hondo. No quiero empezar el primer día del año discutiendo, de manera que doy este tema por perdido.

—¿A tu hermano no le va importar que te ausentes uno o dos días? —me pregunta al cabo de un rato.

—No, más tarde le enviaré un mensaje. No me dijiste que nos quedaríamos a dormir.

—Cariño he conducido toda la noche. Pensé que podríamos quedarnos uno o dos días allí y comportarnos como esos turistas locos que vienen en busca de emociones nuevas bajo el cielo parisino. Y por la ropa no te preocupes ya veremos si encontramos lo que necesitamos una vez allí.

—Está bien —digo en un tono más conciliador tratando de recuperar la atmósfera que teníamos al principio.

—Sabes que aún no he tenido el placer de conocer a tu hermano.

Lo miro y descubro que tiene razón. En los cuatro meses que nos conocemos nunca han coincidido, lo cual es lógico ya que Alex trabaja en una agencia de seguridad privada y a veces le toca los turnos de noche por lo que duerme en el día y el poco tiempo que le queda lo pasa con su novia.

—¿Cómo es tu relación con él? —me pregunta en un tono más alegre.

—Pues a pesar de que es cuatro años mayor que yo, nos llevamos de maravilla. El cuida de mí y yo espanto a todas las brujas que le andan rondando y quieran aprovecharse de su generosidad.

Max se ríe.

—Estás bromeando.

—No, para nada. Soy capaz de agarrarlas a escobazo si es necesario.

Al ver la seriedad con la que digo esas palabras, él vuelve a reír más fuerte esta vez.

—En serio —digo contagiándome de su risa. Me encanta verlo tan relajado. Con sus vaqueros y sus zapatillas deportivas parece más a un chico normal que a un ejecutivo de alto nivel.

—Me alegra mucho saber que se llevan tan bien.

—Sí, es igual que tú con Raquel.

—Tienes razón no hay nada que no haría por mi hermana.

Recuerdo algo que me contó Raquel sobre su papá. No me gusta ser entrometida pero es la única forma de saber más cosas sobre él.

—¿Y tienes la misma relación con tus padres que con Raquel?

—Claro, adoro a mi mamá.

Espero que continúe y agregue algo sobre su papá pero no dice nada más.

Lo pienso durante unos segundos y decido echarme al agua.

—¿Y tu papá?

De pronto su cuerpo se pone en tensión, aprieta el volante y me mira por el rabillo del ojo.

—Mi papá es un hombre de mucho carácter. Es una persona difícil de complacer.

Hace una pausa. Otra vez vuelvo a esperar que continúe pero no lo hace. Definitivamente tendré que sacarle las cosas con cucharitas.

—Raquel me dijo que se fue a vivir con tus abuelos maternos porque tu papá quería imponerle su voluntad.

—Digamos que Raquel encontró una vía de escape.

De pronto parece perdido en sus pensamientos. No debe ser nada bueno porque arruga la frente. Creo que nuevamente se va a quedar callado hasta que añade con el rostro serio:

—Yo todavía sigo buscando la mía.

Para mí la familia es muy importante por lo que me entristece saber que no tiene una buena relación con su papá. Pero más me entristece saber que no confía lo suficiente en mí para contarme las cosas.

Tomamos la A4 cada uno perdido en sus pensamientos. Ahora que estoy segura de mis sentimientos hacia él necesito conocer más cosas sobre su vida para poder saber hacia dónde va lo nuestro.

Al llegar a la ciudad de Reims hemos recorrido casi 180 kilómetros o sea la mitad del camino, por lo que decidimos hacer una parada en el supermercado E.Leclerc de Champfleury.

Max aprovecha y echa gasolina. Luego comemos algo o más bien él come algo, porque por más que me insiste en que coma aunque sea un croissant yo solo me tomo un chocolate caliente.

Media hora después seguimos nuestro camino. Como ya lleva muchas horas sin dormir encima y para no dañar nuestra pequeña escapada decido dejar el interrogatorio por el momento.

En el camino mientras hablamos, le digo a Max que como es año nuevo es mejor llamar a varios hoteles para reservar una habitación desde ahora y así evitarnos estar dando vueltas una vez hayamos llegado.

Como era de esperar todo los hoteles están full. Una hora más tarde y después de varias llamadas logramos conseguir la única habitación que tenían disponible en el Pullman París Torre Eiffel: una suite con vista al ícono parisino. Quedé horrorizada con el precio pero Maximiliano a pesar de mis quejas insistió en que la tomáramos.

Al llegar al hotel de cinco estrellas situado en el decimoquinto distrito de la capital, nos recibe un valet parking que se ocupa de aparcar el carro en uno de los estacionamientos del hotel.

En la recepción nos atiende una muchacha muy simpática que nos explica los servicios del hotel: los gratuitos y los que son de pagos, entre ellos un tour por París. Lo rechazo inmediatamente

porque prefiero la intimidad que nos ofrece recorrer la ciudad solo nosotros dos. Max deja su tarjeta Platinum en garantía y nos entregan la llave.

Como me imagino que debe estar cansado después de tirarse tantas horas manejando, le propongo subir a la habitación y descansar un poco pero él se niega alegando que me prometió un día romántico en París en año nuevo y que si lo dejamos para el día siguiente ya no será el primer día del año por lo que no tendrá el mismo significado.

Sin perder más tiempo salimos a las calles de París tomados de la mano.

Lo primero que fuimos a visitar ya que se encontraba tan solo a cinco minutos a pie del hotel fue la torre Eiffel, pero había una fila que creo ni de aquí a mañana lograríamos subir por lo que descartamos la idea.

Propongo visitar la torre Montparnasse. Está situada en el quinto distrito a una altura de 200 metros y tiene una vista panorámica de trescientos sesenta grados sobre la capital. Así que nos dirigimos a la estación de metro Bir Hakeim que está cerca del hotel. Por suerte hay uno cada tres minutos por lo que no tenemos que esperar mucho.

Cuando llegamos a la torre veinte minutos más tarde, parece que todos los turistas hemos tenido la misma idea porque se repite la historia. Max comienza a perder la paciencia. Después de dar una vuelta por los Campos Elíseos en el octavo distrito decidimos regresar al hotel.

En el trayecto de regreso en metro Max está serio y casi no habla. Me le acerco, agarro la solapa de su chaqueta y le pregunto:

—¿Qué te pasa?

—Esta no era la idea que tenía de un día romántico en París contigo.

Suspira totalmente desanimado. Esbozo una sonrisa. Me encanta este hombre. Es que me lo comería.

—Amor, pienso que sobrevalúas el término romántico —digo rodeando mis manos en su cuello.

—¿Qué dijiste? —pregunta con un brillo en los ojos

¡Mierda! Yo y mi bocota. Siempre estoy de fresca pero ni siquiera lo pensé, me salió de forma natural.

—Que pienso que sobrevalúas el ter...

—Antes de eso —insiste con esa sonrisita traviesa que tanto me vuelve loca. Yo giro la cabeza y trato de enfocar la vista en cualquier parte que no sea él.

Max toma mi barbilla con su mano y hace que lo mire a los ojos.

—No te avergüences, me encanta como suena esa palabra en tus labios y sobre todo si está dirigida a mí.

Me muerdo el labio inferior para evitar que una sonrisa tonta se escape de mis labios.

Max se inclina un poco y busca mis labios. Un beso casto pero lleno de significado.

Cuando bajamos del metro, entre besos y mimos, a solo una cuadra del hotel visualizo un puesto de Veli'b. Está tan cerca del hotel que me parece casi imposible no haberlo visto antes. Sin pensarlo arrastro a Max hacia el local donde alquilamos dos bicicletas. Pasamos las siguientes dos horas recorriendo las calles de París y lo largo del Sena. Fue sencillamente... ¡espectacular! Eso sí fue romántico aunque con Max me encontraría romántico estar hasta debajo de un puente.

En cuanto cruzamos las puertas del hotel Maximiliano insiste en que debo comer, a pesar de que sigo sin tener hambre soy consciente que debo hacerle caso por lo que comemos algo rápido.

Apenas entramos en nuestro cuarto Max tira de mí hacia él, me pega contra la puerta y devora mis labios con ansias.

—Desde que te vi esta mañana me muero por estar dentro de ti —dice con los ojos encendidos por el deseo—, ya no aguanto más necesito hacerte mía.

Su urgencia es también la mía. Su beso me ha encendido la piel y solo quiero que ponga en práctica sus palabras.

Vuelve a poseer mi boca más salvaje mientras restriega su erección contra mí, yo me retuerzo y gimo bajo su contacto. Mi piel anhela sus caricias, su tacto.

—Yo también te extrañaba —digo separándome un poco de él al mismo tiempo que tiro de su chaqueta para quitársela.

Él aprovecha para deslizar sus manos bajo mi blusa y me la saca por la cabeza.

Nos volvemos a besar con pasión. Llevo mis manos a su pelo y profundizo el beso saboreando la mezcla de vino rojo y de coñac en su lengua. Poco a poco bajo mis manos hasta su espalda ancha y se la acaricio. Max me estrecha aún más contra él sin dejar ningún espacio entre nosotros. Mis pezones ya erectos rozan mi sostén de encaje rojo pasión encendiendo aún más mi cuerpo. Retrocedemos sin dejar de besarnos hasta la cama donde me deja caer. Max se detiene y me dedica una intensa mirada. Mi sexo se contrae ante la anticipación del hambre voraz que veo en sus ojos. Se saca su t-shirt por la cabeza sin quitar sus hermosos ojos verdes de mí. El movimiento me parece de lo más sexy.

Mi pecho sube y baja mientras pierdo la vista en la V que marca su vientre y que se pierde donde inician sus vaqueros, manteniendo oculta la llave de mi liberación.

El único sonido que se escucha en la instancia es la respiración agitada de ambos.

Max se quita sus zapatillas deportivas y las arroja en algún lugar de la habitación, luego desabrocha la correa y yo estoy completamente extasiada. Pensé que con el tiempo la intensidad de lo que me hace sentir disminuiría, pero no. Todo lo contrario. Cada vez que estamos juntos las sensaciones crecen: me excita, me provoca comérmelo entero, me hace temblar de deseo.

Cuando se queda gloriosamente desnudo ante mí, camina con pasos seguros hasta la cama, diciéndome con la mirada que voy a morir de placer.

Maximiliano se inclina sobre mí para besarme pero me siento juguetona esta noche, de manera que lo empujo para que quede tumbado sobre la cama. Me levanto y con pasos sensuales camino hasta el sillón más cercano de la suite y subo un pie en él.

Me giro lentamente y le lanzo una mirada seductora y sus labios se curvan hacia arriba, dibujando una sonrisa pícara ante mi atrevimiento.

Bajo lentamente el zipper de mi bota sin tacón, una vez cumplida la tarea hago lo mismo con la otra. Me coloco de espalda a él, balanceando suavemente de izquierda hacia derecha mis caderas empiezo a desabrocharme los pantalones. Con el cuerpo en llamas por el deseo me lo bajo poco a poco. Me giro hacia Max y tiro los Levi's que caen al pie de la cama cerca de él. Veo el reflejo de mi deseo en su mirada y me siento atrevida, sexy. Me gusta saber que me desea y que me mire de esa forma como si yo fuera el centro de su mundo. Me llevo las manos a la espalda buscando el cierre de mi sujetador. Una vez lo desabrochado deslizo primero el tirante izquierdo y sus pupilas se dilatan. Le gusta lo que ve y a mí me excita que le guste. Deslizo el otro tirante hasta que el sostén cae al suelo.

Max se desespera, se levanta de la cama y viene en mi búsqueda.

—Dame el placer de ser yo quien te arranque las bragas —dice en un tono ronco poseído completamente por la lujuria. Mis muslos se tensan y yo me muerdo el labio inferior. Mi gesto hace que sus ojos se desplacen a mi boca. Él me besa con frenesí hasta dejarme sin aliento. Le rodeo los hombros con mis brazos para acercarlo más a mí y noto como su erección palpita contra mi sexo.

Max lleva una mano a mi cabello y tira ligeramente de él mientras me sigue besando con una desesperación única como si quisiera tragarse hasta mi último aliento al mismo tiempo que con la otra

mano me arrancas las bragas y la prenda cae al piso echa añicos.

—Joder peluche no aguanto más, si no te tengo pronto voy a explotar.

¿Qué decir? Yo estoy igual.

—Tómame —suplico jadeando cerca de sus labios.

Me rodea la cintura con un brazo y lleva el otro a la parte baja de mi muslo y me levanta en el aire y yo lo rodeo con mis piernas. Conmigo en brazos camina hasta la orilla de la cama y se sienta en ella. Sin verificar si estoy preparada, tampoco es que haga falta. Estoy empapada desde que me besó, se introduce en mí de un solo golpe.

¡Putain! —grito al momento que arqueo la espalda, clavo las uñas en sus músculos bien definidos y le acerco un seno a su rostro. Max se lleva el pecho a la boca y chupa con fuerza el pezón.

Gimo. Jadeo. Me da calor... es glorioso.

Le devoro los labios y lo monto como una vaquera. Max lleva su mano a mi cadera para ayudarme con los movimientos y yo me dejo llevar por el placer. Entra y sale a un ritmo frenético. El momento es tan intenso que no voy a durar mucho. Mis muslos se aferran a cada uno de sus embistes y siento cómo crece rápidamente un orgasmo que se anuncia devastador. Me aferro con más fuerzas a sus hombros. La intensidad de los sentimientos que tengo hacia él intensifican todas las emociones que me provoca, tanto, que me siento tentada a decirle en este momento cuanto lo amo. Max introduce una mano entre nosotros y la lleva hasta mi clítoris, hace una pequeña presión y es mi perdición. Me deshago en mil pedacitos mientras las palabras luchan por salir de mi boca, así que estampo mis labios sobre los suyos y saboreo la calidez de su lengua.

Por un momento podría jurar que estoy en el mismo cielo.

Max afina su agarre en mi cintura y unas penetraciones más tarde me sigue perdiéndose en mí.

Poco a poco la temperatura va bajando y el beso va perdiendo intensidad para convertirse en más suave.

Maximiliano se desploma en el colchón, arrastrándome con él. Sin fuerzas, extasiada caigo sobre su pecho firme. No sé cuánto tiempo permanecemos así abrazados hasta que el cansancio me vence y me quedo dormida.

En la madrugada me despierto y me sorprende al encontrar la cama vacía. Busco a Max por la habitación y no tardo mucho en dar con él. Está en el balcón observando la vista envuelto en un albornoz de algodón blanco ¡vaya que vista! Y no lo digo por la torre Eiffel totalmente iluminada que se puede apreciar desde nuestro cuarto. Si no por él. Nunca me cansaré de contemplarlo.

Me levanto envuelta en las sabanas blancas y me pongo su chaqueta.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —le pregunto al entrar en el balcón.

—Peluche, ¿qué haces aquí afuera vestida así? Vas a coger frío —replica en un tono suave y preocupado mientras me envuelve entre sus brazos y trata de que regrese a la habitación.

—No, espera. Quiero apreciar la vista de París de noche.

—Está bien pero solo un rato, no quiero que te enfermes —dice y luego me da un beso en la coronilla. Nos quedamos abrazados en total silencio observando la torre Eiffel con París a nuestros pies. No tengo palabras para describir este momento a parte de... mágico.

No creo que nada pueda superarlo.

Al cabo de un rato Max me conduce de vuelta al dormitorio donde volvemos a hacer el amor hasta el amanecer.

Un rayo de esperanza

“Un error no se convierte en verdad por el hecho de que todo el mundo crea en él”

Gandhi

Diciembre se fue igual de rápido como llegó. Debo decir que terminó mejor de como empezó. Los días festivos se acaban y ya hemos vuelto a nuestra rutina laboral. Max sigue preparando la propuesta de la compañía belga SAMED construction. Es una cuenta grande, por tanto, importante para la empresa. Max dice que si logramos conseguirla muchas cosas van a cambiar para nosotros. Le pedí que fuera más explícito pero no me dió más información.

En la semana Raquel pasó con los gemelos por la oficina para entregarme un estuche de Dior que contenía: perfume, crema y gel de baño, como regalo de navidad. Lo adoré, fue muy tierno de su parte.

Kathy tan encantadora y habladora como siempre. No paró de hablar hasta que me contó con lujos y detalles todo lo que hizo durante las vacaciones. Kevin, igual que siempre, aunque debo admitir que estuvo mucho más accesible esta vez al darme las gracias y dos besos por su regalo.

Raquel me concedió el permiso para llevar a Kathy al cine a ver Crepúsculo el fin de semana y le pregunté a él si nos acompañaría y dijo que lo pensaría. No es mucho pero en su caso creo que es un avance.

El fin de semana aprovechando que Max viajaría para ver unos asuntos en la sede de Italia, se lo dediqué a mis amores.

Es viernes y estamos en en el Sabor Latino.

—Así que tuvimos una discusión que para qué les cuento.

—Creo que deberían hablarlo con más calma —le digo a Samia

—Ahora mismo no tengo ningún deseo de hablar con él y no pienso hacerlo hasta que Jaret entienda que no voy a pasarme la vida encerrada en un restaurante y mucho menos ahora que estoy estudiando. Yo quiero hacer algo diferente.

—Bueno nena en algún momento tendrán que hablar, te recuerdo que viven juntos. No puedes ignorarlo por siempre —le aconsejo mientras le doy un sorbo a mi jugo de naranja.

No me he sentido muy bien en estos días y he decidido no beber alcohol esta noche y dado que Emma ya lleva su cuarto tequila y eso que solo hace una hora que estamos aquí, a parte de que Samia ha decido pagar con la bebida la pelea que tuvo con su novio creo que he hecho bien. Alguna tiene que mantenerse lúcida.

—En eso tienes razón. Todo esto está haciendo que me replante otra vez lo de la boda. Aún no he dicho que sí y ya quiere estar mandando en mi vida.

—Yo digo que tienes que mantenerte firme. Si no quieres ocuparte del restaurante de sus padres, él tiene que entenderlo. —interviene Emma mientras acomoda su hermosa melena castaña clara.

—Yo pienso que es cuestión de encontrar un punto intermedio. Llegar a un acuerdo que les convenga a los dos, además no debemos olvidar que Jaret te adora y haría cualquier cosa por hacerte feliz —me explico al mismo tiempo que pongo mi mano sobre la suya. Me mira durante unos segundos, parece que mis palabras le están trabajando.

—Puede ser —responde antes de coger la botella de tequila, llena otro chupito y se lo toma

de un solo trago.

—Maximiliano te ha vuelto demasiado blandita, desde que estas con él ves lo positivo en todo. Si sigues así vas a terminar igual de pesadita que Linda.

—Mira que eres bruja —le digo a Emma en el momento que me volteo hacia ella, pongo una mano sobre su hombro y la empujo con suavidad en modo de juego y esta se tambalea mientras ríe a carcajadas. Prueba de que el alcohol ha comenzado a hacer efecto.

De Linda no he sabido nada desde que me ignoró totalmente en noche vieja. Aparto ese pensamiento porque no quiero amargarme la noche.

—Buenas noches *Ladies* —saluda Carlos al llegar a nuestra mesa. Esta noche decidimos sentarnos en el segundo piso del club para estar alejadas del murmullo de la gente. En esta parte la música no está tan alta por lo que podemos hablar con tranquilidad, me sorprende que nos haya visto. Eso quiere dejar dicho dos cosas: o nos estaba buscando y al no encontrarnos en nuestra mesa habitual decidió subir a ver si nos veía o al igual que nosotras buscaba un lugar más calmo. En vista de cómo se le ilumina la cara al posar sus ojos sobre Emma yo opto por la primera opción.

—Hola —respondemos las tres al mismo tiempo. En el caso de Samia y mío le agregamos una pequeña sonrisa contrariamente al de Emma que le responde sin ni siquiera mirarlo, al tiempo que se sirve otro trago.

—¿Cómo han estado? —pregunta mirando detenidamente a Emma.

—Todo bien gracias —respondo mientras mis ojos bailan entre él y Emma, esta última tuerce el gesto.

—Por cierto, feliz año nuevo —dice desviando sus ojos negros de Emma con resignación para mirarnos a nosotras.

—Gracias, igual para ti —nos quedamos unos segundos en un pesado silencio. No sé si es porque desde que regresé de mis dos días en París con Max vivo en una nube de felicidad constante que me da pena ver su cara de perro apaleado—, ¿por qué no te sientas con nosotras?

—Te recuerdo que esto es una noche de chicas y al menos que él se haya hecho una operación de la cual aún no me he enterado —dice en un tono cortante mirándolo de la cintura para abajo —, no creo que entre en esta categoría.

Samia se queda boquiabierta.

Carlos se pone rígido

Y yo le doy con el pie por debajo de la mesa.

—¡Ay! —se queja y yo la fulmino con la mirada pero ella no se inmuta.

—Lo siento no quise interrumpir —se disculpa con cierta dejadez en la voz antes de dar la vuelta para marcharse.

—A veces te pasas de grosera.

Ella me mira con cara de ¿y ahora qué hice? Aun sabiendo que fingirse la inocente conmigo no le va. Se sirve otro chupito, yo me levanto y salgo en busca de Carlos escaleras abajo. Una vez que llego al primer piso lo busco entre la gente hasta que lo distingo en la barra dando un trago a su cerveza.

—Que no te afecten sus palabras ya sabes cómo es Emma —digo tratando de hacerme escuchar por encima de “Una Diva Virtual” de Don Omar.

—No lo hacen.

Es todo lo que dice antes de llevarse la botella a la boca y beberse la mitad de su bebida de un solo sorbo; luego pone la botella sobre el bar y le hace seña al barman para que le ponga otra.

«Ya veo».

—Carlos no quiero meterme donde no me llaman pero...

—Lo vas a hacer igualmente —me corta.

—Si de verdad quieres algo con Emma...

—¿Qué te hace pensar que quiero algo con ella?

Me vuelve a cortar y yo pongo cara de ¡en serio! ¿Me estás haciendo esa pregunta? En ese momento llega Pierre el Bartender y le remplaza la botella vacía por otra. Carlos me mira y al ver mi cara dice:

—¿Te lo ha contado? —aunque más que una pregunta es una afirmación—, por supuesto que te lo ha contado.

—Como te estaba diciendo —digo ignorando su comentario porque la respuesta es más que obvia—. Si de verdad quieres algo con Emma, te recomendaría que te intereses en ella. En lo que le gusta, en lo que hace y deja de tratarla como si fuera carne.

El ladea la cabeza y me mira con la frente arrugada y las cejas levantadas.

—No pongas esa cara que si estás acostumbrado a llevarte a las mujeres a la cama por el simple hecho de decirle que son un buen polvo, de entrada te digo que Emma merece mucho más que eso. Ahora, si lo que quieres es un revolcón y nada más te aconsejo que mires a tu alrededor y busques con quien divertirte, estoy más que segura que candidatas no te han de faltar pero a ella la dejas en paz.

Me acerco un poco más a él y busco su mirada.

—¿He sido lo bastante clara? —digo de forma firme sin pestañear y este asiente con la cabeza.

—Bien.

Le doy una palmadita en la espalda y me doy la vuelta dispuesta a volver con las chicas cuando me topo con un rubio de ojos azules que conozco muy bien.

—Hola belleza quería desearte feliz año nuevo.

—Gracias. Feliz año para ti también —respondo al mismo tiempo que él se acerca a mí y envuelve sus brazos a mi alrededor, encerrándome en un fuerte abrazo.

De pronto mi cuerpo entra en tensión porque sé que a Maximiliano no le gustaría ver esto. Él no está presente pero me siento incómoda, de manera que corto el abrazo rápidamente.

—Como no te vi en tu mesa habitual pensé que no estabas aquí.

—Estamos arriba en la zona Vip —respondo al mismo tiempo que me giro un poco para ver a Carlos que mira la escena sin disimulo. El recién llegado se inclina y me dice al oído.

—¿Necesitas algo? Puedo hacer que te lo lleven a la mesa.

—No gracias, estamos bien.

—Cualquier cosa no dudes en buscarme, ¿de acuerdo?

Dibujo una sonrisa que no me llena los labios.

—Gracias pero estaremos bien.

Me da un pequeño beso en la mejilla y se marcha. Me giro hacia Carlos y le hago una seña con la mano indicándole que voy a subir.

—Sabes que a Max no le hace gracia que estés cerca de ese tipo.

—Claude y yo somos amigos —aquí en el bar la música se escucha súper alta así que me acerco otra vez a él para no tener que estar gritando—, contrariamente a Max con Sophia.

—Eso es distinto —dice y luego da un trago a su cerveza. Yo lo miro con cara de explícate mejor—, cuando tú y Max comenzaron a salir él y Sophia ya tenían años de relación.

Tomo un hondo suspiro, afinco el brazo en la barra y apoyo mi cabeza en la mano.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Él asiente.

—¿Por qué si Max está instalado aquí Sophia sigue en Italia?

—Porque cuando Max decidió abrir una sucursal del negocio aquí, le dijo que sería temporal. Solo vendría, buscaría alguien competente que se quedara a cargo y luego regresaría a Italia.

Su respuesta solo responde a la mitad de la pregunta porque esa parte ya me la había explicado Maximiliano cuando me contrató.

—¿Pero por qué no vive ella aquí con él?

—Porque el papá de Sophia es un empresario muy importante y está a punto de retirarse. Ella como hija única trabaja con él y lo acompaña a todas partes para aprender el negocio y poder tomar las riendas una vez que el viejo se retire.

Me quedo analizando sus palabras. Eso explicaría el vaivén de ambos entre los dos países.

—¿Tú crees que regrese a vivir a Italia? —pregunto con cierta preocupación.

—Yo que tú no me preocuparía por eso. Ya te lo he dicho, mi amigo está loco por ti y si todo sale bien puede que te lleves una grata sorpresa.

Esa frase hace que me incorpore. Lo miro llena de curiosidad y entusiasmo

—¿Qué quieres decir? ¿Qué debería salir bien? —las preguntas salen solas a toda velocidad sin poder ocultar mi alegría.

—Creo que ya he contestado tu pregunta e incluso he hablado de más —responde con una sonrisa malévola en los labios—. Tienes que esperar que sea él quien te lo cuente.

¡Ja! Como si fuera tan fácil hacer hablar a Maximiliano. Pero supongo que tendré que conformarme con eso por el momento.

Le doy las gracias a Carlos y regreso con las chicas.

Hora y media más tarde ellas han vaciado dos botellas de tequila. Samia está que se cae de la borrachera y Emma ha empezado a hacerle ojitos al barman bajo la atenta mirada de Carlos que no pierde detalle de la escena. La última vez que le hizo ojitos terminaron echando un polvo en el callejón detrás del bar. Así que antes de que las cosas se salgan de control decido dar la noche por terminada.

El sábado como prometí voy con los gemelos al cine. Feliz de que Kevin nos haya acompañado. Al llegar a su casa lo reté a que jugáramos el juego que le regalé y como mi hermano es un aficionado de los vídeos juegos y me ha enseñado todos los trucos habidos y por haber, me la lucí pateándole el trasero. Pero en vez de molestarse me invitó otro día para la revancha.

El domingo paso tiempo de calidad con mi hermano. Nos hemos visto muy poco en este nuevo año por lo que lo invito a comer fuera y pasamos el día juntos.

El lunes regreso al trabajo de lo más animada. Es de decir que desde mi conversación con Carlos no he parado de sonreír.

Max regresó de Italia temprano en la mañana. Al medio día comemos juntos.

Al llegar a la oficina él sigue trabajando en la propuesta de la compañía Belga y yo me pongo en lo mío. Estoy concentrada en la computadora cuando suena mi teléfono.

—Diga —respondo sin mirar quién llama.

—Adriana necesito verte, por favor ven —dice Linda entrecortadamente. Casi no logro entenderla.

—¿Dónde estás? —pregunto saltando de la silla.

—Estoy en la estación —responde entre hipio.

Camino hasta el perchero y cojo mi abrigo.

—¿En cuál?

—Luxembourg Ville.

—Estaré ahí en veinte minutos.

Voy a la oficina de Max y le informo que Linda me ha llamado bastante alterada y que me tengo que marchar. Al ver mi cara de preocupación me dice:

—Espera voy contigo.

Se levanta de la silla.

—No, prefiero ir sola.

—¿Estás segura?

Camina hasta mí y acuna mi rostro entre sus manos.

—Sí. Se escuchaba muy mal y si estás presente puede que no quiera hablar.

Max asiente y me da un breve beso.

—Si necesitan algo llámame por favor. Estaré pendiente del teléfono.

—Gracias —le digo antes de darle un beso rápido y salir del despacho.

Llego a la parada y el bus no pasa hasta dentro de tres minutos, decido no esperarlo y empiezo a caminar. Ya lo tomaré en la parada siguiente.

Cuando llego a la estación no veo a Linda por ningún lado. Marco su número y me responde al primer timbre.

—Ya llegué, ¿Dónde estás?

—Estoy en el baño.

Doblo a la izquierda y me encamino hasta los servicios, al entrar sigo sin verla.

—Linda —grito a penas entro. Hay dos muchachas retocándose el maquillaje frente al espejo y me miran como si estuviera loca.

Ella sale de uno de los cubículos con la cara enrojecida y el rímel corrido. La imagen me destroza. Cruzo los tres pasos que nos separan y la envuelvo en mis brazos.

—Nena, ¿qué te ha pasado?

Ella no me responde, más bien empieza a llorar. Me mata verla así pero dejo que se desahogue. La muchacha de pelo negro le murmura algo a su amiga. De donde estoy no logro escuchar lo que dicen pero su actitud me cabrea.

—¿Y ustedes dos qué tanto miran? ¿Acaso se les ha perdido una igualita a nosotras o es que nunca han visto a una persona llorar? ¿Por qué mejor no van a ver si ya puso el gallo? —digo molesta en francés. La pelirroja parece avergonzada y desvía la mirada. Ambas empiezan a recoger sus cosas a toda prisa y terminan de largarse del baño.

Linda empieza a calmarse. La suelto, camino hasta el lavamanos, mojo un poco de papel, regreso con ella y empiezo a limpiarle un poco las manchas de rímel.

—Tenías razón —dice antes de que el llanto se apodere otras vez de ella.

«¿Tenía razón?»

Empiezo a ver por dónde van los tiros. Solo espero que el mal nacido no le haya puesto un dedo encima.

—Brayan es un maldito mentiroso —dice limpiándose los mocos con la manga de la chaqueta. Algo no muy digno de Linda que ha estudiado etiqueta y protocolo. En otro momento ella diría que ese gesto no es digno de una dama de sociedad—, el muy cabrón me ha engañado.

Hay una sola cosa de esa frase que me sorprende y es que la haya engañado porque de que es

un maldito cabrón mentiroso, eso le tenía clarito.

Boomerang

“El karma no tiene menú, te sirve lo que mereces”.

L.M

Yo soy de las que pienso que una sola persona no puede cambiar el mundo pero cuando una tiene una idea en la cabeza y mucha determinación solo tiene que saber que puertas tocar para llegar muy lejos y ese es precisamente mi caso.

Desde que Linda me contó la semana pasada entre llantos que Brayan la había engañado, solo tengo una idea fija en la cabeza.

Como bien dice el dicho: en pueblo chico infierno grande y Luxemburgo es exactamente eso, un infierno donde todo el mundo se conoce por ser tan pequeño. haber crecido aquí tiene sus ventajas, digo crecido porque pasé más tiempo haciendo vida social en este lugar que en mi país de origen por lo que conozco mucha gente, entre ellas las personas adecuadas para lo que tengo en mente.

Lo primero que hice después de llevarme a Linda a mi casa porque no quería que mi madrina ni nadie la viera en ese estado fue pedirle que me contara cómo sucedieron las cosas. Una vez en posesión de todos los detalles y completamente indignada por la forma tan despreciable en la que el marrano la traicionó comencé a maquinare como hacerle pagar. Luego dediqué la semana en hacer algunas llamadas para conocer los gustos y pasos del hijo pródigo. Descubrí que al niño lindo de papi le gusta frecuentar el Neón y todo cobró sentido.

El Neón es un club privado situado en la zona industrial a las afuera de la ciudad. El inconveniente es que para poder entrar se tiene que ser miembro o ser invitado por uno de ellos, por lo tanto cumplir con ciertos requisitos, entre ellos tener una muy buena cantidad de dinero en tu cuenta de banco o como lo es Brayan: ser hijo de Fulanito de tal. O como en mi caso: conocer a alguien de adentro. Karim el primo de Samia es el jefe de seguridad por lo tanto también mi llave de entrada.

Teniendo en cuenta el estatus de Brayan y para lo que tengo pensado hacer es mejor no dejar rastro. Por consiguiente lo segundo fue encontrar quién me ayudara ya que sería difícil acercaeme sin que me reconociera, de manera que tuve que recurrir a una persona que fuera difícil de relacionar con Linda o conmigo.

Por suerte para mí, conozco la persona ideal y en cuanto le comenté lo sucedido, mi amiga no lo dudo ni un segundo y estuvo más que dispuesta a ayudarme. Perla es un transgénero ecuatoriano, aunque todavía no ha completado su transformación y puede que nunca lo haga. Hace tres años, como a las tres de la madrugada, las chicas y yo regresábamos de una fiesta. En ese entonces Emma aún no había comprado su bebé, un peugeot 207, así que cada vez que salíamos a la disco regresábamos a casa en taxi o en tren, como fue el caso de esa noche. La encontramos en la parada de tren hecha un ovillo e invadida por el llanto, al acercarnos descubrimos que estaba mal herida, alguien la había golpeado. Quisimos llevarla con la policía para que pusiera la querrela y denunciara a los culpables pero ella se negó, Emma y yo insistimos, incluso estábamos determinadas en ir nosotras personalmente a hacerlo pero ante la cara de pánico de ella desistimos de la idea y le preguntamos a qué le temía. Fue cuando nos contó que estaba ilegal en el país y no quería ser deportada, tampoco podía ir a emergencia porque no tenía cobertura social y le saldría muy caro.

De manera que entre las cuatro decidimos llevarla al hospital. Una vez en emergencia al ser yo la única que no vivía en Luxemburgo y por lo tanto no tenía ningún registro, le dimos mis datos

personales a la enfermera, cuando esta nos pidió un documento de identidad le dijimos que tuvimos una pelea a la salida de un bar con unos desconocidos y que durante el intercado había perdido la cartera con sus documentos dentro. La enfermera puso cara de no creerse toda la historia pero no hizo más preguntas. Perla fue atendida y entre Emma y yo pagamos la factura del hospital. Desde entonces nos mantenemos en contacto. Ahora ya tiene sus papeles en regla y paga un impuesto para ejercer de prostituta en la *Avenida de la Gare*. Siempre le hemos dicho que podría hacer otra cosa pero ella dice que gana más en una noche haciendo eso que cualquier persona que trabaja ocho horas al día ganando el sueldo mínimo.

—¿Tú estás segura que se encuentra aquí?

—Sí, ya te dije que Karim me llamó y me dijo que hace rato que llegó —le respondo a Emma. No pensaba contarle nada pero me conoce tanto que es casi imposible ocultarle algo. En cuanto le comenté lo que había pasado con Linda y lo que tenía en mente insistió en venir conmigo.

—Pues vamos por ese hijo de perra.

Se desabrocha el cinturón de seguridad y abre la puerta del conductor.

Tomo un hondo respiro y la sigo fuera del vehículo hacia el parking.

«allá vamos».

Solo espero que todo salga bien.

—Espera —me detiene y me acomoda el cabello—. Insisto en que me encanta tu nuevo look. Trata de esconder una sonrisita burlona mientras me arregla la peluca.

—Vamos no te burles ya sé que luzco ridícula.

—No que va, estás de lo más apetecible.

Miro de nuevo mi atuendo y mentalmente me doy unas bofetadas, ¿en qué momento se me ocurrió esta idea?

—No digas esa clase de cosas que voy a terminar por arrepentirme, no entiendo porqué Perla insistió en que me vistiera así y me pusiera una peluca, a leguas se ve que el rubio no es mi color natural.

—En eso estoy de acuerdo con ella, si queremos que nadie pueda reconocerte esta es la mejor forma. Tú solo hazte de cuenta que es Halloween.

—Ya claro, porque en Halloween acostumbro a ir disfrazada de prostituta barata.

Ella pone los ojos en blanco. A Emma le encanta todo lo que tenga que ver con misterios e intriga por lo que para ella esto resulta de lo más divertido.

Una vez que termina de acomodarme el pelo, da un paso atrás, se lleva la mano a la barbilla y me estudia de abajo hacia arriba. Luego se acerca, me desabrocha otro botón del vestido negro, pronunciando más el escote. Da otro paso hacia atrás y vuelve a observarme. Hace una mueca con la boca, no parece del todo contenta con el resultado. Mi amiga se vuelve a acercar y entra una mano entre mi sostén.

—¡Hey! —me quejo—, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Lo que no se enseña, no se vende —me responde mientras toma mi pecho y lo sube para que sobresalga un poco más del sujetador.

—Emma por dios, trato de pasar desapercibida. Así voy a llamar la atención de todo el club —, digo colocando el seno otra vez en su lugar.

Ella levanta las manos en modo de rendición.

—Está bien, está bien pero si algo sale mal después no digas que no te lo advertí.

—Si con salir mal te refieres a que un desconocido no me babeé sobre el escote, creo que estaré bien. Te prometo que no te voy a culpar.

Caminamos hacia el Club y cuando estamos cerca de la puerta me giro hacia mi amiga y le

pido.

—Deséame suerte.

Emma me da un sonoro beso en la mejilla.

—Mucha mierda. En cuanto consigas lo que queremos salimos pitadas de aquí más rápido que Speedy González

Giro sobre mis botas negras de quince centímetros y me dirijo hacia la entrada. Karim nos dijo que tres personas nuevas llamarían mucho la atención y podría traerle problemas en su trabajo. Por lo tanto Emma solo ha venido como refuerzo pero tendrá que esperar fuera hasta que consiga lo que he venido a buscar.

En la puerta, trato de comportarme de forma segura como si estuviera acostumbrada a frecuentar este tipo de lugares. Me acerco al chico de turno y le enseño la carta de invitación que me ha hecho llegar Karim a través de Samia el miércoles. Este le echa un ojo rápido, luego me mira lascivamente, dibuja una sonrisa antes de abrir la puerta y dejarme entrar.

—Gracias guapo.

Hombres, todos son iguales. Ven una mujer envuelta en un vestido corto ceñido al cuerpo y no pueden evitar poner cara de bobo.

Cuando atravieso la puerta, debo admitir que el local no es como me lo imaginaba. No sé qué pinta tendrá la parte de arriba pero sillones en velour rojo y negro adornan el primer piso, envuelto en una luz tenue. Me encamino hacia el bar y ocupo uno de los taburetes de la barra. Pido un martini rojo y mientras espero me giro de medio lado y tiro un vistazo hacia la pista de baile que está rebosada de gente. A primera vista parecen personas comunes y corrientes que han salido a divertirse un sábado en la noche pero si buscamos debajo de esa normalidad solo encontraremos ejecutivos y personas importantes que vienen aquí para satisfacer sus deseos más morbosos.

Sigo recorriendo con la mirada el lugar y ubico a mi blanco en una de las mesas que rodea la pista de baile entre dos hombres más. Inmediatamente me hierva la sangre. Él está aquí de lo más campante mientras que mi morenita linda lleva una semana llorando su engaño.

Según lo que descubrí mientras hacía averiguaciones sobre el Neón, es que a esta parte del club se le llama el punto de encuentro. Aquí abajo mientras bailas y te tomas un trago, vas estudiando a las personas hasta que encuentres una de tu agrado y haces un primer contacto. Invitas a la persona a tu mesa y si conectan y quieren pasar a algo más serio pueden subir a la parte de arriba, a un reservado aunque la petición para acceder al segundo nivel debe ser hecha exclusivamente por un miembro del club.

El barman me pone mi bebida.

—¿Te lo cargo a tu cuenta?

—No gracias, prefiero pagar en efectivo.

—Serán veinte euros

¡Veinte euros! Por un simple martini. Pero por esa cantidad me compro dos botellas en el super.

Trato de disimular mi sorpresa, saco un billete de mi cartera y se lo paso.

Mientras, doy un trago a mi bebida y la saboreo todo lo que puedo. Al precio que la acabo de pagar debe saberme a gloria. Recibo un mensaje de Emma impaciente por saber cómo van las cosas. Le respondo un NQNA y me devuelve sorprendida de que no haya nada que notificar aún, además me pide que me apure. No respondo y ubico a mi chica de ojos café situada al otro extremo del bar. Me cruzo de piernas y me rasco detrás de la oreja. Esa es nuestra señal para indicar que el show empieza. Perla se levanta con toda la elegancia de una dama y se dirige hacia la pista, pasa delante de la mesa

dónde está sentado Brayan y deja caer su pequeño bolso rojo, esparciendo todo su contenido en el piso, se agacha de frente a él y abre las piernas de una forma muy provocativa, su vestido negro se desliza hacia arriba enseñando más de lo que debería una dama o en su caso mostrando que aún sigue equipada de todo su armamento. Cuando termina de recoger lo que se ha caído, se levanta y continúa su trayecto hasta la pista donde empieza a moverse al ritmo de Lady Marmalade^[21]. Yo casi que me río, la canción no puede estar más acorde al momento.

Brayan y sus amigos intercambian varias palabras mientras no le quita los ojos de encima a la pelirroja.

—¿Te puedo invitar un trago preciosa?

Me giro hacia la derecha y descubro al señor de cuarenta y pico de años que me está hablando.

—No gracias ya tengo uno.

Vuelvo a girarme hacia la pista en el mismo momento que la canción llega a su fin, Perla sale de la pista y Brayan se levanta de su silla. Ella camina en dirección a su asiento y este se dirige hacia una de las meseras y le susurra algo al oído.

—Entonces permíteme invitarte este.

Insiste el tipo de un metro setenta que ha avanzado un poco más, situándose demasiado cerca para mi gusto.

—Gracias pero ya está pago —digo sin perder de vista a la mesera que se dirige hacia mi amiga. Al llegar dónde está Perla, la chica le explica algo, al mismo tiempo que señala con el dedo la mesa de Brayan. Perla la escucha lentamente, mira hacia mí y yo muevo la cabeza de izquierda a derecha. Mi amiga le responde y la chica regresa a la mesa del hijo pródigo y le transmite el mensaje. Este tuerce el gesto, se que no le gustó la respuesta. Brayan se pone de pie y sale en búsqueda de su presa. Lo conozco tanto que sabía que el muy ególatra no aceptaría un no por respuesta.

—Bueno, pues permíteme pagarte el próximo.

¿Por qué será que los hombres no entienden las señales que indican que una mujer no está interesada?

Me giro hacia el moreno que no deja de insistir y lo miro con cara de pocos amigos.

—¿Por qué no me haces el favor y me iluminas con tu ausencia?

El señor y digo señor porque bien podría ser mi papá, pone mala cara, refunfuña algo pero al final obtengo lo que quería, que se largara.

Vuelvo a concentrar mi atención en la escena donde Brayan está usando sus mejores dotes de cazador, sin saber que aquí el cazado será él o al menos eso espero.

Veinte minutos más tarde, Perla se levanta de la silla y se dirige hacia el baño. Yo automáticamente hago lo mismo y sigo sus pasos por el otro lado del bar para no tropezar con él.

Cuando entro al baño mi amiga me está esperando retocándose frente al espejo. Yo me acerco e imito sus gestos.

—¿Cómo van las cosas?

—A tu amiguito le van bien los juegos retorcidos, no querrás saber todo lo que me ha propuesto. Me extraña no habérmelo encontrado entre mis clientes.

Saco mi *lipstick* rojo y me retoco primero el labio inferior y luego lo paso por el superior.

—¿Se dió cuenta que eres un transgénero?

—Lo tiene clarito

—¿En qué han quedado? —pregunto antes de juntar los labios y hacer ese gesto que hacemos todas las mujeres para asegurarnos que haya quedado perfectamente uniforme— ¿van a subir o no?

Perla peina las hondas de su peluca y me responde.

—Me ha propuesto subir con sus dos amiguitos

—No —digo tajante—, de ninguna manera vas a participar en no sé qué juego pervertido que Brayan tenga en mente. Si vas a subir, él tiene que estar solo. No quiero involucrar a nadie más en esto.

—Tranquila ya le he dicho que los tríos no me van y que si quiere comerse este caramelo tiene que ser en *tête a tête*. ^[22]

Asiento satisfecha con su respuesta.

—Vamos que estoy loca por atrapar a ese mal nacido con las manos en la masa.

Perla sale primero del servicio y yo espero unos segundos antes de seguir sus pasos, rogando a todos Los santos que esto salga bien.

Cuando salgo del baño veo como Brayan la toma de la mano y se alejan de la barra.

Pasan por una puerta dónde está escrito:

L'Eden Sur Terre **Solo miembros autorizados**

Me cuelo por la puerta y el pasillo está tan oscuro que mis ojos tardan unos segundos en acostumbrarse. Por lo menos el lugar está insonorizado y ya no se escucha la música tecno.

Brayan se detiene a tan solo unos pasos y dice:

—Quiero reservar el número quince.

—Número de la mebresía por favor —le pide una rubia de tetas grandes con un acento que bien podría ser ruso.

—74538

—¿Cuántas personas van a subir?

—Dos.

La rubia teclea algo en la lapto, espera unos segundos y luego añade:

—Ya pueden subir.

Ambos suben por una escalera metálica y yo me quedo frisada. No había pensado en eso ¿Ahora cómo voy a hacer para subir sin que la rubia me vea?

Llevo más de diez minutos congelada en el mismo lugar sin saber qué hacer cuando la puerta se abre sobresaltándome.

—¿Dónde estabas? —pregunto en francés después de unos segundos, tratando de regularizar mi respiración dado que mi corazón late a mil por hora.

—Llegué no hace rato y estaba verificando algunas cosas —me responde Karim.

Por un momento pensé que me habían descubierto.

—Necesito subir al reservado quince pero la rubia de ahí alante parece uno de los soldados del palacio de buckingham, creo que a penas respira.

—Acompáñame —me pide y salimos por la misma puerta por la cual acaba de entrar. Me vuelve azotar el ruido de la música mientras atravesamos todo el club y pasamos por delante del baño. Llegamos a una puerta negra, él la abre y se detiene. No sé que estamos esperando hasta que señala con el dedo la cámara que está en el pasillo. Cuenta unos segundos y cruzamos rápidamente.

No sé que ha sido eso pero él es el jefe de seguridad así que ya sabrá lo que hace.

Subimos por unas escaleras que nos llevan al segundo piso.

—Doblas en el cuarto reservado a la derecha, cuenta cinco reservados a la izquierda. Ahí

encontrarás el número quince. Una vez dentro, tienes que dirigirte a la izquierda nuevamente. Sea lo que sea que vayas a hacer tienes diez minutos. Después tengo que regresar a mi puesto.

—Gracias.

Camino lo más rápido que puedo contando los reservados como me indicó el moreno de ojos grises. Cuando llego al número que estaba buscando. Empujo la puerta tapizada en un velour morado oscuro con el número quince en plateado pegado en la parte superior.

Una vez adentro sigo las instrucciones del grandulón de un metro noventa y doblo sobre mi izquierda. Me sorprende y me alegra ver que aquí dentro hay mucha más iluminación que en el resto del club.

Me acerco lentamente hacia una cortina negra de donde provienen unos jadeos.

Tomo un largo suspiro.

Saco mi teléfono del bolso, abro la app de la cámara y deslizó ligeramente la cortina.

Al hacerlo me quedo ojiplatica ante la visión que tengo en frente.

Me recupero rápidamente de mi estado de shock y doy gracias a todos los dioses por contribuir en la labor. La imagen no podría ser más perfecta. Tomo varias y salgo sin hacer ruido.

Llego hasta donde me espera Karim, este me acompaña al exterior por la puerta trasera del club. Me dice que es el mejor lugar dado que no tiene cámaras. Una vez a fuera le doy un abrazo y le agradezco nuevamente por la ayuda.

Espero de verdad que esto no le traiga problemas.

Corro hacia el parking, me toma unos diez minutos llegar hasta el carro de Emma ya que esta se parquéó un poco lejos.

No bien entro en el vehículo que ella me ametralla a preguntas.

—Una imagen vale más que mil palabras —le digo al enseñarle el iPhone.

Ella revisa mi teléfono a toda prisa y se queda igual que yo.

—No puede ser —dice antes de explotar de la risa—, es que si me lo cuentas no te creo.

—Ay tú no digas nada, creo que tendré pesadillas durante un tiempo.

Emma sigue mofándose y yo me contagio de su risa.

Una vez recuperada le hago una llamada perdida a Perla. Esa es la señal para decirle que todo ha salido bien y que puede salir del club en cuanto lo deseé.

—¿Y ahora la subimos al Facebook o qué?

—No, yo tengo algo mejor en mente —le digo a Emma con una sonrisa malévola pensando en la segunda parte del plan.

La verdad oculta

“No hay felicidad o infelicidad en este mundo; solo un hombre que ha sentido la máxima desesperación es capaz de sentir la máxima felicidad”

Alejandro Dumas

—Me podrías explicar qué es esto —me pregunta Maximiliano desde el marco de la puerta.

Yo levanto la cabeza y observo el papel que sostiene entre manos.

—Creo que es una foto —respondo con toda la seriedad que soy capaz antes de mirar hacia la pantalla de la computadora.

Con pequeños pasos se acerca hasta mi escritorio y me llama suavemente.

—Peluche.

—Sí.

—Tendrías la amabilidad de mirarme un momento por favor.

Aparto la vista de la PC y lo miro.

—Ya sé que es una foto, muy explícita por cierto —dice mirándola nuevamente y yo trato de reprimir una sonrisa—, como te estás haciendo la obtusa voy a reformular mi pregunta. ¿Qué hace la foto de lo que parece ser un transexual metiéndoselo por el culo al hijo del alcalde en el piso del archivero?

No aguanto más y antes de que termine la frase estallo de la risa.

Puede que se me haya caído una después de haber fotocopiado más de doscientos ejemplares antes de haberlas distribuido con la ayuda de Perla y sus amigas del medio por toda la ciudad el domingo en la noche, también he dejado por accidente algunas copias en una que otra de las líneas de autobuses y trenes, de manera que la foto se ha esparcido más rápido que la pólvora. Claro está, después de haberle hecho uno que otros arreglitos. Emma como siempre quiso dramatizar la situación y le agregé un título para hacerla más llamativa: **A Brayán Philip II le gusta que lo maltraten y le dejen el culo como un colador.**

Como siempre digo: en pueblo chico infierno grande y nada mejor que el boca a boca para hacer correr un rumor.

Esta mañana cuando venía para el trabajo no me podía creer lo rápido que se difundió la noticia pero ni usando el mismo Facebook que está de moda lo hubiera hecho con tanta rapidez.

—Me imagino que ese era el asunto tan importante que tenías que resolver el sábado por la noche.

Recupero un poco la compostura y dejo de reírme.

—Lo siento, no debí usar la impresora del trabajo para algo personal.

—Eso es lo de menos, lo que me preocupa es cómo pueda afectarte la bromita esta.

—Tranquilo, fui muy cuidadosa y además la foto habla por sí sola, no se ha hecho público nada que no fuera verdad.

Maximiliano me mira con los ojos iluminados y una sonrisa de pillo se dibuja en sus labios.

—¿Qué?

—Me encanta la forma como proteges a los tuyos, pareces una tigresa defendiendo sus crías. Vas a ser una excelente madre.

—Ay no, no. No me hables de niños por favor que me entra el pánico.

De pronto Max se pone serio y tuerce el gesto.

—¿No te gusta los niños?

¡Oh padre! ¿Y a qué viene esa pregunta?

—Claro que me gustan. ¡Me encantan! Cuando no son míos —respondo con una sonrisa en forma de broma pero a él parece no hacerle gracia el chiste porque permanece serio.

—Nunca hemos hablado de niños.

—Max hay muchas cosas de las que no hablamos y créeme cuando te digo que el tema de niños no encabeza la lista de primordiales —digo en tono seco.

—Tienes razón —dice fingiendo una sonrisa—. Te dejo para que sigas con lo tuyo.

El ambiente se vuelve pesado.

Hemos estado tan bien estos últimos días y no quiero que nada pueda cambiar eso.

—Max espera —lo llamo mientras me levanto de la silla y camino hasta donde el esta.

Levanto mis manos, rodeo su cuello con mis brazos y le hablo suavemente—. No es un reclamo, ya sé que cuando llegué a tu vida la compartías con otra persona y que no tengo derecho a hacer preguntas. Es solo que llegará un momento en el que nos tendremos que sentar a hablar de lo nuestro.

Hago una pequeña pausa y lo miro directamente a los ojos.

—Tú sabes que ... —Te quiero quise decir pero nuevamente las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta—, me encantas y adoro estar contigo pero también espero que estés consciente que no podemos seguir así por siempre.

—Lo sé —dice al mismo tiempo que rodea mi cintura con sus brazos y acorta un poco más la distancia entre nuestros cuerpos. Toma un hondo suspiro antes de añadir—: pero te equivocas en una cosa, tienes todo el derecho a saber y pronto lo harás.

Busco sus labios y con mucha suavidad los atrapo con los míos. Durante unos segundos saboreo la dulzura y la frescura de su boca.

Max rompe el beso y su mirada está llena de dulzura.

—Al medio día casi no comiste nada así que te invito a cenar esta noche. Tienes que cuidar tu alimentación.

El desliza sus manos más para abajo de la cintura y me aprieta ligeramente el trasero.

—No vaya a hacer que pierdas esas curvas que tanto me enloquecen.

—Uuiii eso sí sería un problema, ya que podría dejar de gustarte —digo juguetona.

Max hace como si pensara mis palabras y luego se inclina hasta quedar cerca de mi rostro.

—Que me dejes de gustar— Me come la boca con un beso salvaje. —Eso sería imposible —añade al terminar el beso.

Es mitad de semana y al salir del trabajo me reúno con las muchachas en el Loft.

—Aún no puedo creer que no me hayas dicho nada de lo que pensaban hacer.

—Últimamente las cosas entre tú y Jaret no están de lo mejor que digamos, solo quise evitarte otro problema más.

—Pero se lo contaste a Emma —me reprocha mientras se cruza de brazos y se finge molesta.

—Ya sabes cómo es, cuando tiene algo en mente no hay quién le gane por cabeza dura. Así que no me dejó más remedio que contárselo todo.

Samia mira a Emma y esta se encoge de hombros. Como diciendo: así soy ¿qué le vamos a hacer?

—Yo todavía no puedo creer que hayan hecho eso por mí chicas, después de lo mal que me porte con ustedes —dice Linda con la voz llena de arrepentimiento mientras deja su taza sobre la mesa y

se gira hacia mí—. Sobre todo contigo Adri. Creo que nunca me voy a cansar de pedirte disculpas por haberte llamado zorra.

Linda me mira con sus ojos negros llenos de pesar y dolor. ¿Cómo podría yo permanecer molesta con ella? La quiero tanto que eso sería imposible.

—Ya te dije que todo está bien. Lo mejor es no hablar más del tema —replico con dulzura.

—Yo sé pero me pasé Adri, nunca debí decirlo. Estaba molesta porque Brayan me ignoraba todo el tiempo y pagué contigo la frustración que llevaba acumulando.

—Eso ya es agua pasada —digo tratando de quitarle hierro al asunto mientras envuelvo mis manos alrededor de la taza con chocolate caliente.

—Lo importante aquí es que se tiene bien merecido todo lo que le pase a partir de ahora —interviene Emma—. Yo siempre dije que tantos aires de grandeza solo trataban de ocultar algo pero nunca imaginé ni en mi mundo más perverso que lo encontrarías en la cama con otro. ¡Qué fuerte!

—¡Fuertísimo! —concuerta Samia al mismo tiempo que niega con la cabeza.

—Imagínate mi cara cuando llegué a su apartamento y lo encontré desnudo abrazado con el que supuestamente era su casi primo.

—¡Yo se lo hubiera mochado! —dice Emma.

—Pues yo no supe hacer nada más que salir corriendo de ahí.

—Pobrecito, me imagino que después de esta humillación se terminarían mudando para algún retirado en el fondo de África.

—¡¿Pobrecito?! —clama Linda—, por mí ese desgraciado se puede mudar al mismísimo infierno.

—Muy bien, ¡así se habla! Que se pudra en el infierno por mentiroso y traidor.

Yo las observo hablar y me siento feliz de que estemos todas juntas nuevamente. Puede que en un futuro me sienta mal por lo que le hicimos a Brayan pero ahora mismo me encanta saber que es el hazme reír de toda la ciudad. No por el hecho de ser gay, más bien por cómo hizo las cosas. Mira que usar a Linda de tapadera durante casi dos años Obligándola a convertirse en la novia perfecta mientras que de noche él se la pasaba haciendo sus porquerías por ahí. Eso es mucho con demasiado.

—Bueno ya cambiando de tema, pronto será tu cumple Adri y tenemos que ir pensando que vamos a hacer.

—Pues yo hago lo que ustedes quieran —digo con cierta dejadez en la voz.

Samia introduce un poco más de azúcar a su taza y mueve el contenido antes de añadir:

—No suenas muy animada que digamos.

—Lo siento chicas estoy un poco cansada, estamos trabajando para una empresa belga que quiere construir un complejo hotelero en la Florida y hemos tenido tanto trabajo que me la paso muerta, así que no estoy muy de ánimos para fiestas.

—Te creo porque no tienes muy buena cara que digamos —dice Samia.

—No estoy durmiendo mucho últimamente.

—Bueno, pues sencillamente podemos salir a cenar —propone Linda.

—Por mí perfecto.

Emma y Samia hacen un fugaz intercambio de miradas y de repente un pensamiento pasa por mi cabeza.

—Y nada de fiestas sorpresas —las prevengo con aire amenazador.

—Está bien. Nos tendremos que conformar con ir a cenar —dice Emma resignada.

Diez días más tarde seguimos consumidos en el plan de negocios de SAMED Construction para la creación del proyecto inmobiliario. Estamos teniendo problemas para conseguir los permisos de construcción y eso tiene a Max súper estresado, al límite, que lo noto irritante. Al menos que sea yo, como últimamente estoy que todo me molesta. Es que ni yo misma me aguanto. Ha de ser por la falta de sueño.

El jueves por la noche a pesar de haberles dicho que no quería una fiesta sorpresa, las chicas igual hicieron de las suyas y se las ingeniaron para organizarme algo en el Loft, refunfuñé y maldije varias veces pero a ellas no les importó. Ambas alegraron que no se podía llamar a eso una fiesta ya que solo se trataba de una cena sorpresa. Invitaron a mi hermano quien trajo a mi cuñada, también estuvieron mi madrina, la hermana de Linda con su marido y otras personas cercanas a mí, un total de quince personas, entre ellos Carlos y Maximiliano. Al principio estaba un poco triste porque es la primera vez en veinte y cuatro años que mi mamá está ausente en uno de mis cumpleaños y la extraño mucho.

A pesar que no estaba muy partidaria por celebrarlo debo admitir que la noche estuvo muy amena e íntima como me gusta. me la pasé muy bien aunque casi colapsé cuando al presentar a Maximiliano con Alexander, mi hermano, sorprendido con lo joven que era mi jefe le dijo: “cuidado con seducir a mi calabazita”. Pese que se lo dijo en broma Max casi se atragantó con su whisky y yo no sabía dónde meterme.

A final de la noche que transcurrió entre risas, buen humor y sin ningún percance, Maximiliano me llevó a un lugar apartado y me entregó un sobre, cuando lo abrí le brinqué encima y me lo comí a besos al descubrir mi regalo.

Antes de la tormenta

“El hombre razonable se adapta al mundo: el hombre no razonable persiste en intentar adaptar el mundo a sí mismo. Por tanto, el progreso depende del hombre no razonable”

Bernard Shaw

Al día siguiente a las diez de la noche en el vuelo LH0276 estábamos aterrizando en el aeropuerto Di Milano Linate donde un carro en alquiler nos esperaba.

Estaba tan frita que a penas toqué el asiento del vehículo me quedé dormida. Me despertaron las caricias de Max avisándome que habíamos llegado al hotel.

Asueñada mientras Max me ayudaba a salir del carro y me conducía tomada de la mano al interior del lugar, pude escuchar cuando la recepcionista le dió la bienvenida al hotel Spadari Al Duomo y le entregaba las llaves de una habitación deluxe con vista a la ciudad.

Lo último que recuerdo fue cuando Maximiliano me quitaba la ropa y me metía a la cama.

Te quiero

Siento un suave roce sobre la mejilla que trata de arrancarme de mi sueño profundo. Refunfuño y no quiero abrir los ojos, de manera que me giro hacia el otro lado y tiro del edredón hasta cubrirme por completo. Alguien trata de sacarme de mi escondite y trato de ignorarlo hasta que escucho la dulce voz de Maximiliano susurrarme al oído.

—Hora de levantarse dormilona, te dejaría descansar más tiempo pero no vinimos hasta Milán para que te pases todo el día en la cama.

De mala gana abro los ojos y la luz que inunda la habitación me hace cerrarlos nuevamente.

—¿Qué hora es?

—Casi medio día.

Abro los ojos de golpe y me encuentro a Max observándome con esos ojitos verdes que tanto adoro, gloriosamente recién duchado con solo una toalla alrededor de su cintura dejando su torso bien definido a la vista. ¡Y qué vista! Podría levantarme todos los días con esta imagen. Su pelo negro mojado completamente alborotado y esa sonrisa pícaro que hace que aprecie esos labios carnosos que solo invitan a ser besados cada vez que los veo.

Aparto la mirada de mi Adonis personal y me enfoco en la claridad que entra por el balcón mostrando la ciudad. ¿Cuánto tiempo he dormido? Cielos no recuerdo haber estado tan cansada en mi vida.

Me incorporo y me siento en la gran cama matrimonial. Mientras Max se levanta y camina hasta la mesa más cercana, me fijo en la espaciosa habitación decorada con muebles modernos, pintada de azul con el techo en blanco. Al lado de la puerta de entrada hay un espectacular escritorio en madera y en frente de la cama un enorme sofá de tres piezas en blanco, encima de este cuelga una obra de arte contemporánea.

Maximiliano toma una bandeja en las manos y de regreso a la cama la pone sobre mis piernas.

—Es hora de desayunar.

Miro la bandeja que está repleta de frutas, jugo de naranja natural, huevos, croissant, bacon y café italiano. Solo de verla se me revuelve el estómago.

—¿A caso piensas invitar a un batallón a desayunar y no me los has contado? —pregunto con

una sonrisita tratando de ocultar mi desagrado.

—Es para ti —responde serio—, no creas que no me di cuenta que no comiste nada en todo el día de ayer. Estoy preocupado, no has estado comiendo mucho últimamente y si sigues así iremos a ver un doctor.

—Mira que eres exagerado.

—Puede pero de aquí no sales hasta que no desayunes como debes.

Quito la bandeja de mis piernas y la pongo en la cama. Me arrastro hasta donde está él y enredo mis brazos alrededor de su cuello.

—Pues te cuento que yo no tendría nada en contra de quedarnos encerrados aquí todo el día —comento socarrona cerca de su boca antes de robarle un beso.

Max responde a mi beso, poco a poco se va tornando más febril. Maximiliano me pone una mano en la nuca y la otra en mi cintura. Me sigue besando mientras me recuesta en la cama. Por un momento creo que he ganado.

—No me tientes porque te tomaría la palabra sin pensarlo pero igual tendrías que comer —dice al romper el beso e incorporándose de golpe.

Definitivamente mi gozo es un poso.

Vuelve a colocar la bandeja encima de mí, toma una fresa y me la lleva a la boca.

—Abre.

Su tono es dulce pero firme. Se que cuando se pone en ese plan, discutir con él es imposible, por lo que a pesar de no tener hambre, abro la boca y dejo que me alimente.

—¿De verdad me vas a hacer comer todo esto? —pregunto horrorizada con la fresa en la boca.

Él toma un pedazo de pan y le pone un poco de mantequilla de queso.

—No, solo lo suficiente —responde tendiéndome el pan.

Pongo los ojos en blanco y lo tomo de mala manera.

Diez minutos más tarde he comido un poco de todo y no me cabe nada más.

—¿He comido lo suficiente para el señor?

—Perfecto —responde con una sonrisa de satisfacción en los labios ignorando mi tono irónico. Recoge la bandeja a medio terminar y la deja en la mesita de noche luego regresa y tira de mi pie haciéndome caer de espaldas al colchón y gritar por la sorpresa—. Ahora deja darte los buenos días como te mereces.

Me río y me retuerzo bajo su cuerpo mientras me agarra las dos manos y las clava en la cama sobre mi cabeza, sin perder ni un segundo me besa fuerte.

Veinte minutos después estoy bajo la ducha, Max entra en el cuarto de baño y me observa detenidamente. Su mirada hace que mi libido se active nuevamente.

No bien me he recuperado de su primer asalto cuando cruza los pasos que nos separan, desliza sus manos por mi cuerpo mojado y me devora los labios con hambre.

—Por Dios Adriana no me canso de ti. Necesito hacerte el amor a cada hora del puto día —susurra cerca de mis labios mientras el agua tibia sigue cayendo sobre nosotros dos.

Sus palabras están llenas de pasión y encienden mi piel.

—Yo también te deseo a cada hora del día. Soy tuya. Solo tuya.—digo entre beso y beso. Lo empujo contra los azulejos y recorro su cuerpo lascivamente con los ojos. Adoro cada parte de él.

Bajo mis ojos hasta su cintura donde una erección dura e hinchada me espera. Me fascina saber que yo lo pongo en ese estado. Que siempre esté preparado para mí.

Me acerco y rodeo la cabeza del glande suavemente con mi mano y empiezo a acariciarlo lento.

Un ronquido escapa de su garganta. Lo miro y tiene los ojos cerrados, disfrutando de mis caricias

Llevo mis labios a su cuello y dejo besos mojados desde ahí hasta su pecho. Me acerco a su pezón y le paso la lengua a su alrededor mientras que subo y bajo mi mano sobre su miembro a un ritmo constante, firme y siento cómo va creciendo bajo mi tacto.

—Joder peluche.

Su gemido hace que aumente el ritmo de mis caricias al mismo tiempo que él busca mis labios y me come la boca con fuerza. Salvaje.

Ancla sus manos en mi tracero y me levanta en volada, yo rodeo mis manos alrededor de su cuello y sin dejar de besarlo, aprisiono su cintura con mis piernas.

Max da la vuelta y no bien estoy contra la pared cuando me embiste brutalmente.

«¡Dios!».

Vuelve a penetrarme despacio esta vez. La sensación es deliciosa.

Separa sus labios de los míos y pega su frente a la mía mientras se mueve en mi interior lentamente.

—Soy adicto a ti —jadea casi sin aliento cerca de mi boca—. Estar dentro de ti, es como estar en el jodío paraíso.

Sus palabras se cuelan hondo en mí. Me llenan de calidez. No porque estoy poseída por la lujuria en estos momentos más bien porque estoy segura y sé que ya no hay vuelta atrás. Pase lo que pase siempre seré suya y aunque me muera de miedo por dentro de que un día esto pueda acabar, en este momento tan especial mientras esos ojos esmeralda me penetran llenos de pasión, de dulzura, decido no guardar nada más.

—Te quiero —digo con todo el amor que soy capaz mirándolo fijamente a los ojos sin titubear.

Max cierra los ojos saboreando mis palabras. Veo como su cuerpo se estremece.

—Llevo tanto tiempo queriendo escucharte decir eso —susurra con los ojos aún cerrados y cuando los abre la resolución y la calidez que veo en ellos me deja sin habla—. Yo te amé incluso antes de conocerte —dice y luego poseé mis labios. Es una respuesta un tanto extraña pero aun así mi corazón se inunda de alegría al saber que soy correspondida y una luz de esperanza se instala en mi pecho, puede que lo nuestro sí tenga futuro.

El beso sigue siendo arrebatador. Pasional. Una mezcla entre lo dulce y lo salvaje hace que esté en mi paraíso terrenal nuevamente.

Max acelera sus penetraciones. Sale y entra con más fuerza y yo lo recibo gustosa. Reteniéndolo y aprisionándolo con mi sexo cada vez que entra y un gruñido de satisfacción sale de su garganta

Jadeo. Me acaloro.

—¿Te vas a correr?

—Unju.

Es todo lo que logro decir. Estoy envuelta en una nube de lujuria, hasta he perdido el sentido del habla.

—Espérame. Quiero que lo hagamos juntos esta vez.

El vaivén de sus caderas se hace más brutal, más despiadado. No puedo más. ¡No creo que aguante más!

Tres penetraciones más.

—Ahora —jadea.

Yo me corro bajo su orden con su nombre en mis labios mientras siento como su líquido se esparce dentro de mí.

Max va frenando sus embistes y yo dejo caer la cabeza hacia atrás contra el mosaico del baño. Estoy exhausta.

—Mírame —me pide mientras su pene continúa palpitando en mi interior. Extasiada acato su orden de inmediato—. Te amo y ahora que sé que tú también me quieres, sin miedo te digo que tú y yo es para siempre.

¿Se puede estar más feliz en la vida?

«No lo creo».

Bañada, cambiada y en una nube de felicidad de la mano de mi hombre salgo por las puertas del hotel, dispuesta a recorrer las calles de Milán.

Como era de esperarse lo primero que fuimos a visitar fue la majestuosa catedral gótica que está situada a tan solo tres minutos de nuestro actual alojamiento.

Al entrar en el Duomo pasamos por el frente de cientos de velas encendidas. Cuando le pregunté a Max qué significaba, me respondió que por cada vela encendida podía pedir un deseo, de manera que sin dudarle tomé cinco euros de mi cartera, compré unas cuantas y pese que encendí varias siempre pedí el mismo deseo:

Que lo mío con Max terminara bien.

El recorrido nos tomó casi dos horas. Como la cola para subir en ascensor estaba bastante larga, no subimos a la terraza a pesar de ser muy recomendada por sus espectaculares vistas. Estaba demasiado perezosa como para subir los ciento cuarenta y ocho escalones que nos separaban para acceder a ella.

A la salida Max me preguntó qué lugar quería conocer, aunque no estaba muy por visitar monumentos históricos y esa clase de cosas, a él le hacía mucha ilusión servirme de guía así que lo complací y dejé que me arrastrara por los diferentes lugares: desde la plaza della Scala al Castillo Sforzesco donde entramos al museo de arte histórico y pudimos apreciar la última obra no terminada de Miguel Ángel hasta la Galleria Vittorio Emmanuel II donde me hizo mucha gracia caminar sobre el testículo del toro en forma de mosaico debajo de la cúpula. Por más que le dije que me parecía ridícula la idea, él insistió en que era símbolo de suerte.

De regreso, como el hotel estaba situado en pleno centro de Milán y todo nos quedaba relativamente cerca fuimos a cenar a un pequeño restaurante. Nada muy ostentoso pero muy íntimo y de lo más romántico.

El domingo como nos íbamos ese día, nos levantamos temprano. No podía venir a la segunda capital de la moda y no recorrer las boutiques de las firmas más importantes.

Yo no me lo hubiera perdonado y Emma me hubiera asesinado.

Nos fuimos al famoso cuadrilátero de la moda donde se respira la mágica atmósfera de grandes diseñadores: desde Armani, Versace, Louis Vuitton, Chanel, Prada y Gucci entre otros, es como para volverse loca y gastar hasta el último centavo de la tarjeta. Quise resistirme pero me fue imposible, así que hice algunas locuras. Max quiso pagar él pero no se lo permití. Demasiado había hecho ya con costear este viaje.

Al regresar al hotel tres mil euros más pobre, no podía estar más feliz. El viaje aunque corto fue de ensueño y se posiciona como primero en la lista de todos los momentos vividos con Max. El amor

de mi vida.

El lunes primero de febrero de regreso al trabajo. Max se pasa toda la mañana encerrado en su oficina trabajando sobre la cuenta de SAMED.

El miércoles por la mañana llego de lo más feliz, hasta que Maximiliano me comenta que tiene que viajar a Florida para supervisar personalmente el estudio de los terrenos y hacer algunas averiguaciones sobre los permisos de construcción, ya que el abogado que contratamos para que se encargara de todo eso, según sus propias palabras “Es un completo incompetente”.

Entiendo que es una cuenta muy importante de manera que lo apoyo. Le digo que se vaya tranquilo que yo me encargo de la oficina

El viernes por la mañana lo acompaño hasta el aeropuerto donde nos despedimos con apasionados besos y palabras de amor. Max me prometió que en cuanto regresara de su viaje, hablaríamos sobre todo lo que necesito saber y que respondería a todas mis preguntas sin rodeo. También me dijo que muchas cosas cambiarían en nuestras vidas. Al principio me asusté hasta que me dijo que no pensaba dejarme nunca.

Cuando su avión despegó ya lo extrañaba y un presentimiento se instaló en mi pecho. Como si algo malo fuera a pasar pero lo ignoré y regresé al trabajo para cumplir con lo prometido.

Hacer que todo funcione hasta su regreso.

La espera

“Lo hubieras pensado cuando me miraste con esa sonrisa que me hizo temblar y antes de decir la frase que me hizo sentir que yo era algo especial”

Gloria Trevi

—Te ves fatal

—Lo sé, estoy hecha un asco —digo pasándome las manos por la cara y frotándome los ojos.

—¿Y cuando regresa Maximiliano? —me pregunta Emma.

—Pues si todo sale como lo previsto la semana que viene.

—Espero que en cuanto él llegue te tomes unos días porque tienes una pinta que para qué te

cuento.

Tomo un sorbo de mi té de camomila y la miro con mis pestañas largas por encima de la

taza.

—No me mires así. ¿Te has visto? Pareces un zombi.

Pongo la taza sobre la mesa.

—Ay Emma estoy agotadísima, a penas llego a la casa me desplomo en la cama pero no hay forma. No logro conciliar el sueño.

—¿Y por qué no vas al médico?

—No veo para qué.

—A lo mejor has agarrado algún virus.

—Lo que yo tengo se llama estrés y no necesito que ningún médico me lo diga.

—Eso explicaría porqué estás tan cansada pero no tu falta de apetito y te recuerdo que estás comiendo poco, mucho antes de que Maximiliano se fuera de viaje.

—Tienes razón —digo resignada—, puede que vaya pero será después que regrese Max porque ahora mismo no tengo tiempo para nada. A penas he sacado unos minutos para venir a almorzar contigo.

Miro mi reloj de mano.

—Y ya se me hizo tarde.

Me levanto rápidamente y busco mi portamonedas.

—Bueno, lo que es comer conmigo deja mucho que decir. Solo te comiste una hoja de tu ensalada.

—Tengo una conferencia telefónica en media hora.

—Deja. Ya pago yo —Propone cuando voy a sacar un billete de diez euros—, pero tienes que coger las cosas con calma mujer, a ese ritmo te va a dar un infarto antes de los veinte y cinco.

Le dedico media sonrisa y luego me acerco a ella y le doy un enorme beso en la mejilla.

—Gracias —Le digo antes de dirigirme hacia la puerta. Una vez en la calle, cierro todos los botones de mi abrigo largo en algodón. Me acomodo el cuello para cubrirme la garganta y entro las manos en los bolsillos para protegerlas del frío. Lo último que necesito es resfriarme.

Ha pasado una semana desde la partida de Max y pese que hablamos prácticamente a diario lo extraño mucho. Su ausencia en la oficina hace que el trabajo sea cada día más difícil. No sé cómo hace parecer tan fácil dirigir una empresa, cuando en realidad entre sus clientes, los míos, las reuniones, etc... Es un verdadero dolor de cabeza.

Quince minutos más tarde llego a la oficina, paso por enfrente del mostrador en forma de curva donde se sienta Martha.

—Ya puedes irte a comer.

—Que bueno porque tengo un hambre —me dice al mismo tiempo que se levanta de su silla.

—¿Qué noticias hubo durante mi ausencia?

—Pues no muchas, te he dejado todo anotado encima de tu escritorio —dice mientras se pone su abrigo. Yo asiento y doy un paso para continuar mi camino—¡Ah! Por cierto ha llamado la señorita Sophia.

Escuchar ese nombre hace que se me hiele la sangre. Me detengo en seco y me giro hacia ella.

—¿Qué... qué quería? —pregunto tartamudeando.

—Quería saber si yo tenía los datos del hotel del señor Maximiliano.

—¿Y qué le dijiste?

—Pues se lo he pasado.

Me muerdo el interior de la mejilla para evitar decirle dos cosas mal dichas. Ella no tiene la culpa de mi molestia, ni de mis repentinos celos. Después de todo solo le facilitó las informaciones del hotel donde se encuentra su jefe a su prometida. Tengo que decirme eso, al menos dos veces para no llamarla bruta, estúpida e incompetente.

Asiento de mala gana y me dirijo hacia mi oficina. Al entrar trato de no dar un portazo.

¿Y ahora qué querrá Sophia? Tenía mucho tiempo que no llamaba ni se presentaba por aquí.

Me desplomo en mi silla y ese sexto sentido que tenemos todas las mujeres me advierte que algo malo va a pasar. Respiro y trato de ignorarlo.

Los días van pasando y lo que tenía que ser un viaje de una semana, se ha extendido a dos. Las llamadas de Max son cada día menos frecuentes. Estoy muerta de miedo. Sigo con esa opresión en el pecho que no me deja respirar y que me dice que está ocurriendo algo.

El miércoles me paso por el coffee-Blog a saludar a Raquel. Me invita a tomar un té y me dice lo mismo que todos los que me han visto en estos últimos días: “que estoy muy delgada”.

No me atrevo a decirle que llevo días sin probar bocado como es debido. A parte de una fruta al día o una lonja de pan por aquí o un té por allá, no como nada. Es que nada me pasa. Mientras estamos hablando le pregunto si ha tenido noticias de Max y me responde que hace días no habla con él. Lo último que supo es que Sophia estaba en Miami.

Yo trato de no perder la confianza en Max, en lo nuestro. Él me dijo que lo esperara que todo cambiaría entre nosotros. Y es lo que pienso hacer.

El viernes es el caos total en el trabajo y ya no doy para más. Entre el dolor de cabeza, la falta de sueño y el cansancio acumulado, siento que en cualquier minuto me voy a caer. Como mi médico de cabecera está en Francia y cuando salgo del trabajo es tan tarde que no llego a tiempo para verlo, bajo el ojo crítico de Linda que ha venido a verme de sorpresa al trabajo tomo la guía telefónica y busco el primer médico generalista que esté cerca de la oficina y pido una cita. La secretaria me da una para el martes por la tarde.

Ese fin de semana me quedé en casa de Emma para evitar que mi hermano me viera en el estado crítico en el que me encuentro. Últimamente lo he evitado por miedo a que me agobie más de lo

que estoy y para que no se preocupe más de lo que debería. Solo necesito que Max regrese y reposarme un poco. Durante esos dos días Maximiliano tampoco me llamó.

El lunes le pido a Martha que cancele mis citas para la tarde y salgo del trabajo mucho más temprano de lo habitual. En camino a mi casa llamo a mi mamá. Hace tanto que no hablamos que me parece una eternidad. Lo primero que hace es acusarme de ser una mala hija, una desconsiderada por tenerla tanto tiempo descuidada, sin una llamada. No rebato sus argumentos, me tengo merecido cada reproche. Me informa que el doctor ha confirmado que la abuela tiene comienzo de Alzheimer. Es lento pero progresivo. Eso me causó una enorme tristeza. Adoro a mi abuela y me dolerá mucho ver que en algún momento de su vida, no logrará reconocermé. Aprovecho la llamada y de paso hablo un rato con ella, al principio confunde mi nombre con el de su hermana muerta pero no se lo tomo en cuenta. Ella nunca ha sido buena reteniendo nombres.

Termino la llamada prometiéndole a mi mamá que llamaré más a menudo y desde que tenga la oportunidad iré a verlas.

El martes por la tarde llego al consultorio del médico y me atiende el doctor Pluger. Un doctor joven de unos cuarenta y tantos años de edad.

—Buenas tardes señorita Brooks.

—Buenas tardes.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

Me acomodo en la silla un poco agobiada. Nunca me han gustado los médicos.

—Pues como verá no me he sentido bien. No estoy comiendo como de costumbre por lo que he perdido peso, tengo temblores en todo el cuerpo pero sobre todo en las manos, no estoy durmiendo bien en las noches y siempre estoy cansada.

El doctor me escucha atentamente al mismo tiempo que toma apuntes en una hoja de papel.

—¿Cuándo empezaron los síntomas?

—La falta de sueño hace como dos meses. Y los temblores comenzaron hace poco pero me di cuenta que estoy perdiendo peso como hace tres meses.

El doctor levanta la vista y me observa a través de sus lentes de vista.

—¿Tres meses?! ¿Y se puede saber por qué ha esperado tanto tiempo para venir a consulta?

—Verá, empecé un nuevo trabajo hace seis meses y he estado bajo mucha presión y pensé que los síntomas desaparecerían con el tiempo, así que no le di mucha importancia.

—¿Y qué la ha hecho cambiar de opinión?

— Bueno, últimamente tengo mucha taquicardia, siento que me cuesta respirar.

El doctor vuelve a tomar notas.

—Todos los síntomas que me acaba de describir, efectivamente pueden como usted misma dijo ser causados por una situación de estrés pero me preocupa un poco lo de la taquicardia.

Hace una pausa y me mira

—Por lo que le voy a mandar a hacer unas pruebas para estar más seguro.

Yo asiento.

—Pero antes le voy a hacer unas preguntas de rigor.

—De acuerdo.

Me hace todo tipo de preguntas sobre mi: edad, peso, antecedentes médicos

Lo veo a notar todo en su ordenador

—Toma algún anticonceptivo.

—Sí, la píldora.

—¿Cree usted que pueda estar embarazada?

—¡No! — respondo rápidamente con toda seguridad del mundo.

—Esta bien pero le haremos la prueba igualmente para estar seguros.

Asiento nuevamente mientras él anota algo en su recetario.

—Tome, quiero que se haga un hemograma completo, dígame a la secretaria que le explique como llegar al laboratorio. Lo he prescrito con carácter de urgente, en cuanto estén listos, me lo harán llegar.

Salgo del consultorio pensando en lo que me ha preguntado el médico: Embarazada... ¡imposible! con esa seguridad bajo al laboratorio a hacerme las pruebas que él me ha indicado.

Media hora más tarde, estoy sentada en la sala de espera, cuando la secretaria me informa que puedo pasar.

Al entrar en el consultorio encuentro al Dr Pluger hablando por teléfono mientras que revisa unos papeles. Me hace una señal con la mano para que tome asiento.

—Sí, como te he explicado. Me gustaría que vinieras a mi consultorio —le dice a su interlocutor y luego hace una pausa—. No estoy seguro pero tendríamos que hacer más pruebas, solo le he hecho un hemograma.

Esa respuesta llama mi atención.

“¿Más pruebas?”

¿Estarán hablando de mí? No puede ser que esté enferma, aunque últimamente he descuidado mi salud. ¿pero por qué tendrían que hacer más pruebas? ¿Acaso tendré algo grave?

Me empieza a entrar el pánico. Si el doctor no termina de hablar pronto con su colega me va a dar un patatús aquí mismo.

Finalmente el médico termina su conversación telefónica y me dice:

—Señorita Brooks , he recibido su analítica y tengo que serle sincero; los resultados no son muy alentadores.

—¿Qué quiere decir? —pregunto tratando de mantener una calma que no tengo. Hace semanas la perdí.

—Primeramente, tengo que informarle que esta usted embarazada.

Es la segunda vez desde que conocí a Maximiliano que mi mundo se detiene.

¡Embarazada! ¡No! Imposible... ¡No puede ser!

¡¿Un bebé?! Es que eso no puede ser posible. Siento que el corazón se me va a salir del pecho, me sudan las manos, me mareo.

« ¿Qué voy a hacer yo con un bebé? ».

¿Cómo pudo pasar esto? Mi pánico se intensifica. ¿Cómo he podido quedarme Embarazada?

¡Pero si tomo la píldora!

Padre santo Max, ¿qué dirá Maximiliano cuando se entere? pensará que lo hice a propósito. Un niño en estos momentos. ¡No por Dios! No, no es lo mejor, no en nuestra situación que está cada día más complicada.

¿Y si llega a pensar que lo hice para atraparlo?

Se me va formando un nudo en la garganta y lágrimas se acumulan en mis ojos.

—No entiendo doctor... yo , yo tomo la píldora —tartamudeo.

—Los métodos anticonceptivos no son seguros a un cien por ciento, además puede que tu problema de tiroides haya constituido en la falla de la medicación.

«“ ¿Problema de tiroides?”».

—Mira lo segundo que quería decirte es que me preocupa tu embarazo porque has salido con unas alteraciones muy elevadas en la TSH, T4 y T3.

Lo miro con cara de no entender nada y él parece darse cuenta porque inmediatamente me explica:

—La elevación en esas hormonas, refiere a un aumento de la función de la glándula tiroides, lo que indica que tienes un hipertiroidismo... No quiero alarmarte porque la endocrinología no es mi especialidad por eso le he pedido a un colega que venga a ver tus análisis y pueda evaluarte para determinar qué tan grave es y como puede afectar esto tu embarazo —hace una pequeña pausa y me mira detenidamente y luego añade:

—Tienes que estar tranquila, sé que son dos noticias un poco violentas pero en tu estado es mejor no alterarse.

“No alterarme” es muy fácil de decir pero dudo mucho que en estos momentos sea algo que pueda hacer.

—¿Quieres algo de tomar?

Niego con la cabeza porque si hablo empezaré a llorar. En ese momento tocan la puerta y abre un señor vestido con una bata blanca, parece tener unos 55 años de edad, de baja estatura y lleva una pequeña barba.

—¿Puedo pasar? —pregunta asomando la cabeza por la puerta

—Te estábamos esperando —le informa el doctor Plugger mientras que el otro médico termina de entrar.

—Markus, ella es la paciente de la cual te comenté, Adriana te presento al Dr. Klein, es el endocrinólogo —nos presenta en el mismo momento que el doctor Klein se acerca al escritorio.

—Buenas tardes doctor... —trato de recordar su apellido pero me quedo en blanco. Desde hace un instante mi cerebro no procesa mucho que digamos.

—Buenas tardes —me saluda primero y después se gira hacia el doctor Plugger— ¿Me has dicho que tiene un trastorno metabólico?

—Aquí tienes su analítica —le dice en el momento que le entrega mis exámenes.

El doctor Klein observa los resultados durante unos instantes y luego los devuelve al escritorio. Camina y se sitúa detrás de mí.

—Voy a palparte el cuello y quiero que tragues cuando te lo diga —me pide y luego pone sus manos en mi cuello y comienza a auscultar

—Traga.

Me pide y yo obedezco inmediatamente

—¿Te duele o sientes alguna molestia al tragar?

Niego con la cabeza.

—Tengo que hacerte más pruebas pero creo que puedes tener un bocio multinodular. Voy a necesitar que te hagan una sonografía de tiroides y también necesitamos que te vea un obstetra para que hagan una sonografía abdominal y así determinar el tiempo de embarazo —me informa, antes de dirigirse a su colega y preguntarle:

—Sería bueno que la viera un cardiólogo para que le haga un eco, ¿no te parece?

El doctor Plugger asiente.

—Adriana, un hipertiroidismo durante el embarazo es poco frecuente porque las personas que padecen de ese trastorno, por lo general siguen un tratamiento durante un tiempo para estar compensadas antes de embarazarse, como desconocías tu estado y estás muy descompensada, estamos

hablando de un embarazo de alto riesgo.

El sigue con su explicación pero yo ya no lo escucho. Lo único que ha retenido mi mente es: “Embarazo” y “alto riesgo”

No querías lastimarme me querías matar

“Una historia no tiene comienzo ni fin: arbitrariamente uno elige el momento de la experiencia desde el cual mira hacia atrás o hacia adelante”

Graham Greene

«¿Embarazada!? ¡Aborto!.. ¡Dios santo! Esto no puede estar pasando».

Es demasiada información, no puedo pensar nada con claridad por lo que le digo al médico que iré a ver a mi ginecólogo a la mañana siguiente.

Estoy tan asustada.

¿Por qué tuvo que pasar algo así? Y ahora que Maximiliano no está aquí.

Sé que el que juega con fuego, tiene riesgo de quemarse. ¿Pero por qué ahora?

¡Mi mamá! Cielo santo, ¿qué va a decir mami cuando se entere que estoy esperando un hijo de un hombre comprometido?

Necesito que Max esté aquí conmigo.

Salgo del consultorio del médico hecha un manojo de nervios. Tengo que decírselo antes de ver al ginecólogo; esto es una decisión de ambos. Yo no estoy a favor del aborto pero si como dijo el médico es un embarazo de alto riesgo, tengo también que pensar en mí. Tomo el autobús y mientras estoy sentada en la parte trasera para tener más privacidad decido llamarlo. Marco varias veces el número pero no me contesta.

Media hora después estoy en la oficina, tengo muchas cosas que hacer pero no logro concentrarme en ninguna. Necesito hablar con alguien, esta angustia me está matando. Podría llamar a una de las chicas pero entiendo que Maximiliano debe ser el primero en saberlo.

A las cuatro tengo un dolor de cabeza inaguantable por lo que decido irme a casa. Estoy recogiendo mis cosas cuando suena el teléfono.

—¡Aló!

—¡Hola! —me dice una voz que conozco muy bien.

—Max, te he estado llamando toda la tarde, necesitaba hablar contigo.

El nudo en la garganta que sentí hace un rato regresa.

—Te noto angustiada, ¿Qué te pasa? —me pregunta alarmado.

Sé que tengo que decírselo pero ¿cómo dices algo así por teléfono?

Las palabras no me salen y en vez de contarle todo lo que quería decirle desde que salí por la puerta del consultorio del doctor empiezo a llorar.

—¡Hey nena! No llores. Cuéntame qué te pasa? Supe que te sentías mal, por eso te estoy llamando. ¿Fuiste al doctor?

—Sí, pero no es nada. Soy una tonta no me hagas caso. Es solo que te extraño tanto. ¿Cuándo regresas?

—Dentro de una semana —hace una pausa antes de decir—: Tengo algo que contarte pero no quisiera hablarlo por teléfono

—De acuerdo. Yo también tengo algo que contarte pero ya lo hablaremos cuando regreses.

—Te extraño —Otra vez hace una pausa pero esta es más larga, tanto que por un momento creo que se corto la comunicación—. Te amo, nunca lo olvides.

—Yo también te amo.

—Te tengo que dejar. Hablamos luego, si quieres hablar y no respondo el teléfono envíame un correo y te llamaré tan pronto como pueda ¿Estamos?

—Estamos.

—Bye, cuídate mucho —dice antes de colgar.

Aunque quiera decir que la llamada me tranquilizó, no puedo. Tengo un mal presentimiento. Siento que algo malo va a ocurrir. Puede que sean las hormonas del embarazo o tal vez instinto femenino; pero sé que algo horrible va a pasar.

En el transcurso de los días, mi angustia no hace más que crecer, tengo una opresión en el pecho que no me deja tranquila. No fui a ver el ginecólogo como le había prometido al endocrinólogo que haría, tampoco he cuidado mi alimentación y estoy cada día más delgada. Intento comer pero nada me pasa, no por que tenga náuseas, ni nada por el estilo; sino por lo ansiosa que estoy

Andaban unos rumores que decían que Maximiliano se había casado, cuando hablamos por teléfono a mediado de semana se lo pregunté y me dijo que no era cierto. Aunque lo negó, el malestar no se me quitó. Desde entonces, no como, no duermo, no vivo. Solo espero que él llegue para que aclaremos todo.

Gracias a Dios el día tan esperado llegó, Max regresó a noche de viaje, así que lo estoy esperando. Necesito que me abrase y me diga que todo: el bebé, nosotros... Va a salir bien.

Estoy terminando una llamada cuando escucho un alboroto en la recepción; me asomo por la puerta y lo veo. No sé si porque llevo un mes sin verlo, o si es el bronceado pero está más bello que nunca.

Quiero correr, tirarme en sus brazos y perderme en ese aroma que tanto me gusta y me llena de calma, pero de nuevo me invade y me frena ese sentimiento que me dice que algo no está bien y me acerco muy lentamente hasta llegar a él.

—Hola, bienvenido.

—Gracias.

Me mira con cara de preocupación y sé que es por mi apariencia, él abre la boca para agregar algo más cuando de pronto Martha le dice:

—Felicidades, por su matrimonio jefe.

Me quedo congelada, no puedo dar un paso más. Lo observo esperando que la contradiga. Que le diga que es mentira. Que todo es un error.

—Gracias —le responde mientras sus ojos se posan en mí y mi mundo se viene abajo—, fue algo de último momento.

No sé si se lo dice a ella o si me lo dice a mí. Lo único que tengo claro es que me mintió. Lo miro pero no lo veo, tengo la mirada nublada, me pican los ojos por las lágrimas retenidas, lágrimas que quieren caer pero que retengo con toda las fuerzas que me quedan. No quiero llorar, no delante de la secretaria y mucho menos delante de él.

«Me engañó, me mintió».

Jugó conmigo todo este tiempo. ¿cómo pude ser tan estúpida?

¡Dios! ¿Cómo me dejé embaucar y enredar en todo esto?

—Podemos hablar un momento en mi oficina Adriana, necesito que me pongas al día de todo lo que pasó durante mi ausencia —me pide con ojos suplicantes.

—Creo que Martha puede ponerte al día con todo lo que ha pasado, si te queda alguna inquietud, me dejas saber y la revisamos juntos. —consigo decir, sin que se me note la amargura y la

tristeza tan grande que siento.

Mi tono es tan neutro que hasta yo misma me sorprendo. Segundos después me dirijo hacia mi oficina y cierro con seguro. Sé que vendrá a verme para tratar de explicarse, pero también sé que en estos momentos no quiero verlo, no quiero escucharlo. Estoy muy dolida, me siento humillada y burlada. Necesito pensar.

A los pocos segundos de entrar en la oficina siento la manilla de la puerta moverse, parece que se da cuenta que está cerrada con llave y no insiste, cosa que agradezco porque en este instante, no sé si pueda mantener la calma y no montar un espectáculo. Me siento en la silla e intento ordenar mis pensamientos.

«Se casó»

Nunca le exigí que la dejara pero en el fondo de mi corazón pensé que nunca daría ese paso, que terminaría escogiéndome a mí.

«¡Pero no lo hizo, tonta!»

¿Desde cuando los maridos dejan a sus mujeres para irse con sus amantes ? ¡Nunca!

Pero no estaban casados, aunque ahora sí lo están y eso lo cambia todo.

Estoy hecha un lío. No logro coordinar un pensamiento coherente. Siento que el corazón se me está partiendo en dos, que me sacaron el alma del cuerpo, las lágrimas siguen amenazando con caer, pero por más increíble que parezca las sigo reteniendo aunque se me están acabando las fuerzas y no creo que aguante mucho más.

Tomo mi bolso, mi abrigo y salgo sin despedirme de nadie. Mientras camino hacia la parada de bus las primeras lágrimas comienzan a caer, cuando llego, agradezco a mi virgencita de encontrarla vacía.

Pierdo todas las fuerzas que me quedaban y me tumbo en el banco mas cercano, me doblo sobre mí misma, hundo la cara en mis manos y me quiebro.

Siento una presencia en frente de mí, así que trato de secarme las lágrimas con las manos. Subo lentamente la mirada hacia la persona que está delante de mí y me encuentro con una mirada triste, llena de culpabilidad, llena de preocupación y diría que hasta de arrepentimiento. Me toma por los brazos, levantándose y atrayéndome hacia él y me dice:

—Si quieres llorar no te contengas. Pero hazlo en mi presencia, porque yo soy el culpable de tus lágrimas por lo tanto, quiero ser yo quien te consuele.

¿Pero es que no se da cuenta que me acaba de destrozar la vida?

Cuando me abraza, lo dejo hacer y me permito llorar en sus brazos, pero lloro de verdad; lloro porque se casó, lloro porque me mintió, lloro por mi enfermedad, lloro por el embarazo, lloro por lo que pudo haber sido pero ya no será, lloro por la clase de persona en la que me he convertido, lloro porque tengo el corazón destrosado y no es cualquier llanto, es un llanto desgarrador, uno que sale de lo más profundo. Lloro hasta que me duelen los ojos y la garganta y ya no me quedan fuerzas.

Cuando estoy un poco más tranquila, me separo de él pero no lo miro. En cambio siento que él no me quita los ojos de encima. Nos quedamos en absoluto silencio hasta que llega mi autobús, me monto sin mirar atrás. Por la forma en que me mira el chofer, sé que he de tener una pinta horrible pero no me importa. A lo mejor piense que se me murió una persona querida. No iría muy desencaminado. Acabo de perder al amor de mi vida. Mientras el bus se pone en marcha, me doy cuenta que no siento nada, es como si estuviera muerta por dentro.

Solo cuando el bus se ha alejado lo suficiente, miro hacia atrás y lo veo, sigue en el mismo lugar, en la misma posición que lo dejé y con los ojos clavados en el autobús.

Biografía

Indhira Jacobo tiene 31 años y vive en Santo Domingo, Republica Dominicana. Casada, con 2 hijos, siempre ha sido una amante empedernida de las novelas románticas. Se denomina a sí misma como: come libros.

En esta obra convino sus dos grandes pasiones: la lectura y la escritura.

Encontrarás más información de la autora y de esta obra en:

www.facebook.com/indhirajacoboautora

No te pierdas la continuación de esta apasionada historia en su próxima entrega *TE AMARE POR SIEMPRE*

Agradecimientos

No me cansaré de decirlo a mi compinche Liliana Montero; gracias por apoyarme, soportarme en cada capítulo.

A mis hijos por el tiempo que les robe para dedicárselo a la escritura o lectura.

A mis primeras lectoras que adoraron el libro... ¡Gracias!

Notas

- [1] Buenas noches Jacques, ¿cómo estás?
- [2] ¡Estás hermosa esta noche!
- [3] Borrachera
- [4] Buen día cariño.
- [5] ¡Exacto!
- [6] Hace referencia a la película taquillera de 1993 Propuesta indecente
- [7] Persona de baja estatura
- [8] Enfrentarse a una situación de gran esfuerzo.
- [9] Expresión mexicana para decir que algo es imposible.
- [10] Expresión para demostrar asombro.
- [11] Buenos días amor mío.
- [12] Hola bello.
- [13] Restaurante de comida rápida turca.
- [14] Bragas
- [15] Estación de tren
- [16] Pintalabios en Inglés
- [17] Cine principal de Luxemburgo.
- [18] Eres muy tierna
- [19] Lenguaje coloquial dominicano para decir Puto
- [20] Temporada de rebaja.
- [21] Canción principal de la película Moulin Rouge
- [22] Solo él y yo.